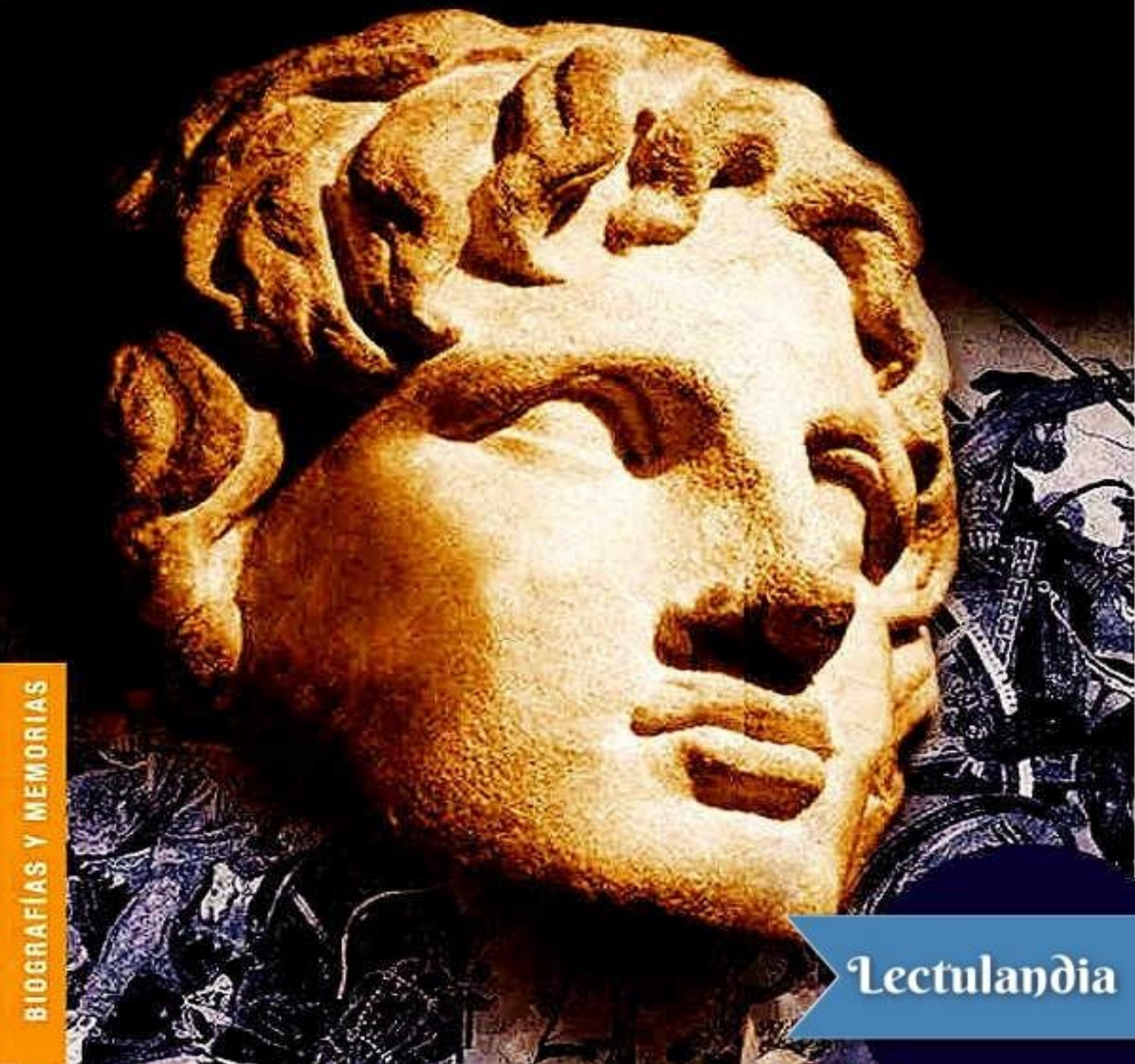
MARY RENAULT

ALEJANDRO MAGNO



BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

Lectulandia

El genio militar, la grandeza y la auténtica naturaleza del joven rey de Macedonia, que acabó con la hegemonía de los persas y condujo a los ejércitos griegos desde Egipto a los confines de la India, se hace patente en esta extraordinaria biografía, retrato implacable y realista de la magna figura en torno a la cual se han ido tejiendo la historia, la leyenda y la emoción a través de los siglos.

Lectulandia

Mary Renault

Alejandro Magno

ePub r1.1
SebastiánArena 23.11.13

Título original: *The Nature of Alexander*
Mary Renault, 1975
Traducción: Horacio González Trejo
Retoque de portada: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Es hermoso vivir con valor y morir dejando tras de sí fama imperecedera».

(ALEJANDRO MAGNO).

«Ya se sabe, cuanto más magnífica la posibilidad, menor la certeza y mayor la pasión».

(SIGMUND FREUD).

«El catafalco… era más soberbio visto que descrito. En virtud de su enorme fama atrajo a muchos espectadores; en cada ciudad a la que llegaba, la gente salía a su encuentro y lo seguía al partir, sin cansarse jamas del placer de contemplarlo».

(DIODORO, Libro XVII, 28).

LA SUCESIÓN DE MACEDONIA

de 450 a 310 a. C. aproximadamente

ALEJANDRO I
muerto en 450 a. de C.
PÉRDICAS
de 450–414.
PÉRDICAS II
hijo del anterior, se cree que fue asesinado por Arquelao cuando contaba siete años.
ARQUELAO I
414–399; asesinado por Crátero, su favorito.
CRÁTERO
monarca durante cuatro días, ejecutado.
ORESTES
hijo de Arquelao I, 399–396; asesinado por Aeropo II, su tutor.
AEROPO II
descendencia incierta, 396–392; se desconoce su suerte.
AMINTAS II
descendencia incierta, 392–390; se desconoce su suerte [se produce el desarrollo de las guerras civiles].
PAUSANIAS
hijo de Aeropo II, 390–389; se desconoce su suerte.
AMINTAS III
descendencia incierta, 389–369; muerto.
ALEJANDRO II
primogénito de Amintas III, 369–368; asesinado por Tolomeo, amante de su madre.
TOLOMEO
368–367; asesinado por Pérdicas III.
PÉRDICAS III
segundo hijo de Amintas III, 367–359; muerto en batalla o asesinado por su

madre.

FILIPO II

tercer hijo de Amintas III, 359–336; asesinado.

ALEJANDRO III

Magno o el Grande, hijo de Filipo II, 336–323.

ALEJANDRO IV

hijo del anterior, 323–310; asesinado por Casandro.

Reyes conjuntos

FILIPO ARRIDEO

hijo de Filipo II, 323–317; asesinado por Olimpia.

IMÁGENES

Alejandro Magno murió en Babilonia un tórrido día de junio del año 33 a. C. Los lamentos se propagaron por la ciudad, los miembros de su guardia personal deambularon bañados en lágrimas; los persas se raparon la cabeza en señal de duelo; los templos apagaron sus fuegos. Sus generales se lanzaron a una vertiginosa y caótica lucha por el poder. Lucharon en torno a su féretro, en el que quizás aún estaba vivo aunque en coma terminal, ya que la frescura y el color natural de su cadáver —que había pasado cierto tiempo desatendido— produjeron gran asombro. Por fin se presentaron los embalsamadores, se le acercaron con sumo respeto y, «luego de orar para que fuera justo y legítimo que los mortales tocaran el cuerpo de un dios», emprendieron su tarea.

El hijo de Roxana aún no había nacido. Si Alejandro nombró sucesor en su lecho de muerte, nadie admitió haberlo oído. No existía heredero conocido de cuyo prestigio se le pudiera investir en medio del esplendor de sus exequias; durante décadas Grecia y Asia serían asoladas por intrigas y sacudidas por el paso de los ejércitos a medida que sus generales desgajaban fragmentos del imperio. A lo largo de dos años, mientras los elefantes avanzaban pesadamente tras el séquito de los jefes militares que cambiaban de bando, oro y piedras preciosas de incalculable valor iban a parar al taller en el que los maestros artesanos griegos perfeccionaban una carroza fúnebre digna de su destinatario. Se aceptó, cual si fuera una ley de la naturaleza, que el catafalco no debía ser superado en memoria, historia ni leyenda.

El féretro era de oro y el cuerpo que contenía estaba cubierto de especias preciosas. Los cubría un paño mortuorio púrpura bordado en oro, sobre el cual se exponía la panoplia de Alejandro. Encima, se construyó un templo dorado. Columnas jónicas de oro, entrelazadas con acanto, sustentaban un techo abovedado de escamas de oro incrustadas de joyas y coronado por una relumbrante corona de olivo en oro que bajo el sol llameaba como los relámpagos. En cada esquina se alzaba una Victoria, también en noble metal, que sostenía un trofeo. La cornisa de oro de abajo estaba grabada en relieve con testas de íbice de las que pendían anillas doradas que sustentaban una guirnalda brillante y policroma. En los extremos tenía borlas y de

éstas pendían grandes campanas de timbre diáfano y resonante.

Bajo la cornisa habían pintado un friso. En el primer panel, Alejandro aparecía en un carro de gala, «con un cetro realmente espléndido en las manos», acompañado de guardaespaldas macedonios y persas. El segundo representaba un desfile de elefantes indios de guerra; el tercero, a la caballería en orden de combate, y el último, a la flota. Los espacios entre las columnas estaban cubiertos por una malla dorada que protegía del sol y de la lluvia el sarcófago tapizado, pero no obstruía la mirada de los visitantes. Disponía de una entrada guardada por leones de oro.

Los ejes de las ruedas doradas acababan en cabezas de león cuyos dientes sostenían lanzas. Algo habían inventado para proteger la carga de los golpes. La estructura era acarreada por sesenta y cuatro mulas que, en tiros de cuatro, estaban uncidas a cuatro yugos; cada mula contaba con una corona dorada, un cascabel de oro colgado de cada quijada y un collar incrustado de gemas.

Diodoro, que al parecer obtuvo esta descripción de un testigo presencial, afirma que era más soberbio visto que descrito. Alejandro siempre había enterrado con esplendor a sus muertos. En su época, los funerales eran regalos de honor más que manifestaciones de duelo.

«En virtud de su enorme fama atrajo a muchos espectadores; en cada ciudad a la que llegaba, la gente salía a su encuentro y lo seguía al partir, sin cansarse jamás del placer de contemplarlo». Semana tras semana y mes tras mes, al ritmo de las laboriosas mulas, precedido por los constructores de carreteras y haciendo un alto mientras éstos allanaban el camino, veinticinco, dieciséis, ocho kilómetros diarios, parando en las ciudades donde ofrecían sacrificios y pregonaban epitafios, el resonante, reluciente y enorme santuario de oro atravesó lentamente mil seiscientos kilómetros de Asia; los amortiguadores, cuyo mecanismo no ha logrado desentrañar ningún investigador, protegieron en la muerte al cuerpo que en vida había sido tan poco cuidado. Al norte por el Éufrates, al este hasta el Tigris; un alto en Opis, lugar decisivo en el Camino Real hacia el oeste; hacia el norte para bordear el desierto arábigo. «*Además, para rendir homenaje a Alejandro, Tolomeo acudió a su encuentro con un ejército y llegó hasta Siria*».

El homenaje de Tolomeo fue un secuestro reverente. Según la antigua costumbre, los reyes de Macedonia eran enterrados en Aegae, la antigua capital fortificada en lo alto de una colina. Existía la profecía según la cual la dinastía tocaría a su fin cuando la costumbre dejara de respetarse. Tolomeo, pariente de la familia real, debía de conocer bien aquella profecía, pero ya había elegido sagazmente su parte del imperio fisurado: Egipto, donde la conquista macedonia fue aclamada como liberación; donde Alejandro honró los santuarios profanados por el rey persa y recibió la divinidad; donde el propio Tolomeo se deshizo de un mal gobernador y alcanzó gran popularidad. Declaró que Alejandro había querido retornar a Egipto: ¿a qué otra

tierra, si no a la de su padre Amón?

Probablemente Tolomeo tenía razón. Desde que a los veintidós años cruzó el Helesponto rumbo al este, Alejandro no se mostró dispuesto a volver a Macedonia. Se proponía centrar su imperio en Babilonia; había dejado de ser un joven conquistador macedonio para convertirse en un impresionante gran rey persa; estaba desarraigado, lo mismo que la totalidad de los oficiales jóvenes y ambiciosos que le siguieron. Tolomeo ya había demostrado su lealtad en años anteriores, cuando materialmente era más lo que podía perder que ganar. Y si ahora el prestigio de sepultar a su amigo era inmenso para Egipto y le permitía fundar una dinastía, Tolomeo tenía sobrados motivos para pensar que Alejandro le estaría agradecido. Si su cuerpo hubiese llegado a Macedonia, tarde o temprano habría sido destruido por el implacable Casandro. En Alejandría sería venerado durante siglos.

Por consiguiente, la comitiva que suscitaba un temor reverencial, a la que se sumaron un sátrapa egipcio y su ejército, puso rumbo sur desde Siria; pasó ante las murallas semiderruidas de Tiro y prosiguió a través de Judea. En una ciudad tras otra las huestes mezcladas de la escolta —macedonios, persas y egipcios— montaban sus tiendas en torno al tabernáculo del dios muerto, de cuya divinidad Tolomeo, aspirante a faraón salvador, extraería la propia. Se ocupaba de que estuviera bien exhibido y de que se anunciase su llegada. Es precisamente lo que Alejandro habría deseado. Había amado su fama. Al igual que Aquiles, había trocado días de su vida a cambio de la celebridad. Había confiado en que los dioses cumplirían su parte del trato y, al igual que en el caso de Aquiles, no fue una expectativa vana.

Los niños que no habían nacido o que iban en brazos cuando Alejandro había cabalgado así en vida miraban azorados la comitiva de la que sesenta años después seguirían hablando. Señalaban las pinturas del friso, preguntaban qué representaban y creían cuanto les dijeron. Durante esa procesión debieron de surgir mil años de leyendas.

Una vez en Egipto, el sarcófago —instalado aún en el célebre catafalco— pasó unos años en Menfis, un imán para los viajeros, mientras en Alejandría construían el Sepulcro. (Cuando los mausoleos de la dinastía de los Tolomeos se reunieron en torno al Sepulcro, éste siguió llamándose así).

Pérdicas, delegado de Alejandro a la muerte de éste, se enfureció con Tolomeo y a su debido tiempo le hizo la guerra. Empero, la proverbial fortuna de Alejandro, que llevó a las gentes a lucir su imagen tallada en anillos, se transmitió como un legado de gratitud a su amigo de la infancia. De los grandes generales que a la muerte de Alejandro combatieron por hacerse con su imperio, sólo Tolomeo murió pacíficamente en la cama. Contaba ochenta y cuatro años, gozaba del respeto de su pueblo, había terminado su respetada historia y establecido en vida la sucesión de su hijo preferido.

Durante cerca de tres siglos, durante los cuales Macedonia se convirtió en provincia romana, los Tolomeos gobernaron Egipto y los sacerdotes del divinizado Alejandro sirvieron en su santuario. Finalmente, en el 89 a. C., fecha en que la dinastía ya había degenerado, el decadente y abotargado Tolomeo IX, rechazado por su ejército y necesitado de dinero para pagar a los mercenarios, cogió el sarcófago de oro y lo fundió para acuñar moneda. Toda Alejandría se sintió ultrajada; nadie se sorprendió cuando Tolomeo IX, menos de un año después, fue asesinado.

Los embalsamadores habían sido grandes maestros y el rostro de Alejandro, de tres siglos, había cuajado en una belleza distinguida. Los partidarios de Alejandro lo albergaron devotamente en un sarcófago adornado con vidrios de colores. Cincuenta años después el áspid de Cleopatra puso fin a la dinastía de los Tolomeos.

El Sepulcro siguió en pie. César lo visitó; sin duda, Marco Antonio también acudió a verlo con envidia; Augusto dejó como tributo un estandarte imperial. Las leyendas se acrecentaron.

Habían comenzado en vida de Alejandro, originándose en su marcha del Helesponto al Himalaya. Crecieron como maleza tropical a lo largo y a lo ancho de su imperio fragmentado y mucho más allá de sus límites, produciendo exóticas flores de fantasía. Según el mito, el ladrón Escirón, al que Teseo arrojó desde los acantilados ístmicos, fue rechazado por la tierra y por el mar, que se lo arrojaron entre sí. Con tal de poseer a Alejandro, se libró una guerra intercontinental.

Egipto se lo anexionó rápidamente. Alejandro tenía trece años cuando el último faraón autóctono, Nectanebo, huyó al exilio durante la conquista persa; ahora se decía que este último había sido adepto a la magia y que, siguiendo instrucciones de ese arte, viajó a Macedonia para engendrar al vengador de los males de su pueblo. Al enterarse de su fama, Olimpia lo llamó para que le hiciera el horóscopo. Nectanebo le predijo que tendría un hijo héroe con la simiente de Zeus—Amón; lo anunciaría una serpiente monstruosa. El ofidio apareció y sobresaltó a la corte. La noche siguiente Nectanebo se puso la máscara de Amón, con cuernos de camero, y cumplió su profecía. Las estrellas estaban a punto de anunciar un nacimiento portentoso, cuando Olimpia empezó a sentirlos dolores del parto, Nectanebo le pidió que resistiera hasta que los astros alcanzaran la conjunción adecuada.

Alejandro apenas había pasado unos meses en Egipto. En Persia, su reino de adopción, su recuerdo estaba fresco y lozano. Haciendo caso omiso de la cronología, la leyenda le atribuyó como padre a Darío II, que había recibido una hija de Filipo de Macedonia después de una victoria (totalmente ficticia) sobre este rey. Pese a la belleza de la mujer, Darío sólo estuvo una noche con ella porque tenía mal aliento. Y por ese motivo Alejandro nació en Macedonia. Más adelante, la hija de Filipo alivió el mal aliento mascando skandix (perifollo) y llamó Sikandar a su hijo. Puesto que skandix no es una palabra persa, sino griega, la anécdota demuestra que la empresa

de fusión cultural de Alejandro no fue inútil.

Persia pasó dos milenios adornando la historia de Sikandar Dhulkarnein, el Buscador del Mundo, el de los Dos Cuernos. Siglos antes de que apareciera por escrito, en las casas de placer, los bazares, las posadas y los harenes acumuló hazañas fabulosas de eras anteriores a su nacimiento, Mürchen[1] con los que quizás el propio Alejandro fue seducido por su favorita persa. Sólo de él parecían ser creíbles estas anécdotas.

Asimiladas finalmente por el Islam, las aventuras se difundieron ampliamente, cargadas de añadidos, hasta que hicieron falta ochenta y cinco estrofas para describir a los dos ejércitos en pugna antes del comienzo de la batalla. Se le atribuyeron actos que habría rechazado indignado, pues se tendía a proveerlo de las cualidades que el poeta encontraba admirables, incluida la intolerancia religiosa. Aparece al galope, destruyendo templos paganos y esparciendo los fuegos sagrados de Zoroastro —él, el más alegremente sincretista de los religiosos— en nombre de Alá. Llega a Egipto para rescatar al país de los zang, invasores negros y horribles, bebedores de sangre y comedores de sesos. Para atemorizarlos, ordena cocinar una cabeza de zang y, luego de un hábil cambio de platos, simula devorarla con deleite. Triunfal, abandona a los agradecidos egipcios (aún existen pequeños afloramientos de la historia) y derrota al rey persa Dará, que muere en sus brazos y le lega, a cambio de que vengue su asesinato, la mano de su hija Roshanak, que desata en su corazón «un tumulto parecido al campanilleo de un camello ruso». Se deshace sin ayuda de Poros de la India y acepta la rendición del rey de China, que le entrega el Jinete Propicio, un galante guerrero que resulta ser una dama de sorprendente belleza, con la que pasa una noche de amor aderezada con todo lujo de detalles. (Tanto tiempo duró el recuerdo de su deseo de conocer a una amazona). Triunfa sobre monstruos y salvajes rusos, marcha hacia la noche ártica en pos del manantial de la vida eterna, la búsqueda inmemorial del sumerio Gilgamesh. (Probablemente ésta es la faceta de la leyenda que más lo habría sorprendido).

Hay un elemento constante: Sikandar es el héroe supremo de acuerdo con los términos de cada época. «*Es de hierro con los hombres férreos y de oro con los maleables*». Cuando el Delfín envió a Enrique V un bate y una pelota para mofarse de su juventud, seguramente escogió ese obsequio inoportuno recordando vagamente el reto de Dará a Sikandar. Funda Sikandria, «una ciudad semejante a un manantial gozoso». Está lleno de astucias, aunque él no las habría aprobado en su totalidad. Inventa el espejo… por razones estratégicas y no sin cierta verdad psicológica involuntaria. Venera el sepulcro de Ciro el Grande, hecho que en Persia jamás fue olvidado. Sus tácticas se comparan con una magistral partida de ajedrez, y la

disposición de sus tropas, con miniaturas esmaltadas. Los miniaturistas no se cansaron de representarlo, rebuscadamente transfigurado en persa, con cota de malla, yelmo puntiagudo y cimitarra; utilizando el arco del jinete o atrapando a un gigante de una hábil lazada; luciendo el bigote y la barba regios, obligatorios allí donde el rostro lampiño caracterizaba a los eunucos; llorado en su muerte por los sabios Aristo y Aflatun (Aristóteles y Platón); el Feliz Poseedor del Mundo, cuyo desfile es como una rosaleda. Ningún triunfador de la historia ha dejado una imagen equiparable a ésta en las tierras que conquistó. En este punto conviene recordar que Ricardo Corazón de León perduró en la memoria de los árabes como el coco con el que las madres amenazaban a los niños.

Mientras la memoria popular y la fábula persas organizaban los primeros fragmentos de ese extraordinario mosaico, en el oeste tenía lugar un proceso muy distinto, complejo e intencionado. En Macedonia el impresionante Antípatro —regente que había sido de Filipo, de Alejandro y del oscuro y pequeño Alejandro IV— murió como una enorme piedra que provoca corrimientos de tierras. Su hijo Casandro, el enemigo más acérrimo de Alejandro y futuro asesino de su madre, su viuda y su hijo, emprendió la grave tarea de liquidar la reputación de Alejandro.

El estamento educativo de Atenas fue una herramienta bien dispuesta, pues estaba amargado por el derrumbamiento interior de las ciudades-estado, lo que las dejó a merced de Macedonia; culpó a Alejandro de la severa hegemonía de su regente, hegemonía que había intentado relajar cuando lo sorprendió la muerte; estaba dolido por la muerte de Demóstenes, al que Alejandro perdonó la vida a pesar de tantas provocaciones, y por la del ambiguo Calístenes, cuyas provocaciones habían sido excesivas. El estamento educativo había expulsado a Aristóteles por sus vínculos con Macedonia. Ante los hombres inferiores que quedaron como formadores de opinión, Casandro puso de manifiesto que los enemigos de Alejandro eran sus amigos; y Casandro era un amigo poderoso. Con su estímulo, estos formadores de opinión —probablemente alimentados de información falaz que creyeron porque Casandro había visitado la corte de Babilonia— se dispusieron a crear su propia leyenda de Alejandro. No fue un desarrollo orgánico como el de los romances, sino un eficaz trabajo de zapa que produjo horrorosas caricaturas de un déspota orientalizado, libertino e incongruentemente activo en medio de excesos que habrían agotado a Sardanápalo. Su incapacidad de engendrar una horda de bastardos en medio de ese estilo de vida se atribuyó al alcoholismo; la bebida volvió acuoso su semen, decretó Teofrasto, profesor de ciencia del Liceo… hombre que, al igual que el resto de los atenienses, no le había visto el pelo a Alejandro desde que tenía dieciocho años.

Durante ese período prosiguieron las complejas guerras entre sus sucesores; sus antiguos generales contaminaron un poco más la historia presentando falsos testamentos de Alejandro, en los que sustentaban sus reivindicaciones. También fue

tema favorito de las escuelas de retórica, que se afanaron en escribir cartas en su nombre, en las que describía las maravillas de la India, hablaba de Aristóteles o le contaba a su madre cómo estaba. Los eruditos modernos han tenido que hacer un gran esfuerzo para extraer estos nudos de la trama de la historia, en la cual han quedado firmemente entrelazados los más sorprendentes.

De todos modos, los romances se desarrollaron a la misma velocidad que la propaganda. Bajo la severa férula de Antíoco, Judea pensó con nostalgia en la Bestia de los Dos Cuernos que había atravesado sus tierras sin infligir el menor daño y muy pronto la imaginó de rodillas ante la Torá, honrando al Dios único. Los etíopes, quizá modelos originales de los temibles zang, refinaron su propia leyenda de Alejandro, en la que, además de conversar con el ángel que sustenta el mundo, mata a un dragón enorme haciéndole tragar una especie de bomba que luego estalla. «¿Cómo está el gran Alejandro?», preguntaba la sirena de dos colas a los marineros del Egeo, que, si querían salvar las naves, debían replicar a toda prisa: «Vive y reina».

En Roma, César cayó fulminado en el Foro; pretendía salvar la república, dijeron, y ésta se convirtió en su víctima. Durante el gobierno del divino Augusto, nadie tuvo motivos para encomiar a Alejandro. Los cesarianos tuvieron buen cuidado de no rendir elogios a sus rivales. Según los prejuicios romanos, los griegos eran levantinos de poca entidad, helenizados y relamidos; alcahuetes, proxenetas y aprovechados. Por otro lado, para el mundo erudito, Atenas era la universidad a la que enviaban a sus hijos para que se contagiaran del brillo intelectual de los conquistados, y allí seguía escribiendo la mano del Liceo.

Entre los republicanos, que vivían en la amarga clandestinidad, el interés hacia la personalidad de Alejandro se mantenía vivo y activo. Si no hubiese vivido, habría sido necesario inventarlo. La suya era una efigie imperial que podía quemarse sin riesgos.

A esta época pertenecen Trogo, la fuente ahora desaparecida del inexacto y hostil Justino, y Diodoro. La fecha preferida por Rufo Quinto Curcio es inmediatamente después del temible Calígula, uno de cuyos entretenimientos consistía en disfrazarse de Alejandro. El macedonio divinizado y muerto tres siglos antes fue un regalo propagandístico para el protocésar tiránico. En semejantes monstruos se convirtieron los que presumían de reclamar honores divinos a sus ciudadanos… exceptuando, por supuesto, a los presentes.

Aquí y allá el torrente de calumnias topó con inamovibles rocas de realidad, demasiado arraigadas para dejarse arrastrar. Al introducir ese difícil material, los moralistas republicanos aseguraron que Alejandro había empezado bien, pero que todo poder corrompe y ninguno más absolutamente que el poder sobre bárbaros serviles y rastreros. La adopción de su indumentaria afeminada y de sus costumbres hablaba por sí misma.

Persistía la discrepancia de su rostro. En el ínterin, los copistas romanos reprodujeron aceleradamente sus estatuas, pues la demanda era muy superior a lo que podían ofrecer los originales producto de los saqueos. Ni siquiera todos los originales se habían hecho del natural. Hasta en las estatuas más vulgares, alrededor de los ojos, hay algo que demuestra a quién pretenden representar.

Tal vez el rostro o quizás el patriotismo griego influyeron en el joven Plutarco mucho antes de que comenzara Vidas paralelas. Dos de sus primeras obras fueron ensayos acerca de la Fortuna o de la Virtud de Alejandro, haciendo primar la segunda sobre la primera, cuando los escritores hostiles habían atribuido a la Fortuna la mayor parte de los honores. Mucho después, este hombre afectuoso, encantador y longevo puso a Alejandro en Vidas paralelas al lado de julio César. Por desgracia, como biógrafo dejaba mucho que desear, porque nunca renunció a un buen chisme y rara vez distinguió las fuentes primarias de las secundarias, tan preocupado estaba por edificar con el ejemplo. De todos modos, «los libros tienen su destino» y su relato de la infancia y juventud de Alejandro es el único de que disponemos; las fuentes que Plutarco utilizó han desaparecido.

Hacia el final de la vida de Plutarco, en el siglo II d. C., un compañero de armas rescató a Alejandro para la historia. Se trataba de Flavio Arriano, un griego bitinio romanizado. Adriano lo nombró gobernador de Capadocia, honor que rara vez se concedía a los de su raza, fue un general valiente y competente que rechazó una peligrosa invasión bárbara. Epicteto, del que Arriano había sido discípulo, le enseñó lo siguiente:

> *¿Acaso ignoras que todos los males humanos, las mezquindades y la cobardía no surgen de la muerte, sino del miedo a la muerte? En consecuencia, contra esto has de fortalecerte. Dirige a ello todos tus discursos, lecturas y ejercicios. Entonces descubrirás que sólo así los hombres se vuelven libres.*

Tal vez fue la libertad de Alejandro lo que atrajo a Arriano. Sin embargo, la maraña de fantasías y de mentiras comprometidas molestó al virtuoso general. Por fortuna, llegó a tiempo de hallar intactas las principales fuentes en las bibliotecas que aún no habían sido incendiadas. Analizó el valor de las fuentes, posibilidad que ya no tenemos, y se decantó por Tolomeo; por Aristóbulo, el arquitecto-ingeniero, y por Nearcos, almirante y amigo de la infancia de Alejandro.

> *Es lo que reclamo; y no importa quién soy; mi nombre carece de importancia, aunque para los hombres no es desconocido; no importa mi país, mi familia, o el grado que he tenido entre los compatriotas. Preferiría decir: para mí, este libro mío es mi país, mi familia y mi carrera, y así lo ha sido desde la niñez.*

En vida no gozó de gran fama y es una pena que no pueda saber lo mucho que le

debemos.

Alrededor del 300 d. C., en las fértiles orillas de Alejandría, encrucijada del comercio y de las tradiciones, los pecios de la fábula, los cuentos populares, los rumores, las campañas propagandistas y las fantasías moralizadoras, combinados con algunos fragmentos de historia, fueron recogidos por un autor de poco talento, aunque ilimitadamente crédulo, y arrojados a las aguas del tiempo. Por muy increíble que parezca, se le atribuyó a Calístenes —que murió cuatro años antes que Alejandro — y se convirtió en la primera obra de ficción que ocupó los primeros puestos de traducción a lo largo y a lo ancho del mundo civilizado conocido. Mucho más allá del círculo de oyentes y lectores de primera mano, incontables analfabetos la oyeron repetida por una segunda, tercera, cuarta o centésima voz, a través de narradores de bazares, artistas itinerantes, gentes que aliviaban el tedio de un largo viaje, pedagogos, poetas cortesanos, juglares y sacerdotes. Primero se difundió entre los pueblos que había conocido y conquistado y, más adelante, entre aquellos que jamás había visto y sólo conocía por rumores, hasta llegar al Lejano Oriente, en cuya existencia Alejandro no creía porque le habían enseñado que la masa terrestre terminaba en la India.

Proliferaron las variantes griegas; aparecieron versiones en armenio, búlgaro, etíope y siriaco, de donde pasó al árabe. Lo más importante fue que, poco después de su aparición, cierto julio Valerio la puso en latín, lengua universal del mundo occidental letrado. En los albores de la Edad Media, y mucho más allá de superada esta época, en Occidente el griego era más raro que el oro. El latín se hablaba en todas partes. La imagen de Alejandro llegó a la Edad Media a través del *Calístenes* de Valerio, así como de las fuentes romanas y sólo de éstas. Y la Edad Media pronto dividió en dos su imagen.

Para la Iglesia fue un regalo, como lo había sido para los republicanos. Aquí estaba la Virtud corrompida por la Fortuna; la lujuria de la carne y de los ojos y el orgullo de la vida cabalgando a toda velocidad hacia el polvo y el juicio final. En una era en que los cruzados se enorgullecían de acercarse al Santo Sepulcro hundidos hasta los menudillos de sus monturas en sangre judía, en que se quemaba vivos a los herejes, en que la santidad se medía por un cilicio cubierto de piojos desde hacía diez años, y en que para escapar de la condenación los reyes excomulgados debían desnudar la espalda ante el látigo o arrodillarse en medio de brasas ardientes, del rey Alisauder podían extraerse severas y útiles moralejas.

Cualquier época de ortodoxia opresiva, provenga del clero o de los comisarios, engendra rebeldes. «¡Al infierno iré!», grita el joven Aucassin, desafiando al reprobador guardián de Nicolete.

Al infierno van los jueces justos y los justos caballeros caídos en torneos o en grandes guerras, los buenos ujieres y los hombres de honor. Con ellos iré. Y

allá van las damas corteses que tienen dos o tres amigos además de sus señores. Allá van el oro y la plata, la marta cebellina y el armiño; allá van los arpistas, los juglares y los reyes de la tierra. Con ellos iré y por eso tengo conmigo a Nicolete, mi más tierna amiga.

Allá también fueron con Alejandro. Sus romances medievales fueron un tema de ramificaciones incalculables. Es tal su fascinación que, pese a que los autores sólo tuvieron acceso a las fuentes más hostiles, bastaron los datos residuales para capturar la imaginación y hechizar. El incidente en sí podría estar muy apartado de la historia, pero el auténtico caballero saludaba al alma gemela. En Alexandreis y en el Roman d'Alexandre, es el modelo de valor y cortesía, glorioso con las armas, protector de las damas, justo y generoso con los enemigos, liberal con los vasallos. No es la Fortuna sino Dios quien dirige su destino; no es Némesis, sino la envidiosa traición la que provoca su muerte.

No habían visto su retrato. A pesar de que se habría adaptado perfectamente a sus cánones de belleza, le dan un rostro convencional con un yelmo convencional y sólo se distingue por la elegancia de su armadura. Se aventura en el campamento de Darío disfrazado de heraldo, conquista el corazón de Roxana, escapa cruzando el río congelado y más tarde venga la muerte de su enemigo vilmente asesinado. Huye en un carro tirado por águilas y en una campana de cristal ve los monstruos de las profundidades. Al buscar por enésima vez el Agua de la Vida en medio de bosques peligrosos, consulta a los árboles proféticos del Sol y de la Luna y con serena valentía los oye vaticinar su final. Advertido por el oráculo de que un amigo íntimo lo matará e instado a purgar a los que le son más próximos, declara que prefiere morir a manos del único traidor antes que perjudicar a un inocente. (Casandro se habría asombrado de saber que era un camarada querido y de confianza). Es envenenado y los Siete Sabios moralizan sobre su tumba.

Constantinopla fue saqueada y los eruditos refugiados trasladaron al oeste los libros que pudieron salvar, el mundo erudito de Italia redescubrió la literatura y la historia griegas. En el siglo XV el erudito Vasco de Lucena escribió al emperador Segismundo y le explicó que, con respecto a Alejandro, Arriano era más digno de confianza que los autores latinos.

Durante el Renacimiento, los romances quedaron relegados a los niños y a los ignorantes. Reapareció el Alejandro histórico. Pero su imagen permaneció condicionada por las leyendas y por una era sin arqueología que, mientras excavaba sin cesar por toda Italia para desenterrar copias romanas de los originales griegos que habían atraído a los romanos, admiró como ellos el virtuosismo de ese estilo suave y tardío, prefiriendo los contoneos sentimentales de Laocoonte a un Apolo más clásico y majestuoso. Con este espíritu, durante uno o dos siglos Alejandro proporcionó a los pintores temas para grandes lienzos: derrotando a Darío, protegiendo a las damas de la realeza, contrayendo matrimonio con Roxana. Su vehemente perfil se reduce a una

insípida perfección; su codo correctamente redondeado esboza el gesto de una escuela de arte clásica; esplendorosa figura de cera con un yelmo imposible del que caen plumas de avestruz, Alejandro se convierte en la apoteosis del varón soprano, con armadura de oropel, en la época barroca, el vacuo títere imperial de *El banquete de Alejandro*, de Dryden.

Entretanto, los estudiosos serios se dedicaron a examinar las fuentes y comenzaron las evaluaciones críticas cuando mediado el siglo XIX George Grote —el más impresionante de todos—, amén de muchos servicios valiosos a los estudios históricos, cometió el desatino de revivir al Alejandro ideológico. Grote jamás pisó Grecia, que a la sazón no disponía de alojamientos para turistas y estaba asolada por los bandidos, por tratarse de un radical comprometido, cometió el fatal error de mezclar la realidad con la anacrónica conciencia moral. Como había invertido todo su capital de fe en la democracia ateniense, decidió atribuir su caída a la maldad externa más que a la descomposición interna. Para él, Demóstenes tenía razón, Filipo y Alejandro estaban equivocados. A todos los efectos, el Alejandro de Grote es de nuevo el del Liceo; se trata de un tirano espontáneo que renuncia a las saludables virtudes griegas al saborear por primera vez el servilismo y el despotismo orientales.

El compromiso da lugar al contracompromiso, y la defensa llegó demasiado lejos. Sir William Tam, que permaneció en activo hasta mediado el siglo XX, era más erudito y más tolerante que Grote. A su solidaridad hacia Alejandro también le aplicó —favorablemente— su propio código moral y con frecuencia lo defendió cuando en realidad no podía considerar que sus actos necesitaran atenuantes y en los casos en que, ciertamente, no habrían sorprendido a ninguno de sus seguidores, mientras que su consideración imparcial de las cualidades de los amigos o de los enemigos se expande hasta convertirse en la creencia idealista en la unidad de toda la humanidad.

Los eruditos más recientes intentan restablecer el equilibrio. Sin embargo, estas evaluaciones, celebradas en círculos en los que se acuerda respetar las pruebas, se han colado como turbia filtración hasta niveles que sólo buscan la confirmación del dogma atrincherado. La resistencia a la nivelación ha hecho de Alejandro el principal demonio de los igualitarios, al tiempo que los pacifistas —bien intencionados pero poco leídos— han proyectado en él su horror hacia las atrocidades modernas (perpetradas a lo largo de dos milenios de cristianismo), que este pagano del siglo IV a. C. apenas habría atribuido a los salvajes.

La imagen de Alejandro nos ha llegado, filtrada y refractada por todas estas capas de fábula, historia, tradición y emoción, algo de lo que nunca pudo separarse, tanto vivo como muerto.

MACEDONIA

La existencia de Alejandro quedó establecida en el año 358 a. C., durante la celebración de los Misterios de Samotracia, en la que sus padres se conocieron.

Filipo II de Macedonia, que a la sazón contaba veinticuatro anos, era un rey legítimo pero no del todo hereditario. Su hermano mayor, Pérdicas III, había muerto cuando su hijo aún era un niño. En esas circunstancias, la asamblea de macedonios combatientes tenía por tradición el derecho de elegir al rey entre los miembros de la casa real, hecho de importancia decisiva para la historia del país. Corrían tiempos de luchas fratricidas e invasiones extranjeras. Se imponía un regente combativo y Filipo había demostrado su valía. Poco después, a medida que la situación se tornaba aún más peligrosa, le pidieron que asumiera el trono.

El retrato que sobrevive muestra un rostro cuadrado y potente, inteligente, implacable y probablemente brutal, aunque sin la perversidad que produce escalofríos al contemplar a algunos césares. Tiene humor; parece capaz de fascinar y del éxito amatorio por el cual Filipo alcanzó la fama.

Cuando tenía dieciséis años tuvo lugar un acontecimiento decisivo en su carrera. En virtud de las complicadas guerras de sucesión, Pérdicas firmó un tratado con Tebas y como garantía tuvo que proporcionar un rehén real. Como aún no tenía hijos, se vio obligado a enviar a su hermano pequeño. Por aquel entonces, Tebas vivía su plena pero fugaz llamarada de gloria después del derrocamiento de la tiranía espartana. Aunque intelectualmente provinciana, su prestigio militar no tenía parangón en Grecia. El culto al amor homosexual heroico había alcanzado su apogeo cuando Pelópidas fundó la Falange Sagrada, el cuerpo de élite formado por parejas de amigos que habían hecho el juramento tradicional de resistir o caer juntos. Tratado más como invitado que como prisionero, Filipo aprendió las artes marciales de los mejores maestros. Es posible que aquí añadiera a su amor de toda la vida por las mujeres el gusto por los jóvenes, que se convertiría en la causa de su muerte.

Es imposible eludir la tentación de preguntarse si la colaboración amistosa de sus anfitriones no te permitió cruzar de incógnito la frontera de Atenas. Era un joven don nadie y no habría resultado difícil. Mientras estuvo en el poder no accedió a

reconocer que se había colado en esa ciudad en condiciones tan humillantes, pero a lo largo de toda su vida mostró una profunda consideración por la historia y la cultura atenienses, por muy grande que fuese su desdén hacia sus dirigentes. Criado en un palacio de Pella, construido en el siglo V a. C. por arquitectos atenienses y decorado por sus pintores de la mejor época, Filipo pudo apreciar sus esplendores materiales, que aún gozaban de una perfección incorrupta.

Su herencia era un reino montañoso de gran belleza panorámica y hombres altos y belicosos, cuya capital —Pella— era un islote de clasicismo en medio de una sociedad arcaica. Cuando accedió al trono (como Alejandro recordó más tarde a sus hombres), lo único que el pueblo poseía eran las ovejas con cuyas pieles se cubrían por falta de telas, pero hasta las pieles eran difíciles de tener porque eran constantes las incursiones fronterizas de los pueblos vecinos. Al igual que en tiempos de Homero, los señores seguían al rey a la guerra —a menos que en ese momento apoyaran a un pretendiente rival— y cada uno llevaba su compañía de seguidores rudos, indisciplinados y armados con lo primero que encontraban. La imprecisa ley de sucesión había desencadenado una serie de guerras civiles y un largo historial de asesinatos. Pérdicas había accedido al trono matando a un amante de su madre, que lo había usurpado; corría el rumor de que ella había procurado la muerte de su esposo y de su hijo. De éste, Filipo heredó cinco pretendientes al trono, algunos en un estado de hostilidades declaradas, y dos invasiones extranjeras. No es posible comprender el relato de la vida de Alejandro sin recordar el historial de sus antepasados, que probablemente debió de conocer desde la más tierna infancia. Filipo mató de inmediato al pretendiente más peligroso, que, además, era su hermanastro. Expulsó o socavó a los demás con moderación, a juzgar por las costumbres de la familia. En cuanto tuvo las manos libres, se dispuso a defender sus fronteras. Y en algún momento de aquellas primeras campañas fue a Samotracia.

A pesar de los arqueólogos, los Misterios siguen siendo una gran incógnita y no está claro qué beneficios esperaba obtener Filipo. El principal don conocido era la protección de los naufragios, uno de los pocos peligros que rara vez conoció. Sus «grandes dioses» eran deidades prehelénicas cuyas ofrendas se arrojaban a una profunda grieta y que de alguna manera estaban relacionados con los enanos, tal vez por la memoria popular de una raza extinguida. La isla es escarpada y cortada a pico y el santuario se encuentra cerca de la orilla; los ritos, que incluían danzas como las de los coribantes y mucho ruido, se celebraban por la noche.

La leyenda, cómo no, hace que Filipo se enamore de Olimpia durante las celebraciones, pero podría ser cierto. Estas actividades entusiasmaban a Olimpia y debieron de sumar espectacularidad a su belleza. La visita hacía que los iniciados pasaran uno o dos días en la isla, lo que dio a Filipo la oportunidad de verla a la luz del día, averiguar quién era y, probablemente, conocerla. Por desgracia, se trataba de

una muchacha que sólo se podía poseer a través del matrimonio.

Olimpia era huérfana de un anterior rey de Epiro, región de la moderna Albania. Este reino era más primitivo que Macedonia y la hegemonía de los monarcas era aún menos estable, pero contaba con importantes posibilidades, y Filipo, si en algún momento había vacilado, ya no tuvo dudas.

No sobrevive un solo retrato de Olimpia que no esté estilizado hasta anularla. Su belleza puede quedar reflejada en la de su hijo, que no se parecía a Filipo. La mayoría de los griegos del norte eran rubios, pelirrojos o castaños. Por lo demás, el único destello visual que de ella tenemos se remonta a poco antes de su muerte, cuando contaba unos sesenta años. Se compone del simple hecho de que doscientos soldados de Casandro, que habían accedido a matarla y asaltado su casa para cometer el crimen, la miraron cara a cara y se fueron.

La familia de Olimpia afirmaba descender de Aquiles. El hijo de éste, Neoptolemo, había engendrado la estirpe real con Andrómaca —viuda de Héctor—, su botín después del saqueo de Troya. Ignorante de lo trascendental que ese linaje sería para la historia, Filipo contrajo matrimonio con la princesa, la embarazó y volvió a sus guerras insoslayables.

Los sueños proféticos de Filipo y Olimpia pertenecen al campo de la leyenda propiamente dicha. Él soñó que le cerraba el útero con la imagen de un león, y ella que, incendiada por un rayo, el fuego se propagaba desde su cuerpo hasta los confines de la tierra, que súbitamente quedaba envuelta en tinieblas. Es un hecho que Alejandro nació bajo el signo de Leo, en agosto de 356 a. C.

De campaña en Tracia, Filipo recibió esta noticia y dos mensajes más: el general Parmenión había infligido una derrota total a los ilirios en el oeste; y su caballo de carrera había ganado en los Juegos Olímpicos. El derecho a participar en las Olimpíadas era una herencia muy querida por los reyes macedónicos. Los juegos sólo estaban abiertos a los griegos, y los macedonios no eran reconocidos en el sur como vástagos de la estirpe original de la que, en realidad, formaban parte. Los consideraban semibárbaros (la expresión «bárbaros» quedaba reservada para los persas) y la casa real apenas había logrado participar gracias a un lejano antepasado argivo. Para Filipo, que siempre había soñado con ser aceptado por el mundo griego, esa noticia debió ser la más importante de las tres. Era inevitable que más tarde la infancia de Alejandro se describiera como precoz y genial; sin duda, no fue un niño de desarrollo lento. Sin citarla, Plutarco menciona una larga lista de maestros que Filipo hizo venir para él. Pero es más importante lo que aprendió de sus padres.

Cuando Alejandro llegó a la adolescencia, sus progenitores no sólo estaban distanciados, sino que eran enemigos declarados. El otro hijo que tuvieron, una niña llamada Cleopatra, nació no mucho después de Alejandro; podemos suponer que, a partir de entonces, cesaron las relaciones sexuales. Es imposible saber si Olimpia

correspondió alguna vez a los sentimientos de Filipo; al igual que todas las mujeres de su época fue «entregada en matrimonio». Su orgullo sirvió para que considerara las infidelidades de Filipo como insultos absolutos, si es que los celos no la atormentaron. Es fácil suponer que la ruptura violenta de sus relaciones tuvo que ocurrir en la tierna infancia de Alejandro, años en los que produce más dolor y deja huellas más profundas. Es la edad en la que el niño, si recibe un cariño normal, se identifica con la madre. En el caso de Alejandro, esto quedó asegurado en virtud de las ausencias constantes de su padre, que salía de campaña, combinadas con el amor posesivo de su madre.

Olimpia fue una mujer de gran capacidad e inteligencia, cuyo juicio quedaba totalmente nublado por sus emociones; fue visionaria y orgiástica, aunque no en un sentido sexual; tuvo un tipo de orgullo que no se habría rebajado a cometer un vulgar adulterio. Para muchas mujeres el frenesí dionisíaco representó una especie de viaje liberador con drogas, pese a que sólo utilizaban vino y el resto correspondía a la autosugestión y a la emoción compartida. Olimpia le añadía una poderosa imaginación. Para cólera y disgusto de Filipo, que tenía aspiraciones helénicas, Olimpia mantuvo a su alrededor las serpientes domesticadas del culto tracio primitivo. Es posible que sufriera alucinaciones autoinducidas. Con toda probabilidad Alejandro todavía era muy pequeño cuando ella le dio a entender que Filipo no era su padre.

En aquellos tiempos la vida cotidiana gozaba de poca intimidad, incluso en el caso de los grandes. Por eso resultaba significativo que, pese a las acusaciones que Olimpia provocó, nunca se mencionara a nadie como su amante. Dado que odiaba a su marido, quiso poseer totalmente a su hijo. Acontecimientos posteriores demuestran que, cualquiera que fuese el misterio que Alejandro creyó que rodeaba su nacimiento, él lo consideraba sobrenatural.

En una sociedad de expresión libre, Alejandro no tardó mucho en enterarse de cuál era la alternativa, si bien ser hijo de Filipo debió de parecerle aún peor. Las agonías ocultas que padeció siguen siendo un secreto y hasta es posible que las suprimiera de su memoria. El hecho de que no se convirtiera en un psicópata como Nerón es uno de los milagros de la historia. En los intervalos serenos de esa vida te enseñaron, como a todos los niños de alta alcurnia, su linaje. Se remontaba a Zeus por ambas ramas; por parte de madre provenía de la estirpe heroica de Aquiles y también de la sangre real de Troya. De todas maneras, le enseñaron a honrar a ambos bandos de esa gran guerra y a no tratar a ninguno con desdén ni con odio. Al margen del daño que Olimpia haya podido hacerle, el mundo ha de estarle agradecido al menos por esto.

Como heredero de Macedonia, lo criaron desde la cuna para que aceptase incondicionalmente que había nacido empuñando la espada, del mismo modo que el

hijo del labrador nace atado al arado. Cualquier otro porvenir habría sido impensable, tanto para Filipo como para Olimpia. Lo único que podía hacer era demostrar su valía.

Filipo ya había ganado la batalla por la mera supervivencia nacional. Se dedicó a garantizar sus fronteras mediante ataques. El momento decisivo fue la captura del monte Pangeo —con sus ricas vetas de oro y plata—, que estaba en manos de las tribus poco estructuradas del oeste de Tracia. Se libró de la dependencia de los impuestos tribales. A partir de entonces pudo pagar soldados de dedicación plena y convertirlos en profesionales.

Fue una revolución militar. El trabajo de los ilotas había proporcionado a Esparta una fuerza de ciudadanos en formación permanente, pero la mentalidad espartana era inflexible y el dinosaurio estaba al borde de la muerte. Abundaban los mercenarios regulares: podían ser exiliados de otras ciudades a causa de las interminables oscilaciones de la democracia a la oligarquía, en las que cada cambio de gobierno iba acompañada por el violento ajuste de viejas cuentas; hijos menores cuyas dotes apenas alcanzaban para una armadura, o criminales fugados. Se alistaban con un general mercenario de buena posición (lo que era importante) y lo seguían allí donde lo contrataban. Ninguna ciudad-estado griega estaba dispuesta a pagar impuestos para tener ejército permanente, del cual recelaban como instrumento de potenciales golpes de estado. Filipo ya no necesitaba esa mano de obra ocasional, a la disciplina regular podía añadir la fuerza de las lealtades autóctonas y del orgullo racial. De hecho, los señores aún mandaban a los miembros de sus tribus y haría falta toda la pujanza de la personalidad de Alejandro para establecer los ascensos por méritos. Pero ahora Filipo era comandante en jefe permanente y forjó un arma impresionante.

Su sólido centro era la falange de infantería (falange significa dedo), una columna profunda armada con la lanza gigante que él mismo diseñó, la célebre sarisa. De longitud graduada, las de la cuarta fila medían al menos cuatro metros y medio y permitían que cuatro hileras atacaran simultáneamente al enemigo a punta de lanza, lo que las volvía prácticamente inmunes a todo tipo de arma salvo las arrojadizas. Era la fuerza de contención. Los martillos que golpeaban estaban formados por las alas de caballería que las flanqueaban. Alejandro se convirtió en virtuoso de este instrumento, pero Filipo fue su creador.

Contaba con escaramuzadores, arqueros y honderos. Dionisio de Siracusa había introducido innovaciones en las armas para asedios, que a Filipo no le pasaron inadvertidas. Su estrategia militar era equiparable a su perspicacia política, lo que le permitió intervenir para su propio beneficio y a petición de uno u otro bando (la antigua tragedia de la Grecia dividida) en guerras vecinas. Su influencia en Tesalia y su avance constante por Tracia hacia la vital ruta del grano del Helesponto alarmaron a Atenas.

Sólo podemos especular sobre las consecuencias que habría tenido para Alejandro que Olimpia muriera de parto; qué habría pasado si hubiese tenido sus genes pero no su influencia. Padre e hijo podrían haber sumado el afecto al orgullo mutuo. Tal como sucedieron las cosas, esa figura sobresaliente fue enemigo y opresor; el burdo libertino que algún dios —gracias al cielo— impidió que lo engendrase; y, por encima de todo, el rival al que había que superar costara lo que costase. La trayectoria de Alejandro demuestra el efecto que en su genio natural ejerció la profunda inseguridad sentida en esos primeros y atormentadores años. La decisión de compensarla inspiró sus más grandes logros y, cada vez que lo atrapó por sorpresa, lo traicionó y lo llevó a cometer los más grandes pecados.

El hecho de que mantuviera la cordura se debió a su capacidad para la amistad, solaz hacia el que se volvió desde muy pequeño. Psicológicamente, su rostro debió de ser su buena fortuna; las personas se sentían atraídas por este chico apuesto sin pretensión de halagarlo y sus instintos de niño lo percibieron. Desarrolló una fe cuasi religiosa en la amistad, la cultivó y hasta se jugó públicamente la vida por ella. Los verdaderos amores de su vida, incluidos los sexuales, fueron las amistades. Aunque presentó el clásico patrón familiar de homosexualidad, probablemente fue la mera disponibilidad de amistades masculinas más que femeninas la que orientó su vida emocional. Ser querido por sí mismo, como sin duda le ocurrió a menudo, satisfizo su necesidad constante de seguridad y devolvió tan calurosamente el afecto que casi nunca le faltó. Cuando el cariño lo traicionaba, se estremecía hasta las raíces. Era mucho lo que había puesto en juego y no estaba dispuesto a perdonar.

Cuando tenía siete años —edad considerada el fin de la infancia—, su padre le buscó un preceptor. Era un tal Leónidas, tío de Olimpia, y de esta forma el diplomático Filipo evitó disputas palaciegas. Parece que padre y madre estaban de acuerdo en la forma en que había que preparar al niño para su destino. Alcanzada la edad viril, Alejandro dio su propia explicación:

> *Ada, a la que honró con el título de madre y a la que nombró reina de Caria… por blandura de corazón solía enviarle diariamente muchos platos y golosinas y al final le ofreció reposteros y cocineros de notoria habilidad. Replicó que no los necesitaba, que Leónidas —su preceptor— le había proporcionado mejores cocineros: una noche de marcha para que deseara el desayuno y un desayuno ligero para que deseara la comida. Dijo: «Él mismo solía venir y registrar los cajones de la ropa de cama y los armarios para comprobar que mi madre no ocultaba lujos ni cosas extras».*

Una dieta escasa, indumentaria ligera y el ejercicio severo que dictaban su edad y su naturaleza (además de la necesidad de entrar en calor) fueron tal vez los motivos principales de la incapacidad de Alejandro para alcanzar la estatura media de los macedonios, fuera la que fuese; la gran sarisa, un arma utilizada normalmente, sugiere que alcanzaban una altura impresionante. De haber sido un hombre realmente

bajo, leeríamos que se lo identificaba a distancia por esta característica en lugar de por los otros medios que siempre se mencionan: su armadura, sus actos, etcétera; los propagandistas atenienses no habrían dejado de mencionarlo. De todos modos, el hecho de que su altura era mediana y probablemente inferior a la de su padre en una sociedad que atribuía gran valor a la estatura debió de ser bastante malo. Es posible que, más adelante, al estudiar medicina y fisiología, relacionara causa y efecto. No mostró afecto por Leónidas cuando éste dejó su cargo y el único regalo que le envió de Asia fue irónico: un saco de incienso. De niño, al ofrendar incienso en un santuario y en abundancia, como siempre hizo, Leónidas le dijo secamente que fuera parco con las cosas preciosas hasta convertirse en amo de las tierras en que crecían. Alejandro no llevó consigo a Leónidas.

Pero sí llevó, y en una ocasión arriesgó la vida por él, a Lisímaco, un parásito de la corte que no contaba para nada y que gustaba de llamarse su preceptor. Desde luego, era una broma, pues se trataba de labor de criados, aunque Lisímaco asumió las humildes tareas del niñero de quien no se espera que eduque. El agradecimiento de Alejandro a las devociones personales siempre duró toda la vida y, para bien o para mal, lo que obtuvo a cambio está fuera de todo cálculo. Lisímaco entretenía al niño llamándose a sí mismo Fénix, como el preceptor de Aquiles. Alejandro interpretó durante toda su vida ese papel en el juego. Hasta el fin de sus días tuvo bajo la almohada la Ilíada junto con la daga de autodefensa que era habitual en el dormitorio de los reyes macedonios.

Es extraña esta atracción en un hombre cuyos impulsos serían más generosos. Aquiles fue implacable con los conquistados, hizo valer el derecho del captor sobre las mujeres reales, profanó el cadáver del enemigo noble y permaneció malhumorado en su tienda mientras sus amigos caían en el campo de batalla, actitud ante la cual Alejandro habría preferido perecer. Debemos recordar que Aquiles era un antepasado sobre el cual tal vez conoció muchas anécdotas, no sólo en Homero, y las tiñó con fantasías; en las novelas de las hermanas Bronté, el duque de Wellington no es el duque histórico y es posible que el Aquiles de Alejandro no haya sido el nuestro. Su interés por las amazonas sugiere, por ejemplo, que conocía el relato del ciclo épico sobre el duelo romántico entre el héroe y Pentesilea. Pero actualmente el ciclo completo se ha perdido. De todos modos, sabía lo que dice Homero: que la madre de Aquiles era una diosa; que fue despojado y menospreciado por un monarca, a quien derrotó; que tenía un camarada al que amaba como a su vida, y que estaba furioso.

Plutarco sostiene que desde la niñez Alejandro sintió el anhelo de sobresalir y *philotimia*, amor al honor. A pesar de sus traumas infantiles, nada sabemos de berrinches. Si su debilidad por ganar lo hubiese convertido en un mal perdedor, los amigos de la infancia no lo habrían apoyado en la desgracia y en el exilio. De todos

modos, la profunda cólera de Aquiles debió de tocar alguno de sus puntos sensibles.

***

El mismo año del acceso de Filipo al trono, en Persia tocaba a su fin otro reinado. Al longevo y débil Artajerjes II le sucedió su hijo Artajerjes Oco. Gobernante férreo pero salvaje, de inmediato se dedicó a reducir a los todopoderosos sátrapas y a proscribir sus ejércitos privados. La rebelión fracasó y Filipo protegió a dos fugitivos que pasaron varios años en su corte, siendo uno de ellos el importante aristócrata Artabazo, del que oiremos mucho más. Era uno de esos ancianos sorprendentes que en la actualidad sólo parecen sobrevivir en el Cáucaso ruso. Ya mayor cuando se rebeló y envejecido cuando fue indultado y se le ordenó volver, sobrevivió —convertido en un activo nonagenario— para hacer campaña sucesivamente con Darío y Alejandro, cuya calurosa acogida cuando muchos años después volvieron a encontrarse apunta a tiernos recuerdos de la infancia. Por consiguiente, Alejandro conocía a los persas desde que tenía memoria, no como los monstruos de la propaganda, sino como seres humanos y amigos; debió de jugar a menudo con los chicos de la numerosa familia de Artabazo. Aunque el macedonio era, en un sentido amplio, un dialecto dórico, la corte hablaba griego, lo mismo que muchos persas viajeros o de buena cuna. Por eso es posible que sea cierta la célebre anécdota de Plutarco, según la cual cuando llegaron los emisarios persas que portaban la llamada para los exiliados, el pequeño Alejandro se ocupó de recibirlos porque Filipo estaba ausente.

> *Los conquistó con su alegre simpatía y haciendo preguntas que no eran pueriles ni frívolas, pues trataban de la longitud de las carreteras y de cómo era el viaje tierra adentro; preguntó por el monarca mismo, por su modo de comportarse en el campo de batalla y por el valor y la fortaleza de los persas.*

Su padre había convertido Pella en una base militar y el palacio en el cuartel general del estado mayor; probablemente el niño se movió entre soldados desde que aprendió a andar. La confianza sublime con que asumió el mando militar mediada la adolescencia sugiere que los conocía desde hacía mucho con la intimidad privilegiada del niño mimado del regimiento.

Seguramente fue como invitado de la familia que conoció a un joven que, como le llevaba once años, debió de parecerle un hombre hecho y derecho: Tolomeo, su futuro historiador. Era pariente por parte de madre, fuese por la vía regular o, como cuenta la tradición, por una aventura de Filipo adolescente antes de que éste partiera hacia Tebas, en cuyo caso los muchachos eran hermanastros. Las generaciones posteriores de Tolomeos no rechazaron esta afirmación. Como había nacido en Pella, Tolomeo I debió de conocer a Alejandro toda la vida.

La historia de Arriano comienza con su acceso al trono, probablemente porque así lo hizo Tolomeo, y es una pena pues su conocimiento de los años anteriores habría sido de un valor incalculable. Por supuesto, Tolomeo es la autoridad principal respecto de sí mismo, si bien los autores antiguos lo respetan. Suprimió las hazañas de sus rivales —tendencia que se aplica a las memorias de todos los generales retirados— y sacó el máximo partido de las propias, aunque fue honrado por no inventar nada, y escribió hacia el final de una larga vida, cuando el tumulto y los gritos prácticamente habían cesado y partido los capitanes y los reyes. Arriano lo recomienda no sólo porque combatió junto a Alejandro, «sino porque, al ser él mismo rey, las falsedades le habrían resultado más injustificables que a cualquier otro».

La suspicacia moderna ante el esnobismo pueril de Arriano, evocado por esas palabras sensatas, también es bastante ingenua. Es evidente que no atribuye a los reyes un sentido superior del honor, sino que pone de manifiesto el hecho evidente de que son vulnerables al escarnio público. Tolomeo era más de diez años mayor que Alejandro, que, a su vez, hacia el final de la vida tuvo en el ejército muchos hombres como mínimo diez años menores. En una ciudad como Alejandría, los recitales de la historia —método de publicación del mundo antiguo— atraían a muchos veteranos lúcidos que estaban en la mitad de la vida y vivían de sus recuerdos. El fundador de una dinastía no puede darse el lujo de ser ridiculizado por semejante público.

Para entonces hacía veinte años que Alejandro estaba fuera del alcance de los halagos, irritados por el hecho de que las fuentes más «favorables» son hombres que lo conocieron en vida, los detractores han buscado motivos ulteriores en Tolomeo, ignorando evidentemente el hecho de que su defensa se basa en lo contrario de lo que pretende demostrar. Se dice que Tolomeo estaba interesado en hacer propaganda de su propia dinastía. Sin embargo, escribió para un público vivo, antes de la posteridad. En primer lugar, ¿para qué arrastrar hasta Egipto el cadáver de un tirano corrupto sobre el que miles de personas influyentes conocían la verdad? ¿Por qué no llenar la Historia de historias que lo desacreditaran y en las que, por contraste, Tolomeo destacara? Los detractores de Alejandro siempre han supuesto que Tolomeo favorece a Alejandro para gozar del reflejo de su gloria, lo que, ciertamente, significa nadar y guardar la ropa.

No podemos ignorar este último motivo, que es bastante humano. De todos modos, la lealtad de Tolomeo precede a todo interés propio y hay que reconocer que en una ocasión le costó muy cara. Más adelante, a pesar de que nunca fue ascendido hasta alcanzar la eminencia de Crátero o de Hefestión, este soldado capaz y muy ambicioso —como demostró ser— siguió siendo inquebrantablemente leal. ¿Es excesivo suponer que en Alejandro había algo que dio pie a esos sentimientos e hizo que duraran más que su propia vida y que Tolomeo escribió en medio de hombres que los compartían? Tolomeo quería recordar lo mejor y ellos querían oírlo. Al fin y al

cabo, es la explicación más sencilla.

En el año 348 a. C., cuando Alejandro contaba ocho años, después de un asedio plagado de incidentes, Filipo capturó Olinto, ciudad tracia colonizada por los griegos y aliada de Atenas. Había refugiado a sus dos hermanastros supervivientes, que se rebelaron abiertamente, por lo que los mató. «Semejantes tragedias fueron bastante frecuentes en la familia real macedónica», señala Grote con irrefutable veracidad.

Las tragedias respondían, principalmente, a la poligamia de los monarcas. Con un poco de suerte, el primogénito de la reina consorte podía abrigar la esperanza de reinar; sin embargo, los gobernantes macedónicos combinaban los negocios con el placer y realizaban ciertos tipos de matrimonio con las hijas de nobles poderosos o nuevos aliados a fin de garantizar las valiosas obligaciones del parentesco. Y los hijos varones de esas alianzas eran, y habían sido durante generaciones, usurpadores en potencia. Algunos habían cambiado la sucesión. Filipo abordó el problema a la manera tradicional: no se le ocurrió evitar la causa.

Como era un hombre sexualmente muy activo y un gran diplomático, hizo uso pleno de su prerrogativa real; era proverbial que con cada guerra tomaba una nueva esposa. En conjunto, tuvo como mínimo media docena de esposas secundarias, varias de las cuales le dieron hijos, entre ellos un varón. Todas las fuentes coinciden en el amargo resentimiento de Olimpia. Sintiera celos de mujer, afrenta de reina o ambas cosas, lo cierto es que estuvo atenta como una tigresa que amamanta a cualquier amenaza que pudiera surgir contra Alejandro. El bastardo, Arrideo, era retrasado mental. Aunque no parece probable que Olimpia provocara esa situación mediante drogas, el pueblo la consideraba capaz de hacerlo y, de hecho, lo era. No hay dudas acerca de la huella que imprimió en Alejandro.

De niño tocaba la lira y cantaba. Tenemos pruebas de primera mano de alguien que lo escuchó. De adulto fue un protector constante y generoso de los músicos, aunque no hay una sola línea que aluda a que tocaba un instrumento o cantaba. El motivo queda claro en una anécdota de Eliano. Alejandro tenía la voz bastante aguda y posteriormente fue muy imitada, como todos sus amaneramientos. Los griegos preferían el tono dulce al grave. Cierto día su padre lo oyó y le dijo que debería sentir vergüenza de cantar tan bien. Alguien lo consignó, por lo tanto había público. La calumnia de afeminamiento debió de ser deliberada y la recibió como tal. Probablemente no fue la única vez que sus padres descargaron sobre él su odio recíproco.

La divisoria natural entre la niñez y la adolescencia es el famoso episodio de la doma de Bucéfalo. Se trata de una anécdota trillada: el impetuoso corcel que le fue ofrecido a Filipo por un precio muy elevado no se dejó montar y fue rechazado por inútil; el niño insistió en que se desperdiciaba un magnífico caballo; el padre lo retó a que superara a sus mayores; apostaron que éste le compraría el caballo si Alejandro

lograba domarlo y, en caso contrario, el joven tendría que pagarlo; el caballo sintió confianza en cuanto Alejandro lo tocó. La idea popular sigue rondando en torno a un encuentro de jóvenes animosos y lo cierto y más interesante es que Bucéfalo tenía doce años. En consecuencia, era indudable que el caballo estaba entrenado, sin duda para la guerra. Lo que ello suponía en la antigua Grecia es vívidamente descrito por Jenofonte en su tratado de equitación. Todavía no se conocían los estribos ni la silla de montar; el jinete montaba a pelo o sobre una manta. Así, la lanza no podía emplearse para una carga de impacto, como en la guerra medieval, sino para empujar (el propio Alejandro prefería el sable). Aun así, el jinete necesitaba un corcel bien disciplinado para seguir montado; salvo el apretón de las rodillas, el único control se ejercía a través del bocado y los ejemplos que sobreviven son espantosos. Además de firmeza en la batalla, esperaban que el corcel de categoría caracoleara al desfilar. En este punto Jenofonte, que amaba a los caballos, hace algunas advertencias reveladoras. «*Algunos enseñan la corveta golpeando con una vara bajo los jarretes del caballo o haciendo que alguien corra a su alrededor con un palo y le dé en los cuartos traseros*». También desaprueba que simultáneamente se levante la cabeza del caballo, se lo espolee y se lo azote. Cabe la posibilidad de que el que intentó preparar a ese animal valiente y fogoso para un cliente de la realeza hubiese dado demasiados golpes. Arriano cuenta que, mientras vivió, Bucéfalo no se dejó montar por ninguna otra persona que no fuera Alejandro. Rufo Quinto Curcio añade que, por Alejandro, el caballo era capaz de bajar el cuerpo para ayudarlo a montar.

Es el único incidente de la vida de Alejandro que Plutarco narra con tanto lujo de detalles que parece un auténtico recuerdo. Tal vez en las noches en que el conquistador del mundo se quedaba hasta altas horas bebiendo vino lo asaltaba «una especie de jactancia marcial» y narraba esa anécdota favorita, que algún escritor de memorias se aprendió al dedillo. De todos modos, su interés no sólo es histórico sino humano. Durante la batalla de Gaugamela, Alejandro —que tenía veinticinco años— cuidó de su corcel de veinticuatro años, que era lo bastante famoso para que quedara consignado. La flor de la vida de Bucéfalo se correspondió con los años de guerras juveniles de Alejandro, antes de que subiera al trono; sin duda ya se celebraban las hazañas de uno y de otro.

Filipo compró el caballo tal como habían acordado y se mostró orgulloso del logro de su hijo. Por desgracia para la mejoría de sus relaciones, en la misma época el rey participó del más desagradable de los escándalos a los que dio lugar su estilo de vida. A juzgar por el relato de Diodoro, parece que su vida amorosa homosexual sólo se atenía al modelo tebano en el sentido de que sus favoritos eran socialmente presentables. Filipo carecía de la constancia de la Falange Sagrada. Había desechado a un tal Pausanias por un nuevo capricho. Profundamente resentido, en una borrachera Pausanias tildó de puta ansiosa de dinero a su joven rival. De haber tenido

razón, habría cambiado el curso de la historia. Pero estaba equivocado. Con impetuoso orgullo macedonio, el joven se quitó la vida para rechazar el insulto. Después de dejar un mensaje en el que explicaba su acto, en la siguiente guerra fronteriza con los ilirios se adelantó al monarca y fue al encuentro de una muerte segura en manos del enemigo.

Un noble llamado Atalo, amigo de Filipo y tal vez pariente o jefe tribal del difunto, organizó una lúgubre farsa a modo de justo castigo. Emborrachó a Pausanias en su casa, lo arrojó al patio de las cuadras y propuso a sus esclavos que lo violaran.

Imposibilitado de matar a Atalo en medio de sus criados, Pausanias fue a ver al rey y reclamó venganza. Como era de prever, el monarca se la negó porque Atalo no podía ser legalmente ejecutado sin juicio público, aunque Filipo lo hubiera deseado, como Pausanias era un oréstide de familia casi real, Filipo le ofreció alguna compensación en tierras o en graduación. Pausanias aceptó y pareció que la disputa quedaba zanjada. Es probable que Alejandro, que contaba doce o trece años, oyera esa sórdida historia. Sin duda padeció lo que era lógico para alguien de su edad, su naturaleza y su situación. Empero, esos hechos lo situarían en el trono.

Poco después Filipo extendió decisivamente su Influencia hacia el sur. Por invitación se convirtió en arconte de Tesalia: cacique principal, juez, jefe militar y virtual monarca. Benefició realmente al país a causa de su prolongada historia de barones opresores y belicosos; ni él ni su hijo tuvieron problemas para reclutar infantes de caballería entre los afamados jinetes tesalios. Pero Atenas, con su compromiso democrático y su odio tradicional hacia la monarquía, sólo prestaba su atención a la creciente amenaza que procedía del norte.

En realidad, a Filipo nada le interesaba menos que la guerra con Atenas. Tenía planes más amplios y mejores. Después de la desastrosa guerra del Peloponeso, los espartanos apuntalaron su odiada tiranía en el sur de Grecia cediendo a Persia, a cambio de apoyo, las colonias griegas de Asia Menor. Eso acabó con su prestigio antes de que declinara su poderío. A partir de ese momento todas las ciudades-estado coincidieron, en principio, en que tenían el sagrado deber de liberar a sus parientes helenos. Pero como estaban enredadas en disputas que procedían de generaciones anteriores, jamás se mancomunaron para hacerlo. Ése era el sueño que Filipo aspiraba a convertir en realidad.

Hacía mucho tiempo que las mentes objetivas se habían percatado de la necesidad de establecer un alto mando único. Isócrates —filósofo político nonagenario que recordaba a Sócrates como contemporáneo— había insistido en ello durante décadas, en ocasiones proponiendo a jefes bastante incompetentes; vio en Filipo un candidato realmente prometedor y le escribió largo y tendido para decírselo. Sin duda Filipo estaba calificado para esa tarea. Si no hubiese engendrado a un genio, se lo recordaría

como el general más brillante de la antigüedad, comparable a julio César. No era un gobernante severo ni, de acuerdo con los patrones de la época, gratuitamente cruel en la guerra. Respetaba la cultura, se sentía cómodo en presencia de estadistas o campesinos y con su encanto socavaba la hostilidad. Su equilibrio sorprende, sobre todo porque el cautiverio de Tebas no había sido el primero: cuando era muy pequeño se llevó la sorpresa de que el usurpador Tolomeo —amante de su madre, al que su hermano mayor tuvo que matar antes de rescatarlo y devolverlo a Macedonia— lo envió como rehén a los salvajes ilirios.

Sabía asimilar las bromas. Después de una victoria estaba despatarrado en un sillón, supervisando la tarea rutinaria de vender los cautivos a los traficantes de esclavos, cuando un prisionero ingenioso exclamó: «¡Filipo, salvadme la vida, fui amigo de vuestro padre!». Le pidió detalles y el prisionero afirmó que eran secretos. Filipo le hizo señas de que se acercara. El cautivo susurró: «Señor, bajaos la túnica, se os ve la entrepierna». Filipo sonrió y se dirigió a los guardias: «Pues sí, es un buen amigo, dejadlo en libertad». A él se le atribuye la célebre réplica a un barbero charlatán:

> *«Señor, ¿cómo os gusta que os corten el pelo?*
> *»En silencio».*

Su hijo no heredó este humor punzante. Los dichos registrados de Alejandro contienen meollo más que ingenio y las chanzas que le granjearon el afecto de sus hombres fueron infantiles y sencillas. Después de devolver la vida a un soldado que había quedado aterido de frío en su sillón, delante de la hoguera del campamento, dijo: «Tienes suerte de que no soy Darío, él habría pedido tu cabeza». Ese comentario estaba muy lejos de la ironía cáustica de Filipo; tal vez el joven había sufrido su mordacidad desde la más tierna infancia.

Y le gustaba aún menos al enemigo jurado de Filipo, el orador ateniense Demóstenes, hombre que no tenía el más mínimo sentido del humor, aunque poseía un talento notable para los vituperios. Fue heredero de un gran ideal y su último defensor. De forma inevitable, su nombre está tocado por la grandeza del ideal y por el aura de una causa perdida. Sin duda, se trataba de un patriota por convicción y por profesión; su fe en la ciudad-estado libre era sincera… siempre y cuando se tratara de Atenas. Sólo con esfuerzo se soporta la lectura de los discursos de Demóstenes, bien pulidos y publicados por él mismo. Fueron admirados en la Inglaterra del siglo XVIII, cuando las leyes antilibelo no impedían las injurias políticas. Valgan como contrapartida las brutales caricaturas de Gilray; Hogarth habría sido demasiado moralista y Rowlandson excesivamente jovial. No capta el menor destello del fulgor del apogeo de Atenas ni se hace eco de la afirmación inmortal de Pericles, según la cual la individualidad del hombre es su derecho y el orgullo de su ciudad. Todas las

páginas están cargadas de invectivas contra enemigos políticos o personales y también contra Macedonia («país en el que hasta ahora no ha sido posible comprar un esclavo decente»). Para él no existe arma demasiado humilde; se burla de la pobreza de la infancia de un adversario y no se para ante ninguna mentira que pueda colar. Aunque posee todas las aptitudes de la retórica, su popularidad no es más que un sombrío reflejo de la Atenas de su época. Es difícil leerlo sin tener la certeza de que habría recomendado la muerte de Sócrates.

Condujo a su ciudad a la ruina, no a través de la traición —ya que hasta los traidores le habrían prestado mejor servicio—, sino por un odio y un desdén muy arraigados. Sin duda creyó a pie juntillas en lo que él mismo había dicho de Filipo: que era un bárbaro ebrio de poder cuya intención consistía en entrar a saco en Atenas y crear un estado de esclavos. Demóstenes tenía ese tipo de envidia que espera algo malo del resto de los mortales. Su creencia en la ciudad libre no superaba las murallas de la propia. No tuvo escrúpulos a la hora de sostener contactos secretos con Persia y sacar ingentes sumas al rey Oco para utilizarlas en propaganda y sobornos contra Macedonia. Por supuesto, Filipo también contaba con su propia quinta columna, compuesta en parte por agentes puramente venales y en parte por hombres preocupados por sus propias ciudades que, al igual que Isócrates, vieron en la hegemonía macedónica el final de las guerras constantes entre estados y un atisbo de esperanza para las ciudades griegas de Asia. Filipo, descarado practicante de la realpolitik, al menos no fue mojigato.

Los adversarios se conocieron cuando Atenas envió emisarios a Pella. (Alejandro debía de rondar los ocho años). Demóstenes, la estrella, se había reservado para el final y, al verse frente a frente con la impresionante personalidad de Filipo, el orador «se secó». Con gran indulgencia, el rey le propuso que volviera a empezar desde el principio, pero le fallaron los nervios. Se aprendía los discursos, de memoria y había perdido el hilo. Sólo pudo tartamudear y tomar asiento; sus rivales, ante los que se había jactado de que dejaría mudo a Filipo, se ocuparon de que el hecho no se olvidase. El destino de las naciones, lo mismo que el precio del grano, a veces queda determinado por este tipo de acontecimientos.

Durante la cena de gala que se ofreció, el joven Alejandro, que aún tomaba lecciones de música, entonó diversas canciones con un amigo. A su regreso, Demóstenes se mofó de esa interpretación e hizo algún retruécano grosero. Había tenido una juventud difícil, quedó huérfano a temprana edad, fue estafado por sus administradores y quedó resentido de por vida. En este sentido, era tan inseguro como el niño cuya lira muy pronto quedaría olvidada. Pero los metales reaccionaron de manera muy distinta bajo la acción del fuego.

Cuando Alejandro tenía trece años, la lucha sucesoria en Epiro —tierra natal de Olimpia— amenazó con convertirse en guerra feudal. Filipo intervino e instaló en el

trono al hermano de Olimpia: Alexandros (la grafía griega lo distingue de Alejandro). Fue la sagaz elección de un hombre en el que, dadas las disputas familiares macedonias, se podía confiar para que supiese dónde estaban sus intereses. Fue uno de los golpes diplomáticos más efectivos de Filipo. Y no fue una evaluación incorrecta, sino la convergencia de fuerzas ocultas, lo que lo convirtió en el motor de su caída.

Aquel mismo año tomó otra decisión igualmente trascendental. Alejandro estaba en condiciones de recibir educación superior y como Atenas prácticamente se había convertido en país enemigo, tendría que cursarla en Macedonia. Filipo buscó un preceptor.

Recibió un aluvión de solicitudes. Isócrates, próximo a los cien años, se ofendió al ver que lo pasaban por alto. Espeusipo, sucesor de Platón en la Academia, se ofreció a dimitir y trasladarse a Macedonia, pero a Filipo no le interesaba la política ateniense, sino su cultura. Hacía sólo cuatro años, cuando Alejandro ya había cumplido los nueve, que Platón había muerto dejando pendiente una de las grandes hipótesis de la historia. Su sueño del rey-filósofo no había sobrevivido a sus esperanzas frustradas. Su maestro Sócrates y él mismo habían diseñado el modelo de la bolsa de seda. Las paradojas del destino les dieron de patadas a cada uno, bajo la forma del genial pero inestable Alcibíades y del vanidoso y superficial Dionisio II, mientras en Macedonia seguía tejiéndose la seda para Aristóteles.

Según la leyenda, Filipo contrató al hombre más sabio de su época el mismo día del nacimiento de Alejandro, como el par inglés que inscribe a su hijo en Eton. A decir verdad, trece años después ni siquiera tenía idea de la valía del preceptor que había conseguido. A sus cuarenta años, Aristóteles era un erudito de reputación creciente y tenía en su haber el importante antecedente de haber estudiado varios años con Platón, al cual, según se decía, le habría gustado suceder al frente de la Academia. De todos modos, es harto improbable que su categoría académica fuera decisiva para la elección de Filipo. Aristóteles era hijo del médico de cabecera del padre de Filipo, un tal Nicómaco. Éste debió de tratar las enfermedades infantiles del propio Filipo y de sus dos hermanos mayores muertos, que probablemente conocieron a Aristóteles de niño. Su ciudad natal, Estagira —en la costa de Tracia—, fue destruida por las guerras mientras estudiaba en Atenas y al quedar sin patria estableció conexiones muy útiles para Macedonia.

A la muerte de Platón, aceptó la invitación de Hermias —antiguo Compañero de estudios—, gobernador eunuco que se había separado del gobierno persa y creado un estado despótico, aunque benigno, en Atarneo, que dominaba el estrecho existente entre el continente y Mitilene. Reunió a su alrededor una pequeña corte de amigos filósofos y otorgó a Aristóteles la mano de una sobrina que estaba bajo su tutela, por lo cual el pensador tuvo influencia en un estado de gran valor estratégico para Filipo.

Éste acogió al filósofo con la cortesía que siempre tuvo para con los griegos distinguidos y le ofreció una casa de campo en la que, lejos de la corte y de las distracciones familiares, el príncipe se educó junto a un selecto grupo de amigos.

Las obras que conservamos de Aristóteles corresponden a años posteriores, en los que ya había fundado en Atenas su propia universidad, el Liceo. Su período macedonio debió de ser de transición después de las enseñanzas de Platón y no tenemos pruebas concluyentes de lo que allí enseñó, si bien la vida posterior de Alejandro nos proporciona muchas pistas. Platón era un filósofo metafísico cuya obra está impregnada de la poesía a la que en su juventud renunció. Su experiencia mística personal fue una de las premisas a partir de las cuales su lógica construyó el universo. Seguramente la ardiente imaginación de Alejandro encontró en él a un intérprete y un guía. El temperamento de Aristóteles correspondía al del científico inductivo. Es uno de los grandes enigmas de la historia: si la ganancia compensó la pérdida.

El intelecto pragmático e inquisitivo y la pasión por la exploración y el descubrimiento, características de Alejandro, quedaron instantáneamente capturados por Aristóteles. La botánica y la zoología fascinaron a Alejandro durante toda su vida, lo mismo que la medicina. Siempre se interesó sobremanera por las heridas y las enfermedades de sus soldados y dio recetas personales a sus amigos; en este aspecto debió de estar bien instruido porque los médicos griegos transmitían su arte a sus hijos. Cada vez que salía de campaña estudiaba la flora y la fauna, tomaba notas y le enviaba ejemplares a Aristóteles; se cuenta que soltó venados anillados a fin de averiguar cuánto tiempo vivían (con gran romanticismo, Plutarco les pone collares de oro, algo que no sería de gran ayuda para su conservación). La Edad Media contó con una colección completa de epístolas apócrifas de Alejandro sobre estas cuestiones, fuente principal de la fauna fantástica de los romances; sus verdaderas observaciones, que habrían sido un tesoro para más ciencias que la biología, han desaparecido.

Alejandro también estudió filosofía. En el mundo griego era el elemento central de todos los estudios adultos. Aún no se había convertido en una especialidad abstrusa, absorbida por las minucias de sus propias inflexiones gramaticales. Su lenguaje era comprensible para el lego y su tema eran los juicios de valor humanos últimos. Las conclusiones de dichas evaluaciones influían en los debates sobre el derecho, el arte de gobernar y la ética personal.

Más que profunda, la ética de Aristóteles se componía de elevados principios. Éste habría coincidido con Sócrates en que aquel que quiere estima debe adquirirla con realidad, cueste lo que cueste: «Sé lo que deseas parecer». Sin embargo, Platón hace la siguiente súplica a Sócrates: «Hazme ser bello interiormente y quizá las cosas externas se correspondan con las internas». Aristóteles concibió primero como imagen al «hombre de gran alma»; papel magnífico para el que debía prepararse el hombre que lo representara y al que nunca debía traicionar. Pese a ser un gigante

intelectual, se convirtió en aprendiz de brujo al transmitir esa enseñanza a un hombre como Alejandro. Es posible que, en su madurez, Platón fuera el brujo. Aristóteles desató una fuerza que iba más allá de sus propias concepciones.

La necesidad de confiar en sí mismo de Alejandro era equiparable a su genio y a su fuerza de voluntad. Si alguna vez decidió conscientemente convertirse en el más grande entre los hombres, con toda probabilidad fue en su época de estudiante. Cuando ese sueño se hiciera realidad, se regocijaría. En este punto es decisivo no pensar anacrónicamente. El mundo griego no admiraba la modestia y la consideraba debilidad de espíritu; sólo se despreciaba la jactancia mentirosa. El hecho de que un hombre se merece la estima que le corresponde es el eje sobre el que gira la trama de la Ilíada. Las últimas palabras del Hipólito de Eurípides, «Ruega para que tus hijos legítimos se parezcan a mi», no ofendieron al público griego porque el personaje se había ganado ese derecho. En consecuencia, era inevitable que, a su debido tiempo, Alejandro se convirtiera en uno de los hombres más vanidosos de la historia humana. El secreto de su magnetismo, tanto para sus contemporáneos como para la posteridad, radica en que el orgullo redimió su vanidad. Ser realmente lo que deseaba parecer fue su pasión hasta que exhaló el último suspiro. En la ocasión en que cayó por debajo de su propia indulgencia, la vergüenza estuvo a punto de matarlo.

El curso de derecho y educación cívica sin duda le resultó útil al comienzo de sus campañas, en las que se ocupó de las viejas colonias griegas; sin duda había aprendido la naturaleza de los regímenes griegos: de la tiranía (a la sazón una expresión técnica), pasando por la oligarquía extrema y la moderada, a la democracia. Las lecciones debieron de dar por sentada la existencia de un conjunto homogéneo de ciudadanos (los esclavos, las mujeres y la mayoría de los inmigrantes carecían de derechos), en su totalidad griegos, al menos por asimilación. En cuanto superara las fronteras de dichas sociedades tendría que improvisar. Su preceptor fue explícito con respecto a la función de las razas inferiores: los griegos eran hombres y los bárbaros subhombres, creados para uso de los hombres, lo mismo que las plantas y los animales. Era la opinión dominante de la época y si Aristóteles no se elevó por encima de aquélla, algunas excusas tuvo. Durante su estancia en Macedonia, su amigo y pariente Hermias fue llevado mediante traiciones a las manos de Oco, torturado para obligarlo a revelar los planes de sus aliados (no lo hizo) y crucificado.

En una de las lecciones de educación cívica se planteaba a los estudiantes una situación hipotética y se les preguntaba cómo la afrontarían. Alejandro, que muy probablemente se sabía al dedillo la respuesta «correcta», repuso que cuando surgiese ya vería cómo resolverla. Fue una respuesta profética. Hizo lo que hizo siendo acero flexible en una edad de hierro.

Entre las teorías biológicas de Aristóteles figuraba la de que la mujer es una forma imperfecta del hombre. Aunque heterosexual, en el mundo masculino de

Grecia daba por sentado, lo mismo que Platón, que las relaciones vitales de un hombre eran con otro hombre. Donde Platón exaltaba el amor, Aristóteles ensalzaba la amistad, dentro de la cual cada uno debía desear y fomentar el máximo bien para el otro. Al margen de cualquier reserva que Alejandro tuviese sobre el curso de educación cívica, lo cierto es que respondió incondicionalmente a ese precepto. Se conocieran en la infancia o en la adolescencia, para entonces contaba con la compañía de Hefestión.

Al igual que Tolomeo, Hefestión había nacido en la zona. Probablemente se conocían desde hacía mucho tiempo. Sea como fuese, Aristóteles, que abandonó Pella cuando Alejandro tenía dieciséis años y nunca más volvió a verlo a él ni a sus amigos, escribió a Hefestión un libro entero de cartas. Por desgracia, figuran entre sus obras catalogadas que ya no existen. Y las respuestas de Hefestión habrían sido más interesantes.

Si Hefestión hubiera sobrevivido a Alejandro, sabríamos mucho más de él. Y si Alejandro lo hubiese sobrevivido lo suficiente para conmemorarlo, incluso ese retrato idealizado nos habría permitido llenar algunas lagunas. Las probabilidades apuntan a que quizá sea uno de los hombres más infravalorados de la historia. En vida debió de despertar grandes envidias; no dejó tras de sí a nadie interesado en dar a conocer su fama y sólo disponemos de los testimonios de sus rivales. Es extraordinario lo poco que se lo cita críticamente. Lo peor que se dice de Hefestión es que en una ocasión tardó en dirimir una disputa personal en la que, a pesar de los detalles que se han perdido, quizá sufrió más provocaciones de lo que suponemos. Inició su carrera militar como compañero (es decir, miembro del regimiento de caballería del propio monarca) y fue ascendido, evidentemente por méritos propios, hasta los más altos rangos civil y militar; jamás fue derrotado en ninguno de sus encargos de gran responsabilidad; cumplió de manera impecable múltiples misiones diplomáticas de importancia decisiva, e intercambió correspondencia con dos filósofos. Su pérdida estuvo a punto de enloquecer a Alejandro. Apenas se sustentan las teorías que sostienen que fue un mero compañero de cama o un amigo íntimo apreciado por su devoción absoluta.

Rufo Quinto Curcio lo describe como más alto que Alejandro y más apuesto, en cuyo caso era indudablemente bello. Ningún historiador afirma tajantemente que fueran amantes, aunque Plutarco comenta que, en Troya, Alejandro depositó una corona en la tumba de Aquiles y Hefesfión en la de Patroclo. Pese a la reticencia de Homero, la Grecia clásica daba por sentado que el amor entre los héroes era sexual. El hecho de que Alejandro hiciera una confesión tan pública sería representativo de su pasión por las lealtades personales. Además, Olimpia estaba desaforadamente celosa de esa relación y persiguió por carta a Hefestión a través de media Asia. Sobrevive un fragmento de una de sus respuestas: «Deja de reñirme; de todos modos,

no es que me preocupe demasiado. Sabes que para mí Alejandro lo es todo». Estuvieron casi cuatro años bajo la tutela de Aristóteles. Cuando Alejandro cumplió los dieciséis, Filipo —comprometido en un asedio prolongado y complejo en el este de Tracia— lo nombró regente de Macedonia.

Es evidente que Alejandro ya había participado en la guerra. Aunque no existen archivos, la confianza depositada en él no fue una sinecura. Pese a que dejó al experimentado Antípatro como asesor, a esas alturas Filipo debía suponer que su hijo actuaría por propia iniciativa si lo consideraba necesario. Las tribus fronterizas, en concreto los ilirios, aún no sometidos, suponían una amenaza constante; otro tanto ocurría con los atenienses, que, sin declarar la guerra, empleaban métodos terroristas: tomaban un barco macedonio y vendían como esclavos a los tripulantes capturaban a un emisario y exigían rescate; detenían en Atenas a un mercader que había ido a hacer compras para Olimpia, por orden de Demóstenes lo torturaban hasta que se declaraba espía y lo ejecutaban. Más apremiante era la cuestión de los tracios del oeste, anteriormente sometidos pero que, si se alzaban, supondrían una amenaza para la línea de comunicación de Filipo, que para entonces casi llegaba al Helesponto.

El comentario de Plutarco sobre este período es escueto. Alejandro, «con tal de no estar ocioso, redujo a los rebeldes maedos, puso en su lugar a una colonia de varios pueblos y le dio su nombre, Alejandrópolis». Basta echar un vistazo al mapa para borrar la idea de que buscaba un pasatiempo. El país de los maedos corresponde a la región no cultivada de la actual frontera de Bulgaria; los invasores bajaban desde allí hasta el valle cultivado del Estrimón, que cortaba la ruta de aprovisionamiento de Filipo. Y una rebelión con éxito que desencadenara otras podría haberlo involucrado en un desastre militar de grandes dimensiones.

La primera «colonia» de Alejandro fue, sin lugar a dudas, una simple aldea en una colina. Su padre había fundado Filipópolis en Tracia; sólo posteriormente se revelaría el orgullo que el joven debió de sentir por ese acto de emulación. Pero es más significativo el hecho de que a los dieciséis años estaba en condiciones de convocar al ejército permanente de Macedonia, de hacerse seguir incondicionalmente hasta las fortalezas de los bárbaros y de ser obedecido en una dura campaña de montaña. Sería interesante saber dónde y cómo llegaron previamente a confiar en él.

Luego estuvo a las órdenes de su padre (Antípatro quedó de regente), que con el rango de general lo envió a someter algunas ciudades rebeldes del sur de Tracia. Aproximadamente en esta época salvó la vida de su padre, tal como reivindicó más adelante. Probablemente fue durante el agotador asedio que Filipo hizo a Perinto, durante el cual quizá tuvo que contratar tropas adicionales. Alejandro aún lo recordaba con resentimiento cuando ya era gran rey de Persia. Dijo de Filipo:

Cuando estalló una reyerta entre soldados macedonios y mercenarios griegos, complicada por una herida que sufrió en la refriega, cayó y no pudo

más que fingirse muerto; él mismo le protegió el cuerpo con el escudo y mató con su propia mano a los hombres que lo atacaron. Todo lo cual su padre nunca fue hombre suficiente para reconocer, pues no estaba, dispuesto a deberle la vida a su hijo.

Lamentablemente no sabemos nada más.

Cumplida la educación formal de Alejandro, Filipo pagó los honorarios escolares. Lo hizo con una ciudad. Estagira, la ciudad natal arrasada de Aristóteles, fue nuevamente fundada, reconstruida y repoblada; probablemente la población estaba compuesta por esclavos comprados. Todo ello convierte la educación de Alejandro en la más cara que se conoce. Fue formativa. Siempre recordó que el único yo que merece egolatría es el que hoy denominaríamos el superyó; el «alma intelectual» a la que hay que formar para que rija, como un soberano, sobre los apetitos inferiores y más bajos; para que desdeñe los límites de la mortalidad, para que sólo codicie riquezas como el honor, la nobleza y la gloria. El destacado aprendiz del brujo muerto dejó atrás ese hechizo, volvió a casa y quedó desconcertado por los truenos y relámpagos posteriores.

La confianza de Filipo en su hijo pone de manifiesto que aún se llevaban bien, como normalmente ocurría siempre que estaban en campaña y lejos de Olimpia. Alejandro volvió a Macedonia para reanudar la regencia mientras Filipo continuaba su acoso a los puertos-fortaleza de Perinto y Bizancio. Atenas ya estaba en guerra abierta y abasteció a las guarniciones asediadas gracias a su imponente superioridad naval, lo que al final obligó a Filipo a abandonar ambos objetivos. Durante la marcha de regreso a Macedonia derrotó a algunos escitas hostiles, pero su ejército, frenado por el botín en ganado y en esclavos, se vio detenido por una tribu norteña y el rey sufrió una herida demasiado grave para moverlo.

Entretanto, las responsabilidades de Alejandro y Antípatro eran considerables. En los estados sureños había estallado una complicada disputa político-religiosa por unos campos sagrados próximos a Delfos, lo que planteó la posibilidad de aplicar la táctica favorita de Filipo: la solicitud de intervención de Macedonia. (Una y otra vez, la geografía de Grecia, con sus montes hermosos pero yermos y sus codiciadas tierras de labrantío, ha determinado su historia. La prolongada y desastrosa guerra del Peloponeso, sepulcro de la grandeza de Atenas, se desencadenó por una disputa sobre unas tierras sagradas de Megara).

La Liga Sagrada —una especie de Naciones Unidas de carácter religioso— votó en favor de castigar a los anfisos, que se habían apoderado de los campos para cultivarlos. Filipo estaba en buenas relaciones con la Liga porque años atrás había expulsado de Delfos a una fuerza focea que saqueó los tesoros y el templo de Apolo. Se había comportado correcta y humanamente, convenciendo a sus aliados de que impusieran multas a los foceos en lugar de arrojarlos por los acantilados; la propaganda de Demóstenes había representado a los foceos como mártires oprimidos

y al macedonio como un tirano manchado de sangre. Avisó a la aún agradecida Liga que, si le solicitaban ayuda, estaba dispuesto a prestarla. El tiempo de espera era crucial. Desde Tracia ordenó a Alejandro que movilizara el ejército; para no alertar a Atenas, debía decir que se trataba de una campaña contra lliria. Alejandro obedeció. Antes de que Filipo regresara, los rumores llegaron a los ilirios, que no tardaron en levantarse en armas. Alejandro debía de estar preparado para esta contingencia. Avanzó hacia el oeste hasta la frontera, rechazó a los invasores y los hizo retroceder. Era su tercera operación independiente, en terreno accidentado, esta vez contra un enemigo más peligroso. Contaba diecisiete años. Filipo regresó, a la espera de los acontecimientos en el sur. Al parecer, durante ese intervalo de paz los padres de Alejandro tuvieron tiempo de ocuparse de la indiferencia sexual de su hijo.

Quizás Alejandro había rechazado alguna propuesta de matrimonio. Filipo —mujeriego precoz en el caso de que Tolomeo fuera su hijo— se desconcertaría al ver un joven que se acercaba a los dieciocho años y que era tan tímido en ese aspecto y tan osado en los demás. La sucesión real, precaria y manchada de sangre, hacía coherente el deseo de que engendrara un heredero en plena juventud (y jamás la ansiedad estuvo más justificada por los acontecimientos que en este caso). Lo mismo que otros padres de cualquier época, los de Alejandro analizaron su propia participación en su indiferencia sexual. A esa altura la idea del matrimonio debía espantar a Alejandro. Olimpia no lo dejaba en paz y se dice que contrató a una célebre hetaira —una de esas «acompañantes» elegantes que combinaban las dotes de la geisha con las de la cortesana— para que lo iniciara. La hetaira fracasó.

Aristóteles no daba clases de ascetismo ni de sublimación platónica, pero su doctrina del alma intelectual como regente del yo inferior durante años ofreció refugio al orgullo de Alejandro. Nunca fue muy sexual, aunque experimentó una profunda necesidad de afecto, y su respuesta física a las mujeres quedó congelada en la infancia en virtud del odio que se profesaban sus padres; tardaría mucho en deshelarse. Entretanto, reunió a un grupo de amigos íntimos y devotos, casi todos mayores que él. Evidentemente Hefestión era el único de su edad capaz de estar a su altura; ningún otro recibió cartas de Aristóteles. Con respecto a los demás, ninguno pudo ser su amante y, como pronto demostrarían los acontecimientos, el círculo íntimo no albergaba a aduladores atraídos por el rango. Alejandro invirtió en esos amigos su capital emocional, su apasionada generosidad, su potente magnetismo y su encanto irresistible. Casi todos estuvieron unidos a él de por vida.

La Liga Sagrada declaró la guerra a los anfisos, pero su ejército improvisado resultó ineficaz. Demóstenes previó lo que ocurriría y exhortó a los mal dispuestos atenienses para que contrarrestaran la amenaza de Filipo llegando a un acuerdo con Tebas. La disputa entre vecinos era tan antigua que, un siglo antes, los tebanos se habían aliado con el invasor Jerjes. Y su derrocamiento posterior de la tiranía

espartana había despertado más envidia que estima. Ahora tenían concertado un tratado con Macedonia y estaba por verse si lo incumplirían.

Cuando en la guerra anterior expulsó a los foceos del santuario de Delfos, Filipo propuso a Atenas —miembro de la Liga— que enviara un contingente de tropas. Demóstenes se ocupó de vetarlo, sin duda para impedir, sobre todo, la confraternidad con los macedonios, en quienes los soldados podrían descubrir a compañeros humanos. Cuando la moderación de Filipo salvó la vida de los foceos —tuvieron que pagar indemnizaciones y derribar sus plazas fuertes—, Demóstenes declaró que era una barbaridad. Tal como sucedió entonces, en la encarnizada lucha política, el veredicto contra los anfisos salvó a Atenas de los peligros de una acusación paralela de «impiedad». Este triunfo diplomático lo obtuvo Esquines, el odiado rival de Demóstenes. El compromiso político y el rencor personal lo llevaron a cometer un grave error. En la siguiente reunión de la Liga, convenció a los atenienses de que la boicotearan y los reunidos, sin la oposición del delegado ateniense, aceptaron la ayuda ofrecida por Filipo.

Había llegado el momento que Filipo tanto esperaba. Su ejército estaba entrenado a unos niveles hasta entonces desconocidos en Grecia. La caballería —los aristocráticos compañeros— creció en número durante el recorrido con los expertos jinetes de Tesalia. El paso decisivo de las Termópilas fue amablemente tomado a la guarnición tebana. Filipo avanzó hasta Elatea, en la frontera focea, aproximadamente dos días de marcha desde Tebas y tres desde el Ática.

Atenas fue presa del pánico. Con los tenderetes y los corrales de ovejas de la plaza del mercado se construyó un faro para alertar a los habitantes de las afueras. Con un trompetazo se convocó a la Asamblea de ciudadanos. Los partidarios de Demóstenes acusaron de traidores a los moderados que osaron recordar la moderación de Filipo después de la guerra contra los foceos. En esta ocasión la alianza con Tebas ganó la votación y Demóstenes encabezó la embajada enviada a negociar.

Filipo también envió emisarios a Tebas. Se escuchó a ambos bandos durante la misma sesión. El derecho de voto de los tebanos se limitaba a los soldados-ciudadanos presentes y veteranos. Los macedonios citaron el tratado mutuo, recordaron los actos hostiles de Atenas y a cambio de la alianza prometieron un reparto justo de los beneficios de la victoria. Si los tebanos preferían ser neutrales, se lo concederían a cambio del derecho de paso.

A continuación Demóstenes planteó las ofertas de Atenas. Consistían en entregar a Tebas dos pueblos protegidos por solemnes promesas atenienses: los beocios del campo circundante, sostenidos contra el gobierno tebano en el sagrado nombre de la democracia, y, por si eso fuera poco, los habitantes de Platea. A esta tribu fronteriza, única aliada de Atenas en la heroica defensa de Maratón, se le había concedido a

perpetuidad la ciudadanía ateniense honoraria. Los tebanos dudaban. Demóstenes, que jamás había pisado un campo de batalla, les echó en cara su cobardía. Este recurso sencillo tuvo un éxito total. Los tebanos renunciaron al tratado (mejor dicho, lo rompieron, ya que los acuerdos se tallaban en mármol) y votaron a favor de la alianza con Atenas.

Filipo sabía en qué posición se encontraba. No había querido entrar en guerra con Atenas. Una vez establecida su ascendencia, sin duda habría pretendido dirigir la política exterior ateniense —modelo de las hegemonías griegas desde los tiempos de Pericles—, pero fue inocente de todo intento de esclavizar a su pueblo o de destruir su cultura. Probablemente abrigaba el deseo íntimo de ser un nuevo Pericles. Sus diversas ofertas fueron obstruidas por el odio inveterado de Demóstenes y rechazadas con estudiados insultos. Educado en las tradiciones macedónicas, Filipo tenía una visión simple y amplia de los cabecillas que dirigían desde bambalinas. Y su certeza de que allí encontraría a uno resultaría acertada.

A pesar de todo, no marchó hacia el sur. Primero cumplió el encargo de la Liga. Después de un invierno de maniobras alrededor del macizo del Parnaso, mediante un ardid hizo una marcha relámpago sobre Anfisa, capturó a los mercenarios enviados por Demóstenes y aceptó la rendición de la ciudad. Filipo y su hijo fueron ceremonialmente celebrados, honrados y coronados en el santuario de Delfos.

No volvieron a Macedonia. Se apoderaron sin dificultades del golfo de Corinto, fortificaron sus plazas fuertes y retornaron a Elatea. Incluso en ese momento Filipo envió sus últimas ofertas de paz a Tebas y a Atenas. Demóstenes se ocupó de que las rechazaran. Otra hipótesis histórica acababa de superar la encrucijada. A mitad del verano las fuerzas del norte y del sur, alrededor de treinta mil hombres por bando, se encontraron en la llanura beocia de Queronea.

Filipo ejerció el mando desde el ala derecha, puesto tradicional de los reyes macedónicos. La idea de que el lado en que se esgrime el arma es más «honroso» que el del escudo existe desde tiempos inmemoriales. Como el enemigo hizo lo mismo, Filipo supo, gracias a los tiempos de su estancia en Tebas, cuál sería el cuerpo de élite que haría frente al ala izquierda macedónica: la imbatida Falange Sagrada. Confió esa posición a la caballería de los compañeros, mandada por Alejandro.

Filipo en persona hizo frente a los atenienses, que contaban con la ventaja de estar en terreno elevado. Los hizo bajar mediante un simulacro de retirada, les tendió una celada en la que cayeron y los derrotó. Entre los que huyeron estaba Demóstenes, que probó la guerra por primera y última vez. Para disimular la brecha, los demás soldados alargaron la fila. Alejandro esperaba ese momento: dirigió la carga de la caballería contra la Falange Sagrada.

Según los patrones del más osado arte militar moderno, en la batalla Alejandro se expuso como no debe hacerlo un comandante responsable. Pero nuestros patrones no

son los de Macedonia, cuyo ethos seguía siendo homérico. No sólo él, sino sus hombres, recordaron las palabras de Sarpedón ante las murallas de Troya. Probablemente, Alejandro las sabía de memoria.

> Glauco, por qué nos honran a ti y a mí antes que a otros con
> lugares de honor, las mejores carnes y copas rebosantes de
> vino
> en Licia, y todos nos miran como si fuésemos inmortales,
> y nos asignan grandes extensiones de tierra a orillas del Xantos,
> tierra fértil, huerto, viñedos y terrenos cultivables para
> plantar trigo.
> En consecuencia, es nuestro deber ocupar nuestros puestos a
> la vanguardia de los licios, y cumplir nuestro cometido en el
> fragor del combate,
> para que cualquiera de los licios de prieta armadura pueda decir
> de nosotros:
> «Ciertamente, no son innobles estos hombres que son señores de
> Licia,
> estos reyes nuestros, que se alimentan de las gordas ovejas que les
> damos
> y beben el exquisito vino dulce, pues sin duda ellos poseen fuerza
> y valor, ya que combaten en la vanguardia de los licios».

Las múltiples heridas de Filipo demuestran que, pese a ser un experto realista, daba por sentado este significado de la expresión «nobleza obliga».

Es cierto que a lo largo de su vida Alejandro coqueteó con el peligro, aunque siempre con algún propósito y con fervor casi religioso. Con frecuencia lo tachan de intrépido, pero ningún hombre de imaginación tan fecunda es inmune al miedo. Había visto a muchos hombres sufrir una muerte espantosa en el campo de batalla, después de padecer una prolongada agonía. Quizá por ese motivo el miedo siempre fue el primer enemigo que tuvo que vencer.

En ésta, la primera de sus grandes batallas, condujo a la caballería contra la infantería (aquélla no contaba con la ventaja de que dispondría cuando se inventase el estribo) y, luego de una lucha encarnizada, logró romper las filas tebanas. Cercada, la Falange Sagrada se negó a rendirse y pereció hasta el último hombre. Aún se alza en Tebas el león de mármol que señala la fosa común.

La victoria fue abrumadora y Filipo, cuyos intentos de helenizarse habían recibido una respuesta tan fría, volvió a Macedonia. En el festín que celebró esa misma noche, proclamó un «comus» dionisíaco y guió hasta el campo de batalla su procesión achispada y portadora de antorchas, entonando un cántico acerca de Demóstenes. Fue regañado por un aristócrata ateniense que se encontraba en el recinto de los prisioneros y la embriaguez se le pasó en el acto. El nombre de Alejandro brilla por su ausencia en todas las versiones de este episodio. Filipo se relacionaba con torpes y cobardes y su hijo con valientes; tanto entonces como más adelante no se regocijó de su triunfo sobre esos enemigos. Sin embargo, su visión de

Atenas seguiría siendo la de alguien que respeta los tesoros de un gran museo a pesar de sus conservadores filisteos.

El aristócrata cautivo, al que Filipo liberó e invitó a cenar, transmitió a Atenas las condiciones de la paz. La desesperada ciudad esperaba una horda bárbara que saqueara toda el Ática, pues Demóstenes había pregonado que el objetivo del macedonio «*no era la esclavitud sino la aniquilación*». En realidad lo único que Filipo reclamaba era el reconocimiento de su hegemonía. Ni siquiera se proponía cruzar la frontera y los prisioneros podían volver sin pagar rescate.

Mientras aguardaba respuesta, quemaron a los muertos. Esta tarea, realizada en piras y utilizando madera como único combustible, debió de exigir un cierto temple a los soldados del mundo antiguo. Las víctimas atenienses ascendían a más de un millar. (Nuestra época de armas de fuego ha olvidado la indefensión absoluta del soldado de infantería que se bate en retirada dando la espalda y que, abandonando el pesado escudo para moverse más rápido, sólo podía correr ante las lanzas que lo perseguían). Recogieron las cenizas, porque pedir los restos de los propios muertos equivalía al reconocimiento formal de que el vencedor «poseía el campo». Los atenienses las solicitaron y, como era de esperar, aceptaron las condiciones de Filipo, que sin duda los sorprendieron. Les envió las cenizas con una comitiva ceremonial escoltada por Alejandro.

El joven tenía dieciocho años. No volvería a pasar por allí. Fue obsequiosamente recibido. Se decretó que en la Acrópolis erigieran estatuas de su padre y de él; la cabeza de esta última aún sobrevive. Al parecer visitó la Academia de Platón y se llevó a Hefestión; Jenócrates, el director de la Academia, escribió su propio libro de cartas a Hefestión, tal vez en competencia con Aristóteles.

En una muestra de fuerza, Filipo marchó sin oposición hasta el Peloponeso. En Corinto convocó un consejo al que asistieron enviados de todos los estados sureños salvo Esparta; lo nombraron comandante supremo de las fuerzas griegas «de defensa» contra los persas. Regresó inmediatamente a Macedonia para preparar la expedición.

Todo demuestra que en ese período de sus vidas Alejandro y Filipo se llevaron mejor que nunca. Aunque es probable que la muerte de Filipo ya estuviera decidida y que sus autores sólo esperaran el momento oportuno, pudo haber ocurrido como una separación entre padre e hijo, en circunstancias violentas como tantas otras de esa época, pero sin la violencia del conflicto interior que marcó de por vida a Alejandro. El destino decretó que ocurriera de otro modo: Filipo se enamoró y se preparo una nueva boda. En esta ocasión la joven pertenecía a una familia de la nobleza macedónica. Era sobrina y pupila —evidentemente su padre había muerto— del mismo Atalo que se había vengado de Pausanias por el suicidio del joven amigo del monarca. Las fuentes no dejan claro si su ascenso al poder fue anterior o posterior a los desposorios, pero tenía un rango elevado y en Macedonia ese matrimonio debió

de considerarse más importante que los de las demás concubinas legales. Algunos historiadores han deducido que Filipo ya había tomado la decisión de divorciarse de Olimpia. Existe una considerable cantidad de pruebas en sentido contrario. Alejandro asistió al banquete de bodas.

El resultado demuestra que no lo hizo por temor a Filipo. En vista de su furia ante los esponsales, sin duda Olimpia debió de oponerse a que Alejandro apoyara esa decisión. Quizás el joven pensó que transmitiría a los demás que la posición de su madre no estaba en cuestión, convencido de que era un gesto que podía permitirse. O tal vez lo hizo como simple gesto de buena voluntad hacia su padre, a cuyas órdenes había estado armoniosamente durante una prolongada campaña, inmerso en una atmósfera de camaradería masculina y alejado de las intrigas palaciegas.

Como cabía esperar, fue una amarga experiencia. Un adolescente sexualmente tan quisquilloso y con la preferencia homosexual que signó esa etapa de su vida no podía divertirse en una ebria boda macedónica, con la perspectiva de ver cómo metían a su padre en la cama, en medio de las habituales bromas subidas de tono, junto a una muchacha más joven que él mismo. Y la idea del enfado de su madre debió de ponerlo muy tenso. Sin embargo, por motivos que le parecieron justificados, Alejandro asistió y se quedó hasta que la novia se retiró y se hicieron los brindis. Atalo propuso brindar a la salud de la feliz pareja, expresando además —fuese por la bebida o calculadamente— la esperanza de que su enlace produjese un heredero *legítimo* de Macedonia.

La reacción de Alejandro fue inmediata, como era característico en él. Gritó al tiempo que arrojó su copa a la cabeza de Atalo: «¡Canalla! ¿Y yo qué soy? Un bastardo, ¿acaso soy un bastardo?». Se desencadenó un ruidoso caos. Atalo también arrojó su copa. Durante la refriega, padre e hijo intercambiaron palabras, que no han llegado hasta nosotros. Fueran cuales fuesen, Alejandro logró que Filipo desenfundara la espada (probablemente la llevaba para cumplir con el antiguo ritual de cortar el pan de la novia) y se abalanzara sobre él. Cojo a causa de una vieja herida y borracho, Filipo cayó. Alejandro dijo fríamente: «Mirad. Proyecta cruzar de Europa al Asia y no es capaz de pasar de una mesa a otra sin caer». Dichas esas palabras, Alejandro abandonó la casa y el reino.

Evidentemente se trató de una crisis que ninguno de los presentes había previsto, salvo Atalo. Había jugado bien sus cartas y era lo bastante listo para saber que Alejandro reaccionaría colérico, aunque es posible que su afrenta hubiera sido un arrebato debido a la bebida. No cabe la posibilidad de que Filipo estuviese enterado de antemano. No habría aceptado un gesto generoso del hijo que había compartido sus victorias para ver cómo lo insultaban y le provocaban una previsible ira. Filipo fue sorprendido porque estaba obnubilado por el vino y Alejandro se comportó como Alejandro; fue una de esas situaciones en las que la sorpresa libera los fuegos que los

protagonistas habían intentado contener. Sin más dilaciones, Alejandro dijo a su madre que hiciera el equipaje y atravesó con ella la accidentada frontera sudoccidental rumbo a Dodona, en Epiro, la capital donde reinaba el hermano de Olimpia.

Nada volvería a ser igual entre padre e hijo, Alejandro y su madre habían recibido el peor agravio que se podía cometer en el mundo antiguo y nadie les había pedido disculpas. Las palabras que Alejandro intercambió con Filipo hasta llevarlo a una situación rayana en el filicidio sigue siendo objeto de interesantes especulaciones. Quizá liberó celos largamente reprimidos ante la apostura de su hijo, su precocidad intelectual, su impresionante popularidad con los soldados y el círculo cerrado y leal de «amigos de Alejandro».

No es posible que emprendiera un viaje a campo traviesa hasta Dodona, protegiendo a una mujer, sin ningún tipo de escolta. Lo más probable es que se la proporcionasen sus íntimos amigos. Más adelante, Filipo conocería muy bien la devoción que le guardaban.

Ningún autor consigna con qué sentimientos el rey Alexandros de Epiro, que debía su trono a Filipo, recibió a su ultrajada hermana, tampoco dicen si Alejandro fue bien recibido en Dodona, célebre por sus inviernos rigurosos y por su oráculo, el más antiguo del mundo griego. Su centro era una encina inmemorial que albergaba palomas cuyo murmullo era significativo y estaba rodeada de vasijas de bronce que retumbaban al son del viento. Su dios era Zeus, al que interrogaban escribiendo en un trozo de plomo; sobreviven muchas muestras. La sacerdotisa descalza interpretaba la respuesta de manera azarosa. Lamentablemente, en las excavaciones no se ha encontrado una sola pregunta de Alejandro. Empero, este santuario estaba relacionado con el de Zeus—Amón en Siva, que posteriormente consultó a costa de dificultades y peligros y con resultados espectaculares. Siendo quien fue, cuesta creer que durante esa crisis de su fortuna no visitara el gran centro profético cuando se encontraba a sus puertas. Si lo hizo, mantuvo el secreto de la respuesta. En Siva haría lo mismo.

Dejó a su madre en la casa en la que había nacido y cabalgó hacia el norte hasta Iliria. Hacía menos de dos años que había repelido al derrotado ejército ilirio, devolviéndolo a esas tierras belicosas. El hecho de que pudiera presentarse y ser recibido como invitado demuestra con qué decencia libró la campaña y cuánto respeto suscitó. Sigue siendo un enigma lo que se proponía hacer en Iliria. Durante una temporada fue hijo de su madre y las emociones dominaron su juicio. Hasta es posible que pensara encabezar una invasión iliria para tomar su herencia por la fuerza, pero su inteligencia innata se impuso. De todos modos, era muy capaz de jugarle una guerra de nervios a Filipo, que sin duda se mostraría reacio a partir hacia Asia y a dejar desatendida la guarnición macedonia con esta presencia tan peligrosa e

imprevisible en su retaguardia. Nunca más Alejandro tendría que resistir en condiciones tan severas y humillantes, conciliar a anfitriones groseros, cauteloso ante la posibilidad de una traición, durmiendo en primitivas fortalezas de las colinas después de la magnificencia de Atenas y Corinto, donde lo habían recibido y honrado como a un vencedor. Entre las penurias que más tarde recordaría haber soportado con orgullo, no hace la menor alusión a su estancia en Iliria. Pero dio resultado. Demarato de Corinto, amigo y huésped de la familia, actuó como mediador. No sabemos si fue el padre o el hijo quien lanzó la primera sonda.

Alejandro regresó a Macedonia, probablemente con su madre. Las fuentes disienten y algunas la dejan en Epiro, pero no es probable que Alejandro aceptara esas condiciones. No sólo estaba en juego la rehabilitación del buen nombre de Olimpia, sino la legitimidad de su hijo. Fuera cual fuese el acuerdo al que arribaron Alejandro y Filipo, fue una frágil reconciliación. Pronto fue lo bastante tensa para que Alejandro dudase de la buena fe de su padre respecto de su sucesión.

No es posible que retornara sin contar con algunas garantías, en las que no confió. La mayoría de los descendientes de Filipo eran niñas y la nueva esposa acababa de dar a luz a otra; no existía más heredero viable que Alejandro; da la impresión de que sus sospechas rayaban en lo irracional. De todos modos, la facción de Atalo —autora de su exilio— era la favorita, en el pasado muchos herederos macedonios fueron desheredados por traición. A todo ello se sumaban las presiones emocionales de su madre, profundamente ofendida por los favores derrochados con la reciente esposa, que incluían el nombre regio y honorífico de Eurídice. Se acrecentó la dependencia de Alejandro de la lealtad y el afecto de sus amigos, que se adhirieron a él con una entrega que a Filipo empezó a parecerle desleal. La atmósfera era explosiva y bastó la primera chispa para que estallara el incendio.

Arrideo, el bastardo retrasado de Filipo, estaba en edad de casarse. El padre de su prometida —único factor que importaba— era Pixodaro, sátrapa de Caria, poderoso estado semiindependiente del sur de Asia Menor que sería decisivamente conveniente para la próxima guerra. El relato que hace Plutarco de lo que ocurrió da cuenta del estado de ánimo de Alejandro. Su madre (de acuerdo con esta narración estaba en Macedonia) y sus amigos no hacían más que llevarle rumores falsos, «como si Filipo, mediante un casamiento brillante y una excelente relación, intentara dejar el reino en manos de Arrideo». Alejandro lo creyó. Casi enloquecido —y a traición, a juzgar por cualquier patrón—, envió en secreto a Caria a un emisario propio: el actor trágico Zetalo. La diplomacia solía utilizar actores importantes, que viajaban con frecuencia, pero para aceptar semejante misión Zetalo tuvo que ser un devoto amigo personal. Tenía que convencer al sátrapa de que no entregase su hija a «un bastardo lelo» y ofrecerte la mano de Alejandro.

La historia es imprecisa en cuanto al grado de la imbecilidad de Arrideo.

Sobrevivió alrededor de seis años a su hermano como rey títere, evidentemente capaz de pronunciar unas pocas palabras en público, pero no tomó decisiones ni participó en combates. La mujer con la que se casó fue una esposa capaz que actuó en su nombre, pero de su unión no hubo hijos y probablemente nunca se consumó. Parece increíble pensar que alguna vez la Asamblea macedonia lo habría adoptado como rey prefiriéndolo a Alejandro, aunque su padre así lo hubiese decretado en vida. Filipo debía su acceso al trono a la necesidad de un monarca combatiente; el heredero directo, que fue pasado por alto, tenía en ese momento poco más de veinte años y habría sido el elegido obvio si había que modificar la sucesión. ¿Qué impidió que Alejandro se percatase de estos hechos?

En el plano intelectual, era extraordinariamente flexible y rápido a la hora de hacer adaptaciones. En el emocional, todo era distinto. Las exigencias que se planteó a sí mismo fueron tales que, mientras que hasta el final de su vida estuvo a la altura de cualquier penuria, dolor o peligro físicos, bajo una tensión psicológica extrema prefirió quebrarse antes que doblarse. Esta pauta aparece en más de una ocasión a lo largo de su vida.

La presteza con que el sátrapa aceptó la oferta debió de abrirle los ojos. Evidentemente a Pixodaro no le habían prometido un heredero forzoso. Pero el esclarecimiento llegó demasiado tarde y Filipo se enteró. En este punto el manuscrito de Plutarco es atormentadoramente breve. Cuenta que, al enterarse, Filipo acudió a la habitación de Alejandro, acompañado de Filotas —hijo de Parmenión y amigo íntimo de Alejandro—, y le dio una severa reprimenda. Probablemente estaba confinado en su habitación, bajo arresto domiciliario. La presencia de Filotas resulta inexplicable, a menos que asistiese como testigo neutral, ya que su padre era el amigo más antiguo de Filipo. Sin embargo, el comportamiento posterior del joven hace sospechar que había delatado la conspiración sin que Alejandro se enterase.

Filipo reprochó a su hijo ser tan indigno de su rango como para buscar la alianza con un simple cario, criado de un rey bárbaro. En síntesis, su rango estaba garantizado y sus dudas eran tan ofensivas como desastrosa su acción. Ese matrimonio estaba excluido en su caso y, después de las revelaciones de Zetalo, Arrideo también fue rechazado. El golpe diplomático se fue al garete. Para un hombre con la capacidad de comprensión de Alejandro tuvo que ser un momento muy amargo, pero viviría otros peores. Decidido a mostrar quién mandaba y a desmembrar la camarilla subversiva, el rey desterró de Macedonia a todos los amigos íntimos de Alejandro. La única excepción interesante fue Hefestión. Existen varias razones que lo explican, siendo la más evidente que Filipo, al igual que Aristóteles, consideraba que ejercía una influencia positiva en Alejandro; también podría convertirse en un rehén útil en virtud de su conducta, sobre todo si Filipo estaba enterado de que eran amantes. Era muy astuto a la hora de juzgar a los hombres. Tal como sucedieron las

cosas, dio el último trallazo con el látigo del domador. Hizo arrestar a Zetalo, que se encontraba en Corinto, y ordenó que lo trasladaran a Pella encadenado.

La categoría profesional del actor trágico equivalía a la de un Irving o un Garrick. A pesar de que sólo fue reprendido —no sabemos de otro castigo salvo la profunda humillación de los grilletes—, fue un paso extremo para las aspiraciones culturales de Filipo. De todos modos, no podía encontrar mejor forma de herir en lo más vivo a Alejandro, cuya insistencia en compartir hasta el último peligro al que exponía a sus hombres era casi una obsesión. En este caso, no pudo hacerlo. La vergüenza debió de calar hondo, lo mismo que el resentimiento. Hay que reconocer que jamás olvidó el episodio ni al amigo involucrado: durante su reinado Zetalo siempre fue bien recibido y uno de sus artistas preferidos.

Entretanto había empezado la primera fase de la guerra contra los persas. Parmenión y Atalo habían cruzado el Helesponto con una fuerza de avanzada y establecido una cabeza de puente. Un año antes, el rey Oco fue asesinado por su gran visir eunuco, Bagoas el hacedor de reyes, cuyo poder pretendía refrenar; su hijo Arses era joven y estaba ocupado resolviendo problemas internos. Al parecer, la resistencia de los sátrapas costeros fue débil y desorganizada. Si la amistad de Alejandro por su padre se hubiese mantenido, probablemente habría tenido mando en la expedición, pero ocupó su puesto el odiado Atalo.

Antes de partir, Filipo tenía que resolver una cuestión de defensa interior: la conciliación de Epiro. Sea por la insistencia de Eurídice, quizá porque Olimpia le resultaba intolerable o debido tal vez a que la responsabilizaba de lo que su hijo había hecho, lo cierto es que Filipo había decidido divorciarse. Como era previsible, ese acto ofendería a su cuñado, el rey Alexandros. Evidentemente, al monarca de Epiro le preocupaba más el honor de la familia que los sentimientos de su hermana, pues aceptó gustoso la compensación que Filipo le ofreció: la mano de su hija Cleopatra. En aquella época, el hecho de que fuera su tío no suponía impedimento alguno.

Sería interesantísimo saber qué planes había hecho Filipo para Alejandro con respecto a la próxima guerra. Ya no se le podía confiar la regencia. Si se quedaba, habría que haberlo encarcelado y no hay indicios de que Filipo tuviese esa intención. La alternativa habría consistido en llevarlo a Asia y darle mando en condiciones en las que su orgullo y su ambición habrían asegurado un desempeño correcto. Unidos en el campo y lejos de Macedonia, cabía la posibilidad de que, una vez más, padre e hijo volvieran a ser buenos camaradas de armas.

Los planes de la boda eran magníficos. Como correspondía a la posición de Filipo en tanto jefe militar panhelénico, invitó a huéspedes de alto rango y emisarios estatales de toda Grecia. En la ceremonia, celebrada en el teatro de Aegae —la antigua capital, cerca de la moderna Edessa—, se honraría a los doce dioses olímpicos con juegos en su honor. Sus imágenes de madera desfilaron en carros

dorados antes de ser colocadas en la «orquesta» circular situada deba o del escenario. Cada dios mostraba el coloreado natural aplicado a todas las esculturas griegas, incluidos los mejores mármoles, hoy sólo blanqueadas por el paso del tiempo. Una estatua de Filipo, de las mismas características, cerraba el desfile… por lo que eran trece, número que ya era significativo antes de la noche de la Última Cena.

Garantizada la publicidad a lo largo y a lo ancho del mundo griego, Filipo pensó que era el momento ideal para refutar la propaganda ateniense sobre su «tiranía». Tradicionalmente, los déspotas griegos se desplazaban rodeados de guardias. Al planificar la procesión, Filipo dispuso que, una vez que todos los notables (entre los que debía figurar Alejandro) entraran en el teatro, su guardia personal se detuviera a las puertas a fin de que entrase solo. El capitán de la guardia a quien dio esas instrucciones era ni más ni menos que Pausanias, quien con el paso de los años había llegado a ocupar ese puesto.

Durante la ceremonia el trono real se situaría en el escenario. Filipo haría acto de presencia por la parodos, la imponente entrada lateral de las bambalinas abiertas del teatro griego. El hecho de que el capitán de la guardia lo aguardase allí debió de parecer correcto o, cuando menos, no levantó sospechas. Cuando Filipo franqueó la entrada, Pausanias le clavó una daga en el corazón.

Según Diodoro —la única fuente que describe la escena con lujo de detalles—, el asesino huyó por un viñedo que se encontraba detrás del teatro rumbo a unos caballos que esperaban a fin de que escapara. Pausanias se había adelantado a sus perseguidores, pero tropezó con una cepa. Antes de que tuviera tiempo de incorporarse, los primeros hombres que lo alcanzaron le segaron la vida.

Los jefes y los nobles se apiñaron en torno a Alejandro, que no iba armado para la ceremonia sagrada, y formaron una guardia que lo trasladó a la ciudadela. Nadie puso en cuestión su ascenso al trono. No existía otro pretendiente tan afamado. Se convirtió en rey de Macedonia.

El juicio histórico a Alejandro por la muerte de su padre, prácticamente cerrado desde los días de Plutarco, ha vuelto a abrirse en los tiempos modernos a pesar de la total falta de pruebas por parte de la acusación. De lo contrario, sería una pérdida de tiempo volver a analizarlo.

No viene al caso que deseara o no la muerte de su padre. Probablemente hacía como mínimo un año que la esperaba. El mundo estaba y está lleno de personas que experimentan estos deseos, aunque se espantarían ante la idea de llevarlos a la práctica. Para el pensamiento y la religión griegos, el parricidio era el crimen más temible y todos los dioses lo condenaban. Es evidente que, dadas sus convicciones y su temperamento, Alejandro no habría podido soportar esta carga sin enloquecer. Pero tampoco podemos considerarlo una respuesta concluyente, pues existe la

posibilidad de que Olimpia lo convenciese de que no era hijo de Filipo.

Para los griegos, la unión física de los dioses con los mortales era una creencia tan sincera como la inmaculada concepción para los católicos, con la diferencia de que la primera no era un acontecimiento excepcional. Y también a diferencia de la segunda, la ciencia jamás la había reprobado; los estudios biológicos de Aristóteles se apartaban claramente de esas apostasías dignas de la cicuta. Es posible que, presa de un trance dionisíaco, Olimpia imaginara sinceramente casi cualquier cosa. Como la cuestión del parricidio es poco concluyente, hemos de abordar las consideraciones más prácticas de los móviles. Partiendo del supuesto de que Alejandro estuviera moralmente preparado para matar, ¿por qué elegir ese momento?

Estaba a la vista de todos en un festival panhelénico, con la preferencia debida a su rango y presentado a los emisarios estatales como heredero. Lo peor de su deshonra estaba olvidado y lo esperaba la guerra con sus grandes oportunidades. Había vivido bajo el techo de Filipo y sin duda pudo tramar su muerte cuando hubiera más incentivos, por ejemplo, después del discurso nupcial de Atalo. Es verdad que la posición de Olimpia había empeorado a medida que la de Alejandro mejoraba, pero posteriormente él no mató a nadie por exigencias de su madre e incluso se negó a quitara un regente al que ella detestaba. En tanto móviles humanos creíbles, siempre persistirán el odio y la venganza que, sin duda, impulsaron al verdadero asesino. La futura guerra habría ofrecido a Alejandro numerosas ocasiones de hacer pasar ese asesinato como una acción del enemigo, camino que indudablemente habría sido el elegido por un hombre inteligente que contaba con devotos partidarios. ¿Para qué plantear el drama públicamente? De todos los posibles sospechosos, Alejandro era el que menos se podía beneficiar de ese acto.

Los cómplices preferidos de la acusación son tres jóvenes que abatieron al asesino, presuntamente para silenciarlo. Este hecho se basa en que dos de esos tres hombres, Pérdicas y Leonato, posteriormente tuvieron mando a las órdenes de Alejandro y figuraron entre sus amigos. En este caso la objeción es clara. Según Diodoro, cuando Filipo cayó, «en el acto un grupo de guardias corrió hacia el cuerpo del rey mientras el resto salía en pos del asesino». Y era lo lógico. ¿Cómo es posible que Alejandro pudiera determinar quiénes llegarían primero? Como nuestra propia época debería saber, no hace falta explicación alguna, más allá de la violencia desencadenada por una escena violenta, para matar al hombre que la provocó. Tal vez Pausanias habría logrado escapar de no haber tropezado con las cepas, lo que sugiere que no hubo eficaces acuerdos previos. Los soldados que reaccionan rápido ante una crisis suelen ser ascendidos. Si se hubiese mostrado indiferente con los que vengaron tan celosamente la muerte de su padre, el propio Alejandro se habría convertido en el máximo sospechoso a los ojos de sus contemporáneos.

No hay que perder de vista al cómplice de Pausanias, que esperaba junto a los

caballos. El hecho de que se sepa que estaban destinados a la huida sugiere que lo atraparon y que lo interrogaron. Sus respuestas podrían haber sido de gran importancia para los juicios posteriores.

La única «prueba» contra Alejandro que aparece en los textos de algún escritor de la antigüedad, por cierto, la única opinión de este tipo, está contenida en Plutarco, esa maleta de anécdotas.

> *… Olimpia cargó con la mayor parte de las culpas porque había sumado sus exhortaciones a la cólera del joven y lo había azuzado para que cometiera el crimen. También cayeron algunas calumnias [la palabra griega diabok significa acusación falsa] sobre Alejandro. Se dice que cuando Pausanias lo vio después del atentado y se quejó, Alejandro le citó los versos yámbicos de Medea [la venganza de Medea aniquiló a casi todos los personajes restantes]: «La novia, el novio y el padrino de la novia».*

Tal vez baste decir que la última guerra fronteriza con lliria, en la que se sabe que Filipo entró en campaña y en la que posiblemente murió su joven amigo, tuvo lugar cuando Alejandro contaba doce años y la «novia» nueve o diez.

A lo largo de su reinado, Alejandro nunca fue sospechoso de una matanza subrepticia. Cuando su poder fue inmenso y podría haber liquidado a cualquiera sin despertar sospechas, sufrió molestias, frustración e insultos por parte de los hombres que le desagradaban o de los que desconfiaba abiertamente; sin embargo, no les pasó nada hasta que estuvo en condiciones de atacarlos abiertamente. Fuera por principios o por orgullo, lo cierto es que la actitud furtiva le resultaba sumamente despreciable. Otra característica constante fue la lealtad hacia sus amigos y la gratitud hasta la extravagancia con los que lo apoyaron cuando cayó en desgracia con Filipo. Creer que pudo utilizar a Pausanias, jurando que lo protegería (cosa que, en tanto capitán de la guardia, Pausanias habría sabido que no era posible), para despacharlo luego con menos escrúpulos que un jefe mafioso, requiere tanta credulidad como cualquier fragmento de los romances medievales.

El incidente es típico de las matanzas griegas a raíz de una enemistad absoluta, en las que el honor exige la venganza, y que se vea, a manos del agraviado propiamente dicho o de su pariente más cercano. (Las dos matanzas de estas características ocurridas en Atenas mientras la que escribe estaba en la ciudad fueron públicas: una delante de una taberna de Plaka y otra en la plaza Omonia). Uno de los compiladores de Diodoro señala con evidente escepticismo que «Pausanias esperó mucho tiempo para vengarse»; se trata de una observación sorprendente en el contexto de la antigua Grecia y, si a eso vamos, de la moderna. Además, pasa por alto el reciente ascenso de su enemigo Atalo a una elevada jerarquía militar y a la condición de suegro real, favores que perfectamente podrían haber parecido recompensas por la ofensa sobre la que Pausanias había meditado obsesivamente durante muchos años. Hasta es posible que se lo hubieran dicho. Es indudable que fue utilizado, aunque no por Alejandro.

Corrían tiempos en los que la mayoría de los políticos atenienses eran hombres cuya palabra sin fundamento no bastaba siquiera para condenar a un perro. Pero son más dignos de confianza cuando recuerdan a sus oyentes los acontecimientos públicos. Varios años después del regicidio, Esquines acusó a Demóstenes, su enemigo, de haber arrasado Atenas con su odio ciego hacia Macedonia. El discurso añade:

> *Ciudadanos, ése fue el hombre… que cuando fue informado por los espías de Caridemo de que Filipo había muerto, antes de que se lo comunicaran a otros, se inventó una visión y mintió con respecto a los dioses, fingiendo que no había recibido la noticia de Caridemo, sino de Zeus y Atenea… que, según dice, conversan con él por la noche y le cuentan cosas por venir.*

El comentario más autorizado sobre esta «visión» sigue siendo el del historiador John Williams, escrito hace un siglo y medio:

> *Fue un acontecimiento público que resultaba imposible ocultar. Allí estaban reunidos todos los delegados de Grecia y ningún mensaje de Caridemo a Demóstenes pudo superarla velocidad con que la noticia de semejante acontecimiento pasa de boca en boca en un país populoso. Para no mencionar que Caridemo probablemente no fue el único delegado que envió un mensajero en semejante ocasión. Empero, Demóstenes anunció la muerte de Filipo mucho antes de que la noticia llegase a Atenas por otros canales… La exactitud de la información y la falsedad respecto a sus presuntas fuentes de información demuestran de manera casi indiscutible que fue uno de los instigadores y que tuvo notificación previa de la fecha en que los conspiradores iban a actuar.*

El valor del comentario de John Williams no radica en su erudición sino en su experiencia personal. Publicó su biografía de Alejandro en 189, poco después de las guerras napoleónicas, y sus palabras acerca de la rapidez con que las noticias importantes se transmiten en países populosos —escritas antes de que existiesen las telecomunicaciones— suenan ciertas. Para hacer señales a larga distancia, el mundo antiguo utilizaba el heliógrafo y el faro (este último anuncia la caída de Troya en Agamenón). Como tanto uno como otro exigían una cadena previamente acordada de señalizadores, su uso seguiría siendo prueba de complicidad, pues no existían códigos y dichas señales sólo podían confirmar un hecho esperado.

Pausanias, capitán de la guardia, sabía exactamente qué posiciones ocuparían sus hombres. Al llegar, había tenido que distribuirlos. En el mejor de los casos, sólo pudo prever que tendría un cincuenta por ciento de probabilidades de escapar, No obstante, tenía los caballos preparados, probablemente también contaba con un barco y alguien debió de ofrecerle refugio. Los discursos de Demóstenes demuestran una y otra vez hasta qué, punto infravaloró a Alejandro. Incluso después de las victorias relámpago que siguieron al ascenso de Alejandro al trono, Demóstenes siguió burlándose de él al llamarlo «Margites», antihéroe de una épica burlesca. Sin duda había incluido un papel para él en su «visión» del demagogo; el joven y teatral paladín, el rey inepto e inexperto que, muerto su impresionante padre, no sería difícil apartar de la escena.

En los últimos tiempos, el pagador persa de Demóstenes había cambiado. Al comprobar que el rey Arses era intratable, el visir Bagoas lo había envenenado y reemplazado por un colateral de la realeza: Darío III; uno de sus primeros actos consistió en dar al visir una dosis de la medicina que éste solía administrar. El nuevo gran rey debió de apoyarse con firmeza en la información griega de Demóstenes, que le podría haber prestado servicios vitales a cambio de los favores recibidos si arraigados prejuicios no lo hubiesen cegado. Darío se basó en una falsa seguridad mientras Demóstenes interrumpía el duelo por la muerte de su hija, se ponía una guirnalda festiva y proponía un póstumo voto de agradecimiento a Pausanias.

Si lo que tenía pensado era postergar el momento de dar a conocer su papel, hasta tener la certeza absoluta de que no corría riesgos, y en proclamarse entonces autor de esa empresa, éste fue el acto más sensato de toda su vida.

TROYA

El reinado de Alejandro comenzó en el año 336 a. C., cuando tenía poco más de veinte años.

«Su aspecto físico queda mejor representado en las estatuas que le esculpió Lisipo. [Plutarco no dice cuál de los contemporáneos de Alejandro expresó esta opinión, si es que alguno lo hizo.] Y estuvo de acuerdo en que lo esculpiese sólo él. [De todos modos, debió de dar autorización a varios más.] Este artista ha captado con exactitud las características que, posteriormente, muchos sucesores y amigos intentaron imitar: la posición del cuello, ligeramente inclinado hacia la izquierda, y sus ojos acuosos. En el cuadro de Apeles *El que esgrime truenos* su tez no está bien, pues la pintó demasiado oscura y bronceada; dicen que era rubio y que viraba al rubicundo en pecho y rostro».

Sus ojos acuosos eran grises y su capacidad expresiva no se ajustaba a las convenciones artísticas griegas. Todos los retratos importantes de testas muestran una marcada protuberancia en la frente, por encima de las cejas (teniendo en cuenta la idealización, probablemente era aún más notoria en la vida real), debida tal vez al desarrollo de los lóbulos cerebrales frontales; y la cabellera espesa y apenas ondulada, que caía de un pico, con el peculiar corte escalonado hasta el cuello cuando en el sur de Grecia estaba de moda el peinado corto y rizado. Arriano, cuyas dos fuentes principales corresponden a hombres que lo vieron con frecuencia, afirma que Alejandro era muy apuesto.

El afeitado, difundido desde hacía mucho tiempo entre los jóvenes del sur, no se conoció en Macedonia hasta que Alejandro lo introdujo. En la infancia y en la adolescencia debieron de admirar su belleza; el hecho de que no quisiera alterarla con una barba tal vez sea señal de su naturaleza bisexual. En cuanto impuso esa moda, fue tan seguida que la leyenda posterior hace que ordene a todo el ejército macedonio que se afeite. Se lo cita diciendo que en la lucha cuerpo a cuerpo la barba proporciona al enemigo un punto del que aferrarse. Quizá también se dio esta explicación a sí mismo.

«*En las memorias de Aristóxeno se dice que su piel emanaba un aroma muy*

agradable y que su aliento y todo su cuerpo poseían una fragancia que traspasaba las ropas que vestía». En todas las fuentes se pone de manifiesto su afición al baño diario siempre que podía; en campaña debió de estar muchas veces sin lavarse, lo cual vuelve interesante dicha observación. Era un hombre muy sano cuando no lo afectaban ocasionales fiebres. En la época anterior a la odontología, el buen aliento era prueba de una buena dentadura, así como de una buena digestión. Amaba apasionadamente el ejercicio fuerte, la caza, correr y los juegos de pelota; sin embargo, despreciaba el atletismo profesional, que en su siglo había degenerado y producido horrorosos físicos especializados en lugar de la belleza equilibrada de una escultura clásica. Se consideraba un corredor de nivel olímpico, pero rechazó la oferta de participar en los juegos «a menos que tuviera reyes con los que competir». Su orgullo no hubiera soportado ni la más mínima sospecha de que le habían dejado ganar la carrera.

Amaba la música y el teatro; los artistas emprendían larguísimos y arduos viajes con tal de actuar para él y no eran recibidos como meros intérpretes, sino como invitados. Por naturaleza, Alejandro poseía el ritmo biológico del actor y cuando tenía tiempo le gustaba trasnochar y dormir por la mañana, pauta no necesariamente relacionada con la ingestión copiosa de alcohol, como sabe la gente del espectáculo.

No podía vivir sin libros, que se hizo enviar hasta el corazón de Asia, acrecentando sus lecturas favoritas a medida que conquistaba territorios. Parece que, después de Homero, el autor que más le interesaba era Jenofonte, cuya influencia aparece nítidamente una y otra vez. Alentaba a sus hombres recordándoles la *Anábasis*, con sus decididos diez mil, y hacía una exposición paralela sobre la ineficacia persa. El joven Jenofonte, que una noche de desesperación abandonó el lecho para arengar al ejército porque sus mayores habían muerto y no había quien asumiera la tarea, debió de ser un hombre con las mismas pasiones que Alejandro (y las de Shakespeare, que trasladó la misma situación al rey Enrique la víspera de Agincourt). Sin duda también valoraba los tratados sobre equitación y caza. Con su profundo sentido del teatro, por encima de todo Alejandro mostró en el drama de su vida con quién estaba básicamente en deuda: con la educación de Ciro, la única obra de ficción de Jenofonte.

En principio debió de leerla como historia. Más tarde, cuando llegó a Persia, se enteró de algunas discrepancias; empero, el hecho de que el Ciro de carne y hueso hubiese muerto en el campo de batalla más que con serenidad socrática probablemente hizo que le tomara aún más afición. La imagen de un conquistador genial, poderoso y misericordioso, que convierte en amigos a los enemigos y al que los conquistados aclaman como padre no choca con los fragmentarios archivos persas. Alejandro no necesitó desechar su culto al héroe, como demuestra la devoción que manifestó ante la tumba de Ciro.

Posiblemente pasó por alto las enseñanzas militares de *Ciropaedia* por considerarlas elementales. Su padre había sido un maestro mucho más refinado. Jenofonte afirma que no presenta máximas para generales, sino el modelo de un gobernante ideal que rige a los pueblos conquistados de un inmenso y extendido imperio.

> *Gobernó esas naciones, a pesar de que no hablaban la misma lengua que él ni la misma entre ellas; sin embargo, fue capaz de infundir temor hacia su persona hasta el extremo de que nadie osó oponerse; era capaz de despertar un deseo tan profundo de satisfacerlo que todos querían dejarse gobernar por la voluntad de Ciro.*
>
> *… En realidad, el gobernante no sólo debe ser mejor que sus súbditos, sino que ha de hechizarlos.*

La abrumadora recopilación de las leyendas de Alejandro rinde tributo al último precepto en una escala que supera todo lo soñado por la filosofía de Jenofonte.

Provocada por una afinidad espontánea, la admiración que sentía por Ciro debió de convertirse en un potente antídoto contra la estrechez de miras de Aristóteles. Una y otra vez el comportamiento de Alejandro pone de relieve la deuda con lo que se ha considerado la primera novela histórica del mundo occidental. Los siguientes fragmentos podrían confundirse con citas de una historia de Alejandro.

> *En campaña, el general debe mostrar que es capaz de soportar mejor que sus hombres el sol en verano, el frío en invierno y las penurias durante una marcha difícil. Estas actitudes hacen que sea amado por aquellos a los que dirige.*
>
> *Cuando los demás fueron a cenar a la hora habitual, Ciro se quedó [entre los heridos] con sus ayudantes y sus médicos, pues no estaba dispuesto a dejar desamparado a nadie.*
>
> *Es posible que los dioses, al igual que los hombres, sean más propensos a inclinarse hacia nosotros si les hacemos caso en el momento culminante de nuestra fortuna en lugar de adularlos únicamente en la adversidad. Éste también es el modo de cuidar de los amigos.*
>
> *Siempre mostró toda la amabilidad de que era capaz; sostenía que, del mismo modo que es difícil querer a los que parecen odiarnos o estar bien dispuesto hacia los que nos desean el mal, aquel que es afectuoso y está bien dispuesto no puede ser odiado por los que conocen el amor. Intentó conquistar la devoción de los que lo rodeaban pensando en ellos y preocupándose, mostrando alegría en su prosperidad y solidaridad en su desdicha.*
>
> *Vosotros [sus hombres] lleváis en vuestra alma lo que es más justo y más militar: disfrutáis, por encima de todo, de las alabanzas. Los hombres enamorados de las alabanzas se sienten obligados a soportar cualquier penuria y cualquier peligro.*
>
> *Ciro era el más apuesto en persona, el más generoso de alma, el más encariñado con el saber, el más enamorado de la fama honrosa, de modo que podía resistir todos los sufrimientos y los peligros en nombre de las alabanzas.*

Los dos últimos fragmentos son básicos para comprender a Alejandro. Los modernos que lo han acusado de «una desagradable preocupación por su propia

gloria» piensan en función de otra época. Hasta ese momento y de ahí en adelante, los más altos niveles de la literatura griega están impregnados del axioma según el cual ser digno de fama es la más honrosa de las aspiraciones, el incentivo de los mejores hombres para alcanzar las más altas cotas. Sócrates, Platón y Aristóteles lo aceptaron. Este *ethos* duró más que Grecia y Roma. La última palabra de la única épica inglesa es *lofgeornost*: «de lo más deseoso de fama». Cierra el lamento de los guerreros ante el difunto Beowulf.

Alejandro III inauguró su reinado según el estilo macedonio tradicional: eliminando a los que ponían en peligro la sucesión.

Plutarco y Diodoro coinciden en que buscó y castigó a los conspiradores del asesinato de su padre. Ninguno explica el proceso de la investigación, aunque la purga no fue indiscriminada. La víctima más importante fue su primo Amintas, hijo de Pérdicas III, que de acuerdo con las leyes de sucesión más corrientes se habría convertido en el monarca reinante. Era un macedonio de raza, lo que lo diferenciaba de Alejandro, cuya impopular madre provenía de Epiro.

Filipo siempre debió de parecerle un usurpador a Amintas; de haber triunfado la conjura, se habría convertido en elegido natural. No se sabe si fue muerto por pruebas o por sospechas. Alejandro merece el beneficio de la duda porque, pese a la humillación que sufrió con la intriga matrimonial con la caria, no le hizo nada a su hermanastro Arrideo, un peón inofensivo del que le pareció denigrante vengarse. De todas maneras, era peligroso dejar ese peón en el tablero macedonio. Alejandro lo sumó a su corte y lo llevó en sus viajes. Debió de estar bien cuidado, porque de los dos fue el que más vivió.

Ejecutaron a dos príncipes de Lincestis, una familia de reyes antaño independientes del oeste de Macedonia. Quizás abrigaban la esperanza de recuperar su antigua soberanía. El mayor, otro Alexandros, se salvó porque después del asesinato aclamó inmediatamente a Alejandro como monarca. Parece que en cierto momento surgió la idea de que la conspiración fue financiada por el oro de Persia. Probablemente era verdad, se suministrara a través de Demóstenes o directamente por el propio Darío, que tenía sobrados motivos para temer a Filipo y que no imaginaba lo que se le vendría encima.

Atalo, enemigo declarado y peligroso, planteaba un problema peculiar. Estaba de campaña en Asia Menor, con sus propias tropas, en su mayoría unidas a él por lealtades tribales. Se creía, correctamente, que planeaba una traición. Alejandro era partidario de someterlo a juicio según las leyes macedonias, pero no podía correr el riesgo de que se pasara con su ejército al otro bando. Por consiguiente, enviaron en misión secreta a un oficial llamado Hecateo para que, si era posible, lo hiciese

prisionero o, de lo contrario, lo matase. Atalo se carteaba con Demóstenes con miras a unirse a Atenas. Alarmado quizá por los rápidos éxitos iniciales de Alejandro —no se conoce claramente la secuencia de los acontecimientos—, Atalo se acobardó y envió la carta de Demóstenes a Macedonia, adjuntado una súplica de perdón. En el interín, Hecateo había llegado a la conclusión de que no podía correr más riesgos y lo mató de inmediato. Dadas las circunstancias, nadie se quejó de que no se respetaran las leyes. Es posible que Hecateo contara con una orden real que podía mostrar antes o después del hecho a los oficiales de Atalo y al otro general de la fuerza expedicionaria: Parmenión.

El tema de Atalo es importante. Sirvió de precedente para Alejandro y sería decisivo en una crisis posterior de su carrera.

A decir verdad, en ese momento no podía andarse con subterfugios legales ni es posible que la decisión le llevase mucho tiempo. No disponía de tiempo. Al conocer la noticia de que el gran imperio de Filipo había pasado a manos de un joven de veinte años, todas las tierras por aquél conquistadas se rebelaron en el acto. Alejandro quedó rodeado por más peligros que los que su padre había afrontado a la muerte de Pérdicas III.

El más inmediato fue la deserción de Tesalia, cuyos grandes señores no tenían la menor intención de convertirla en un arcontado hereditario para Macedonia. Guarnecieron el paso inexpugnable entre los montes Olimpo y Ossa, el estrecho desfiladero del Tempe. Alejandro se percató de inmediato de que, si los señores se salían con la suya, todo el sur se levantaría y tendría que hacer frente a otra Queronea. Marchó deprisa, reconoció el terreno, con su intuición estratégica veloz como el rayo vio que era posible salvar el paso abriendo escalones en el flanco de Ossa y se presentó en la retaguardia de los tesalios mientras éstos aún aguardaban su avanzada. Azorados, le rindieron homenaje sin presentar batalla y le ofrecieron los antiguos derechos y tributos de Filipo. (Alejandro eximió de tributos a Ftía porque era la ciudad natal de Aquiles). En las Termópilas convocó una conferencia de la Liga sagrada, cuyos miembros lo reconocieron sin un solo voto disidente.

En Atenas el pánico alcanzó los mismos niveles que después de Queronea. Recordaron con preocupación el voto de agradecimiento al asesino de Filipo. Enviaron una embajada para que presentara sus excusas a Alejandro. Éste la recibió con cortesía y no acusó a nadie. En su marcha no atravesó la frontera del Ática. No volvió a visitar, ni jamás lo haría, ese museo inmortal de la civilización occidental. Convocó una conferencia en Corinto, tal como había hecho Filipo, y, con la misma delegación de funciones que le habían asignado a su padre, fue investido jefe militar contra los persas.

Los pasos y las plazas fuertes que dominaban el sur estaban guarnecidos. Aunque no se habían erigido las magníficas murallas macedonias que coronaban la

Acrocorinto, su acrópolis también estaba guarnecida. Como en tiempos de Filipo, Tebas contaba con su Cadmea (una ciudadela artificial de poca altura), que estaba en manos de los macedonios. El sur de Grecia quedó asegurado… justo a tiempo, si tenemos en cuenta las amenazas procedentes del norte. No era posible emprender una expedición a Asia sin controlar Tracia. La fuerza expedicionaria de Parmenión corría el peligro de ver cortadas sus comunicaciones.

En Macedonia, Olimpia aprovechó al máximo la ausencia de Alejandro. No resulta creíble que, como sostiene Justino, Olimpia se trasladara al galope desde Epiro para coronar con oro el cadáver de Pausanias, expuesto en la cruz de los traidores. Ella había disfrutado de una satisfacción más grande: había forzado a Eurídice —su joven rival— a ahorcarse, probablemente amenazándola con la tortura, después de ver morir a su segundo hijo recién nacido. Plutarco dice que, a su regreso, Alejandro se enfadó. Había salvado la vida a Arrideo y esa muchacha no era más que otro peón del estado.

Llegó el invierno. Durante su breve duración, Alejandro tuvo que preparar al ejército recién heredado para la apremiante tarea de salvaguardar las fuerzas que ya estaban comprometidas en Asia. A principios de primavera, fecha en que las bandas guerreras tracias dejaban de invernar, Alejandro avanzó hacia el nordeste con su habitual velocidad; su mente no sólo se ocupó de los peligros inmediatos, sino de los futuros. Una vez conquistada la ruta militar al Helesponto, su objetivo fue el territorio interior de las tribus del norte aún no sometidas. Eran las mismas que habían atacado a Filipo a su regreso de Bizancio y le habían infligido una herida grave. Habitaban las tierras ribereñas del Ister (Danubio), más allá de la salvaje cadena montañosa de Haemon, la actual Stara Planina búlgafa. Cuando a los dieciséis años quedó como regente, la campaña contra los maedos lo llevó hasta allí y habría continuado entonces de no ser porque su padre lo llamó «por temor a que abordase una empresa demasiado grande». Su sentido estratégico había sido sólido. Ahora podía ajustar las cuentas y proteger el cordón umbilical con Asia.

Desde la batalla de Queronea, punto culminante de una batalla dirigida por Filipo del principio al fin, Alejandro no había tenido mando. No había dirigido de forma independiente a un ejército desde que, a los diecisiete años, rechazó a los ilirios. Había estado en el exilio, había caído en desgracia; su posición en la expedición proyectada por Filipo no estaba clara. Pero le bastó con presentarse ante las tropas y dirigirlas —y en terreno muy accidentado, donde el mismísimo Filipo había sido derrotado— para que lo siguiesen con entusiasmo y con fe ciega. Este acontecimiento, históricamente eclipsado por sus hazañas posteriores, es tan extraordinario como los restantes.

Aparte de los macedonios, disponía de un contingente de agrianos, una tribu tracia de cuyo joven jefe, Lámbaro, ya se había hecho amigo, quizás en guerras

anteriores o tal vez porque Lámbaro, al igual que otros nobles tracios, fue enviado a Pella como rehén de la lealtad de su padre. Sea como fuere, era devoto de Alejandro. Incluso según los patrones de la Macedonia rural, se consideraba atrasados a los belicosos tracios, que se hacían tatuajes azules y coleccionaban como trofeos las cabezas de sus enemigos. Sin embargo, a lo largo de toda su vida Alejandro se interesó por los individuos.

Desde el principio de la campaña mostró su característica capacidad de rápida adaptación ante lo inesperado. Los defensores del paso de Haemon se parapetaron tras una hilera de carros, que arrojaron sobre las tropas de Alejandro con la ayuda de la letal fuerza de gravedad. El macedonio desplegó la falange en orden abierto e instruyó a los que no podían evitar los carros para que se agazaparan bajo un techo de escudos (anticipándose así a la «tortuga» romana). Los carros pasaron por encima, Alejandro no perdió ni un soldado y cruzaron el paso. Avanzó hacia la llanura ribereña de los tribalianos, los cuales estuvieron a punto de cortarle la retaguardia. De inmediato dio media vuelta para hacerles frente y los tribalianos se retiraron hasta el inexpugnable desfiladero. Alejandro jamás desperdició una vida humana atacando ese tipo de posiciones; enviaba arqueros y honderos para que acosaran a distancia; cuando el enemigo mordía el anzuelo y salía a perseguirlos, le caía encima con todas sus fuerzas. Presa del pánico, el enemigo era reducido con el habitual contraste entre las víctimas de los perseguidores y de los perseguidos. Para los soldados del mundo antiguo había un aliciente hoy desconocido en el comentario que una década después Alejandro hizo a sus hombres: «Mientras os he dirigido, ninguno de vosotros ha muerto en plena huida».

Después de aquella batalla marchó hacia el norte hasta el Ister. No sólo pretendía controlar la tierra que lo bordeaba sino que, según Arriano, deseaba cruzar al otro lado.

Es la primera vez que oímos hablar de semejante anhelo —la palabra griega es *pothos*—, si bien aparecen muchos ejemplos en su historia vital. Su naturaleza polifacética contenía una potente vena de explorador. El Ister era la frontera septentrional del mundo griego conocido, lo que había más allá sólo eran rumores. De todos modos, los sueños de Alejandro siempre tuvieron una faceta práctica y no se proponía cruzar el gran río sólo «porque estaba allí». Las tribus que moraban al otro lado eran famosas por estar compuestas de guerreros feroces e invasores. Alejandro quería dejar una huella profunda antes de partir hacia Asia. Y si cruzaba hasta la orilla de ellos, era probable que más adelante desistieran de pasar a la suya.

En su curso inferior, el Danubio era un río de unas características que ni él ni sus hombres habían visto jamás. Hizo enviar unas galeras de guerra desde Bizancio —a la que había sometido—, pero sólo era una escuadra, los remeros ocupaban lugar y Alejandro necesitaba embarcar un ejército. En este punto, Jenofonte acude en auxilio

de sus perseverantes lectores; se explaya sobre las balsas de cuero inflado utilizadas para cruzar el Éufrates. También se utilizaban cueros para fabricar las tiendas (lo que debió de volver tremendamente voluminosos los trenes de campaña) y Alejandro se las arregló para convertirlas en balsas, rellenándolas con heno para darles estabilidad. También requisó las canoas locales. Con esta flotilla improvisada cruzó el Ister por la noche, con 4000 infantes y, por muy sorprendente que parezca, 1500 soldados de caballería. Los caballos debieron de nadar.

Un testigo presencial, probablemente Tolomeo, describe con gran lujo de detalles esta campaña. Aún no había sido ascendido al alto mando. Hasta después de la muerte de Filipo, Alejandro no pudo hacer volver a sus amigos desterrados. Su actual jefe del estado mayor era otro amigo de aquella época: Filotas, el hijo de Parmenión. Como no había perdido el favor del monarca, entró en el nuevo reino con rango superior.

Por muy experimentados que fuesen los oficiales, fue una maniobra totalmente novedosa para el ejército macedonio. Sin duda la estrategia y la amplia comprensión de los detalles corresponden a Alejandro. Al llegar a la otra orilla la infantería avanzó a través del trigo alto y lo aplastó sosteniendo de lado las sarisas (estaban perfectamente entrenados) para abrir paso a la caballería. Una vez en terreno abierto, Alejandro desplegó sus fuerzas. Los nativos getas quedaron tan sorprendidos por esta llegada misteriosa al alba que huyeron despavoridos delante de la caballería, primero del pueblo y luego hacia las tierras sin cultivar, llevándose en las grupas de los caballos a tantas mujeres y niños como pudieron. Los macedonios tomaron la ciudad y «todo el botín que los getas abandonaron». En términos del siglo IV a. C., el botín incluía las mujeres y los niños que quedaban. Las únicas opciones de ese tipo de víctimas eran la matanza o la esclavitud. En este caso, fueron esclavizadas.

A orillas del Ister, Alejandro hizo sacrificios en honor de Zeus el Protector, de Heracles y del espíritu del río por haberles concedido graciosamente el paso. Como habían logrado cruzar de vuelta sin que nadie se ahogara, Alejandro se dispuso a esperar resultados. Pronto llegaron respetuosas embajadas de las tribus que vivían a orillas del río. La recepción debió de durar mucho tiempo porque los últimos en llegar fueron los celtas, procedentes de un asentamiento lejano próximo al Adriático. Esos hombres, que hasta los macedonios consideraban muy altos, descollaron sobre el rumoreado conquistador que habían ido a apaciguar. Fuera por vanidad o por curiosidad, Alejandro les preguntó qué era lo que más temían. Replicaron que no le tenían miedo a nada, salvo a que el cielo se les cayera encima. Divertido por ese alarde fanfarrón (algo que él jamás se permitió), los envió de regreso con un pacto de amistad.

Mientras estaba en el norte recibió la noticia de que los formidables ilirios se habían levantado y de que una tribu intermedia —los antariatos— pensaba caer sobre

él cuando se dirigiera a sofocar la insurrección. Cuando el joven Lámbaro se enteró —seguía cerca con lo más selecto de sus guerreros tracios— aconsejó a Alejandro que se olvidara de los antariatos. Como guerreros no valían nada, él mismo los invadiría y los mantendría ocupados. Conmovido como siempre ante un gesto espontáneo de amistad, Alejandro lo colmó de honores y le prometió unirlo a la familia dándole la mano de Cina, una de sus hermanas bastardas. No volvieron a verse. Después del desempeño devastador de su misión, Lámbaro regresó a Tracia, enfermó y murió. Compartiera o no Cina el dolor de su hermano, lo cierto es que los agrianos siguieron siendo sus tropas auxiliares más leales.

Se dio prisa atravesando terreno conocido y llegó a la zona fronteriza con Iliria. Cleito, el principal jefe militar de los ilirios, aún tenía en sus manos la ciudad montañesa de Pelium y las cumbres que la dominaban. Las tropas que rodeaban la ciudad huyeron en cuanto vieron a los macedonios y abandonaron los cadáveres recientes de las nueve víctimas que habían sacrificado para propiciar la victoria: tres carneros negros, tres niños y tres niñas. (No es extraño que a Alejandro no le gustara recordar su exilio en Iliria). Cercó la ciudad, logró a duras penas que un amplio cuerpo de relevo no lo rodeara, y dirigió la tropa que salió al rescate de Filotas, que estaba al mando de la guardia de los animales de tiro; pero poco después quedó peligrosamente atrapado en un paso estrecho entre las colinas y el río. Afrontó la situación con total arrojo. Había deducido de la huida anterior de los ilirios que ya lo conocían —hacía años que tenía fama en esos parajes— e hizo con las tropas de que disponía una refinada exhibición de maniobras agresivas. Su pericia y sus intenciones desconocidas desalentaron tanto a los miembros de la tribu que retrocedieron. Alejandro ordenó a sus hombres que gritaran y golpearan sus escudos. El enemigo abandonó sus posiciones ventajosas y se batió en retirada hacia el fuerte.

Aun en terreno accidentado y acosado mientras cruzaba el río, pidió a sus arqueros que dispararan desde el agua e hizo instalar las catapultas ligeras: operación muy inteligente, pues las habían desmontado para transportarlas en mulas. Sus hombres estaban inmersos en una retirada combativa y en ningún momento dejaron indefensas sus espaldas. Poco después Alejandro se aprovechó de la indisciplina de los ilirios —que debía de conocer bien—, organizó un ataque nocturno, los derrotó y los obligó a abandonar la ciudad. El oeste estaba dominado, pero no tendría respiro. Lo amenazaba un peligro aún más grave que procedía del sur.

Se había corrido la voz sobre los levantamientos. Después de una fugaz aparición en Corinto, el nuevo rey de Macedonia se había internado en las tierras inexploradas, de las que no llegaba ninguna noticia. Sin perder tiempo apareció Demóstenes, contactó a Darío y a los principales sátrapas y les ofreció, a cambio de financiación, retener a Alejandro en Grecia. Las ciudades griegas de Asia quedaban tácitamente sometidas a esclavitud, pues los principios democráticos de Demóstenes eran

estrictamente localistas. Darío respondió de tan buen grado que sus listas de cuentas —capturadas posteriormente en Sardes— muestran desembolsos en favor de su aliado por valor de 300 talentos.

Después se supo que los tebanos habían acogido a algunos antimacedonios —cuyas vidas Filipo salvó después de Queronea con la condición de que se exiliaran—, habían asesinado a dos comandantes macedonios que gracias al relajamiento de tiempos de paz abandonaron la ciudadela, y que luego habían sitiado la guarnición. Estimulado por estas noticias y bien provisto de fondos, Demóstenes despachó a Tebas un gran envío de armas. Siguió asegurando a los atenienses que Alejandro era un jovenzuelo y los apremió para que se sumaran a la guerra. Los atenienses votaron a favor de entrar en la guerra comenzaron a prepararse. Seguían sin llegar noticias del interior. Los rumores anunciaron la muerte de Alejandro.

No hubo enfermedad ni herida que justificara semejante error. Demóstenes se sacó de la manga un hombre que juró que había visto caer a Alejandro. Sobre la base de este testimonio, los tebanos proclamaron abiertamente su alianza con Persia contra Macedonia. Cuando una semana después se enteraron de que el ejército encabezado por Alejandro bajaba por Tesalia, al principio se negaron a dar crédito a dicha afirmación. En todo caso, no era posible que se tratara de ese Alejandro. Probablemente se referían a Alexandros de Lincestis. (Debieron de suponer que era el nuevo monarca).

Enseguida comprobaron que estaban equivocados. Alejandro había trasladado sus fuerzas desde Pelium a través de una serie de puertos de montaña —distancia que incluso por aire abarca ciento sesenta kilómetros— en una marcha que duró seis días. Casi sin detenerse a recoger sus tropas aliadas en Grecia central, en seis jornadas más llegó a Beocia. Al día siguiente se presentó en Tebas.

Si hubiese estado muerto, el tratado con Tebas habría quedado cancelado. Es posible que su paciencia inicial procediera de que estaba al tanto de los rumores. Por razones emocionales o religiosas, acampó en el recinto del héroe Yolao, conductor del carro y querido compañero de Heracles, en cuyo santuario las parejas de la Falange Sagrada solían pronunciar sus votos. Envió un emisario a la ciudad y se ofreció a aceptar su rendición con la condición de que entregaran a los antimacedonios que estaban allí ilegalmente. Los tebanos rechazaron la oferta y se burlaron exigiendo la devolución de Filotas y Antípatro. Practicaron una incursión contra los pelotones de Alejandro y mataron a varios hombres. El macedonio ocupó entonces una posición estratégica, próxima a la puerta que miraba al Ática y que le proporcionaba el acceso más fácil a la acosada guarnición macedónica.

También era la ruta de llegada de Atenas, de cuyas intenciones sin duda Alejandro ya estaba enterado. En ese sentido, la vigilancia fue innecesaria: no llegaron tropas desde el sur. La velocidad alarmante de su marcha los llevó a

recapacitar. Los atenienses cerraron sus puertas, sin la menor protesta de Demóstenes, y dejaron que los tebanos capearan en solitario el temporal.

De momento no estalló. Alejandro siguió esperando negociar. En su marcha hacia el sur recogió contingentes de tropas de los satélites macedonios, sobre todo foceos y habitantes de Platea. Es conveniente recordar que estos últimos eran descendientes de los héroes de Maratón, herederos de la ciudadanía ateniense eterna, a los que Demóstenes había cambiado por los tebanos la víspera de Queronea.

Alejandro se mantuvo pegado a las líneas tebanas de asedio, en su punto de acceso más próximo a la guarnición macedonia, que seguía atrapada en el interior de la Cadinea. Como aún puede verse, no se trataba de una acrópolis encaramada en una roca natural y, para defenderse, se basaba en sus impresionantes murallas. Arriano da todo lujo de detalles para la siguiente serie de acontecimientos y añade expresamente que su fuente es Tolomeo, que debió de participar. Afirma que Pérdicas, que por aquel entonces sólo tenía el mando de una pequeña unidad militar, estaba apostado cerca de las fortificaciones del asedio. Por algún motivo, no esperó a recibir órdenes, lanzó a sus hombres hacia la empalizada y empezaron a derribarla.

Es inútil esperar que Tolomeo le haga justicia a Pérdicas, ya que se había convertido en su enemigo mortal muchos años antes de que escribiera su historia, y es muy probable que se haya abstenido de mencionar una buena razón que dé cuenta de esa aparente falta de disciplina, por ejemplo, una señal de la guarnición para anunciar que se había producido un debilitamiento en las filas del enemigo, lo cual requería una acción rápida. Tal como había demostrado a la muerte de Filipo, Pérdicas era el hombre idóneo. Logró abrirse paso y entrar. Un oficial lo vio y lo apoyó con sus efectivos. Alejandro, que no se encontraba muy lejos, se dio cuenta de que corrían el riesgo de quedar aislados dentro y envió refuerzos, aunque se reservó el grueso del ejército. Al asaltar la empalizada interior, Pérdicas cayó gravemente herido. El resto siguió avanzando; los tebanos se reorganizaron y los obligaron a batirse en retirada. La situación se tornó decisiva para Alejandro: atacó en el acto y repelió a los tebanos con tanto ímpetu que las puertas de la ciudad, abiertas para que éstos volviesen a entrar, se atascaron y permitieron la entrada de los perseguidores.

Fue el fin. Cuando los macedonios entraron en tropel, «con Alejandro por todas partes», la caballería tebana corrió a toda velocidad por la llanura y la infantería huyó como pudo. La antigua ciudad quedó sometida al saqueo. Según Arriano, los foceos y los habitantes de Platea fueron los agentes principales de una matanza que no reparó en edad ni en sexo, ni siquiera en los suplicantes sacados a rastras de los templos. Se ha dicho que, si hubiera querido, Alejandro podría haberlo impedido. Probablemente sería verdad en el caso de Tracia o de Iliria y, sin duda, lo fue después de que cruzó Asia, cuando tuvo autoridad absoluta sobre sus tropas. Pero en Tebas su posición era singular. Las tropas aliadas estaban compuestas en su mayor parte por hombres que,

hasta que una semana antes se sumaron a su marcha forzada, sólo lo conocían de nombre, simplemente era el hijo de veintiún años de Filipo, el rey que suscitaba un gran respeto; y los tebanos eran enemigos conocidos contra los que se habían acumulado varias generaciones de odio. Antes de la intervención de Filipo, la guerra contra los foceos se había caracterizado por salvajadas espantosas. Las atrocidades de los habitantes de Platea, recientemente traicionados —si es que alguien más aparte de ellos mismos fue responsable—, pueden achacarse, con justicia, a Demóstenes.

Arriano asegura que los «mejores» ciudadanos tebanos (expresión que a menudo pero no siempre alude a las clases altas) querían llegar a un acuerdo y que los extremistas lo impidieron. El genio dirigente de Alejandro abarcaba una intuición infalible de esos raros momentos en que se ignora a los mandos con la consecuente pérdida de prestigio de éstos. Durante el resto de su vida casi nunca rechazó la petición de un tebano y si en su camino encontró a alguno que servía como mercenario de los persas, lo perdonó porque no tenía patria. En medio de la matanza, salvó a cuantos pudo encontrar —debió de ser un proceso azaroso—, rescatando sacerdotes, viejos amigos-huéspedes de los macedonios (probablemente los anfitriones de la juventud de su padre) y a los descendientes de Píndaro, así como la casa del poeta. Por votación general de los aliados, se arrasó casi toda la ciudad.

Después del saqueo, las tropas tracias arrastraron ante Alejandro a una mujer a la que acusaban de haber dado muerte a uno de sus oficiales. Ella admitió claramente su culpabilidad. El oficial había irrumpido en su casa, la había violado y luego le preguntó dónde guardaba los objetos de valor. La mujer le respondió que en el pozo, lo condujo al jardín, y cuando el hombre se agachó, lo arrojó al fondo. Cuando los tracios llegaron, la mujer acababa de rematarlo con piedras. Añadió desafiante que era hermana de Teagenes, que había caído en Queronea a la cabeza de la Falange Sagrada. Alejandro la perdonó en el acto y la liberó junto a sus hijos. Esta célebre anécdota de Plutarco sustenta el reparto de responsabilidades por la matanza que hace Tolomeo. Lo más significativo es el hecho de que la mujer fuera llevada ante Alejandro. Los tracios no eran aliados que acababan de unirse, sino tropas regulares. Si los hubiese dejado libres para saquear la ciudad, no habría dictado una sentencia que suponía que el oficial había recibido su merecido. Además, los soldados se habrían tomado la venganza por su propia mano.

Los atenienses estaban celebrando los misterios de Eleusis —el rito más solemne del año ático— cuando los primeros fugitivos tebanos llegaron al galope y dieron la noticia. El pánico reinó en Atenas por tercera vez. Se interrumpieron los misterios. Los aldeanos se apiñaron con sus enseres domésticos dentro de las murallas de la ciudad. Se seleccionó una embajada de paz para que saliera a pedir clemencia: varios promacedonios y, confiadamente, Demóstenes, el elocuente paladín de la ciudad. Este cabalgó con los demás hasta la frontera del Ática y en ese punto sus reflexiones se

tornaron tan perturbadoras que se disculpó y abandonó la partida.

El triste remanente presentó al vencedor abyectas felicitaciones por su feliz retorno del norte y por su reciente triunfo. Alejandro aceptó cortésmente el sometimiento de Atenas y accedió a perdonarles si entregaban a los antimacedonios más virulentos. El hábil Demades, el mismo hombre que Filipo había utilizado como emisario después de Queronea, convenció a Alejandro de que renunciase a la última exigencia. Al enterarse en Macedonia de que había perdonado la vida a Demóstenes, Antípatro debió de pensar que el joven monarca había perdido el juicio. Después de la muerte de Alejandro, se apresuró a corregir el error. Al propio Alejandro, siendo cuales eran sus pautas, debió de parecerle impensable que Demóstenes fuera capaz de levantar nuevamente la cabeza. No supo juzgar a la Atenas del siglo IV a. C. De todas maneras, al apartar de esa cabeza la corona de mártir, demostró que era más sensato que el viejo Antípatro. Había cumplido su propósito en el sur. Grecia estaba asegurada. Volvió a Macedonia y se preparó para la empresa que ocuparía el tercio restante de su vida.

***

Una vez en Macedonia, Alejandro hizo los sacrificios tradicionales durante las celebraciones del Zeus olímpico y, además de los juegos habituales, celebró concursos artísticos «en honor de las Musas». Durante esos días recibió la noticia de que una célebre estatua de Orfeo, conservada con fervor religioso en el sur de Macedonia, había empezado a sudar copiosamente. Los videntes analizaron el augurio y llegaron a la conclusión de que las hazañas del nuevo monarca inspirarían a los poetas.

Por mucho que lo hubiera deseado, Alejandro nunca tuvo su propia épica. Tanto él como la posteridad han sido mejor servidos por las memorias de un soldado, un marinero y un constructor. Su mejor epígrafe poético fue acuñado mucho después por el caballero Montrose, que lo introdujo en medio de un poema lírico:

Como Alejandro reinaré
y reinaré solo;
mi espíritu nunca desdeñó
un rival cercano al trono.
Teme demasiado su destino
o merece muy poco
quien no es capaz de arriesgar
el ganar o perderlo todo.

Es más breve de lo que él habría deseado, pero transmite su esencia.

En el ínterin, Darío —cuyas tropas libraban una guerra defensiva local contra la cabeza de puente de Parmenión—, preocupado por las noticias provenientes de

Grecia, contrató a 50 000 mercenarios griegos. Los dirigía el general Menmón, veterano del reinado de Oco. Había participado en la revuelta de los sátrapas y pasado el exilio en Macedonia, donde estudió las tácticas de sus anfitriones hasta que volvieron a llamarlo. Alejandro, que jamás pensó mal del viejo Artabazo por ponerse en su contra al servicio de un rey persa, no tuvo tantas contemplaciones con los griegos que hicieron lo mismo. El ejército reunido por Memnón sólo contaba con unos pocos soldados sin dinero que alquilaban sus espadas a cambio de algo que llevarse a la boca; en su mayoría se componía de sureños que seguían librando la guerra contra Macedonia después de que sus ciudades firmaran tratados de paz. Y a Alejandro lo ofendieron como no lo hicieron los persas, que, en su opinión, sólo cumplían con su deber.

Se aprestó para partir en primavera. Durante el invierno, los más próximos lo apremiaron a que se casara y engendrara un heredero antes de emprender la marcha, pues temían que encontrara la muerte.

Se dice que Antípatro fue muy insistente; fue un consejo leal porque si quedaba como regente y el rey moría sin descendencia, estaría bien situado para ocupar el trono. De todas maneras, tuvo tanto éxito como Filipo y Olimpia años atrás. Alejandro respondió impaciente que no era el momento de quedarse en casa «celebrando fiestas nupciales y aguardando el nacimiento de los hijos». Hacer lo primero no implicaba necesariamente lo segundo. Si después de su partida no nacía un vástago, podría haber llamado a su esposa a Asia para intentarlo de nuevo. Es evidente que seguía encontrando repugnante la idea. Quizá también pensó que un niño criado en Macedonia en su ausencia estaría totalmente dominado por Olimpia.

Si hubiese aceptado el consejo de Antípatro, tal vez lo habría sobrevivido un sucesor de once años, y, en el caso de preferir el de sus padres, un joven de catorce; todo el curso de la historia helénica habría cambiado. Se dice que cuando le preguntaron cómo había logrado someter tan rápido a Grecia, replicó: «No postergando nada para el día siguiente». Pero postergó esta cuestión y desencadenó una generación de guerras.

Al menos le ahorró gastos. En ese momento el problema económico era acuciante. Se decía que, al acceder al trono, el bien más valioso de Filipo era una copa de oro delgado, que por la noche guardaba en una caja, bajo la almohada. Posteriormente acumuló una gran riqueza, que también gastó: en el ejército, comprando apoyo en Grecia, civilizando Macedonia y preparándose para la guerra. Posteriormente Alejandro declararía: «De mi padre heredé unas pocas copas de oro y plata, menos de sesenta talentos en el erario y una deuda de quinientos que no había pagado. Partí después de pedir prestados otros ochocientos». A pesar de esto —o quizá por su causa—, convirtió en dinero sus bienes personales y los repartió entre amigos y partidarios leales. Algunos no aceptaron nada, como Pérdicas, cuya

inclusión sugiere, a pesar de lo que afirma Tolomeo, que en Tebas hizo lo correcto. «¿Qué te queda para ti?», preguntó Pérdicas. «La esperanza», replicó Alejandro, La respuesta profética de Pérdicas fue: «La compartiremos».

A principios de primavera Alejandro avanzó hacia el este con 30 000 infantes, en parte tiradores y arqueros provistos de armas ligeras, y unos 5000 soldados de caballería. Partió con poco más que los efectivos macedonios que habían combatido en Queronea para invadir un imperio que, de haber contado con un enemigo de una talla próxima a la suya, podría haber puesto en pie de guerra a un millón de hombres. Tarn ha señalado correctamente que al principio Alejandro se embarcó en la guerra porque «no pensó ni remotamente en no hacerlo: era su herencia». Y su genio singular se puso de manifiesto en lo que la guerra engendró.

Marchó hasta el Helesponto junto a la flota, pero la armada persa, muy superior, no atacó. Durante el cruce del estrecho empuñó el timón de la nave insignia. Probablemente de niño había navegado por la ahora desaparecida laguna de Pella. En mitad de las aguas hizo un sacrificio en honor de Poseidón, al llegar a la otra orilla arrojó la lanza por delante como augurio y fue el primero en salir del agua y tocar tierra. No se dio la vuelta para mirar hacia Europa, a la que no volvería a ver.

Como era típico en él, lo primero que hizo fue visitar Troya —en ruinas pero fácil de encontrar en su emplazamiento de roca natural—, hizo ofrendas a su protectora Atenea y consagró su panoplia en el santuario de la diosa; tomó para sí, como por derecho propio, una selección de los antiguos trofeos presuntamente homéricos de Atenea, incluido un escudo que más adelante le salvaría la vida. Allí Hefestión y él rindieron homenaje a los amigos inmortales; Plutarco dice que Alejandro y sus camaradas se desnudaron e hicieron una carrera ceremonial alrededor del montículo sepulcral de Aquiles. Todas las fuentes coinciden en que realizó sacrificios en honor del héroe. Algún emprendedor empresario turístico le ofreció la auténtica lira de Paris (cuyo otro nombre era Alejandro); el macedonio se apresuró a rechazar esa reliquia de un hedonista decadente y dijo que prefería el instrumento con el que Aquiles interpretaba las hazañas de los héroes. Lo cierto es que probablemente las liras y el canto seguían siendo un tema delicado, por más que hubiesen pasado ocho o diez años.

Después de la consagración romántica de la aventura, organizó sus fuerzas para la conquista de la Grecia allende el mar: su único objetivo en ese momento. Avanzó hacia el norte y luego hacia el este, siguiendo la costa de los Dardanelos, donde lo esperaban las fuerzas persas.

El ejército aún no estaba dirigido por Darío, que no postergaba nada hasta el día siguiente si podía esperar hasta la semana o el mes siguientes. El comandante más experto era el general mercenario Memnón, a la cabeza de 15 000 soldados griegos. De todas maneras, media docena de aristócratas persas lo superaban en rango.

Cuando Memnón aconsejó quemar los campos y matar de hambre a los macedonios, que no podrían sobrevivir mucho tiempo con las provisiones que habían traído consigo, el sátrapa local se negó indignado y convenció a los demás. Decidieron defender la orilla oriental del río Gránico, justo antes de la desembocadura; se trataba de una opción sensata a la vista de la magnitud de sus efectivos (cuyo número es muy discutido), que al parecer era inferior a la de los invasores. Alejandro tendría que abordarlos antes de avanzar tierra adentro y las altas orillas del río les proporcionaban la ventaja que necesitaban.

Cuando Alejandro se acercó al río, los soldados enviados a reconocer el terreno le informaron de cuál era la posición de los persas. Después del desembarco, Parmenión se había reunido con él y reemplazado a su hijo Filotas en tanto segundo jefe. Si desaconsejó a Alejandro una batalla campal y propuso un ataque por sorpresa al alba —otra cuestión controvertida en vista de acontecimientos posteriores—, Parmenión probablemente lo hizo sobre la base de que el enemigo adoptaría la táctica sin duda sensata de apostar firmemente su infantería en lo alto de la orilla para que aguijoneara con sus lanzas a los jinetes inseguros y en desventaja mientras intentaban trepar. Pero la orilla fue defendida por la caballería. Con toda seguridad, el general Fuller tiene razón al ver en esto otro ejemplo de la aristocrática noblesse oblige y del orgullo persa. La infantería estaba compuesta por mercenarios extranjeros… y un caballero no debía parapetarse tras ellos.

Con sus caballos corpulentos, sujetos por los estribos a las pesadas sillas de montar y sosteniendo en ristre sus enormes lanzas, los caballeros medievales habrían formado una línea defensiva inexpugnable. Pero los persas, en la inestable silla del jinete antiguo, también contaban con la desventaja de no disponer siquiera de pequeñas lanzas como armas de combate de mano, sino de jabalinas arrojadizas, de las que no es probable que cada uno portara más de un par. Los macedonios estaban pertrechados con resistentes lanzas de cornejo. Aunque dependían de los movimientos del brazo del jinete —que habría caído si hubiese aprovechado el ímpetu de su caballo—, como armamento las lanzas de cornejo seguían siendo superiores. Los ejércitos se encontraban lo bastante próximos para que Alejandro se percatase de este detalle.

Reunió a sus efectivos para afrontar el río y delegó en Parmenión el ala izquierda, ocupando personalmente la tradicional posición regia a la derecha; Filotas era su comandante de brigada. Arriano da los nombres de todos los jefes de sección y es interesante ver que Crátero y Pérdicas —que en el futuro serían grandes generales— sólo eran comandantes de falange. Tolomeo y Hefestión aún no tenían mando. Como cabe a un auténtico profesional, en pie de guerra Alejandro no tenía favoritos.

El hecho de que estuviera resplandecientemente armado hasta el extremo de resultar reconocible hasta donde alcanzaba la vista —hecho deplorable según los

patrones modernos— también era una actitud profesional reconocida en todas las épocas, salvo la nuestra. Jenofonte, ese soldado pragmático, narra con actitud aprobadora que las armas de Ciro brillaban como un espejo y que en su casco lucía un penacho blanco. Alejandro se puso dos, uno en cada lado.

Después de conducir hasta el río a sus primeras tropas de choque, Alejandro volvió al ala derecha, lanzó el grito de guerra y, cabalgando al frente de todos, se dirigió en línea recta hacia la formación dispuesta a recibirlo. Dirigió la arremetida hacia el alto mando persa, que tradicionalmente se situaba en el centro, rescatando a parte de sus tropas centrales de choque, que estaban apremiadas. Durante un rato no se resolvieron las escaramuzas en la escarpada y agitada orilla del río, ya que los macedonios tenían que afrontar el combate cuerpo a cuerpo cada vez que llegaban a lo alto. Agotadas las jabalinas, los persas tuvieron que recurrir a las armas de mano. En medio de los golpes secos y los empellones se partió la lanza de Alejandro; uno de sus caballeros, Demaratos de Corinto —probablemente nieto del Demaratos que había negociado su retorno del exilio—, le pasó otra lanza. Con ésta, se abalanzó sobre un insigne general persa, le dio muerte y en el acto se vio envuelto en una refriega, recibió un golpe en el casco y perdió uno de los penachos. Mientras daba cuenta de un contrincante, otro levantó la cimitarra para dejarla caer sobre él; Clitos «el Negro» —hermano de su niñera Helánice— llegó justo a tiempo de segar el brazo del segundo agresor.

La resolución, la disciplina y las resistentes lanzas de cornejo se impusieron. Los persas fueron presa de la confusión y emprendieron la huida. Alejandro los dejó escapar y concentró su ataque en los mercenarios, a los que consideraba traidores a Grecia. Fue una salvaje carnicería. Aunque algunos escaparon, sólo tomó alrededor de dos mil prisioneros y, en lugar de reemplearlos, los envió a Macedonia a realizar trabajos forzados. Memnón escapó y volvió a combatir. El sátrapa persa Arsamés, que había rechazado los consejos de Memnón antes de la batalla, también logró escapar, pero se suicidó.

Hubo pocas víctimas macedonias. A los veinticinco compañeros caídos en el primer asalto, Alejandro les concedió honras fúnebres excepcionales, eximió de impuestos a sus familias e hizo vaciar en bronce sus estatuas. Después de la batalla visitó a los heridos; Arriano escribe: «Contempló sus heridas, les preguntó cómo se las habían hecho, los alentó a que hablaran de sus hazañas e incluso a que se jactaran de ellas». Actitudes como ésta explican la extraordinaria relación que en años posteriores se desarrollaría entre Alejandro y su ejército.

Enterró a los generales persas con honores de guerra y ofreció un correcto funeral griego a los mercenarios caídos en el campo de batalla. Para los hombres del siglo I a. C., esa actitud era mucho más que un gesto: se trataba del rito para un tránsito pacífico a la región de las tinieblas. Lo que para el hombre moderno puede parecer

cínico fue generoso e insólito para sus contemporáneos; si tenemos en cuenta este hecho comprenderemos mejor la influencia que ejerció en su época. A ello hay que sumar el perdón a los lugareños que, a diferencia de los mercenarios, habían servido a los persas sometidos a reclutamiento. Marchó hacia el sur rumbo a Sardes, una impresionante fortaleza interior situada en un promontorio elevado, que se rindió sin combatir. En Asia Menor haría frente, sobre todo, a ciudades en las que sólo la guarnición y los funcionarios sentían lealtad hacia Persia, los lidios eran el pueblo del rey Creso, conquistado en tiempos de Ciro. El erario de Sardes estaba bien provisto, aunque no a la altura de la leyenda de Creso, y llegó justo en el momento en que Alejandro lo necesitaba. En el antiguo emplazamiento del palacio real y bajo la dirección divina de un rayo mandó construir un templo al Zeus olímpico, guarneció la acrópolis y permitió que el pueblo mantuviera sus costumbres y leyes tradicionales. Zeus olímpico, dios protector de Macedonia, figura en el reverso de casi todas las monedas de plata que hizo acuñar; está entronizado como en la célebre estatua de Fidias en Olimpia. En el anverso aparece Heracles, con su capucha semejante a una máscara de león. A medida que la casa de la moneda se desplaza hacia el este, Zeus es tallado por artesanos que no son griegos y se vuelve cada vez más difuso, mientras que Heracles se parece crecientemente a Alejandro.

La ciudad costera griega de Éfeso le abrió las puertas, mostrando una sociedad rebosante de odio y venganza. En nombre de los persas la habían gobernado oligarcas griegos colaboracionistas. Al conocer la victoria de Alejandro, los demócratas lincharon a los colaboracionistas o los sacaron a rastras del santuario del templo y los mataron a pedradas, junto con sus hijos. Alejandro restableció la democracia y prohibió severamente que se llevaran a cabo nuevas represalias, «sabiendo que en cuanto se fueran el pueblo mataría injustamente a algunos hombres, por puro odio o para hacerse con sus bienes, así como a aquellos que se lo merecían». Arriano comenta que después de ese decreto la popularidad de Alejandro aumentó todavía más.

Hizo un sacrificio en honor de Artemisa y celebró un fulgurante desfile de la victoria. Las ciudades griegas cayeron a sus pies como fruta madura. En cada una expulsó a los colaboracionistas propersas y estableció democracias a la griega. Les explicó que era eso lo que había ido a hacer; y es posible que de momento no buscara nada más.

Se trasladó ochenta kilómetros al sur, llegó a Caria y vio por primera vez ese estado que tan calamitoso había sido con relación a su pasado. El sátrapa Pixodaro llevaba tiempo muerto y le había sucedido un pariente afecto a los intereses persas. Si la intriga de Alejandro hubiese dado resultado, probablemente no habría obtenido más que una esposa caria superflua. Pero lo que consiguió fue una madre caria.

Pixodaro era un usurpador. Sus predecesores habían sido un hermano y una

hermana, casados (como en Egipto) según la costumbre real. A la muerte del marido, la esposa, Ada, tenía derecho a regir sola, pero Pixodaro la expulsó. Ada se retiró serenamente y se instaló en la potente fortaleza portuaria de Alinda. Rindió la fortaleza a Alejandro y le ofreció vasallaje si le restituía sus derechos, Las pleitesías diplomáticas pronto se convirtieron en adoración materna y fueron indulgente y afectuosamente recibidas. Ada lo cuidó y lo mimó; asombrada de su simple dieta, lo atiborró de *cordon bleu* hasta que Alejandro se vio obligado a rechazar amablemente sus comidas. En poco tiempo, Ada lo adoptó formalmente como hijo. A esas alturas la paradoja de la situación debía de divertir a Alejandro.

A diferencia de muchos hombres cuya infancia ha estado dominada por la madre, Alejandro nunca se sintió sexualmente atraído por mujeres mayores. Prefería un papel filial. Más tarde lo asumió con un compromiso mucho mayor, y a un tercer vínculo de estas características, en apariencia el más intrascendente e incongruente, le debería la vida.

Avanzó hasta Mileto, uno de los puertos del territorio del usurpador. El comandante de la guarnición empezó a negociar la rendición, se enteró de que estaban a punto de llegar refuerzos por mar y cambió de idea. La reducida flota de Alejandro, compuesta por ciento sesenta naves, ocupó deprisa el puerto estratégico de Lade, al otro lado del estrecho; los persas tuvieron que conformarse con varar sus cuatrocientos barcos más al norte.

Se dice que Parmenión insistió en desencadenar una batalla naval, posiblemente porque los macedonios ocupaban una posición más ventajosa. Habían visto un águila marina, augurio favorable, en la orilla, a la altura de las popas de sus naves. Alejandro prefirió dejar en paz a los persas porque, según dijo, sus barcos estaban tripulados por marineros más experimentados y una victoria les levantaría la moral. El águila se había posado en tierra, señalando a dónde apuntaba la fortuna. Por último, «no estaba dispuesto a sacrificar la pericia y, el valor de sus macedonios». Imprudente con su propia vida, jamás desperdició la de sus hombres, hecho que éstos conocían perfectamente y que nunca subestimaron.

Alejandro abrió una brecha en las murallas de Mileto y la tomó por asalto, mientras sus naves cerraban la bocana del puerto para impedir que recibiera ayuda persa. Algunos soldados de la guarnición escaparon por mar, utilizando como balsa sus escudos de madera, y se dirigieron a un islote cercano. Navegó tras ellos pero, «al ver que los hombres de la isla lucharían hasta el final, los compadeció porque se trataba de soldados leales y de sentimientos elevados». Dejó en libertad a los milesios, y a los mercenarios, que eran griegos, los contrató a su servicio.

Imposibilitada de entrar en puerto, la potente armada persa seguía varada con todos sus soldados. Los barcos de guerra de la antigüedad no tenían capacidad para trasladar víveres suficientes para alimentar durante períodos prolongados a los

remeros, los marineros y los soldados que portaban. Necesitaban atracar constantemente para cargar agua y provisiones, de ahí la importancia de contar con tropas terrestres de apoyo. Esta flota no las tenía. Alejandro encomendó a Filotas que ocupara la costa circundante y que la asediara impidiéndole cargar provisiones. En tierra estaban enormemente superados en número; luego de un vano intento de provocar una batalla naval, las bodegas quedaron vacías y tuvieron que irse. El éxito total de esta operación secundaria sugirió a la mente lógica de Alejandro una estrategia importante y a largo plazo: ¿por qué no negar a la marina persa todos sus puertos de escala?

«*Interpretó que los movimientos del águila indicaban que debía conquistar las naves por tierra*». La impetuosidad de Alejandro en la batalla estaba acompañada por su asombrosa facilidad de establecer un objetivo a largo plazo y esperar. Su plan suponía dominar el litoral del Mediterráneo oriental antes de internarse tierra adentro; así garantizaría el control de las ciudades liberadas y de sus propias comunicaciones. Apostó fuerte a favor de esta estrategia cuando dispersó todas sus naves salvo un par de transportes para las máquinas de los asedios; a pesar del botín de Sardes, sentía que aún no podía permitirse el lujo de mantener una flota. Si lo derrotaban quedaría aislado, pero partió del supuesto de que la derrota —lo mismo que el miedo— no existía.

Su siguiente objetivo fue Halicarnaso, capital de la satrapía del difunto Pixodaro. Imponente fortaleza reconstruida en época posterior por los seléucidas y por los cruzados, era una empresa más difícil que Mileto y reclamaba un asedio total. Uno de los dos comandantes era el experto Menmón. Arriano describe con gran detalle el llenado del gran foso para elevar las torres de asedio, las salidas desde la fortaleza para quemarlas, la brecha definitiva en la muralla. Cuando la ciudad quedó claramente a su merced, Alejandro suspendió las acciones, se retiró y ofreció negociaciones para el día siguiente, a fin de pactar las condiciones. A medianoche despertó y vio la ciudad envuelta en llamas; Memnón y sus hombres le hablan prendido fuego y el viento propagaba las llamaradas. Alejandro la tomó por asalto y ordenó que mataran a todos los incendiarios a los que atraparan prendiendo fuego, pero que salvaran a los ciudadanos. Memnón y su estado mayor había escapado.

Alejandro ya era amo de Caria. Guarneció las fortalezas restableció a la reina Ada en el trono de la satrapía.

Su siguiente acción consistió en dar mando propio a Parmenión. Si crónicas posteriores pusieron de relieve el rechazo de los consejos de Parmenión por parte del joven monarca debido a razones de conveniencia, eso no es prueba de que dichos incidentes fueran ficticios. Más bien apuntan a un modelo humano conocido. Parmenión rondaba la mitad de la sesentena. Durante más de veinte años había sido el mejor amigo de Filipo. Ahora había de tratar con un alto mando compuesto

mayoritariamente por hombres una generación más jóvenes, a las órdenes de un jefe de poco más de veinte años. Si se hubiese adaptado con facilidad de los procesos mentales de Filipo a los de Alejandro, habría sido prácticamente un milagro. El Antonio de Shakespeare se queja de que el genio tutelar de Octavio intimida el suyo, y Parmenión debió de padecer esta situación perenne. Por parte de Alejandro, el hombre que había estado tan cerca de su padre y que se había casado con una hija de Atalo cuando éste estaba en el poder y él en desgracia siempre debió de provocarle cierta tensión. Sea como fuere, destacó a Parmenión para que mandara las líneas de comunicaciones del territorio conquistado. Su tendencia a repetir esta política tendría resultados terribles para los dos. Antes de partir, Alejandro dio permiso para volver al país a los soldados macedonios recién casados; fue una orden sumamente popular que, además, tenía en cuenta las futuras necesidades de contar con tropa formada por sus compatriotas. Atacó a las tribus de las montañas, intratables en todo el mundo; el invierno las había obligado a bajar a los valles, lo que facilitó su dominación. Durante ese período Parmenión interceptó un mensaje de Darío a Alexandros de Lincestis —cuyos dos hermanos fueron ejecutados por complicidad en el asesinato de Filipo— en el que le ofrecía el trono de Macedonia si lograba acabar con Alejandro. El príncipe había sido ascendido y mandaba la caballería tracia. Siempre había sido una fuente de peligro en tanto posible sucesor en el caso de que Alejandro muriera sin descendencia; su supervivencia representaba una excepción significativa de los precedentes reales macedonios. En ese momento, Alejandro, que no tenía pruebas de que los persas hubiesen hecho esa oferta, lo mantuvo bajo arresto cautelar en vez de acusarlo de traición. Se le recordó que durante el asedio reciente una golondrina había entrado en la tienda real y revoloteado sobre el dormido ocupante. Alejandro despertó a medias y la apartó con delicadeza, pero la golondrina volvió y se posó en su cabeza. Los adivinos presagiaron que las advertencias de ese pájaro doméstico anunciaban peligros internos. Sin embargo, Alejandro siguió tendiendo la mano.

Dedicó el invierno a reducir las fortalezas costeras, bajar hacia el sur y rodear la curva hacia el este de Asia Menor. Al llegar la primavera se internó por tierra firme hasta Gordión, escenario del célebre nudo. Era una correa de cuero, completamente enrollada alrededor del varal de un vehículo antiguo en el que se suponía que había llegado su monarca más famoso, el legendario Midas. Plutarco afirma, probablemente con percepción retrospectiva, que el hombre capaz de deshacer ese nudo estaba destinado a gobernar el mundo. Arriano dice que, según algunos relatos, Alejandro lo cortó con la espada de la manera proverbial, y que, según otros, tiró del varal en el que la correa de cuero estaba atada y descubrió el extremo oculto. «No intentaré explicar con exactitud la forma en que Alejandro deshizo el nudo gordiano», escribe Arriano escrupulosamente. Todos coinciden en que logró deshacerlo. Para remachar la cuestión, hubo rayos y truenos. Más al sur abordó el paso casi inexpugnable de los

Puertos de Cilicia, pero no tuvo que tomarlo por asalto, Las fuerzas desplegadas escaparon en cuanto se enteraron de que Alejandro en persona estaba al frente. En Tarso estuvo a punto de perder la vida cuando se zambulló en el Cidrio (el río que transportó la barca de Cleopatra hasta Antonio), pues estaba cansado, acalorado y sudoroso. El río llevaba agua de deshielo, sufrió calambres y un fuerte resfriado y se temió por su vida. Entonces prestó uno de sus apasionados testimonios de amistad. Filipo, su médico, estaba a punto de administrarle una medicina cuando llegó una carta de Parmenión, en la que aseguraba que Darío había sobornado al médico para que lo envenenase. La acusación no pudo parecerle trivial en vista de la propuesta a Alexandros de Lincestis. Hasta es posible que lo intentara con Filipo, pero éste lo ignoró. Alejandro entregó la carta al médico y, mientras éste la leía, bebió la medicina. Filipo alzó la mirada horrorizado y vio que Alejandro sonreía y sostenía la copa vacía. La poción era una purga potente. Alejandro la resistió sin perder la confianza en ese tratamiento de ignorantes, a pesar de que debió de retrasar su recuperación, que demoró varias semanas.

Darío, movido finalmente a actuar, marchó hacia el oeste desde Babilonia con un ejército enorme y acampó en un terreno llano, donde disponía de espacio suficiente para desplegar a sus hombres, obstaculizando la marcha hacia el sur de los macedonios, en un lugar próximo a la moderna Alepo. Como ignoraba que Alejandro estaba enfermo —probablemente su convalecencia fue prolongada después de dos años ininterrumpidos de campaña—, Darío pensó que el rey macedonio se quedaba atrás por miedo y se sintió muy estimulado.

Diodoro dice que el gran rey, que medía casi dos metros, se había hecho célebre durante el reinado de Oco al matar en lucha cuerpo a cuerpo a un campeón de Cilicia con el que ningún otro guerrero quería enfrentarse. Por aquel entonces rondaba los cincuenta años y era posible que hubiese librado ese duelo, si es que alguna vez tuvo lugar, un cuarto de siglo antes. Quizá no fue más que propaganda para apoyar su acceso al trono, que necesitó refuerzos; tal vez el poder y el lujo lo habían cambiado o su valor había sido, como suele ocurrir, más específico que general. Sea como fuere, parece que desde la batalla de Gránico se había convertido en un hombre atemorizado. La reciente muerte de su general Menmón, que enfermó durante la campaña, había desconcertado aún más a Darío.

En cuanto volvió a ponerse en pie, Alejandro realizó metódicas operaciones de limpieza para salvaguardar sus flancos y sus comunicaciones. Darío, muy estimulado por esta nueva demora, pensó en lanzar una acción ofensiva. Arríano responsabiliza de este exceso de confianza a los halagos de los cortesanos; también es posible que los soldados más decididos quisieran arrojarlo al campo de batalla.

Confrontado ahora con una batalla trascendental, Alejandro montó un hospital de campaña en la bahía interior de Iso, dejó allí a enfermos y heridos y marchó hacia el

sur al encuentro de Darío sin saber que éste, por una ruta interior distinta, avanzaba hacia el norte. Los ejércitos se cruzaron sin verse. Darío llegó a Iso en la retaguardia de Alejandro. Los únicos macedonios que encontró fueron los que estaban en el hospital. Fuera o no por orden suya, lo cierto es que los descuartizaron vivos. Alejandro jamás pagó con la misma moneda, moderación raramente practicada en el mundo antiguo o, si a eso vamos, en algunas partes del moderno.

La noticia de que Darío había abandonado su posición privilegiada en la llanura y marchado a Iso, donde no disponía de espacio para maniobrar, le pareció tan increíble a Alejandro que envió una nave exploradora a confirmarla. Le comunicaron que la bahía estaba plagada de persas. Reunió a sus oficiales para darles instrucciones.

Arriano dice que les contó la forma en que Jenofonte y sus diez mil —un cuerpo de infantería aislado y sin apoyos— se habían abierto paso con éxito desde Babilonia hasta el mar. Recordó los difíciles trances que habían superado juntos «y todo lo demás que en un momento así, frente al peligro, un general valiente diría para animar a sus valientes», algo en lo que era muy ducho. El hecho de que si perdían quedarían aislados ni siquiera fue mencionado. Al final se apiñaron en torno a Alejandro, le tomaron las manos y le rogaron que los dirigiese. Los tópicos posteriores sobre su envaramiento, derivados de la tradición romana, suelen arrojar sombras sobre el arraigado vínculo emocional entre Alejandro y sus hombres, que duraría toda la vida. Al igual que en Gránico, los persas formaron detrás del río de orillas escarpadas. El frente se extendía desde el mar hasta las colinas próximas y las huestes podrían haber rodeado sin dificultades a los macedonios si hubiesen dispuesto de espacio. Tal como sucedieron las cosas, la enorme cantidad de fuerzas de reserva permaneció en la retaguardia inútilmente.

Los historiadores modernos consideran muy exagerados los cálculos de Tolomeo, que atribuyó 600 000 efectivos a los persas. Pero los macedonios, superados incluso en ocho o diez por cada uno de sus hombres, según cálculos conservadores, en ese momento debieron de pensar que el enemigo era realmente tan numeroso. Se sigue considerando que los mercenarios griegos de Darío rondaban los 1000; los 5000 macedonios a caballo no eran más que un escuadrón en comparación con la caballería persa, protegida por pesadas cotas de malla. Su comandante era el distinguido general Nabarzanes, para quien la batalla sería el prólogo de un drama sombrío.

Alejandro tomó sin prisa los pasos intermedios y no fatigó a sus hombres. Cuando al arribar al borde de la bahía los hizo formar e orden de batalla, no pronunció discursos. Cabalgó a lo largo de la línea, intercambió unas pocas palabras con los oficiales y singularizó a los hombres que con anterioridad habían combatido valientemente y mencionó sus hazañas. El hecho de que conociera por su nombre a varios miles de hombres era una de las armas secretas de Alejandro. Jenofonte habla favorablemente de este don en un comandante.

A Parmenión, que se había reunido con él durante la marcha, le asignó la importante posición del ala izquierda, próxima al mar. El centro se componía, en su mayor parte, de infantes. Alejandro ocupó el ala derecha con la caballería real y los compañeros. Arriano describe la batalla con lujo de detalles. Los persas concentraron la caballería en la playa, contra el ala vulnerable de Parmenión. Alejandro envió refuerzos, que cabalgaron agazapados tras las altas sarisas de la infantería, para intentar un ataque sorpresa, pero Nabarzanes siguió combatiendo sin inmutarse. Por la derecha los duros agrianos, legado del difunto príncipe Lámbaro, se lanzaron sobre los tiradores persas y los pusieron en desbandada. En el centro, en el que la falange hizo frente a los mercenarios griegos, la contienda fue reñida; los macedonios lucharon por su orgullo y los griegos para abatirlo. El orgullo, la disciplina, la moral y la larga sarisa permitieron que la falange avanzara lentamente. Alejandro, que esperaba su momento, se lanzó sobre el río con los compañeros de la caballería, aplastó la izquierda del enemigo y volvió el flanco hacia los griegos. Dejó que la falange rematara esa tarea ahora fácil y se dirigió al blanco al que en ningún momento había quitado el ojo de encima: la guardia real persa, los «inmortales», en cuyo seno se encontraba el gran rey, llamativo en su ornado carro en virtud de su estatura y de su regio manto. A lomos del viejo pero aún fogoso Bucéfalo (que probablemente debió su larga vida al poco peso del jinete), Alejandro entonó el himno de batalla y guió a la vociferante caballería, que ya estaba exaltada por el éxito, en una carga atronadora e implacable.

A medida que la caballería se aproximaba, quizá cuando la nube de polvo se calmó y fue posible ver claramente a Alejandro, a Darío le falló el coraje. Dio vuelta el carro y escapó. En medio de la confusión desatada, el centro de las fuerzas persas lo siguió. Todo el frente se desmoronó. El inmenso ejército salió disparado por los estrechos pasos. Miles de hombres que no habían participado en la batalla murieron pisoteados o cayeron por los precipicios, arrastrados por los fugitivos perseguidos por los macedonios. Nabarzanes, que seguía luchando resueltamente en una acción aún no decidida contra Parmenión, se apercibió del desastre y se enteró de que el rey había huido. Retiró a sus hombres lo mejor que pudo, con vivos sentimientos que el tiempo se ocuparía de poner de manifiesto.

Si el carro real hubiese estado ocupado por Oxatres —hermano menor de Darío—, no es probable que la lucha hubiese acabado tan pronto. Éste combatió firmemente junto al rey hasta que fue demasiado tarde, hecho que Alejandro no pasó por alto cuando volvieron a encontrarse.

Deseoso de perseguir a Darío, Alejandro esperó hasta comprobar que la victoria estaba asegurada; aunque el precio era elevado, se comportó como un profesional. Cambió de montura para la persecución y unos kilómetros más adelante encontró el carro, las armas y el manto real, de los que Darío se había desembarazado antes de

reemprender la huida a caballo. Al volver con esos trofeos, Alejandro se enteró de que era lo menos importante que el gran rey había abandonado.

La tienda de campaña del persa estaba intacta, con un equipo digno de palacio: artículos de aseo y de mesa en oro y plata, muebles taraceados, un diván, una suntuosa bañera, un trono. Se dice que, al ver un escenario junto al cual el afamado palacio de su padre resultaba casi ascético, Alejandro exclamó: «De modo que esto es lo que significa ser rey».

Esa noche cenó con sus oficiales en la tienda real, con la vajilla de oro y plata, después de lavarse las manchas de la batalla en la bañera real, y al oír que a poca distancia gemían unas mujeres preguntó qué ocurría. Le respondieron que las quejas procedían del harén. Darío había abandonado a su esposa, que tenía fama de se la mujer más hermosa de Asia; a sus dos hijas pequeñas; a su heredero, un niño de cinco o seis años, y a su madre. Al enterarse de que en el botín estaban su carro y su manto, las mujeres lloraban la muerte de Darío y el destino que para sí mismas preveían.

Otros persas eminentes habían dejado a sus mujeres en Damasco, pues les pareció un sitio seguro. Darío, inmoderado y demasiado confiado, había llevado consigo a su familia. A Alejandro debió de parecerle muy poco profesional; las consecuencias de su abandono —a manos de tropas que clamaban venganza por las atrocidades cometidas en el hospital— fueron toda una sorpresa. Hasta entonces nadie había molestado a las damas. Claro que eran la gratificación que reservaban para él.

Inmediatamente, Alejandro envió un oficial para que las tranquilizara: Darío seguía con vida y ellas serían protegidas. La reina madre, Sisigambis, recibiría los nombres de los nobles persas caídos y la autorización de Alejandro para presidir los ritos fúnebres. Al día siguiente, después de visitar a los heridos —el propio Alejandro tenía una herida de espada en el muslo—, acudió a ver a la familia real persa. Arriano reconoce que ese hecho dio lugar a muchas leyendas. De todos modos, las pruebas no se contradicen. Los comentarios de Arriano, Rufo Quinto Curcio y Plutarco apenas disienten y cuando lo hacen es en el mismo sentido.

Alejandro se hizo acompañar por Hefestión. Caminaron juntos, vestidos con sencillez. La apostura y la presencia de Hefestión sorprendieron a las mujeres, acostumbradas a relacionar la estatura con la realeza, y la venerable Sisigambis intentó postrarse ante él. Hefestión retrocedió; los eunucos del harén hicieron señales de advertencia; afligida, la reina madre intentó volver a postrarse ante el rey. Alejandro se adelantó y la obligó a ponerse en pie: «No te preocupes, madre. No has cometido un error, él también es Alejandro». Por muy desconcertante que le pareciera cuando el intérprete lo tradujo, Sisigambis le dio las gracias con regia dignidad.

La reina, Estateira, era hermana de Darío. Aunque el incesto dinástico era corriente en Oriente, ese matrimonio era anterior al acceso al trono de Darío. Puesto que se trataba de una belleza de la época, debía tener bastante menos de treinta años y

ser su hermanastra legítima de la unión del padre común con una esposa más joven. Sus dos hijas, apenas salidas de la niñez, tenían edad suficiente para correr la suerte habitual de los cautivos. Alejandro les garantizó protección. Se agachó ante el benjamín, que lo abrazó sin temores. Se volvió hacia Hefestión —no hacia el intérprete— y comentó que el nieto de Sisigambis compartía la bondad de su abuela y que, lamentablemente, ese don estaba ausente en el hijo.

La familia dispuso de la dignidad, el aislamiento y la seguridad de un harén real. Alejandro se había sentido instantáneamente atraído por Sisigambis. Como la edad la eximía de la reclusión absoluta, volvía a visitarla.

Sisigambis nunca había sido esposa del rey, sino madre y a edad tardía. De todos modos, para la anciana aristócrata que había lamentado la muerte heroica de su hijo, la realidad de su supervivencia debió de ser un golpe aún mayor. Pese a los abismos de cultura e idioma y del error con que comenzó la siguiente visita de Alejandro, al parecer la persa y el macedonio tenían mucho en común. Alejandro recordó que su madre y su hermana hacían labores en el telar y se presentó con un regalo de hilos de colores. Sisigambis nunca había visto nada parecido salvo en las manos de las criadas y acusó el impacto de lo que le pareció un recordatorio de su nueva condición. Alejandro captó su expresión, llegó al fondo del problema y le pidió graciosamente perdón. La amistad prosperó.

No volvió a ver a la joven reina, según Plutarco, porque se dominó a sí mismo; sea como fuere, decidió no dar pie al escándalo. Fuera por halagarlo o como broma, los amigos lo animaron a que reivindicase su *droit du seigneur*; Alejandro les prohibió nombrarla en su presencia. Aunque es posible que la abstinencia no le supusiera ningún esfuerzo, el hecho de pensar en el orgullo y en el amor propio de las mujeres, en el mantenimiento de su pequeña corte y de los servicios a que estaban acostumbradas, correspondía a su generosidad espontánea. Más explicaciones requiere el hecho de que arrastrara en su marcha a señoras y eunucos de la familia real persa, así como el engorroso séquito de muebles.

Puede que lo hiciera para disfrutar de la compañía de Sisigambis —sólo a la muerte de Alejandro se advirtió la profundidad de su vínculo— o para cerciorarse de que nadie las molestaba. Sin embargo, había capturado plazas fuertes en las que las podría haber dejado sin correr riesgos. Y existe otro motivo que habría sido característico de él.

El argumento secundario más pintoresco de la *Cyropaedia* de Jenofonte es la historia (ficticia, por lo que se sabe) de Ciro y la señora de Susa. Después de su gran victoria sobre la Confederación asiria, le reservaron a la dama como lo mejor del botín, junto con su acaudalada familia. Su amado marido, que se encontraba lejos, no había participado en la batalla. Los oficiales persas que entrevieron su belleza cuando se rasgó las vestiduras en medio de lamentos informaron que era «la mujer más bella

de toda Asia, nacida de mortal». A modo de consuelo, le habían asegurado que estaba reservada para el más distinguido de los hombres, y luego apremiaron a Ciro para que viera su premio. No, respondió, por Dios que no lo haría, sobre todo si su belleza era tanta. Quizá se la quedaría mirando demasiado tiempo y olvidaría sus deberes; el amor, al fin al cabo, era una especie de esclavitud. Confió la protección de la dama a un seguidor de confianza; cuando éste se enamoró, lo enviaron lejos en bien de la seguridad de la mujer. Conmovida ante tanta caballerosidad, la dama de Susa se ofreció a enviar un mensaje a su marido y a suplicarle que se aliara con Ciro. El esposo se presentó confiado. «*Se abrazaron con alegría, como correspondía, pues habían perdido las esperanzas de volver a verse*». La mujer le habló de la compasión y del dominio de sí mismo de Ciro y rogó al marido que se lo retribuyera con lealtad. Agradecido, éste cogió la mano derecha del rey y le fue leal hasta la muerte.

Alejandro no sólo tenía un poderoso sentido teatral; había aprendido de Aristóteles que el hombre de alma grande elige su papel y lo vive concienzudamente. También experimentaba un profundo deleite cuando daba placer a los demás, cuya sinceridad atestiguan muchas anécdotas. Es fácil caer en la tentación de imaginar que abrigaba la esperanza de superar el drama de Jenofonte. Darío no se había mostrado como un enemigo implacable y dispuesto a luchar mientras le quedara un ápice de vida. El reencuentro con la esposa, la madre y los hijos, presidido por un vencedor indulgente, ciertamente se habría convertido en una de las grandes anécdotas históricas de Alejandro, y nadie era más consciente que él de sus posibilidades. Su determinación de hacer realidad esos sueños se vio coronada por muchos éxitos. Y si en este caso concreto fracasó, la responsabilidad recayó en el destino más que en la imposibilidad.

La historia de la dama de Susa presenta otro aspecto: su marido se convirtió en vasallo de Ciro.

En la trayectoria de Alejandro no existe un momento del que pueda decirse con certeza que fue entonces cuando decidió que no necesitaba limitarse a cumplir el objetivo paterno de liberar las ciudades griegas y que podía ser y sería gran rey de Persia. Sin duda el momento más probable es después de Iso, al ver que los esplendores imperiales habían entronizado a un hombre débil.

Darío huyó durante la noche con postas, acompañado de un puñado de miembros de su séquito. Al romper el alba se le sumaron alrededor de cuatro mil fugitivos que vagaban dispersos. Unos ocho mil mercenarios griegos escaparon por mar y volvieron a sus tierras. El rey mismo apenas tiró de las riendas hasta que cruzó el Éufrates. Despejado el camino, Alejandro avanzó en dirección sur hacia Judea y las ciudades costeras de los fenicios. Había cumplido todas sus obligaciones con Grecia y ahora emprendió una guerra de conquista.

Es tan absurdo aplicar pautas morales anacrónicas a este hecho como lo sería condenar a Hipócrates por no dar clases de asepsia quirúrgica. Durante la larga evolución del pensamiento humano (generalmente adelantado a la conducta humana), la idea de que la guerra estaba mal aún no había penetrado en el mundo. El propio Sócrates, que consideró la búsqueda del bien como la obra de su vida, declaró orgulloso durante el juicio: «Atenienses, sería extraño que yo, que resistí en mi puesto en el frente de batalla y afronté la muerte por órdenes de mi comandante, abandonara el sitio que dios me asignó». Aristóteles apoyó calurosamente las guerras de la conquista helenizadora siempre y cuando los «bárbaros» no fueran tratados como hombres. Un siglo después un puñado de estoicos empezó a poner en cuestión la moral de la guerra, pero casi nadie les hizo caso. Los soldados cristianos de Roma prefirieron el martirio a la adoración del divino César o de las águilas de la Legión, pero nunca se negaron a combatir. En nuestra propia generación lo que ha sido tolerado e incluso aprobado por los mismos formadores de opinión que condenan a Alejandro muestra una divergencia de pautas tan disparatada que cabría suponer que son las mejores cualidades del macedonio, no las peores, las que despiertan resentimiento. Las palabras del conde de Chesterfield, ese filósofo infravalorado, son tan veraces hoy como en 1748: «Las cosas que suceden en nuestra época y que vemos con nuestros propios ojos no nos sorprenden tanto como las que leemos del pasado, aunque en modo alguno son menos extraordinarias».

Darío le escribió a Alejandro desde algún campamento de Mesopotamia y le planteó las condiciones del rescate de su familia. Su nota era un manifiesto general, primero acusaba a Filipo de agresor y luego a Alejandro por violar una vieja alianza: recordatorio insensato de la humillación macedonia en la guerra de Jerjes para un hombre que ocupaba una posición de fuerza. Darío se había levantado en armas contra esas injurias, pero «la batalla discurrió según la voluntad de algún dios».

Ese comentario casi invitaba a Alejandro a replicar, como hizo de inmediato, que había tomado la tierra «por don del cielo». El resto de su respuesta fue un desafío intransigente. Lo habían elegido para vengar el mal que Jerjes hizo a Grecia. Oco había invadido los dominios de su padre Filipo; el propio Darío había procurado la muerte de Filipo y «se había jactado de ello ante el mundo en sus cartas» (¿capturadas tal vez en Sardes?). Además, Darío era un usurpador que había conspirado con el propósito de asesinar a su predecesor (verdadera o falsa, era una sospecha lógica en cualquier rey macedonio). La familia real sería libremente devuelta en cuanto estuviese dispuesto a ir a buscarla en persona. (El hecho de no chantajearlo amenazando la seguridad de los suyos crea un triste contraste con los tiempos modernos). La leyenda posterior contiene incontables retos apócrifos, a menudo interminables, lanzados por Alejandro. La perorata del siguiente, que probablemente procede de los archivos reales, suena verídica:

… En adelante, cuando me escribas, no me trates como a un igual, sino como al soberano de Asia y dueño de cuanto te perteneció. Si no lo haces así, te trataré como a un enemigo. ¡Y si no compartes mi opinión acerca de la soberanía de Asia, mídete conmigo en el campo de batalla y no huyas, porque dondequiera que estés te encontraré!

Poco después, un destacamento a las órdenes de Parmenión aceptó la rendición de Damasco. El gobernador había llegado a un acuerdo secreto y Parmenión, que temía una traición, no quiso entrar en la ciudad con sus hombres y le pidió que saliera con el tesoro haciendo el simulacro de huir. Al gobernador le siguió una multitud presa del pánico, incluidos los harenes de los nobles persas que combatieron en Iso.

Como no formaban parte de la realeza, no se protegió estrictamente a esas damas. Una de ellas desempeña un papel en la leyenda de Alejandro y otra en su historia. Sólo Plutarco dice que se quedó con Barsine, viuda de Memnón hija de Artabazo, por la sorprendente razón de que Parmenión —¡ni más ni menos que él!— le aseguró que sería beneficioso para él. El elemento dudoso de la historia no sólo reposa en este hecho, sino en los poderosos motivos que existían para inventarla. No existe ni un testimonio de que esa mujer lo acompañara en la marcha, ni una sola reivindicación por su parte —o por la de su poderosa familia— de haberle dado hijos. Sin embargo, doce años después de la muerte de Alejandro apareció un muchacho de diecisiete —nacido, por lo tanto, cinco años después de la toma de Damasco—, presunto hijo de ella, «criado en Pérgamo»; fue un peón demandante y efímero durante las guerras de sucesión, elegido probablemente por su parecido físico con Alejandro. El hecho de que se casara con otra Barsine debió de servirles a los dos para lanzar y sustentarla historia, ninguna fuente dice que tuviera en cuenta a un niño que, siendo póstumo el de Roxana, debió de ser en vida su único hijo, habido con una madre casi real. Esto resulta poco creíble en un hombre que bautizó ciudades con los nombres de su caballo y de su perro.

Es más convincente el personaje de una belleza macedonia, tal vez una hetaira de clase alta, que le tocó en suerte a Filotas. Éste se dejó impresionar y la divirtió con las distinguidas hazañas propias y de su familia. La mujer lo escuchó con gran amabilidad. Más adelante, Filotas se daría cuenta de que había sobreestimado sus propios encantos.

El verdadero botín que Alejandro obtuvo en Damasco se compuso de inmensos tesoros, los fondos de guerra del gran rey y las arcas privadas de los nobles, lo que lo liberó por fin de todas las preocupaciones relativas a la financiación de la campaña. También capturó cuatro emisarios griegos: dos de Tebas, a los que liberó en el acto por considerar natural su persianización; uno de Esparta, que mantuvo encarcelado un tiempo y luego dejó en libertad; y a un ateniense entrado en años, hijo del célebre general Ificrates, amigo-huésped de sus abuelos. Convenció al anciano de que se sumara a su séquito, donde permaneció de por vida, y al morir sus cenizas fueron

escrupulosamente enviadas a sus parientes de Atenas.

Sidón le abrió las puertas de buena gana y le entregó al gobernador pro-persa. Este hecho tuvo un resultado interesante: la primera misión independiente de Hefestión. Antes de ser conquistada por Persia, hacía varias generaciones, Sidón había sido una monarquía, y Alejandro encomendó a Hefestión la tarea de elegir rey.

Fue una graciosa muestra de honor, que daba a entender que el propio Hefestión habría sido digno del cargo si hubiese podido prescindir de él; Alejandro era realista con respecto a esas misiones y ésta requería integridad y pericia. De inmediato, Hefestión se vio rodeado por aduladores e intrigantes. Su propio anfitrión, un ciudadano relevante, probablemente temeroso de las facciones hostiles, rechazó la oferta con la excusa de que por sus venas no corría sangre real. Al oír esas palabras, Hefestión preguntó si sobrevivía algún descendiente de linaje real; recibió la inesperada respuesta de que quedaba uno, nacido en la pobreza campesina y que trabajaba como jardinero. Hefestión estudió sus referencias y encontró que eran excelentes; tuvo la habilidad de no interrumpirlo en su humilde trabajo y le envió emisarios con un manto real con el que podría presentarse dignamente. Cuando los emisarios llegaron, lo encontraron regando. Sorprendidos por la elección del único candidato que no podía ser acusado de soborno, los sidonios asimilaron bien la situación. El cuidado hacia su propio honor y el de sus amigos que implica esa elección, así como su éxito, habla elocuentemente de Hefestión.

El rey Abdalónimo siempre fue un buen trabajador, respetable y honesto. Resulta agradable consignar un ejemplo de gratitud humana. Después de la muerte de Hefestión, mientras su grandioso monumento conmemorativo permanecía inconcluso porque Alejandro se había ido y los rivales envidiosos criticaban implacablemente —como sin duda hizo Tolomeo— el brillante historial de este oficial, Abdalónimo diseñaba su propio sarcófago. Un magnífico friso helenista de mármol teñido representa una escena de batalla, en la que Alejandro lleva a cabo un acto heroico. Sin embargo, casi todos reconocen que la figura central, un apuesto soldado de caballería que derriba al enemigo persa, es el único retrato de Hefestión que sobrevive.

Desde Sidón, Alejandro prosiguió su marcha hacia el sur, rumbo al impresionante obstáculo que suponía Tiro. Este puerto-fortaleza fenicio era una isla y estaba separado de la playa por un canal profundo. Contaba con su propia flota mercante numerosa y su armada y en el puerto atracaban las naves persas. Cuando Alejandro se acercó, la ciudad envió emisarios que se ofrecieron a ponerla a sus órdenes. Alejandro los sometió a prueba pidiéndoles hacer un sacrificio de estado en el templo de Melcarte, el Heracles tirio. Ello supuso la negativa a abrir las puertas a los macedonios y la afirmación de que también impedirían la entrada de los persas, compromiso que no era probable que cumplieran en cuanto Alejandro reanudase la

marcha.

Consciente de la inmensa tarea que le esperaba, Alejandro convocó un consejo de guerra. Afirmó que si dejaban Tiro en la retaguardia, los persas la utilizarían como base para invadir Grecia, en la que Esparta ya se había rebelado abiertamente contra el regente Antípatro mientras Atenas esperaba su oportunidad. Más adelante se extendía Egipto, un objetivo rico y deseoso de recibirlo, pues lo había olvidado la brutalidad y el sacrilegio de la reconquista de Oco. Una vez asegurada la costa y puesta bajo el poder macedonio toda Asia a este lado del Éufrates, podrían avanzar hacia Babilonia.

Este análisis realista convenció al estado mayor. Hizo un postrer intento por evitar un sitio tan costoso y envió emisarios con un ultimátum. Los tirios violaron el inmemorial carácter sagrado de los emisarios, los pusieron sobre las murallas para que Alejandro fuera testigo de su asesinato y arrojaron los cuerpos al mar. Después, Alejandro anunció que había tenido un sueño en el que Heracles permanecía de pie en los muros de Tiro y extendía la mano para guiarlo hasta el corazón de la ciudad.

Esas murallas, fabricadas con piedra labrada y argamasada, alcanzaban los cuarenta y seis metros de altura en el lado más próximo a tierra. La estratagema y el ataque sorpresa quedaron descartados. Alejandro puso manos a la obra de inmediato y empezó a construir un malecón desde tierra firme.

Fuera del alcance de las armas arrojadizas, el primer tramo se acabó con rapidez. Alejandro vigiló la obra y repartió premios por el tesón con el que habían trabajado. Luego el canal se hacía más profundo y el llenado requirió más piedras y más tiempo; quedaron a tiro de ballesta de las murallas y ahora las naves tirias disponían del calado suficiente para abordarlos y acosarlos. Alejandro hizo levantar dos torres móviles, montadas con catapultas, blindadas con pellejos y con un parapeto de cuero extendido entre una y otra torre. Las desplazaban a medida que las obras avanzaban y protegían a los transportistas hasta el último momento, cuando salían corriendo para volcar sus cargas. En un momento en que se levantó un fuerte viento, los tirios lanzaron un brulote, con las altas vergas cargadas de calderos de brea ardiente. Las torres ardieron y los trabajadores se arrojaron al mar o perecieron en su interior. Alejandro ordenó la construcción de nuevas torres y se desplazó a Sidón para organizar la armada.

Le llevó un par de semanas, en las que descargó su inagotable energía organizando una expedición de diez días para someter a las tribus vecinas. Llevó consigo al ahora anciano Lisímaco, el oscuro caballero macedonio que en la infancia lo había entretenido con los relatos de Homero. Cuando Alejandro salió a explorar las colinas, Lisímaco le suplicó que le permitiera acompañarlo, recordando el viejo juego y declarando que no tenía más años que su modelo, Fénix, el ayo de Aquiles. Plutarco añade:

Cuando dejaron los caballos y echaron a andar por las colinas, el resto de los soldados se adelantó; como la noche estaba a punto de caer y el enemigo se encontraba cerca, Alejandro se retrasó cada vez más para animar y ayudar al anciano cansado y rezagado, y antes de darse cuenta quedó en la retaguardia, muy alejado de sus soldados, con compañía reducida, una noche fría y oscura y en muy mal sitio; hasta que a cierta distancia vio muchas hogueras dispersas del enemigo y confiando en su presteza… corrió hacia una de las fogatas más próximas, mató con la daga a los dos bárbaros que estaban sentados ante ella, arrebató un tizón encendido y volvió con éste junto a los suyos. De inmediato encendieron una gran hoguera, que asustó tanto al enemigo que en su mayor parte huyó, y los que los atacaron pronto fueron derrotados; así descansaron seguros durante el resto de la noche.

Después de este homenaje a la amistad, Alejandro regresó a Sidón, donde lo aguardaban las naves chipriotas; los gobernantes de la isla se habían sacudido el yugo persa y se habían unido a su causa. En total reunió cerca de las velas y dirigió el ataque a Tiro. Su propia, nave insignia ocupó un lugar de peligro: el más próximo a las murallas de la ciudad. Los tirios, sorprendidos por la cantidad de naves, cerraron el puerto con una sucesión de barcos, lo mismo que Alejandro había hecho en Mileto. No hubo modo de tentarlos para que salieran.

Sus operaciones habían adquirido una dimensión descomunal y, además de los expertos griegos que había llevado consigo, incluían ingenieros de Chipre y de todo el litoral fenicio. Montó catapultas a bordo y bombardeó las murallas de Tiro con piedras pesadas. Los tirios arrojaron rocas al mar para obstaculizar las maniobras de los barcos. Tenazmente, Alejandro ordenó que recuperaran las rocas y las izaran. Para realizar esa maniobra sus naves tuvieron que echar anclas. Los tirios enviaron barcos blindados para cortar las maromas. Alejandro hizo llevar naves de apoyo. El enemigo envió a buceadores para cortar las maromas bajo el agua. Alejandro las reemplazó por cadenas. Al final el canal le permitió situar la flota a lo largo de las murallas, a las que también se aproximaba el malecón.

Los ingeniosos tirios —adelantados con respecto a su época— sacaron a relucir su arma más moderna. Calentaron arena al rojo vivo y la arrojaron sobre los macedonios que ocupaban las primeras filas. Diodoro dice: «Se colaba bajo sus corseletes y sus ropas, quemaba la carne con un calor intenso… los hombres gritaban y suplicaban como los torturados y nadie podía prestarles ayuda; se volvían locos y morían a causa del dolor atroz que padecían». Muchos se arrojaron al mar. Ignorante de que se convertiría en una característica habitual de la guerra civilizada, Alejandro lo consideró una atrocidad. A la vista de su predilección por guiar a la vanguardia, sólo el azar debió de salvarlo de que se quemara vivo.

Esos preparativos habían llevado medio año. Al final Tiro fue asaltada por los barcos, con el apoyo del malecón, que pese a todo no llegaba hasta las murallas. Dueño del canal más próximo a tierra, Alejandro pudo acercar sus naves de asalto a las murallas más cercanas al mar, las que menos resistencia ofrecían. Arrojó piedras

pesadas con las catapultas de torsión para agrietar la mampostería de la sillería; las de tipo arco eran versiones gigantes de la ballesta medieval y las puntiagudas saetas de bronce eran capaces de atravesar armaduras. Las naves de desembarco portaban torres portátiles, y una de las características de este asedio es que las acarreó por secciones. El día del ataque definitivo subió personalmente a una torre. Podemos imaginar una galera de puente ancho, con dos o tres filas de remeros para darle velocidad, con la estructura de aspecto pesado situada en medio del barco y coronada de hombres armados, tras la figura rutilante de Alejandro, que dirigía al piloto hacia aquí y hacia allá en busca de una brecha, mientras la plancha se balanceaba como una lengua gigante, dispuesta a estirarse en cuanto se presentara la ocasión. Según Arriano, en todo momento Alejandro estuvo atento a actos de valor que merecieran honores.

Fue testigo de un acto heroico cuando Admeto, el capitán de la guardia, saltó hacia la primera brecha que divisó, animó a sus hombres y murió en el acto. Para entonces, el barco de Alejandro se había desplazado a toda velocidad a fin de apoyarlo; el macedonio cruzó corriendo la plancha y guió al destacamento. Entretanto, sus naves rompieron la barrera del puerto. Los tirios comprendieron que todo estaba perdido y abandonaron las murallas.

Los macedonios los persiguieron y abatieron a cuantos pudieron alcanzar. Alejandro les prohibió que sacaran a los que estaban en el santuario del templo. (En un templo, encontraron una célebre estatua de Apolo —botín cartaginés de Sicilia— encadenada a la peana, pues en un sueño el dios había informado a un adivino tirio que los dejaba para unirse a Alejandro). Aunque Arriano no da el número de muertos, calcula en 30 000 los cautivos esclavizados, evidentemente la inmensa mayoría incluso para un puerto mercante muy poblado. Rufo Quinto Curcio afirma que mataron a seis mil hombres armados. Tanto él como Diodoro sostienen que hubo 2000 crucificados. Quizá se tratara de cadáveres; los macedonios exhibían de esta forma los cuerpos de los criminales ejecutados, aunque sin las mutilaciones que más tarde se practicaron en Inglaterra. Rufo Quinto Curcio, que no es digno de confianza en lo que a atrocidades se refiere, deduce que estaban vivos. Sería erróneo descartarlo tajantemente, después del episodio de la arena al rojo vivo, si bien las probabilidades están en su contra si tenemos en cuenta el historial general de Alejandro así como su interés, a esas alturas de su trayectoria, por alcanzar niveles helénicos.

Durante el sitio, recibió otra embajada de Darío, que no sólo le ofreció la considerable suma de 10 000 talentos a cambio de su familia, sino las condiciones de la paz: toda Asia Menor al oeste del Éufrates, una alianza y la mano de su hija. Éste fue el motivo del célebre diálogo con Parmenión: «Si yo fuera Alejandro, aceptaría tantas ventajas antes de exponerme a nuevos peligros». El rey macedonio respondió: «Y yo también, si fuera Parmenión, pero soy Alejandro». Replicó a Darío que no

necesitaba dinero ni que le ofrecieran la mitad de la tierra, que ya la tenía, en lugar de su totalidad. Si se lo proponía, se casaría con la hija de Darío con o sin su consentimiento, y si buscaba una alianza, que se presentase y la solicitara. Alejandro dejó que Darío tomara las medidas que su respuesta le sugiriera y marchó hacia Egipto.

Como Wilcken ha puesto de relieve en un análisis magistral, ese momento de decisión por parte de Alejandro es una de las grandes pruebas históricas de que los individuos, más que las fuerzas económicas, pueden cambiar los destinos de la humanidad. Si hubiese hecho caso de Parmenión, la civilización griega habría quedado más firmemente establecida en Asia Menor, pero jamás habría llegado a Oriente; en Persia el equilibrio de poder habría mantenido su precariedad y era posible que, en el futuro, el surgimiento de un monarca más fuerte invirtiera la derrota de Jerjes.

Hefestión fue ascendido y se le encomendó el mando de la flota que patrullaba la costa. Alejandro avanzó hacia el sur hasta Gaza, último punto de la resistencia costera. Estaba en manos de Betis, un general eunuco que consideraba inexpugnable su emplazamiento alto y escarpado. Aunque no era un puerto, si Alejandro evitaba Gaza, Darío se sentiría alentado a bajar sobre su retaguardia. El asedio, que duró dos meses, incluyó construir un elevado terraplén para instalar sus máquinas. Cierto día que Alejandro estaba en las obras, un ave de rapiña dejó caer una piedra sobre su cabeza, tal vez confundiendo su casco con el caparazón de una tortuga que pretendía agrietar, como la calva del poeta Esquilo, que murió a causa de un error parecido cometido por un águila. Ileso, Alejandro pidió al vidente Aristandro que interpretara el augurio. El adivino declaró que Alejandro tomaría la ciudad, pero que ese día debía prestar atención a su seguridad.

Dado el consejo, se mantuvo un rato apartado, durante el cual no pasó casi nada. Del fuerte salió una numerosa tropa que empezó a derribar a sus hombres del terraplén y de inmediato Alejandro se lanzó a ayudar a los suyos. Poco después estuvo a punto de ser asesinado por un hombre que, después de rendirse y de que le perdonara la vida, esgrimió una daga; Alejandro esquivó el golpe gracias a su rapidez de reflejos y lo abatió. Fuera porque pensó que el augurio estaba cumplido, porque lo desafió o porque se dejó llevar por el entusiasmo, lo cierto es que Alejandro continuó luchando hasta que se le hundió en el hombro la pesada saeta de una catapulta de ballesta. El médico la extrajo, provocando una copiosa hemorragia, y le aplicó un vendaje improvisado que, como Alejandro volvió inmediatamente al combate, se le salió enseguida. Siguió luchando y perdiendo sangre bajo la armadura hasta que se desmayó. Aunque la herida era profunda y lo mantuvo inmovilizado mucho tiempo, dirigió las operaciones hasta que la ciudad cayó.

Los buenos historiadores han rechazado la anécdota de Rufo Quinto Curcio según

la cual el valiente Betis, herido, fue llevado ante Alejandro, se negó a rendirle pleitesía y entonces lo arrastraron alrededor de la ciudad atado a la parte posterior del carro. Todo aquel que no esté convencido de su generosidad constante ante los enemigos valientes, algo de lo que se enorgullecía, en este caso puede confiar en su vanidad. Antes de maltratar de esa guisa a Héctor, Aquiles lo había matado en el duelo culminante de la epopeya. La herida había impedido que Alejandro combatiera en el ataque final y era el último hombre del mundo dispuesto a hace un alarde tan desagradablemente inferior. La anécdota es interesante en tanto ejemplo típico de la propaganda ateniense, escrita por alguien que estaba al tanto de sus aspiraciones homéricas pero que, directamente, no sabía nada de su naturaleza o estaba demasiado «comprometido» para preocuparse por ello.

En Egipto no hizo campaña, sino una avanzada triunfal.

Hefestión lo esperaba con la flota en el Delta. El sátrapa persa Mazaces, consciente de la derrota de Iso y carente de una guarnición persa adecuada, puso buena cara a la necesidad y dio la bienvenida a Alejandro. Éste guarneció el puerto de Pelusium y marchó Nilo arriba, al lado de su flota, hasta Menfis.

Actualmente no existe casi ningún europeo que no tenga alguna imagen visual del Antiguo Egipto, por muy trillada que sea. Hay que hacer un esfuerzo para imaginar el impacto que esa civilización de fábula ejerció en Alejandro y sus hombres —la mayoría de los cuales ni siquiera habían visto Atenas—, convertida en leyenda desde la infancia, mientras seguían el gran río que era su sostén, su ruta nacional y su camino sagrado. Hay que imaginar lo que sintieron al llegar a los grandes templos de Menfis; a las pirámides, con sus lados de lisura geométrica; a la sonrisa aún no arrasada de la descomunal Esfinge. Debió de modificar la escala de su perspectiva humana.

Aclamado en todo Egipto como libertador, Alejandro fue entronizado como faraón, con la doble corona y el áspid, los cetros cruzados del cayado y el mayal, símbolos del pastor y el juez. Sobreviven tarjetas que dicen: «Horus, el príncipe fuerte, aquel que puso las manos en las tierras de los extranjeros, amado de Amón y elegido de Ra, hijo de Ra, Alejandro». Con respecto a Egipto y a sus pueblos, la tradición inmemorial lo convirtió en dios.

También fue rey por elección libre de sus súbditos. Su primer acto consistió en sacrificar al dios buey Apis, en el mismo templo en el que Oco fue muerto de una lanzada (y, se dice, se ordenó que fuera asado para la cena), la bestia sagrada que era la encarnación divina. Alejandro veneró a todos los dioses egipcios y lo hizo con sinceridad, porque gracias a la tolerante actitud helena identificó a cada uno con un dios griego cuyos atributos parecían coincidir. Existía un Intercambio constante entre Grecia y Egipto y probablemente los sacerdotes podían comunicarse entre sí sin la ayuda de intérpretes.

No descuidó el mundo griego y celebró juegos ceremoniales, no sólo para atletas, sino también para las artes escénicas, lo que probablemente fue más de su agrado. De las ciudades griegas llegaron muchos participantes. Fue la primera vez que saboreó las mieles de la auténtica magnificencia; no llegó al palacio de Persia como un tosco provinciano.

De Menfis bajó por el río hasta la costa, donde tenía que tratar unos asuntos referentes a sus conquistas en Asia Menor. Navegó por el Delta y varó en las proximidades del lago Mareotis. Le pareció un sitio ideal para establecer una ciudad: buen fondeadero, buenas tierras, buen aire, buen acceso al Nilo. Estaba tan decidido a emprender las obras que deambuló por el emplazamiento, arrastrando tras de sí a arquitectos e ingenieros y señalando las situaciones de la plaza del mercado, de los templos de los dioses griegos y egipcios, de la vía real. Un hombre listo se percató de que Alejandro no tenía tiza para marcar y le ofreció harina, que el macedonio aceptó. Los pájaros se alimentaron de ella, por lo cual los adivinos previeron que la ciudad prosperaría y daría de comer a muchos forasteros, predicción que Alejandría sigue cumpliendo. En algún momento de sus impacientes avances debió de cruzar el emplazamiento de su propia tumba.

Arriano dice: «Después lo dominó el anhelo de visitar Ammon, en Siva». Aunque este santuario oracular era afamado en todo el mundo griego, carecía de valor político o estratégico. Por lo que sabemos, hasta entonces ningún faraón lo había visitado. Darío estaba empezando a movilizarse en Persia y, una vez asegurado Egipto, cuanto antes se le hiciera frente, mejor. Sin embargo, Alejandro estaba decidido a realizar esa peregrinación. Tal vez oyó decir algo a los sacerdotes de Menfis y sintió que esa travesía le era indispensable; también es probable que se enterara de algo en Dodona.

Se han dado diversas explicaciones en su nombre. Por ejemplo, que Perseo —antepasado materno— y Heracles —ascendiente paterno— había buscado el consejo de Zeus—Amón antes de emprender sus grandes trabajos. Esta deidad era un antepasado común de aquéllos y, en consecuencia, de Alejandro. Arriano apostilla que acudió «con la esperanza de conocerse más profundamente a sí mismo o, por lo menos, decir que se conocía mejor».

Abandonó la costa y se internó por la peligrosa ruta interior en la que, si se desataba una tormenta de polvo, un ejército entero podía quedar atascado, como se decía que había ocurrido en una ocasión. A medida que avanzaban penosamente por la arena empezó a escasear el agua, pero cayó una lluvia que los salvó. Tolomeo (que en este caso viene a colación) afirmó que los guiaron dos serpientes que hablaban con voces humanas. Antes de tildarlo de charlatán, conviene recordar que las arenas del desierto emiten sonidos extraños. Sea como fuere, llegaron al oasis verde y umbrío de Siva. El sumo sacerdote, que estaba acostumbrado a la visita de los peregrinos griegos y probablemente chapurreaba su idioma, aclamó a Alejandro como «hijo de

Amón». Este tratamiento formal, que para entonces ya debía de serle familiar, fue notado por sus amigos, a quienes se permitió pasar al antepatio después de las purificaciones rituales. El divino faraón, cuya persona sólo podía traer santidad, entró como estaba y se internó a solas en el sancta sanctórum.

Ese oráculo funcionaba de acuerdo con un principio peculiar: una especie de tablero «uija» a una escala enorme. Se había originado en el templo tebano de Amón y su antigüedad era inmemorial. El símbolo del dios, un objeto redondo con forma de ombligo, se portaba en una especie de embarcación de la que colgaban vasijas preciosas; en los hombros de muchos sacerdotes reposaban los largos postes de portazgo. Los sacerdotes giraban, hacían un alto o se inclinaban siguiendo instrucciones del dios y el adivino interpretaba la respuesta divina a partir de esos movimientos. (Una secta musulmana sigue practicando en Alejandría un ritual parecido, aunque sin el ídolo; los fieles afirman que la guía divina tiene lugar a través de una presión en sus hombros). Es posible que la extraña procesión fuera visible desde el patio, pero el significado sólo le fue revelado a Alejandro en el interior del santuario. Si se había propuesto dar a conocer lo que había aprendido de sí mismo, como afirma Arriano, la solemne experiencia lo llevó a cambiar de idea. Se limitó a comentar que había obtenido la respuesta deseada por su alma. Jamás dijo qué había preguntado.

Se dice que le escribió a Olimpia y le dijo que, cuando regresara a Macedonia, se lo contaría en privado. Probablemente le contó a Hefestión lo que estaba dispuesto a decirle a su madre. En ese caso, este amigo permaneció tan callado como la tumba a la que se llevó el secreto.

En el caso de que haya escrito la carta, la principal pregunta de Alejandro tuvo que referirse a su origen. A partir de esa fecha su sentido del destino adquirió una pujanza demoníaca. En este punto el racionalismo científico es improcedente. Los griegos (filósofos incluidos) veían un toque divino en todas las cualidades sobresalientes. Alejandro había superado infinidad de veces a los demás hombres en liderazgo, valor, ingenio y resistencia; lo que sentía en su interior ya estaba confirmado. Siguió reconociendo a Filipo como su padre humano, suponiendo acaso una paternidad dual de simiente y alma, cuestión en la que Alejandro debió de meditar a menudo sin compartirla con nadie. Pero es indudable que a partir de ese momento se consideró una especie de hijo de Amón, lo cual era de conocimiento público. No era un hecho irreconciliable con la mortalidad de que daban testimonio sus cicatrices de guerra: los hombres engendrados por los dioses morían y eran recibidos en los cielos.

Por supuesto, en vida de Alejandro nadie pensó que pudo ser engendrado por el faraón Nectanebo. Esta absurda leyenda posterior sólo surge de su gran prestigio en Egipto, jamás debemos ignorar el folclore, que no es posible imponer ni comprar.

Alejandro regresó a Menfis siguiendo la ruta de los peregrinos, un camino corriente y más seguro. Al llegar, recibió graciosamente embajadas griegas, hizo un sacrificio en honor de Zeus, celebró un desfile y más concursos para atletas y poetas; a estos últimos no les faltaron temas. Se ocupó de la tarea de gobernar y, como de costumbre, asignó los puestos civiles a los gobernadores nativos, entregó los mandos de las guarniciones a sus propios oficiales, y restableció los ritos y las costumbres suprimidos por los persas.

Después de una temporada en Egipto, unos desconocidos acusaron a Filotas de una deslealtad cuyo contenido se desconoce. Debió de ocurrir cuando Antígona, la bella cautiva de Damasco, abrió la boca. Dijo a quien quisiera oírla que Filotas siempre se jactaba de que él y Parmenión, su padre, habían hecho la verdadera tarea de la conquista pese a que los honores recaían en el joven. Cotilleos tan ligeros no hablan en pro de la devoción y Antígona no debió de sorprenderse cuando el fiel Crátero la llevó para que celebrara una entrevista privada con Alejandro. Éste no hizo nada —debió de pensar que la situación era característica del estilo habitual de Filotas— y se limitó a pedirle que le advirtiese si pasaba algo grave. Antígona regresó con Filotas, en quien no confiaba.

Por entonces había perdido la vida Héctor, el hermano pequeño de Filotas al que Alejandro había estado muy unido, cuando el transbordador atiborrado en el que intentaba llegar hasta la barcaza real se hundió. Alejandro le ofreció un magnífico funeral. Tal vez se había tratado de una aventura amorosa con la cual Filotas no estaba muy de acuerdo; después del duelo era mejor proceder con tacto.

Alejandro dejó Egipto y se dirigió a Tiro, nuevamente fortificada por los macedonios. La flota persa, que carecía de bases en el Mediterráneo y en su mayor parte estaba cautiva o dispersa, ya no representaba una amenaza. Había llegado el momento de poner rumbo al este. Hizo sacrificios en honor de Melcarte—Heracles —le aguardaban labores hercúleas— y celebró otros juegos. El teatro estaba magníficamente representado y dos de los patrocinadores eran reyes tributarios. Una representación por todo lo alto tuvo como estrella al ahora famoso Zetalo, el devoto emisario que Alejandro envió a Caria. El macedonio guardó para sí su ansioso partidismo y se sintió muy desilusionado cuando los jueces, sobre quienes se abstuvo de influir, concedieron el premio a otro actor. Sólo más tarde y en privado reconoció que habría dado la mitad de lo que tenía con tal de ver que Zetalo se alzaba con la corona.

Con este mismo espíritu y aproximadamente en las mismas fechas cometió uno de sus pocos pero graves errores de juicio con respecto a un hombre. Entre sus amigos exiliados por Filipo figuraba un aristócrata macedonio llamado Hárpalo, cuyo apego sólo podía ser genuino porque entonces Alejandro no estaba en condiciones de

ofrecerle nada a cambio. Aquellos tiempos estaban superados y Hárpalo, a quien había recordado en su subida al trono, pero cuya cojera le impedía entrar en guerra, fue nombrado inspector del Tesoro. Probablemente nunca había puesto las manos sobre dinero. Durante la etapa de la campaña correspondiente a Iso se había metido en un lío no aclarado, probablemente económico, y huido a Grecia en compañía de un oscuro cómplice. Leal, agradecido y evidentemente convencido de que alguien había llevado por mal camino a Hárpalo, Alejandro le envió un mensaje de «regresa, todo está perdonado». Hárpalo reapareció; debía de tener bastante influencia, era una persona culta en la que Alejandro confiaba para que le enviase libros y es probable que se sintiese realmente conmovido y arrepentido. Para demostrar que todo estaba perdonado, Alejandro devolvió a ese hombre amante de los lujos a las tentaciones que en los últimos tiempos lo habían trastornado y le encomendó la totalidad de los fondos del ejército. Durante un tiempo Hárpalo acompañó a la expedición. A la larga, se comprobó que Alejandro se había equivocado al confiar en él, pero el desengaño tardaría mucho en llegar.

Estaban asegurados Asia Occidental, Egipto y todas sus comunicaciones. Alejandro avanzó hacia el este para enfrentarse a Darío y abandonó definitivamente el mundo griego, salvo lo que llevó consigo.

PERSIA

A partir de la conquista de Egipto, los cronistas de Alejandro consignan acontecimientos descollantes entre los cuales transcurren varias semanas dedicadas al mero transporte de un sitio a otro de la enorme corte, la administración y el ejército, a planificar y poblar una ciudad o a dar descanso a sus hombres después de una dura campaña. Sobre los inmensos y variopintos paisajes de Asia, en medio de las sorpresas de la exploración y la guerra, Alejandro desarrolló una especie de vida cotidiana que practicó cuando nada la impedía. Plutarco es quien más habla del tema y probablemente se basa en las memorias desaparecidas de Cares, el chambelán de la corte.

La jornada de Alejandro comenzaba con las oraciones públicas. A diferencia de su privilegio de divinidad, su sacerdocio era una de las funciones de la monarquía humana. Sus celebraciones personales se reservaban para grandes acontecimientos, aunque regularmente encomendaba su pueblo a los dioses. Realizó las libaciones matinales casi hasta el día de su muerte, en que se encontraba tan enfermo que tuvieron que llevarlo al santuario en litera.

Después «desayunaba sentado» (en una silla, no en un diván): luego dedicaba el día a «la caza, administrar justicia, atender los asuntos militares o la lectura». Era un aficionado cazador, interesado por los accidentes del terreno y sus animales; mientras el ejército avanzaba lentamente a paso de marcha, Alejandro dedicaba el tiempo a la caza. Estaba próximo a las largas edades de la humanidad en las que los animales salvajes fueron fuentes decisivas de alimento y enemigos peligrosos, como reconoció Jenofonte cuando denominó a este deporte «la imagen de la guerra». «Administrar justicia» se había convertido en una tarea descomunal. En primer lugar, se ocupaba de los asuntos de Macedonia. Antípatro era severo y capaz, pero Olimpia lo detestaba y sus quejas, acusaciones e intrigas siguieron por todas partes a Alejandro. Estaba celosa de los amigos de su hijo y frenéticamente celosa de Hefestión. Alejandro, que le escribía sin falta y le enviaba muchos regalos generosos, sentía que de vez en cuando se le agotaba la paciencia y en una ocasión se lo cita comentando que Olimpia le cobró un alquiler muy alto por los nueve meses de alojamiento que le proporcionó.

Incluso permitió que lo vieran en público compartiendo con Hefestión una carta de Olimpia, hecho que, teniendo en cuenta hasta qué punto la habría enfurecido, muestra la exasperación de su hijo.

También debía de considerar la Grecia continental, con sus rebeldes «súbditos-aliados». Esparta continuó rebelándose hasta que en 331 a. C. Antípatro puso fin a las sublevaciones. El peligro del sur exigió un ejército permanente en Macedonia y guarniciones en todas las plazas fuertes cuyas magníficas murallas de sillería aún podemos ver. Si Alejandro no hubiese estado en condiciones de atraer a tropas extranjeras, seguir pagándoles y mantener su lealtad, sus efectivos se habrían estirado hasta romperse. Antípatro afrontaba las emergencias internas, pero todas las decisiones políticas importantes las tomaba el rey.

Superaba todo esto la compleja administración de las tierras conquistadas. En las ciudades-estado había reestablecido las formas griegas de gobierno; donde las satrapías persas eran indígenas, había nombrado sátrapas, nativos siempre que fue posible; a los antiguos reinos les había dado reyes. Era faraón de Egipto y fundador de Alejandría, un proyecto monumental que demandó montones de expertos. Durante los estadios iniciales de todas las comunidades mencionadas, un tráfico constante de problemas y arbitrajes siguió a la marcha de Alejandro.

Para Alejandro, «atender los asuntos militares» quería decir mucho más que nombrar a los miembros del estado mayor y dirigir las grandes estrategias. Jamás se consideró por encima de las preocupaciones de un oficial de regimiento. Sin duda, el amor del ejército era para él como el aliento de la vida y nunca intentó conseguirlo sin esfuerzo. No sólo se trataba de ser el primero en afrontar el peligro y el último en reconfortarse cuando las condiciones eran adversas. Antes de una batalla, en lugar de pronunciar discursos saludaba a los hombres por su nombre. Que Alejandro recordara las hazañas de alguien era, en sí, un premio, si bien era pródigo con las recompensas materiales. Por muy alejados que estuviesen de los propios, se interesaba constantemente por los problemas de los soldados rasos. Cuando descubrieron que un hombre con un buen historial se fingía enfermo para permanecer al lado de su amante, Alejandro analizó la cuestión y decretó que, tratándose de una cortesana libre, no se la podía obligar, pero quizá la convencieran de que siguiese a su amado. Y si el hombre no tenía un céntimo, era probable que Alejandro facilitara los medios. Tanto en el campo de batalla como de fajina, estaba atento a los méritos. Un soldado que formaba parte del séquito del tesoro, y que cargó al hombro la pesada alforja cuando su mula se dio por vencida, recibió órdenes de trasladarla a su tienda y quedarse con el contenido. Al igual que el Ciro de Jenofonte, Alejandro despertaba un profundo deseo de satisfacerlo. Con respecto a los soldados que estuvieron bajo su mando, jamás tuvo que apelar a los brutales castigos del ejército romano. Nunca uno de sus regimientos fue «diezmado»: dividido en decenas y muerto uno de cada diez

hombres. Sin embargo, era meticuloso con la disciplina. En una ocasión en que sus tropas estaban desplegadas en formación de batalla, notó que un solitario soldado preparaba tardíamente la correa de lanzamiento de la jabalina y se le acercó, lo sacó de la falange y le dijo que los vagos no le servían de nada. La supervivencia de esta anécdota demuestra que debió de ser tan traumático como una paliza de julio César.

Aceptaba la rendición de ciudades ricas e impedía que sus tropas las saquearan. Una de las contadas ocasiones en que impuso la pena de muerte se debió a que dos macedonios violaron a las esposas de sendos soldados auxiliares extranjeros; sus hombres eran sus hombres cualquiera que fuera su procedencia. Esta atención puntual a los asuntos de sus soldados a menudo debió de llevarle tanto tiempo como la administración de su imperio.

Aunque nunca se han descrito en detalle, por las consecuencias son evidentes las incontables conversaciones personales con los hombres a los que consideraba y trataba como amigos: generales, actores y músicos macedonios; en su momento, señores persas y como mínimo un eunuco persa; un sabio indio; la anciana Sisigambis, y cuantos conoció personalmente. De vez en cuando, debió de visitar a Arrideo, su pobre hermanastro imbécil, que desaparece de la historia hasta la muerte de Alejandro, momento en que es descubierto muy cerca en el palacio real.

Teniendo en cuenta que los asuntos rutinarios se atrasaban constantemente durante los períodos de actividad frenética, sorprende que tuviese tiempo de leer, no sólo historia y educación cívica, sino tragedia clásica y poesía moderna. En las cenas que clausuraban la jornada y relajaban las tensiones, «nunca resultó tan agradable la conversación de un príncipe», dice Plutarco y apostilla que esto sólo se aplicaba a las noches en que estaba sobrio.

Con respecto a los hábitos de ingestión de alcohol de Alejandro se han dicho muchas tonterías que es posible corregir mediante los conocimientos médicos más elementales sumados a las pruebas de su propia vida. Aristóbulo, citado por Plutarco, dice que gustaba de quedarse hasta tarde bebiendo vino, no copiosamente sino por amor a la conversación. Resulta increíble que ello despierte escepticismo cuando cualquier noche del año en Londres, París, Nueva York, Atenas o Roma, cientos de personas cuya constitución se lo permite hacen exactamente lo mismo. En el caso de Alejandro, el mero registro de su energía dinámica (durante las marchas hacía ejercicio subiendo y bajando a saltos de un carro en movimiento) y de su asombrosa capacidad de recuperación vuelve absurda la idea de su embriaguez habitual. Por otro lado, en su sentido tradicional, la vida social de los varones macedonios incluía la deliberada y copiosa ingestión de alcohol en honor de esto o de aquello. Es indudable que en esas ocasiones no se privó y, al menos dos veces, se emborrachó con consecuencias desastrosas. Tampoco hay duda de que a él y a sus generales les gustaba charlar mientras bebían generosamente, pero de la imagen global se deduce

con toda claridad que de costumbre se comportaba como sostiene Aristóbulo, por más que a veces se extralimitara.

In vino veritas y Alejandro no era una excepción. Cuando bebía demasiado, las inseguridades de la niñez asomaban a la superficie en un anhelo insaciable de oír palabras tranquilizadoras. Le encantaba que le hablasen de sus logros, y si no le parecía suficiente reclamaba más. Sin duda los propagandistas hostiles aprovecharon al máximo esta característica, aunque sería absurdo rechazar la afirmación de Plutarco, que, pese a no citar una fuente sólida, posee tanta coherencia psicológica. Probablemente era capaz de irritar incluso a sus amigos más queridos, a pesar de que se nos dice que sólo reclamaba la verdad. De todas maneras, el tipo de afecto que despertó a lo largo de su vida confirma las palabras de Aristóbulo sobre su encanto habitual.

En julio de 331 a. C., aproximadamente en la fecha de su vigésimo quinto cumpleaños, Alejandro avanzó hacia el este, en dirección a Mesopotamia, donde Darío lo aguardaba al otro lado del Tigris.

Se había emprendido la gran movilización de las fuerzas del imperio oriental aún no conquistado. Había perdido el valioso refuerzo de los mercenarios griegos, alrededor de 4000 hombres. Además de las tropas de élite de Persia, existían las levas menos disciplinadas pero feroces y resistentes de Bactriana y Sogdiana, a las órdenes de Bessos, poderoso sátrapa de Bactriana y primo del rey, así como tropas auxiliares de muchas razas tributarias, que se extendían del Cáucaso a la frontera india. Ahora todos los soldados estaban apostados en Babilonia, donde los comandantes persas se habían esforzado por mejorar las armas. Después de la lección de Iso, reemplazaron las jabalinas por lanzas y se preparó un escuadrón de temibles carros con guadañas, con los postes de los yugos como puntas de lanza y ruedas de hojas múltiples. Lamentablemente, no podían hacer nada con respecto a la constante pasividad de Darío en su condición de comandante en jefe.

La caballería, a las órdenes de Nabarzanes, era de gran calidad; estaba compuesta por jinetes natos, con corceles muy superiores a los griegos. Comparado con los altos ejemplares, probablemente tan grandes como los caballos modernos, Bucéfalo debió de parecer un poni rechoncho. La idea de que esas tropas agotaran a los griegos con tácticas de acoso auguraba mejores resultados que una batalla campal, incluso sin el historial conocido de Darío. Empero, éste estaba decidido a recobrar el honor perdido en Iso o le hicieron sentir que debía redimirlo. Marchó con sus numerosas huestes hacia la antigua ciudad de Arbelas, entre el Tigris y las colinas.

Envió un destacamento de caballería al oeste del Éufrates con el propósito de localizar a Alejandro e impedirle que cruzara el río.

Los ingenieros de avanzada del macedonio desplegaron el puente doble sobre pilotes desde el otro lado hasta que apareció Alejandro y los persas, mandados por Mazaeus, sátrapa de Babilonia, se fueran sin oponer resistencia. Babilonia, corazón de la antigua Asiria conquistada, no era la región más leal del imperio persa.

El Tigris —cuyo nombre significa flecha— era demasiado rápido para tender un puente y tuvieron que vadearlo. Alejandro hizo pasar la infantería entre dos columnas de caballería, una para desviar la corriente y la otra para recobrar a los hombres que fueron arrastrados por las aguas. Encabezó personalmente la infantería, permaneció en la orilla y señaló los sitios menos profundos. No perdió un solo hombre.

Ningún otro comandante de tropas no mecanizadas era capaz de avanzar con la rapidez de Alejandro. También sabía cuándo le convenía esperar. En lugar de cruzar la ardiente llanura ribereña, cuyas cosechas Mazaeus había quemado al batirse en retirada, la rodeó por las tierras altas del norte, más frescas y bien abastecidas de agua. Darío llegó demasiado tarde para alcanzarlo mientras cruzaba el Tigris y ganó tiempo enviando un ejército de esclavos a, alisar la llanura intermedia de Gaugamela. Le habían dicho que había perdido Iso porque carecía de espacio para desplegar sus fuerzas y sabía que los carros requerían terreno uniforme.

Mientras Alejandro marchaba hacia el sur al encuentro de Darío, al este del Tigris, tuvo lugar un eclipse de Luna, uno de los fenómenos más inquietantes del mundo antiguo. Gracias a Aristóteles, Alejandro conocía sus causas y no sufrió la fatal demora del supersticioso Nicias, que, el siglo anterior, perdió todas las tropas atenienses en Sicilia y, con ellas, la guerra del Peloponeso. De todos modos, Alejandro no inquietó a sus preocupados soldados con nociones de astronomía, sino que convocó a los adivinos para que los animasen identificando la Luna ensombrecida con Persia. Hizo sacrificios formales a los poderes en juego: el Sol, la Luna y la Tierra; el hecho de saber qué influencia ejercían dichos poderes no afectó su fe en que eran dioses.

A decir verdad, la Luna persa se había eclipsado definitivamente. Estateira, esposa de Darío y la mujer más bella de Asia nacida de mortal, había enfermado y muerto. Plutarco afirma, sin pretensiones de escándalo, que murió de parto, en cuyo caso tuvo que ocurrir mucho antes. Sea como fuere, Alejandro suspendió la marcha una jornada a fin de practicar los ritos fúnebres y asumió los deberes de un pariente, incluido el ayuno durante todo el día.

Alejandro tal vez se haya reprochado el haber sacrificado a Estateira en pro de su sentido del teatro. Ya no era posible representar la magnífica pieza de Jenofonte. Por muy acolchados que estuvieran los carros, los viajes por caminos de tierra sobre ruedas rígidas debieron de ser agotadores, amén de que quedaban expuestos a las infecciones. Tal vez deseó haberse dado por satisfecho con un ejemplo de generosidad menos espectacular y que se podía haber permitido, pues nunca intentó

utilizar como rehenes a las mujeres. Ahora hubo de ser testigo del dolor de los hijos y de Sisigambis y, aunque el afecto constante de ésta demuestra que en ningún momento lo responsabilizó de esa muerte, no hay por qué dudar de que la aflicción del macedonio fuera sincera.

En este punto, Rufo Quinto Curcio cuenta una anécdota que posteriormente tendrá importantes repercusiones. Alejandro envió a uno de los eunucos que acompañaban a la reina —cuyo nombre da— para que informara a Darío de su muerte y le asegurara que había recibido las honras fúnebres persas de costumbre. La escena tiene lugar en la tienda real, donde Darío clama que dichos honores son el homenaje a una querida. El eunuco lo tranquiliza y entonces Darío manifiesta su respeto hacia el comportamiento del enemigo. Este episodio es el prólogo de mucha información confidencial procedente del cuartel general de Darío. En el caso de Rufo Quinto Curcio todo apunta a que le fue suministrada por un testigo presencial: un vívido y animado narrador de anécdotas dotado de la discreción de un cortesano. Pronto tendremos ocasión de volver a ocuparnos de este personaje.

Darío envió exploradores para que le informaran de la llegada de Alejandro. Este atrapó algunos y averiguó dónde estaban los persas. Concedió cuatro días de descanso a sus hombres, confiando en que Darío no se alejaría de su campo de batalla preparado y guarnecido. Hizo fortificar su campamento base, sin duda recordando la matanza de Iso, y dejó allí a todos los no combatientes, incluida la reina madre Sisigambis. A continuación guió a sus efectivos hacia la llanura de Gaugamela. Desde las colinas bajas que la rodeaban vio las ingentes huestes persas, que los cálculos más conservadores estiman en 200 000 infantes y 40 000 soldados de caballería. Sus propias tropas se componían entonces de 40,000 infantes Y 7000 soldados de caballería.

Convocó un consejo de guerra al estilo macedónico, cuyos reyes conferenciaban con sus jefes como *primi inter pares*. Varios comandantes estuvieron a favor de llevar inmediatamente a la acción a las tropas descansadas, lo cual, a la vista de los contingentes persas, habla bien de la confianza que depositaban en Alejandro. El experimentado Parmenión señaló que se trataba de un camino preparado por Darío, que tal vez había colocado trampas y abrojos en el camino. Alejandro estuvo de acuerdo, acampó y salió de reconocimiento a caballo, probablemente contento de tener una excusa para detenerse y hacer cálculos sin que diera la impresión de que estaba abrumado por las fuerzas persas. Echó un buen vistazo a los puestos de avanzada. Luego de comprobar su inmensa superioridad en caballería —el arma en que más basaba sus tácticas—, regresó al campamento y meditó.

Parmenión, que evidentemente lo había acompañado, aconsejó un ataque nocturno. Alejandro replicó que no «robaría una victoria», aludiendo a Jenofonte, que fue quien acuñó la expresión «robar una marcha». Hacer alarde de arrojo por encima

de la perspicacia formaba parte de la personalidad de Alejandro. Las operaciones nocturnas daban pie a infinitas posibilidades de confusión y error, la persecución nocturna daría a los enemigos derrotados ocasión de volver a formar y levantar la moral. A Darío se te había concedido un año para reunir los efectivos que le quedaban y ponerlos sobre la mesa. Y ahora Alejandro se proponía derrotarlo en su propio juego, en el campo de su propia elección, y alzarse con todas las apuestas con indiscutible irrevocabilidad. Era la esencia de su propio destino y de muchas cosas más, y lo sabía. Ordenó a sus hombres que cenaran bien y que durmieran porque partirían antes de que clareara. Él permaneció despierto hasta tarde, pensando y haciendo planes.

Darío también había estado pensando. Como Alejandro esperaba, sus ideas habían ido por derroteros semejantes a los de Parmenión. Los griegos estaban insalvablemente superados en número y cuanto podían hacer era tratar de ganar ventajas con un ataque sorpresa nocturno. Dio órdenes, no sólo a los puestos de avanzada sino a todas sus huestes, de que permaneciesen la noche entera en pie, los hombres armados y los caballos embridados. Oír fue obedecer. Pasó la noche y los soldados se cansaron. En la tienda de Alejandro se apagó la lámpara. Una vez tomadas las decisiones y con el resultado en manos de los dioses, cayó en un sueño profundo. Cuando llegó la hora de despertar a los hombres y darles de comer, los oficiales lo encontraron durmiendo como un niño. Dieron las órdenes pertinentes y regresaron a su tienda. Al final, Parmenión tuvo que sacudirlo. Cuando le preguntó cómo podía estar tan tranquilo, Alejandro replicó que había tenido muchas más preocupaciones cuando los persas quemaron las cosechas. Ahora se habían cumplido los deseos de su corazón.

El día en que Rufo Quinto Curcio se inscribió en una escuela romana de retórica fue aciago para la historia. Con su acceso a fuentes de un valor incalculable que han sido destruidas por el fuego o los saqueos, de las que nos da atisbos tentadores, convierte cada uno de los discursos importantes de su historia en un modelo propio, de modo que los buscadores de la verdad pueden prescindir de ellos sin perderse nada significativo. Con este espíritu de ejercicio académico, hace decir a Darío y a Alejandro interminables discursos prebélicos, en los que no tenemos por qué demorarnos. Es más interesante —pues procede de una fuente de primera mano— la descripción hecha por Arriano de las instrucciones de Alejandro a sus oficiales. Les dijo que no necesitaban discursos de exaltación, que bastaba con su propio valor y orgullo; era suficiente con que cada uno animase a los hombres que estaban bajo su mando. Ya no combatían por Asia Menor ni por Egipto, sino por la soberanía de toda Asia. Que cada uno mantuviera una disciplina estricta en los momentos de peligro; que guardara un silencio absoluto cuando se le ordenara avanzar sigilosamente; que lanzara un aterrador grito de batalla cuando llegase el momento oportuno; que

estuviera atento a las órdenes y las transmitiese a toda velocidad. Alejandro preveía el polvo cegador que impediría la transmisión de señales visuales. Debía mantener un plan flexible y necesitaba una respuesta acelerada ante cualquier cambio de táctica.

La instrucción de lanzar un grito de guerra aterrador quizás esté relacionada con el hecho de que, según Plutarco, antes de la batalla, Alejandro hizo un sacrificio en honor de Miedo. Los griegos siempre estaban dispuestos a personificar las fuerzas naturales, si bien no hay ningún otro registro que consigne sus honras a esta deidad. Parecería que desde Iso consideró a Miedo como el espíritu familiar de Darío. Cumplidos todos los preparativos, avanzó con sus hombres desde las colinas bajas rumbo a la llanura, a medida que la luz del alba permitía que las huestes se vieran las caras.

El frente persa —con espacio más que suficiente para maniobrar y superando a los macedonios en una proporción de aproximadamente cinco hombres por cada uno — era tan largo que si las cosas salían mal no sólo serían desbordados, sino rodeados. Alejandro engrosó sus flancos con soldados mirando en dirección contraria que, en el caso de que se produjera un movimiento envolvente podrían volverse hacia fuera para formar un cuadrado. Como de costumbre, Parmenión encabezó el ala izquierda, a la que se opuso el valiente y capaz Mazaeus, cuya retirada del Eufrates ciertamente no se debió a la cobardía. Darío ocupó la posición real en el centro y delante tenía a los mercenarios griegos y a otros contingentes aguerridos, así como quince elefantes y cincuenta carros con guadañas. Alejandro mandó el ala derecha macedónica. Se enfrentó con el impresionante ejército de Bactriana, encabezado por Bessos, su sátrapa. La línea persa sobresalía tanto junto a la macedonia que Alejandro entró en batalla en un punto casi opuesto al de Darío.

De todas maneras, empezó avanzando paso a paso hacia la derecha, como si quisiera escapar de la línea sobresaliente persa. Darío ordenó un movimiento equivalente para mantener la extensión pero no hizo entrar a las tropas en combate, porque intentaba adivinar qué se proponía Alejandro. Éste se desplazó a la derecha hasta aproximarse a las lindes del campo minuciosamente allanado por Darío. En el terreno más accidentado que se abría más lejos, los carros con guadañas no podrían rodar y la caballería se vería estorbada. Fue una prueba de nervios. Darío mordió el anzuelo y ordenó que los hombres de Bessos impidieran todo movimiento hacia la derecha. Las tropas persas entraron en combate. Mediante una sucesión de maniobras exactamente calculadas, Alejandro se ocupó de que participaran cada vez más tropas persas. Y aguardó pacientemente el momento oportuno a la cabeza de los compañeros de la caballería.

Lo habían localizado y Darío ordenó que lo atacaran con los carros con guadañas. Pero Alejandro pudo hacer un minucioso reconocimiento y tomar medidas. Los agrianos los atacaron con armas arrojadizas, algunos de los osados miembros de la

tribu se lanzaron de cabeza sobre los caballos, los obligaron a detenerse y derribaron a los aurigas. Los que lograron pasar encontraron anchos pasillos entre los infantes perfectamente entrenados, cruzaron las filas a toda velocidad, sin sufrir el menor daño, y luego la retaguardia se deshizo tranquilamente de ellos.

Entretanto, el ala izquierda de Darío participaba cada vez más en combate, mientras las fuerzas de Parmenión seguían inmovilizadas a su derecha. El centro raleaba. A pesar de que contaba con menos efectivos, Alejandro se las había ingeniado para que sus fuerzas concentradas afrontaran una zona de debilidad persa, justo donde se había propuesto situarla.

Llegó el momento de cambiar de monturas. Un escudero tenía preparado al veterano Bucéfalo, de veinticuatro años, y lo mantenía fresco para ese instante, momento culminante de su servicio activo. Alejandro cabalgó a la cabeza del escuadrón real. Formaron en columna, con una punta ahusada de la que el macedonio era el vértice, lanzó el grito de guerra y se abalanzó sobre Darío, que se encontraba en la línea del frente. La caballería no había olvidado la orden de producir un ruido atronador; lo siguió desgañitándose y ofreció su tributo a Miedo.

Miedo era el amigo de los macedonios. Sin inmutarse ante los quince elefantes, arrollaron el frente persa y se aproximaron al carro real. Darío le dio la vuelta, cogió las riendas que había dejado caer el cochero herido y fue el primero en huir. Los persas de las cercanías vieron cómo caía el conductor y la huida del carro los convenció de que era el rey quien había caído y muerto. El centro se desmoronó, señal de derrota general. Alejandro y la caballería siguieron avanzando, dando golpes, y decididos a dar alcance a Darío.

En ese momento llegó un mensaje de Parmenión, según el cual en su sector se combatía denodadamente. Alejandro no era Ruperto en el Rin; en cuanto el mensajero lo localizó en medio del polvo y la confusión, abandonó la tentadora persecución para apoyar a sus hombres y consolidar la victoria. Mientras llegaba a la punta amenazada, libró un duro combate en el que perecieron sesenta compañeros y Hefestión fue herido. Ese mensaje ha desatado muchas controversias y está por ver si posteriormente fue recalcado por los cronistas de Alejandro con tal de desacreditar a Parmenión. Su valor propagandístico es bastante dudoso si tenemos en cuenta que Parmenión realizaba una operación de resistencia, cumplida competentemente, y que el mensaje salvó a Alejandro del grave peligro de que la batalla acabara con un resultado dudoso. Sin duda deseaba contarle al mundo por qué había permitido que Darío se le escapara entre los dedos y esperaba recibir los justos honores por rescatar el ala izquierda (cuando llegó, el peligro ya estaba superado), pero esto no significa buscar víctimas propiciatorias y Parmenión asoma sin descrédito en el relato.

Como sucedieron las cosas, la carrera de Alejandro abrió una pequeña brecha en la línea, no de tamaño estratégico, aunque lo bastante grande para que el reducido

destacamento enviado por Darío intentara rescatar a su familia. Esa tropa compuesta de guardias reales e indios logró pasar y penetró hasta el campamento base, en el que perdieron un tiempo precioso saqueando y matando a los no combatientes antes de llegar al objetivo. Diodoro cuenta que muchos cautivos persas aunaron esfuerzos con sus compatriotas y se prepararon para escapar, y que cuando las mujeres le pidieron que se diera prisa, la reina madre Sisigambis permaneció muda e inmóvil en su situación. Poco después, el destacamento persa fue vencido.

Entretanto, el sátrapa Mazaeus se había enterado de la huida de Darío. Al igual que Nabarzanes en Iso, que también había hecho frente al temible Parmenión y lo habían dejado en la estacada, Mazaeus llegó a la conclusión de que sus obligaciones habían tocado a su fin. Salvó a tantos de sus hombres como pudo y regresó deprisa a Babilonia. Aunque Nabarzanes y él habían llegado a la misma conclusión, eran hombres distintos y cada uno se comportaría según le dictara su naturaleza.

Alejandro comprobó que las fuerzas de Parmenión ya no tenían problemas y se alejó deprisa con los compañeros, con la esperanza de alcanzar a Darío antes de que éste llegara a su base en Arbelas. La carrera fue tan veloz que se desplomaron mil caballos. (A Bucéfalo no le pasó nada. Alejandro se había ocupado de que lo cuidaran. El viejo caballo, que no volvió a estar en un campo de batalla, sería mimado seis años más). Al llegar a Arbelas, el macedonio comprobó que los corceles habían muerto inútilmente porque, una vez más, el gran rey abandonó su carro, así como todo lo que no pudo llevarse en la precipitada huida, lo que debió de incluir muchas mujeres. Alejandro ordenó un alto para que sus hombres descansaran y para analizar su objetivo. Hasta entonces había asignado a Darío prácticamente la misma importancia militar que a sí mismo. En Arbelas llegó a la conclusión de que, después de todo, su captura era una prioridad poco significativa. Fue tan absoluta la forma en que descartó la persecución a favor de otros propósitos y tan público su desdén hacia Darío como enemigo que sería incoherente asignar mucha importancia a la responsabilidad de Parmenión, si es que la tuvo, en su huida.

En su análisis de la batalla, el historiador militar E. W. Marsden atribuye parte de la victoria a la moral superior de los macedonios y a sus vínculos más estrechos con el comandante, al tiempo que parcialmente la asigna a la comprensión extraordinariamente detallada del arte de la guerra por Alejandro. Sintetiza:

> *Es difícil recrear el caos típico de ciertas etapas de combates a gran escala, la confusión debida al ruido, el movimiento y el polvo, la atmósfera de duda e incertidumbre, la espantosa camisería… Para los generales modernos tiene que ser extraordinariamente difícil mantener la calma y la objetividad cuando controlan operaciones desde un puesto de mando situado a varios kilómetros del escenario bélico. ¡Cuánto más arduo tuvo que ser para Alejandro y Darío, que estaban apostados en la línea misma del frente de batalla! Al parecer, Darío no poseía la rara capacidad de seleccionar informes contradictorios, hacer observaciones correctas y, manteniéndose frío y sereno,*

dar en esas circunstancias órdenes rápidas y bien evaluadas. Alejandro tenía esa capacidad y de manera muy acentuada. Ése fue el tercer factor decisivo en Gaugamela.

Darío y un resto desordenado de ejercito avanzaron penosamente hacia el sudeste, cruzando los puertos de montaña en dirección a Ecbatana (Hamadán), residencia estival de los reyes persas. La vía Real hacia el sur que llegaba a Babilonia, Susa y Persépolis quedó expedita para Alejandro. La elección de objetivo no le llevó mucho tiempo, A esas alturas ya debía de haber hablado con los persas cautivos a través de los intérpretes y se había formado su propia opinión sobre el valor moral de Darío.

Rufo Quinto Curcio, que al parecer vuelve a basarse en el informante persa al que tuvo acceso un cronista anterior, afirma que Darío abandonó las grandes ciudades para impedir que Alejandro le siguiera la huella. Ciertamente, si su objetivo consistió en levantar en armas a Persia, los meses de vida que le quedaban apenas dan prueba de ello. Pese a que su hijo estaba cautivo, tenía un heredero eficaz en su belicoso hermano Oxatres. Si éste hubiese sucedido a un gran rey abatido en el campo de batalla contra el invasor, el curso de la guerra habría cambiado sobremanera.

Tal como sucedieron las cosas, la etapa siguiente fue un paseo para Alejandro. Tal vez aún no lo había intuido cuando se acercó a los inmensos muros de ladrillo y betún de Babilonia. Herodoto, que la había visitado un siglo antes, afirma que los muros rodeaban ciento cincuenta y cinco kilómetros cuadrados, en los que era posible obtener cosechas durante un asedio. Hasta las viejas fortificaciones de Nabucodonosor, que en ese momento formaban el círculo interior, eran inmensas. Los muros exteriores tenían cincuenta y cinco metros de espesor por ciento veinte de altura y eran un monumento a los constructores asirios, con sus hordas de esclavos prescindibles. Ciro había tomado la ciudad sin luchar, pero Alejandro debía de conocer la versión más realista de Jenofonte. La masa de Babilonia era visible kilómetros antes, al otro lado del llano, lo que auguraba un asedio cuando menos tan colosal como el de Tiro. Ni siquiera tuvo necesidad de hacer un reconocimiento. En el camino, Alejandro se encontró con Mazaeus, su sátrapa, recién salido de su lucha con Parmenión. Llevó a sus hijos como rehenes e invitó a Alejandro a entrar.

Hacía poco más de un siglo que Babilonia había hecho su último intento por liberarse de Persia y Jerjes la había aplastado severamente. Su población amante del lujo era desafecta o indiferente, los miembros de la guarnición estaban decepcionados y el mismo comandante no tuvo contemplaciones ante un rey vencido y fugitivo. Cuando se le ofreció ese regalo sorprendente, como cabía esperar Alejandro sospechó que se trataba de una trampa y siguió avanzando en orden de batalla, a la cabeza de la vanguardia. Sin embargo, los muros estaban indefensos. Las cien puertas abiertas de par en par y bajados los puentes levadizos. Entró como rey de Babilonia, en un carro de estado chapado en oro, en medio de esplendores que los triunfos de los césares jamás superaron. Deseoso de aventajar a Mazaeus, el tesorero de la ciudad hizo

salpicar de flores y perfumar con incienso la vía. Encabezaban la procesión regalos raros y exóticos, corceles selectos y carros que portaban leones y leopardos enjaulados; asistieron magos y sacerdotes, los reales cantantes de alabanzas entonaron himnos y la caballería de Mazaeus desfiló. Como siempre ocurre con Alejandro, brillaba por su ausencia un adorno romano: el espectáculo de los cautivos humillados y encadenados.

Después de ver los antiguos esplendores del palacio, Alejandro visitó el tesoro. No perdura la evaluación de sus inmensas riquezas. Repartió generosas gratificaciones entre sus hombres y los mercenarios obtuvieron dos meses de paga extra. Entre estos últimos figuraban muchos griegos que habían preferido quedarse cuando obtuvieron permiso para retornar después de que incendiasen todas las ciudades griegas. Ahora podían permitirse los lujos de una ciudad que antes no les habían permitido saquear. Babilonia marca el verdadero comienzo de la extravagante generosidad de Alejandro, que, a partir de ese momento, se prodigaría. El primer donativo fue una buena política y un trato justo. Proporcionar placer y estar rodeado de gratitud y afecto satisfacía una necesidad profunda de su personalidad. En la infancia, su preceptor Leónidas lo había obligado a vivir pobremente en medio de la abundancia; Alejandro gustaba de la prodigalidad como sólo lo hacen aquellos que han pasado apuros. Le gustaban los alardes, que combinaban con su sentido del teatro. Todos esos anhelos se colmaron en Babilonia y el macedonio desarrollaría su estilo personal a medida que recibiese dinero.

Desde el trono concedió a Babilonia la misma categoría de que había disfrutado antes de que Jerjes la aplastara e hiciera derribar el zigurat de Bel. Los sacerdotes del dios recibieron grandes cantidades de oro para reconstruir su santuario. (Más adelante eso tendría consecuencias fatídicas). Mazaeus fue inmediatamente confirmado como sátrapa. El don de este elevado cargo a un persa, que satisfizo a los habitantes del lugar, no debió de ser popular entre los macedonios; poner de relieve su excelente actuación en Gaugamela era lógico y la reputación de Parmenión no sufriría si se rendía tributo a la fortaleza de su adversario. Los puestos de comandante y tesorero de la guarnición correspondieron a macedonios. Alejandro pasó un mes en Babilonia y concedió vacaciones a sus hombres; estuvo ocupado, aunque no es probable que las pompas de la corte le molestaran. En cuanto estuvo en condiciones de partir dejó el impresionante tesoro a cargo de Hárpalo; el leal amigo de la infancia supo que había sido definitivamente perdonado.

Los soldados fueron iniciados en la lucha poco a poco después de los deleites desmoralizadores de la ciudad; marcharon hasta una zona rural tranquila donde celebraron juegos. Se produjo una importante novedad: había premios al valor durante la campaña. Como era característico de la extraordinaria armonía entre este ejército y su Jefe, se propuso que toda la tropa y sus mandos manifestaran sus

opiniones a los jueces mediante aclamación. Había ocho premios. No se componían de la habitual corona de oro ni de dinero, sino de puestos de mando, cada uno de los cuales superaba los mil hombres. Hasta entonces Alejandro había manejado su estado mayor en el marco de las jerarquías tribales de Macedonia: en ese momento, con gran intuición dramática y la astuta seguridad de que los elegidos serían populares, introdujo verdaderos ascensos por méritos.

Susa se encontraba cerca, pero no era necesario darse prisa. Inmediatamente después de la batalla, la ciudad había capitulado ante los emisarios que Alejandro envió. Sin duda las noticias de la huida de Darío los habían aventajado, pues la vía real disponía del relevo de postas más rápido del mundo, con caballos y hombres descansados a lo largo de todo el camino. Es posible que el propio Darío ordenara la rendición con el propósito de impedir que la ciudad fuese saqueada. Susa se salvó y lo paradójico es que hoy sólo sobrevive convertida en un montículo. (La impresionante fortaleza con remates no fue erigida por Alejandro, sino por arqueólogos del siglo XIX para refugiarse de los miembros de las tribus locales). De todos modos, a la sazón era la capital administrativa del imperio, la principal sede real y estaba construida en un saliente del llano mesopotámico, en los umbrales mismos de la llanura iraní. Los fragmentos del palacio sugieren la existencia de superficies brillantes de cerámica vidriada, en su mayor parte amarillas y azules, modeladas en relieve. En el tesoro Alejandro encontró la impresionante suma —sin contar las joyas, que jamás fueron tasadas, ni siquiera aproximadamente— de 40 000 talentos de plata y 9000 dáricos de oro. Calculado por Wilcken en 1931 en una cifra que se aproxima a los 14 millones de libras esterlinas, en el presente sólo es posible pensarlo en los términos de Fort Knox.

En la casa de Bagoas —el visir eunuco hacedor de reyes—, que Darío confiscó a su muerte, se encontraron ricas vestimentas por el valor de mil talentos. Plutarco afirma que la casa y su contenido fueron regalados a Parmenión. Entre los tesoros palaciegos, Alejandro se quedó con un cofre precioso para guardar su ejemplar de la Ilíada, que Aristóteles había copiado para él cuando era niño. Siguió guardándolo bajo la cama. Sin duda debió de poner el puñal en un lugar más accesible. En más de una ocasión estuvo a punto de necesitarlo.

La mayor parte del oro y la plata estaba en forma de lingotes sólidos, preparados para acuñar unos pocos por vez. Alejandro tenía ideas más ambiciosas. Los metales fueron a parar a su casa de la moneda, de la que salió dinero troquelado a mano, luciendo los moldes cuyas diversas variantes aún pueden verse. Muy pronto el Zeus olímpico tuvo a su alrededor, en el anverso, los símbolos del león y de la *kyrbasia* real —o gorra con visera—, rodeados por la mitra, la cinta púrpura. Sería justo suponer que Alejandro ya se la había probado en la intimidad de su aposento.

Siguió repartiendo dinero, encantado de que se lo pidieran, hecho que tomaba

como una muestra de amistad. Cuando alguien le dijo que una suma modesta sería suficiente, replicó: «Para que me la pidas, pero no para que yo la dé». La magnificencia no lo volvió pomposo. Entre sus amigos figuraba un joven independiente con el que acostumbraba a jugar a la pelota y que se había negado decididamente a reclamar dinero, hasta que le llegaron rumores de que Alejandro no estaba contento con él. Durante el siguiente juego, cada vez que se hacía con la pelota la tiraba más allá del monarca, que finalmente gritó: «¿Y yo, qué?». El joven respondió: «No me la pediste». Según Plutarco, al oír la respuesta Alejandro rió y lo colmó de regalos. Dada o gastada, la riqueza de Susa iba a influir en la historia. Durante siglos había permanecido estéril, como si nadie la explotara, y ahora fluiría en pos de Alejandro y sus ejércitos derrochadores. Las activas rutas comerciales que esa riqueza creó helenizaron el imperio antes de que Alejandro pusiese manos a la obra.

Fue en Susa donde, al ocupar el trono de Darío, que rondaba los dos metros de estatura, Alejandro se dio cuenta de que los pies no le llegaban al suelo. Alguien acercó una mesa baja. Un viejo eunuco del palacio se echó a llorar porque se trataba de la mesa en que su señor escanciaba el vino. Conmovido ante esa congoja tan leal, Alejandro empezó a apartar los pies, pero Filotas le señaló que se trataba de un buen augurio y el monarca cambió de idea.

Entre las riquezas figuraba el antiguo botín que Jerjes se llevó de Atenas, incluido el arcaico grupo estatuario de bronce de Harmodio y Aristogitón, los amantes tiranicidas, sacado de la Acrópolis. Más adelante devolvió a Atenas ese monumento de gran valor, que aún seguía en pie en tiempos de Arriano. Celebró sacrificios en honor de la victoria y una carrera de relevo de antorchas. Llegaron nuevas tropas de Macedonia.

El sátrapa persa fue restituido en su puesto, con la guarnición al mando de los macedonios. En Susa, Alejandro instaló a Sisigambis y a sus nietos en el mismo harén del que Darío los había sacado para llevarlos a la guerra. La gran escena ya no se interpretaría jamás y lo esperaba un camino difícil a través de los puertos de montaña que lo separaban de la Pérsida.

Allí encontró resistencia por primera vez desde Gaugamela. Los habitantes de las colinas de Uxia enviaron el mensaje de que los reyes siempre pagaban peaje cuando utilizaban sus pasos. Muy seguros de sí mismos, los bandoleros dejaron de pagar. Los guías de Susa mostraron a Alejandro un atajo que conducía a la fortaleza de los uxianos y los atrapó. El macedonio pensó en expulsar a toda la tribu de su hábitat estratégico, pero el jefe —pariente de Sisigambis— logró enviar un mensajero a Susa para que suplicara la intercesión de la reina madre. Después de algunas vacilaciones, Sisigambis escribió a Alejandro. Era el primer favor que le pedía. Alejandro emitió en el acto un perdón general y, por añadidura, la exención de impuestos.

Entre Alejandro y Persépolis se alzaba el inexpugnable paso de los Puertos Pérsicos, defendido por el sátrapa de la Pérsida, que había cerrado el desfiladero con un muro. Desde los riscos superiores, sus hombres arrojaron rocas contra los efectivos macedonios; era una trampa mortal y Alejandro no tardó en retirar sus tropas. Por una de esas revanchas de la historia, se representó a la inversa la historia de las Termópilas Un pastor local que fue hecho prisionero se ofreció a mostrarle una ruta que bordeaba el puerto. Alejandro le prometió una generosa recompensa y lo siguió. La rodada, mucho más larga y peligrosa que aquélla por la que Efialtes había guiado a los hombres de Jerjes, estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, pero Alejandro y sus reducidas tropas la cruzaron a paso rápido. Cuando alcanzó por sorpresa a la guardia de avanzada de los persas, éstos reaccionaron igual que los foceos de Leónidas: escaparon como pudieron hacia las colinas, sin avisar a su comandante, que fue cogido desprevenido. A continuación, el grueso del ejército macedonio atravesó el puerto sin dificultades. Persépolis estaba abierta.

En la ciudad no había nadie en condiciones de ofrecerle la rendición formal. Alejandro recibió un atemorizado mensaje del tesorero, según el cual la ciudad era víctima de la anarquía y si no se daban prisa el tesoro (del que evidentemente temía que lo considerasen responsable) sería saqueado.

El destino de Persépolis, que inclinó de esa forma la balanza, probablemente quedó decidido en un encuentro en el camino. En medio de la confusión reinante miles de esclavos griegos (probablemente del Asia Menor helena) escaparon y fueron al encuentro del ejército de Alejandro. Algunos eran hombres mayores, que habían permanecido en cautiverio desde las guerras de Oco. Fue una embajada macabra y monstruosa. Diodoro dice:

> *Todos estaban mutilados. A algunos les faltaban las manos, a otros los pies y a otros las orejas y las narices. Se trataba de hombres que habían aprendido artes y oficios y que estaban bien preparados; después de la formación les amputaron sus otras extremidades y sólo les dejaron aquéllas de las que su trabajo dependía.*

Rufo Quinto Curcio dice que, además, estaban marcados a hierro. Ambas fuentes coinciden en que Alejandro lloró por ellos.

Les ofreció transportes para que regresaran a Grecia y se comprometió a mantenerlos de por vida. Esos hombres conferenciaron y decidieron que sería insoportable regresar a sus ciudades convertidos en monstruos repulsivos. Seguramente ya los habían olvidado. (La antigua Grecia no era célebre por su compasión; la de Alejandro se consideraba una excentricidad). Algunos tenían esposas esclavas que les habían dado hijos. Solicitaron concesiones de tierras en las que poder convivir. Alejandro reconoció que era justo; les proporcionó dinero, semillas y ganado, buenas vestimentas para ellos y sus esposas, y les asignó su triste

aldea.

Al día siguiente marchó sobre Persépolis. Sus tropas consiguieron lo que estaban deseando desde Gaugamela: una ciudad rica que saquear.

Era la capital ceremonial del imperio, opulento complemento de la pequeña Aegae macedónica. El monarca y los principales nobles tenían sedes allí y seguramente los abastecía una rica clase de mercaderes. Rufo Quinto Curcio afirma que muchos ciudadanos fueron asesinados fortuitamente porque las tropas ahítas de saqueo no se molestaron en exigir rescate. Aunque hoy resulta difícil, deberíamos tratar de imaginar el placer orgiástico que el saqueo suponía para los hombres del mundo antiguo que, después de soportar penurias y peligros, consideraban que lo merecían; un saqueo en el que el poder, la agresividad, la codicia, las ansias, las rivalidades y los instintos del cazador y del jugador podían despertar y satisfacerse en una vertiginosa sucesión de actos. Quizá nadie, salvo Alejandro, habría podido retenerlos en Babilonia y Susa. En Persépolis les concedió un día. De todos modos, dio órdenes de que no quitaran a las mujeres las joyas que llevaban puestas.

El tesorero fue ascendido a gobernador. Había mantenido intactas las cámaras acorazadas de palacio. Su contenido equivalía al triple de lo obtenido en Susa.

Darío pasó el invierno en Ecbatana, vigilado por el servicio de información macedonio por si mostraba señales de actividad. Como no las hubo, Alejandro pasó el invierno en Persépolis. Debió de ser durante ese período cuando realizó su tan esperada peregrinación a la tumba, de Ciro el Grande, en la vecina Pasargada, la antigua capital de lo que antaño había sido Elam; era una especie de pequeña Macedonia persa desde la cual Ciro también había conquistado un imperio. Como demuestran los resultados, Alejandro le rindió honores, si se los merecía, otro tanto puede decirse de Jenofonte, aunque las recompensas de la historia son caprichosas. Persas y atenienses habían fijado en una mente ávida —en un momento en que nadie más la influyó— que todos los hombres son hijos de Dios y que en cualquier parte es posible encontrar a los seres excelentes que, dijo Alejandro, él hace más suyos que a los demás.

Volvió al palacio de Persépolis, con sus altas columnas rematadas en lotos y los infinitos relieves de portadores de tributos que llevaban ofrendas a su constructor: Darío el Grande. No tenemos datos de que se celebraran ceremonias tan regias como las que caracterizaron su estancia en Babilonia o en Susa, aunque quizá sólo se debió a que el invierno dificultaba el acceso. Cuando llegó la primavera y el momento de reanudar la marcha, Alejandro hizo incendiar el palacio. En la actualidad, conocen este episodio personas que prácticamente no saben nada más de Alejandro (y que siguen mostrándose más impresionados por este ultraje a un edificio vacío que por los holocaustos vivientes de Coventry y Dresde); justo castigo, si es que se lo merecía, para un hombre que se preocupaba intensamente por su reputación. Las fuentes no

son unánimes (aunque tampoco irreconciliables) acerca de los motivos por los que lo hizo, y los historiadores siguen debatiendo la cuestión.

Arriano, cuya fuente —Tolomeo— indudablemente estuvo presente, se limita a decir que lo hizo contra los consejos de Parmenión, quien sostuvo que, más que acto de un rey, considerarían que era obra de un dictador. Diodoro, Rufo Quinto Curcio y Plutarco coinciden en que Alejandro ofreció una orgía alcohólica a la que invitó a una serie de flautistas y hetairas, entre las que figuraba Tais, la cortesana ateniense amante de Tolomeo, el futuro monarca; en que en el momento culminante de la juerga Tais recordó que Jerjes había asolado la Acrópolis y apremió a Alejandro para que permitiese que una ateniense pagase con la misma moneda; en que inmediatamente Alejandro proclamó un «comus» dionisíaco, que encabezó con una guirnalda en la cabeza y una tea en la mano en que arrojó la primera tea y a continuación permitió que Tais lanzase la siguiente. Plutarco añade que un rato después Alejandro recapacitó y, ordenó que apagasen el incendio. Si así fue, ya era demasiado tarde: la capa de ceniza encontrada por los arqueólogos cubría absolutamente todo. Nadie resultó herido; cuando adentro hizo demasiado calor, salieron a contemplar el espectáculo. Es indudable que un incendio de primera categoría, en el que no está de por medio el temor de que se produzcan víctimas humanas, es uno de los grandes goces atávicos de que el ser humano sigue disfrutando. En nuestros días resulta aterrador pensar que ardieron tesoros arqueológicos, pero para los macedonios —y aún más para los griegos—, Persépolis tuvo otra significación.

Tarn ha preferido rechazar tajantemente la celebración de la fiesta y considerar la quema del palacio «como una proclama». Es verdad que Arriano no menciona la fiesta. Sin embargo, parece probable que Tolomeo —que cuando escribió era un monarca venerable y abuelo— prefiriera suprimir detalles de su desenfrenada juventud, como la exuberante Tais. Sin duda, las objeciones de Parmenión son históricamente verdaderas. Hasta es posible que le recordase a Alejandro intenciones que él mismo había expresado en momentos de mayor sobriedad. Deseaba ser rey más que conquistador y era indudable que los persas le recriminarían el incendio de la sede ceremonial del imperio. Es fácil concluir que en su momento pareció una buena idea, como sucede con tantos otros acontecimientos debidos a fiestas coronadas por el éxito.

En cuanto a los tesoros arqueológicos, quedaron hasta tal punto en manos del león, las lagartijas y las arenas movedizas que actualmente Persépolis es el monumento mejor conservado de toda la época aqueménida.

Al ver la hoguera, y sabedores de que se había desnatado la crema de las riquezas persas, las tropas de afuera pensaron que era señal de que sus esfuerzos habían concluido y que podían emprender el regreso a sus tierras con el botín. Muy pronto

salieron de su error: Alejandro sólo se había limitado a hacer una pausa antes de su definitivo ajuste de cuentas con Darío. Se internaron por territorio difícil y desconocido, con un objetivo puramente militar. Pero siguieron a su comandante sin protestar.

No se ha dado la suficiente importancia, se ha infravalorado excesivamente el extraordinario magnetismo que supone este hecho. El ejército de Macedonia estaba formado en la democracia arcaica y feudal. Sus antepasados habían hecho y deshecho monarquías y asesinado a reyes. Alejandro se había criado entre esos hombres y aceptaba su tradicional libertad de expresión, que no tiene paralelismo en los anales de los emperadores. Con excepción de las tropas auxiliares extranjeras, estaba totalmente a solas con ellos en territorio hostil y si se amotinaban quedaría a su merced. Alejandro no llevó una política secreta para intimidarlos ni espiarlos: dos tramas posteriores para acabar con su vida le fueron reveladas en el último momento por personas corrientes. Desarrollaba relaciones de intimidad y confianza singulares e inspiró actitudes posesivas que crearían complicaciones imprevistas. La dependencia que las tropas tenían de Alejandro se tornó casi supersticiosa, como demuestran las reacciones que tuvieron ante sus heridas y su enfermedad. Cuando la primavera derritió las nieves de las altas cumbres, lo siguieron hacia el norte, rumbo a Ecbatana.

Cuando Alejandro llegó a la ciudad, Darío ya se había ido. Tomó posesión del palacio de verano. En las cámaras acorazadas depositó las inmensas reservas del tesoro que le quedaron después de aprovisionarse de fondos de guerra. En Ecbatana dejó como tesorero y gobernador a su viejo amigo Hárpalo.

Como de costumbre, Darío había dejado la iniciativa al enemigo. Al enterarse del avance de Alejandro, se trasladó al norte, enviando primero a las mujeres para que estuvieran a buen recaudo. Hizo un alto en el camino para reunirse con los refuerzos prometidos, pero éstos intuyeron el desastre y no acudieron a la cita.

Alejandro prosiguió la marcha y se tomó el tiempo necesario para asegurar las comunicaciones. En Media se encontró con Bistanes, hijo superviviente del rey Oco, que estaba dispuesto a decirle hacia dónde había huido Darío.

Ese encuentro pone de relieve un factor de suma importancia en la historia de Alejandro: el poder de las enemistades mortales en el mundo antiguo. Según los patrones del nacionalismo moderno, Bistanes fue un traidor; según los de su época, cumplió su deber religioso porque vengó a su padre y a su hermano envenenados, en cuyo asesinato estaba convencido (correcta o incorrectamente) de que Darío había participado. Si hubiera sido griego, esa obligación también habría anulado otras lealtades.

Darío avanzaba hacia el norte en dirección al paso de los Puertos Caspianos, con la esperanza de llegar a Bactriana. Rufo Quinto Curcio presenta una narración

pormenorizada y singular del periplo de Darío. Carece por completo de valor propagandístico, casi no contiene retórica y nos devuelve, por fin, al relato que sugiere a un expresivo testigo presencial que muy pronto aparecerá en escena.

Del desastre de Gaugamela, Darío había rescatado unos treinta mil infantes y cuatro mil tiradores. Entre los primeros figuraban 3000 mercenarios griegos, el leal núcleo de los 50 000 efectivos de Menmón. Aunque algunos de los exiliados no se atrevieron a volver a su tierra, lo cierto es que la mayoría podía haber desertado en favor de los macedonios, pero su valor y su lealtad fueron ejemplares.

Los 3000 soldados de caballería y muchos infantes eran bactrianos a las órdenes de Bessos, su sátrapa. Los demás mandos estaban en manos de Nabarzanes, el capaz general de caballería, y del anciano Artabazo, amigo de la infancia de Alejandro, que rondaba los noventa años pero que aún estaba lúcido y activo.

La morada del gran rey estaba patéticamente vacía. Las arcas sólo guardaban 7000 talentos; sus concubinas se habían ido; sus asistentes personales quedaron reducidos a un puñado de eunucos de la corte, siendo el mayor el egipcio Bubaces y el más joven un muchacho llamado Bagoas, consumado cantante y bailarín. Como era favorito del rey, lo habían castrado para mantener su excepcional belleza.

Cuando le fallaron los refuerzos, Darío estableció un campamento y convocó un consejo de guerra. Rufo Quinto Curcio ha puesto un discurso en su boca, pero el verdadero seguramente fue mejor. El resto de los discursos parecen mucho más auténticos. El viejo Artabazo reafirmó su lealtad y la de las tropas persas. Después se adelantó Nabarzanes. Señalando que parecía perseguirles la mala suerte, dedujo que los dioses habían abandonado a Darío, y propuso que Bessos, su primo, subiera al trono por un tiempo, retirándose cuando hubieran derrotado al enemigo.

Da la impresión de que el significado formal consistía en que Bessos sustituyera al monarca como víctima propiciatoria regia, con el propósito de cargar con su mala suerte. A Darío no le cupo la menor duda sobre sus verdaderas intenciones. Desenfundó la espada y se abalanzó sobre Nabarzanes. Fue amablemente retenido con gestos que suplicaban merced y los dos comandantes se retiraron. Sigue un pintoresco relato sobre sus esfuerzos para corromper durante la noche a los persas leales, con la oposición del indómito Artabazo. Éste se había opuesto al peligroso tirano Oco y en ese momento le fue leal a un rey débil que no le había hecho ningún daño, si bien estaba seguro de que recibiría el perdón de Alejandro.

Las prioridades de Nabarzanes eran otras. Desde la huida de Iso había comprendido que la única posibilidad de ofrecer una resistencia persa eficaz consistía en quitar de en medio a Darío. Había elaborado un plan para entregar a Darío a Alejandro, hacer las paces con el propósito de ganar tiempo, proclamar a Bessos rey en Bactriana y desde allí reanudar la guerra. Los griegos y los persas no aceptaron. En consecuencia, por la mañana los dos se mostraron arrepentidos y leales y

reanudaron la marcha.

Darío confió en ellos, pero no así los griegos, que estaban enterados de las actividades nocturnas. Durante esa jornada de marcha, su comandante, Patrón, se acercó al carro real, hizo señas a Bubaces —el eunuco principal— y pidió hablar con el rey sin intérprete, ya que aquél tenía algunos conocimientos de griego. Se trataba de una precaución lógica porque Bessos cabalgaba a corta distancia. Darío escuchó sus advertencias y lo despidió con palabras amables. Si Patrón estaba en lo cierto, su posición era desesperada y hay que atribuirle el mérito de que no se agarró a un clavo ardiendo a costa de la vida de sus leales.

En el siguiente alto, en los montes Elburz, del lado del Carpio, Artabazo rogó al rey que se refugiase entre los griegos de Patrón. Darío rechazó con dignidad este consejo fruto de la desesperación, y se cubrió el rostro con un velo mientras el anciano se retiraba con la cara bañada en lágrimas. Cuando los persas salieron a buscar provisiones los bactrianos se quedaron. Al anochecer la guardia que rodeaba la tienda, escogida entre los célebres inmortales, se largó silenciosamente. Darío abandonó toda esperanza y se tendió en el suelo.

«*De ahí que reinara una gran soledad en la tienda, salvo los pocos eunucos que rodeaban al rey, pues no tenían a dónde retirarse*». Este toque íntimo caracteriza de manera definitiva a nuestro testigo.

Poco después, Darío llamó a Bubaces a su lado y ordenó que los eunucos intentaran salvarse. Al oír los gemidos de congoja de Bubaces, los demás se acercaron deprisa y, se sumaron a las lamentaciones. Bessos y Nabarzanes supusieron que el rey se había suicidado y rápidamente entraron en la tienda. Al saber por los eunucos que seguía vivo, ya no se contuvieron, lo sujetaron, lo ataron y se lo llevaron en un vulgar carro de transportes.

Era tal la desventaja cuantitativa de las tropas leales que les fue imposible oponer resistencia. Darío no había conquistado el tipo de lealtad a que dan lugar las empresas desesperadas. Dos nobles persas cruzaron el paso para guiar a Alejandro y poner a su merced a su rey. Fue la mejor elección para el desventurado, pero se hizo demasiado tarde. Con la mejor caballería Alejandro partió al rescate en una carrera suicida, alcanzó la retaguardia de los bactrianos rezagados cuya disciplina se había ido al garete y a golpes se abrió paso rumbo al prisionero. Los conspiradores desataron a Darío y le ordenaron que montara a caballo. El monarca respondió que prefería hacer frente a Alejandro. Al oírlo Bessos y un tal Barsaentes, con o sin la anuencia de Nabarzanes, lo acuchillaron con las jabalinas, mutilaron a las mulas que tiraban del carro y emprendieron la huida. Nabarzanes, que tal vez se opuso a ese acto, siguió otro camino con seiscientos jinetes.

Un soldado macedonio que oyó que alguien gemía pidiendo agua encontró al rey agonizante. En este punto concluye el relato de Rufo Quinto Curcio, pues el

manuscrito está dañado. Plutarco dice que Darío bebió, dio las gracias, alabó el arrojo de Alejandro y le deseó suerte en tanto que sucesor suyo; es posible que sea propaganda o romance, aunque no hay duda de que habría preferido a Alejandro antes que a Bessos. Los dos monarcas, el venturoso y el desafortunado, no se conocieron en vida. Alejandro emprendió una larga e infructuosa búsqueda entre los carromatos; cuando llegó al que buscaba, Darío ya había exhalado el último suspiro. Alejandro lo cubrió con su propia capa —el último gesto que podía hacer— y ordenó que su cadáver fuese enviado a Sisigambis para celebrar el entierro real en Persépolis.

Alejandro aceptó la rendición de Nabarzanes en la llanura de Hircania, que bordea el mar Caspio. Después de rechazar a Bessos por motivos que nadie explica, Nabarzanes envió un emisario para pedir un salvoconducto, algo que jamás habría conseguido si Alejandro no hubiese considerado que merecía una audiencia. Su historial de guerra y lo que dijo durante la audiencia causaron una buena impresión porque, aunque jamás obtuvo un puesto ni mando de tropa, se le perdonó su participación en el regicidio. Entregó los tradicionales regalos de honor y un obsequio insólito: el joven bailarín Bagoas. «*Había sido amado por Darío y pronto lo sería por Alejandro*». No es difícil buscar la fuente del comentarlo de Rufo Quinto Curcio porque parece que esa relación duró toda la vida.

Plutarco afirma detalladamente que en dos ocasiones Alejandro había rechazado, y considerado un agravio, la propuesta de regalarle bellos efebos griegos en cautiverio. Como cabe esperar, Rufo Quinto Curcio deduce que el joven persa le fue ofrecido como mero obsequio o soborno, pero las probabilidades apuntan a un motivo de mayor envergadura: que Bagoas había sido testigo presencial del asesinato de Darío y podía declarar que Nabarzanes se había opuesto.

Nabarzanes fue un militar valiente y leal casi hasta el final. Aunque en la desesperación se mostró dispuesto a prescindir de un comandante inepto dejándolo en manos de un enemigo magnánimo, es posible que el regicidio le pareciera excesivo, pues para el zoroastrismo era un crimen abominable, como Alejandro sabría muy bien más adelante, cuando se ocupó de que un tribunal persa juzgara a Bessos.

En cuanto a Bagoas, debió de saber, desde la llegada del eunuco de la reina para informar de la muerte de ésta, que habían permitido que las damas cautivas conservasen a sus servidores. Aparte de cualquier lealtad que sintiera hacia su señor —cuya memoria, al parecer, trató amablemente—, tenía poco que perder siguiendo a Alejandro y ningún futuro entre los rebeldes. El asesinato fue una acción provocada por el pánico e imprevista por todos, incluidos los asesinos.

Si partimos de esta hipótesis, todas las circunstancias concuerdan: la partida de los otros conspiradores y de sus hombres inmediatamente después del regicidio; la huida de Bagoas en compañía de Nabarzanes, y la afirmación de Rufo Quinto Curcio según la cual «fue sobre todo a través de las súplicas del muchacho que él

[Alejandro] se sintió movido a perdonar a Nabarzanes». El testimonio del favorito del monarca difunto era una prueba incontestable, una influencia mucho más probable que los meros halagos de un joven atractivo. De todos modos, es evidente que no fue reticente a la hora de tener a Bagoas en la corte para que comunicase a los cronistas su valioso relato. Suponiendo que el griego aprendido por este persa no estuviera a la altura de un relato tan extenso, podemos entretenernos conjeturando que el propio Alejandro le dictó la forma definitiva.[2]

Sea como fuere, Bagoas se quedó. Sabemos de él a través de Rufo Quinto Curcio, Plutarco, Ateneo y, con más dudas, por Arriano; es más probable que Tolomeo haya censurado al muchacho persa de Alejandro más que a su propia amante ateniense, no porque fuera varón —hecho que en el mundo griego carecía de importancia—, sino porque era un eunuco «bárbaro». Muy pocos compatriotas de Alejandro compartían su opinión de que «todos los hombres son hijos de Dios».

Para los macedonios, conscientes de su raza, Bagoas era una modesta excentricidad de Alejandro y cuanto menos se hablara de ello, mejor. Empero, el relato del final de Darío —y quién más pudo proporcionarlo— dice mucho acerca de él e, indirectamente, de Alejandro. Además de los detalles gráficos y del talento para evocar la escena, están presentes la lealtad y el buen gusto perspicaz que no pretenden halagar toscamente a un amante real a costa de los muertos; el patetismo de la última noche de Darío y la insistencia en que «no hizo nada vulgar ni vil»; sus graciosos homenajes al vencedor que, los pronunciara o no, no hacían daño a su memoria y proporcionarían tanto placer. Sensibilidad, respeto hacia uno mismo, encanto sin servilismo y, por si fuera poco, belleza; no es extraño que, al menos una vez, se satisficieran las exigencias sexuales de Alejandro.

Aparte de las escenas que sólo presenciaron los eunucos, sin duda parte de la historia fue relatada por Artabazo, que se presentó poco después de Nabarzanes y fue calurosamente recibido por Alejandro, que de inmediato le restituyó su graduación. Después de pasar años en Macedonia, sin duda hablaba griego con fluidez. Los últimos en llegar fueron los mercenarios griegos, desde sus escondites en las colinas.

Habían enviado emisarios para consultar las condiciones, pero Alejandro, con su animosidad habitual hacia los griegos que combatían en las filas persas, exigió su rendición incondicional. Algunos se dispersaron; un ateniense con un violento historial antimacedónico se suicidó y alrededor de mil quinientos se entregaron. Para entonces, Alejandro ya conocía su fidelidad de boca de Artabazo y Bagoas. No castigó a nadie; dejó en libertad a los que fueron contratados antes de que declarara la guerra; a los demás, los reprendió y los incorporó a su ejército con la paga de costumbre. El relato del intento de Patrón de prevenir a Darío contra sus asesinos tal vez procede del propio Patrón.

Dado su historial, en cualquier caso Alejandro habría tratado con respeto el

cadáver de Darío, pero el funeral real que le concedió también fue una proclama: el deber de un gran rey hacia su predecesor. Había un pretendiente en liza. En el este, Bessos se había puesto ya la kyrbasia con la visera hacia arriba (prerrogativa de la realeza, pues los sátrapas tenían que llevarla aplanada) y se hacía llamar Artajerjes.

No se sabe si lo movió el patriotismo o la ambición. Ya se había puesto de manifiesto que tenía dos desventajas que Alejandro jamás conoció: era incapaz de disciplinar a sus hombres y de ganarse su lealtad. Sea como fuere, Alejandro reivindicó el derecho de actuar contra él por rebelión, regicidio y traición a dos monarcas reinantes. Para poner de relieve esta reivindicación se celebró un importante acto de lealtad. Oxatres, el combativo hermano de Darío, se presentó voluntariamente para aclamar a Alejandro como rey. Volvió a predominar la enemistad a muerte: el enemigo del asesino de su hermano era su aliado natural. Alejandro, que al parecer se formó una elevada opinión de Oxatres, lo reclutó inmediatamente en las filas de los compañeros. Su adhesión tuvo un altísimo valor propagandístico y el único precio que hubo que pagar fue vengarse de Bessos.

Alejandro tuvo que informar a sus hombres que la muerte de Darío no había dado fin a la guerra. Reunió a los macedonios y los persuadió mediante «argumentos efectivos», lo que debió de reducirse al puro atractivo de su personalidad, pues no se trataba de una cuestión de fuerza. Ni siquiera partió la totalidad de las tropas auxiliares griegas, a las que ofreció libre elección y el pago de los gastos de regreso a casa. Los soldados que volvieron a alistarse recibieron tres talentos por barba y las primas de los macedonios alcanzaron la misma escala generosa. Este tipo de ocasiones figuraba entre los principales placeres de la vida de Alejandro.

Estaba a punto de internarse por las tierras inexploradas de Asia Central, con los enormes añadidos de su corte y de su ejército, como recuerda el romance persa: «Su campamento era un mundo en movimiento… el mercado que lo acompañaba semejaba al de una capital y en él era posible comprar de todo, incluso leche de ave». También abarcaba el secretariado, los ingenieros, los artesanos, los administradores, los médicos, los ayudas de cámara, los esclavos, los arquitectos y los fabricantes de armaduras, una horda de especuladores independientes que vivían de las tropas bien pagadas; las mujeres de soldados y civiles que, junto con sus hijos, casi constituían un segundo ejército. Sus líneas de comunicación se extenderían indefinidamente, pues no era posible saber qué provisiones ofrecería el nuevo territorio. El retén que dejara detrás sería tan decisivo como el oxígeno para el submarinista. Encomendó ese puesto de mando a Parmenión. Éste rondaba los setenta años; los esperaba una ardua campaña y ese nombramiento, honroso y digno de su edad, probablemente resolvió un problema que Alejandro tenía desde hacía tiempo. El anciano general dispuso de su propio ejército, parcialmente compuesto de mercenarios —incluidos quizá los nuevos reclutas griegos—, y acceso al tesoro de Ecbatana para satisfacer sus propias

necesidades, así como las de la intendencia de Alejandro.

Mientras se encontraba en Hircania, Alejandro había montado una operación secundaria contra los habitantes de los bosques de las montañas, notable solamente porque fue la penúltima aparición de Bucéfalo en la historia. Mientras era guiado a través del bosque por los escuderos reales —a cuyo cargo estaban los corceles del rey—, Bucéfalo y los demás fueron secuestrados por agresores locales. El caballo tenía veinticinco años y su probable destino era evidente. El viejo equino probablemente había salvado media docena de veces la vida de su amo, tanto de joven como de adulto, la idea de que acabara sus días convertido en una bestia de carga espantó hasta tal punto a Alejandro que envió heraldos para amenazar con una devastación general si no se lo devolvían. La respuesta fue inmediata, los amigos volvieron a reunirse y, aliviado, Alejandro incluso recompensó a los ladrones.

Los escuderos reales, entre cuyos servicios al monarca figuraba el de proporcionarle caballos de recambio en el campo de batalla, eran los hijos adolescentes de los aristócratas macedonios. En anteriores reinados turbulentos habían sido rehenes de sus padres; ahora sus deberes estaban a mitad de camino entre los de un paje y un escudero de un castillo medieval, si bien el monarca no disponía de un cuerpo de escuderos especializado. Eran tan numerosos —se aproximaban a cincuenta— como para turnarse las guardias, y por la noche vigilaban los aposentos o la tienda regios. Cuando a Hircania llegaron nuevas tropas de Macedonia, probablemente arribaron nuevos escuderos, dado que el grupo que Alejandro había llevado consigo había alcanzado la edad adulta. Quizá las peripecias del querido Bucéfalo dieron mala nota a algunos de los recién llegados y desencadenaron acontecimientos trascendentales.

A diferencia de los príncipes medievales, que sólo enseñaban a sus escuderos buenas maneras y a combatir, Alejandro hacía educar a los suyos, incluso si estaba de campaña. Su formación estaba a cargo de Calístenes, figura de cierta relevancia en la historia de Alejandro. Era sobrino nieto de Aristóteles, que lo había recomendado para el puesto de archivero real. (De ahí el uso de su nombre por el autor pseudo-Calístenes). Se trataba de un diletante literario que había escrito una historia de Grecia hasta los días del ascenso de Filipo al trono y al que escritores posteriores citan por sus notas de anticuario, sobre todo en lo que se refiere a los sitios homéricos. Al igual que sus contemporáneos, Alejandro consideraba la Ilíada como un libro de historia; probablemente le encantó visitar en el Asia griega los célebres escenarios del nacimiento o de las hazañas de sus héroes. Muchos escritores antiguos reprochan a Calístenes sus halagos, pero no los definen, y no sobrevive una sola cita directa de sus obras. Tal vez puso de relieve que Alejandro descendía de los paladines de ambos bandos de la guerra de Troya y comparó sus hazañas con las de ellos. Si los elogios consistían en una presentación florida de logros esencialmente auténticos, le

prestó un mal servicio del que tal vez se percató cuando su mente maduró.

Entretanto, Calístenes había mantenido un estrecho contacto con el Liceo, aunque a partir de entonces la correspondencia tardaría mucho más en llegar a destino. No parece que ese servilismo fuese rechazado por Aristóteles, que tenía muchos vínculos con Macedonia, en particular su estrecha amistad con Antípatro que, de momento, no le planteó un conflicto de lealtades. Se le cita diciendo que Calístenes poseía una buena inteligencia, aunque sin cultivar. Y en otra ocasión, posiblemente posterior, que no era probable que viviese mucho tiempo; tal vez esta última deducción procede de las indiscreciones reflejadas en sus cartas personales. Sin duda estaba convencido, como Aristóteles y su escuela, de que los persas eran bárbaros corruptos y destructivos y de que la correcta misión de Alejandro debía consistir en la conquista y la venganza. Debió de dominarlo el desasosiego cuando el anciano Artabazo fue recibido como invitado de honor, cuando entre los compañeros de caballería apareció un príncipe persa, cuando se nombró nuevamente a los sátrapas después de su rendición y cuando el castrado favorito de Darío —un ser que los griegos convencionales consideraban menos que humano— se abrió paso hasta el lecho real. El comportamiento del conquistador griego tendría que haber sido una muestra ostentosa de superioridad helena, un adecuado sentido del contraste.

Pero lo aguardaba una nueva conmoción: Alejandro empezó a lucir vestimenta persa.

La ropa que se puso es bastante indefinida, como también lo es qué prendas adaptó. Su propia versión fue más «modesta» que la persa y más «impresionante» que la meda. Los dignatarios de los relieves de Persépolis corresponden a más de cien años antes y no es posible que la moda permaneciera invariable. Los medas llevan casaca y pantalón y los persas túnicas largas (sin duda vestimenta de la corte) y chisteras estriadas. Nadie luce la «faja persa» adoptada por Alejandro.

En la vida cotidiana los persas, lo mismo que los medas, llevaban pantalón, aunque Plutarco nos asegura que Alejandro se abstuvo del barbarismo de cubrir sus extremidades superiores e inferiores. Vestía una especie de túnica larga, con faja, y probablemente una capa sobre los brazos, con los colores reales posteriormente utilizados por los césares romanos: púrpura y blanco. También llevaba la mitra, que en un sentido estricto era una cinta para la cabeza con los mismos colores. No obstante, como la cinta era un tocado tan corriente entre los griegos, no puede haber suscitado controversias, y lo más probable es que en ocasiones solemnes Alejandro la atara alrededor de la *kyrbasia*, como los demás reyes persas. La punta levantada de este tocado en forma de casco era un importante símbolo de realeza.

Con respecto a la vestimenta persa, Herodoto comenta que el calzado permitía que se introdujese algo en su interior para que quien lo llevara pareciese más alto, hecho que también pudo tener su influencia.

Al principio, Alejandro se puso esa vestimenta para sus audiencias con los persas; luego para fiestas privadas; posteriormente salió con ella, a montar según Plutarco, probablemente en carro. A los macedonios no les gustó mucho, pero lo consideraron un capricho perdonable, como Bagoas, por el que merecía indulgencia. Nadie protestó.

Fue una buena política de cara a los persas, a pesar de que la política nunca lo fue todo para Alejandro, que era un hombre complejo, emotivo y a quien los contactos humanos afectaban profundamente. Si los persas le hubiesen caído mal nada más conocerlos, habría sido incapaz de adularlos y muy pronto habría reanudado con énfasis el papel de griego conquistador. Evidentemente le atraían. Su estilo, su dignidad y su belleza, el coraje tan cruelmente desperdiciado por su monarca, la integridad del anciano Artabazo y el delicado tacto de Bagoas dejaron huella en él. Quiso presentarse ante ellos como un aristócrata, según sus propios términos, y no tuvo dificultades para encontrar asesores. Oxatres y Artabazo conocían el ceremonial; las fruslerías que no podía consultarles so pena de perder la dignidad podía aprenderlas en la relajada intimidad compartida con Bagoas, versado hasta en el último detalle del día y de la noche regios. La influencia de Bagoas es uno de los imponderables de la historia. No disminuyó cuando superó la adolescencia; pero este hecho, al igual que el talento de Hefestión, es algo que podemos estar seguros de que Tolomeo prefirió ignorar.

Las contradicciones entre los conceptos de rey y de conquistador se remontan a esa época. Los macedonios habían depositado en el segundo su orgullo racial y —hecho que tiene la misma importancia— las perspectivas de regresar, a su tierra, dejando una colonia que proporcionara tributos y esclavos. Entre los persas las opiniones estaban divididas. Habían sido asesinados el legítimo Oco y su sucesor; el provisional Darío había supuesto un auténtico desastre; para algunos, Bessos era un héroe y, para otros, un regicida comparado con el cual el conquistador extranjero no significaba un cambio negativo, porque parecía dispuesto a civilizarse. Pese a que no conocían la democracia, los persas valoraban la justicia y consideraron ecuánime a Alejandro.

Bactriana, que seguía leal a su sátrapa, presentaría una férrea resistencia. Los días de las batallas campales no se repitieron hasta que llegó a la India. A lo largo de los dos años siguientes estaría de campaña por territorio accidentado, luchando contra miembros de tribus que conocían el terreno y que a menudo se asentaban en baluartes escarpados. En ocasiones, un sátrapa que había jurado fidelidad y había sido su invitado se rebelaba en cuanto Alejandro le volvía la espalda; el caballeresco código de honor que había llevado de Macedonia sufriría duros reveses. Era lógico que confiara en sus experiencias más que en sus expectativas. Hacía frente a una de las rebeliones más tenaces cuando un acto de alta traición, mucho más próximo, provocó

una grave crisis en su vida. Estaba acuartelado en la fortaleza real de Drangiana cuando se enteró de que la conspiración para asesinarlo había sido organizada ni más ni menos que por Filotas, su amigo de la infancia.

Alejandro no había hecho caso de las advertencias anteriores. Evaluaba la lealtad de sus amigos de acuerdo con la que él les guardaba. (Sin duda una de las causas de este optimismo se correspondía con la constancia inquebrantable de Hefestión, una certidumbre que databa de la niñez). Aunque no había perdido su posición de confianza, Filotas adoptó buena parte de la pompa y el lujo con una extravagancia de nuevo rico que le granjeó enemigos. Era el único superviviente de los tres hijos de Parmenión, pues el segundo había muerto hacía poco de una enfermedad. Teniendo en cuenta su edad, el puesto de Parmenión en la retaguardia no podía provocar resentimientos, aunque disminuyó el poder de la familia en la corte.

Se sabe muy poco sobre la conspiraci6n para matar a Alejandro y nada sobre los medios que pensaban utilizar. El instigador que salió a la luz fue un oscuro Dimno, que no se menciona en ninguna otra parte, que al parecer rondaba los límites del círculo personal de Alejandro y que se quejó de un desaire sin especificar. Intentó reclutar a un joven llamado Nicómaco, de quien era amante, pero el muchacho, horrorizado ante lo que oyó, se lo comunicó de inmediato a su hermano mayor. Impacientes por liberarse de ese peligroso conocimiento y por exonerarse de cargo y culpa, los dos acudieron a Filotas porque era alguien próximo al monarca. Todas las fuentes coinciden en que Filotas no denunció el hecho. Diodoro, Plutarco y Rufo Quinto Curcio afirman que se comprometió a hacerlo durante dos días seguidos y que se excusó pretextando que Alejandro había estado muy ocupado aunque, en realidad, había hablado libremente con él. Los hermanos desesperaron y empezaron a desconfiar. El mayor se presentó en los aposentos reales e informó al escudero encargado de las armas de Alejandro. A diferencia de Filotas, éste interrumpió a Alejandro mientras se bañaba. El monarca interrogó al hermano, se enteró de que se había producido un retraso, y averiguó los motivos.

Alejandro reaccionó con su rapidez habitual y de inmediato hizo acordonar el campamento para impedir que se difundiera la noticia. Envió una brigada para que arrestara a Dimno, que certificó su culpa suicidándose antes de que pudieran detenerlo. Evidentemente había revelado a Nicómaco los nombres de otros conspiradores, entre ellos el de un miembro de la guardia real, lo que sin duda sugiere algo más que la cólera personal de un individuo. El comportamiento conocido de Filotas era claramente desleal. Todas las fuentes coinciden en que reconoció que sabía de la conspiración, y su defensa consistió en afirmar que no se lo creyó. (En épocas más pacíficas que la nuestra, algunos historiadores han llegado a aceptar este hecho, pero ahora podemos afirmar que, cuando se les avisa de que en un avión hay una bomba, los hombres honestos no corren riesgos). Aunque Nicómaco no lo habría

abordado de haber sabido que estaba implicado, tal vez Dimno sólo le dijo aquello que se atrevió a expresar.

Hasta que el campamento quedó rodeado, Alejandro se vio obligado a mantener la actitud de siempre hacia Filotas, lo cual iba en contra de su naturaleza. Luego hizo arrestar a todos los acusados. Arriano cita sus dos fuentes y sostiene que Filotas fue sometido a juicio público ante la Asamblea macedónica, actuando Alejandro como fiscal —era un testigo pertinente porque había estado disponible cuando el acusado dijo que no lo estaba— y asumiendo Filotas su propia defensa (los floridos artificios de Rulo Quinto Curcio anulan su versión de los hechos). La Asamblea decidió que merecía la muerte. Arriano no habla del interrogatorio bajo tortura, hecho al que aluden Diodoro, Plutarco y Rufo Quinto Curcio.

Antes de llegar a la conclusión de que Tolomeo lo encubría, como siempre debemos preguntarnos si tuvo necesidad de hacerlo. Es muy probable que no, tratándose de un juicio corriente por traición, como demuestra en otro texto. En esos casos, la tortura estaba generalizada a lo largo y a lo ancho de Grecia, con una excepción. Los demócratas atenienses dispensaban a sus propios ciudadanos y permitían que, en su lugar, ofrecieran esclavos: si la tortura no producía pruebas, daban por sentado que los esclavos no habían presenciado nada raro; los ciudadanos acusados que no aprovechaban esta prerrogativa se volvían muy sospechosos. En el caso de Filotas, tal vez su alta graduación y su historial militar hicieron que Tolomeo guardara silencio, de modo que la cuestión sigue en pie.

Hubo más juicios, algunos de los cuales acabaron en absoluciones. Entre los condenados, «carente de palabras para defenderse», figuraba Alexandros de Lincestis, sospechoso desde hacía mucho tiempo. De ascendencia real, probablemente lo habían elegido —lo supiera él o no— como monarca títere idóneo. Tradicionalmente los macedonios ejecutaban en público a los condenados y en este caso lo hicieron con jabalinas. No fue una purga arbitraria. Alejandro tuvo que afrontar una elección terrible.

Conspirador u oportunista insensible, lo cierto es que Filotas lo había traicionado. Ningún ejército situado en territorio hostil Podía permitir que siguiera vivo. Y menos aún podía permitirse tener en el cordón umbilical de las comunicaciones a un padre en el que habían recaído los arcaicos deberes de la deuda de sangre.

El príncipe Oxatres se había unido al invasor extranjero con tal de vengar la muerte de su hermano y el príncipe Bistanes para vengar la de su padre. No existía la certeza de que Parmenión —fuera o no cómplice de su hijo— optara por no cambiar de bando cuando se enterase de su muerte. Eso fue lo primero que pensó Alejandro cuando acordonó el campamento. Las antiguas leyes de Macedonia estipulaban que los parientes varones directos de un traidor compartieran su muerte. No era pura intimidación, ni presumía su connivencia, simplemente reconocía la deuda de sangre,

que convertía a todos los supervivientes en adversarios del rey.

Sería extraño que en ese momento Alejandro no se acordara de Atalo. Traidor probado, había estado a salvo del arresto entre los soldados de leva de su tribu. En este caso, el problema práctico era el mismo. Sólo cambiaban dos factores: por un lado, la culpabilidad de Parmenión no estaba demostrada y, por el otro, era infinitamente más peligroso.

Hasta entonces el joven conquistador sólo había conocido las recompensas del poder, la gloria, el homenaje, el esplendor, la riqueza ilimitada y los placeres de la generosidad, la admiración y el afecto. Sólo le habían costado las penurias y peligros de los que se enorgullecía. Por primera vez supo de las terribles exigencias del poder. Las comprendió en cuanto las padeció, pero es posible que mantuviese abierta una última posibilidad.

Tres agentes partieron a lomos de veloces dromedarios por la carretera guarnecida. Portaban una orden real como la que había protegido al asesino de Atalo. Al llegar a Ecbatana entregaron la orden a los oficiales de mayor graduación del ejército de Parmenión. En el parque privado del palacio que le servía de residencia, un enviado al que conocía entregó a Parmenión una carta del monarca y luego otra falsa, firmada con el nombre de Filotas. Leía la segunda «con alegría, como denotaba su semblante», cuando lo abatieron.

Esa carta, mencionada por Rufo Quinto Curcio sin comentarios, explicaciones ni tintes dramáticos, merece la más profunda atención. ¿Para qué molestarse con las cartas si Parmenión ya estaba indefenso ante sus asesinos? El protocolo exigía que el despacho real fuese leído en primer lugar; hubo que enviarlo para autentificar la otra carta, la que importaba: la misiva con la firma de Filotas falsificada. Parmenión no fue asesinado antes, sino después de que mostrara una alegría manifiesta ante su contenido. Si hubiera expresado desconcierto, irritación, ligera desaprobación, ira o temor, ¿se habrían desenfundado las dagas? En uno de sus pasajes muy lucidos pero nada dignos de confianza, Rufo Quinto Curcio dice que Filotas incriminó a su padre. Verdad o mentira, es posible que alguno de los conspiradores lo hiciera. Parecería que Alejandro prefirió rechazar semejante testimonio sin pruebas y le dio una última oportunidad introduciendo en la carta falsificada algún comentario —extraído durante los interrogatorios— que sólo transmitiría a un cómplice que la trama prosperaba. Era un gesto al azar, que podía dar lugar a trágicos malentendidos, pero la única prueba posible a la que podía apelar.

Arriano dice que, a diferencia de otros monarcas, Alejandro se arrepentía cuando sabía que había obrado mal. Podemos leer comentarios sobre esos pesares, incluso sobre una profunda vergüenza, pero en ningún texto se dice que se arrepintiera de la muerte de Parmenión. No fue un acto apasionado, sino una decisión meditada y a ella se atuvo.

Alejandro sólo corrió el espantoso riesgo de provocar el amotinamiento de las tropas de Parmenión —contingencia que de ninguna de las maneras podía eludir— porque tenía la firme convicción de que lo amenazaba un peligro aún mayor. (No hace mucho la Europa moderna fue testigo de la rebelión militar que siguió a la destitución de un general popular). Alejandro tuvo que apostarlo todo a la lealtad de tropas situadas a cientos de kilómetros de distancia, tropas a las que no pudo persuadir ni coaccionar cuando se vieron obligadas a elegir entre él y su propio comandante. Las repercusiones de este hecho no han sido evaluadas a fondo.

No hubo sedición. Su ejército lo aceptó con serenidad: no era probable que los hombres de Macedonia, con su memoria popular cargada de espantosas anécdotas de luchas dinásticas y plenamente convencidos de la culpabilidad de Filotas, absolvieran a su poderoso padre. Una junta provisional de censores *ad hoc* examinó las cartas enviadas a Macedonia en busca de señales de descontento. Los resentidos fueron aislados a un cuerpo especial —al parecer no recibieron más castigo que la mancha de ser poco dignos de confianza— y se los instó a que se redimieran mediante una buena actuación en combate. Y eso fue lo que hicieron, incluso con intensidad, probablemente después de una arenga del propio Alejandro.

Ahora Alejandro sabía que un hombre que deseaba verlo muerto había estado al mando de su mejor fuerza de choque: los compañeros de caballería. Hefestión había demostrado ser un buen comandante y probablemente Alejandro habría preferido poner ese cuerpo a las órdenes de un hombre en quien confiaba plenamente. Sin embargo, se lo identificaba con las nuevas y polémicas políticas, y para los persas era un diplomático hábil al que apreciaban, cuyas costumbres —y probablemente idioma — Hefestión se había tomado la molestia de aprender. Para evitar un desaire directo a los conservadores en un momento tan delicado, Alejandro dividió a los compañeros entre Hefestión y Clitos «el Negro», el hermano de su nodriza, el mismo que le había salvado la vida en la escaramuza del Gránico. La familia estaba emparentada con la casa real y no necesitaba tratar con deferencia a los príncipes menores. Probablemente Alejandro conocía a Clitos desde la más tierna infancia y a través de buena parte de su tormentosa niñez, con asociaciones subconscientes que él mismo ignoraba.

Bessos seguía controlando Bactriana. Aunque los dos años de resistencia que opuso esta provincia se han descrito como un levantamiento nacional, no es verdad en el sentido moderno de la expresión. Sus lazos de unión eran tribales y familiares y jamás se dejaron de lado las antiguas enemistades.

Alejandro pasó el invierno en medio de una tribu pacífica a la que Ciro, abastecido por ella en un momento de crisis, puso el nombre de «los benefactores». El macedonio les tomó afecto enseguida. Llegada la primavera, se trasladó a zonas inexploradas. A lo largo de esa fase de la campaña, el territorio accidentado estaba

formado por rutas perfectamente definidas, por muy inaccesibles que fueran, y jalonaría su paso por puntos estratégicos de esas sendas antiguas —algunas de las cuales llegaban a la India y otras hasta China, cuya existencia jamás imaginó— fundando otra ciudad. La arqueología moderna apenas ha empezado a averiguar cuán reales y firmes fueron sus intentos de crear centros de civilización en medio de esos yermos: la guarnición no sólo servía de control sino de protección; las calles se trazaban correctamente y había una plaza pública, centro de todas las ciudades griegas; un templo para la deidad tutelar; una cámara para el consejo y a veces hasta un teatro; en una había un monumento a Peritas, un perro favorito que Alejandro había criado personalmente y cuyo nombre dio a la ciudad. La mayoría recibió el nombre de Alejandría. Los colonos procedían de la multitud que los seguía: veteranos que durante la marcha habían encontrado una mujer, con la que habían tenido hijos; mercaderes y artesanos atraídos por la ruta comercial o la ausencia de rivales; inválidos dispuestos a asentarse con sus primas, su botín y su parcela de tierra en lugar de afrontar el largo y penoso regreso; algunas rameras que prestaban servicios en las guarniciones y que estaban hartas de los desplazamientos. Cuando más adelante estalló el descontento fue en las guarniciones, cuyos hombres no tenían un verdadero interés por el lugar y realizaban un trabajo monótono mientras sus camaradas acompañaban a Alejandro, vivían aventuras y obtenían riquezas.

La campaña contra Bessos quedó obstaculizada por el feroz y traicionero Satibarzanes —sátrapa de Aria— que, después de Gaugamela, continuó con el plan original de Bessos y Nabarzanes para firmar la paz y rebelarse a continuación. Emprendió la huida en la primavera de 39 a. C. y poco después fue muerto en un combate cuerpo a cuerpo con Erigio, uno de los amigos de la infancia exiliado por Filipo en virtud de su devoción hacia Alejandro. Decidido a ajustarle para siempre las cuentas a Bessos y a entrar en Bactriana antes de lo que lo esperaban, a comienzos de año Alejandro cruzó con su ejército las cumbres aún heladas del Hindu Kush.

Los historiadores coinciden en que, en tanto hazaña de liderazgo y resistencias, supera con creces el cruce de los Alpes por parte de Aníbal. En gran medida, las penurias fueron previsibles y Alejandro debió de tener una confianza inquebrantable en la devoción de sus hombres, devoción que los acontecimientos confirmaron. Tal vez no tuvo suficientemente en cuenta la altura. Se quedaron sin provisiones; el transporte rodado estaba descartado y allí sólo crecían hierbas alpinas; se comieron crudas las mulas muertas por falta de combustible para cocinar; el reflejo de la nieve provocó ceguera a algunos hombres y a 3500 metros algunos debieron padecer mal de altura. Alejandro, al que siempre se vio tan aterido y hambriento como cualquiera de los demás, se detenía de vez en cuando para hacer una broma o para sacar a un hombre entumecido de un montículo de nieve. Jenofonte también sacudió a soldados apáticos para arrancarlos de la soñolienta hipotermia que precede a la muerte, un

hombre incluso se quejó de que su aguerrido comandante lo abofeteó. Nadie se quejó de Alejandro.

Alejandro ya había evaluado a Bessos y no estaba dispuesto a correr el riesgo de lanzarse frontalmente contra un enemigo descansado y decidido. Hechizaba tanto a enemigos como a amigos. Delgado y fatigado, iba precedido de una fama temible. Indeciso, Bessos arrasó el terreno que atravesó y Alejandro, más flaco pero resuelto, siguió avanzando. Bessos se atemorizó. Huyó cruzando el Oxo y quemó las naves. La resistencia local se desmembró; Alejandro descansó y dio de comer a sus hombres. Nombró sátrapa de Bactriana al indestructible Artabazo.

Fue un descanso entre un infierno helado y otro tórrido. Antes de marchar hacia el desierto insoportable que rodea el Oxo, Alejandro apartó para darlos de baja a los viejos veteranos y a los incapacitados. Avanzaron de noche porque durante el día la canícula era insoportable. Los soldados consumieron deprisa las raciones de agua por culpa del aire seco. El agotamiento de los seguidores del campamento debió de ser extremo. Rufo Quinto Curcio cuenta que algunos porteadores descubrieron una pequeña charca y llenaron un odre para dar de beber a sus hijos. Cuando pasaron junto a Alejandro, que sudaba a mares, le ofrecieron fielmente un trago. Después de preguntarles a dónde llevaban el agua, les dijo que se la dieran a sus hijos: no estaba dispuesto a beber a menos que hubiera suficiente para todos. Este hecho recuerda un incidente aún más conocido; ambos son característicos de Alejandro y, como la naturaleza humana es repetitiva, sin duda son verídicos.

Por fin llegaron al río. Después del último tramo, Alejandro estuvo sin descansar y sin comer hasta que comprobó que todos estaban en el campamento, sanos y salvos. El río era ancho y los transbordadores se habían incendiado, pero en el Danubio Jenofonte había enseñado a Alejandro la tradición del Éufrates, que también sirvió para el Oxo. Los fabricantes de tiendas pusieron manos a la obra y rellenaron los cueros hasta convertirlos en balsas. El cruce les llevó, cinco días.

El destino trató a Bessos igual que a Darío. Las deserciones provocaron la dispersión de sus soldados de leva. Dos jefes llegaron a la conclusión de que Bessos era un estorbo para la guerra. Lo dejaron en la fortaleza de una aldea defendida por dos servidores, y mandaron decir a Alejandro que estaba allí y que podía recogerlo. Para no realzar el acontecimiento con su presencia, Alejandro envió a Tolomeo, con la orden de tratar a Bessos como a un vulgar criminal. Quería poner de manifiesto que ese hombre no era, ni jamás había sido, un monarca persa. El fatídico error de Bessos consistió en no rendirse al tiempo que el realista Nabarzanes, el cual se aseguró la amnistía antes de la llegada de Oxatres. El hermano de Darío estaba a la expectativa de la venganza que era el precio de su fidelidad. Bessos fue desnudado —la mayor desgracia que podía sufrir un persa— y dejado a la vera del camino, con las manos atadas a un yugo de madera. Alejandro detuvo su carro y le preguntó por qué

había traicionado y asesinado a su benefactor, su pariente y su rey. Con menos dignidad que la que mostró Darío cuando todo estaba perdido, Bessos replicó que todo el séquito había accedido a hacerlo para conseguir un salvaconducto de Alejandro. Fue un enfoque equivocado ante un hombre que había perdonado e incorporado a sus filas a un grupo de rebeldes que vio marchar hacia la ejecución con notorio valor. Ordenó que Bessos fuera azotado, hecho que sin duda Oxatres presenció, y que lo trasladaran encadenado hasta el tribunal persa que lo juzgaría.

No apareció ningún otro pretendiente. Alejandro marchó hacia el nordeste hasta la inmemorial frontera del río Yaxartes, donde acababa la civilización y comenzaban las estepas. En ese límite se alzaba una hilera de antiguas fortalezas construidas para repeler a los escitas, nómadas feroces que ni siquiera Darío el Grande pudo someter. Alejandro no tardó en llegar a la conclusión de que dicha frontera estaba correctamente trazada. Tuvo la agudeza de percibir que, una vez superados los prejuicios, dos grandes civilizaciones podrían interpenetrarse; de todos modos, reconocía la barbarie nada más verla y le interesaba mantenerla lejos. Para Alejandro fue evidente que, ante la primera señal de debilidad, los escitas cruzarían el río.

Después de reemplazar a los caballos que el calor o el frío habían matado, retrocedió hacia el oeste en dirección a Samarcanda. En un encuentro con los miembros de una tribu, una flecha le partió el fémur. Imposibilitado de montar a caballo, evitó las demoras trasladándose en parihuela. Al principio, fue acarreado por los infantes, hecho que despertó los celos de los soldados de caballería, que exigieron desmontar y compartir el privilegio. Alejandro permitió que se turnaran.

En esta obra no es posible seguir con detalle la campaña del Yaxartes. Ocuparon Samarcanda, la ciudad imperial, y redujeron las fortalezas ribereñas, que luego guarnecieron. La región parecía tranquila y Alejandro convocó un consejo de los jefes de Sogdiana. De inmediato éstos supusieron que se trataba de una traición —algo que para ellos era corriente—, se rebelaron, invadieron las ciudades recién tomadas por Alejandro y asediaran Samarcanda. Los relevos del macedonio quedaron aislados, los comandantes no estuvieron a la altura de las circunstancias y Alejandro tuvo que romper el sitio personalmente. Durante las operaciones, que, como de costumbre, realizó en la vanguardia, fue derribado. Una pedrada le hirió la laringe —lesión peligrosa— y perdió la voz. Un golpe en la cabeza lo dejó unos días con la visión obnubilada. Es posible que de aquí proceda una extraña peculiaridad de las leyendas alejandrinas: que tenía un ojo gris y el otro negro. La pupila dilatada es una de las características habituales de la conmoción cerebral; algún informe local sobre Alejandro, en unas condiciones en que la mayoría de las personas se habría quedado en la cama, tal vez arraigó en la memoria popular.

En la otra orilla del Yaxartes apareció una horda de escitas desafiantes. Alejandro reunió una fuerza combinada, derrotó a los escitas y los persiguió por las llanuras. Al

igual que Darío el Grande, vio cómo se le escurrían entre los dedos. Un contratiempo más grave —pues sus consecuencias fueron más duraderas— consistió en que, a causa del calor, bebió el agua que encontró y sufrió una enteritis paralizante. Sin duda lo propio hicieron otros soldados y quizás hubo víctimas, ya que Alejandro estuvo gravemente enfermo. El ejército no tardó en aprender que en las sedientas tierras bajas la única bebida segura era el vino.

Oxatres regresó a Ecbatana a Fin de presidir el juicio a Bessos por parte de un tribunal formado por nobles persas. Le habían cortado la nariz y los lóbulos de las orejas, forma en que los persas marcaban a los criminales. Tradicionalmente, la ejecución también era bárbara: por empalamiento o en la cruz. Oxatres mandó despedazar el cuerpo y dispersar los fragmentos para que los devoraran las bestias salvajes. Vengado por fin su hermano y recompensada su lealtad, con su presencia certificó la legitimidad del nuevo gran rey, a cuya corte retornó.

El cuerpo administrativo que por entonces rodeaba a Alejandro era tan persa como macedonio o griego. Inevitablemente, había que esperar para obtener una audiencia; inevitablemente, los macedonios tenían que turnarse con los persas. Bagoas —añadido decorativo en la corte— no era una persona que gozara de la aprobación general. Los oficiales, los sátrapas y los enviados persas llamaban la atención cada vez más y practicaban esas reverencias profundas tan ofensivas para la tradición griega, ante un monarca que no las rechazaba.

Para entonces Alejandro contaba con los sólidos consejos de Artabazo, superviviente de cuatro reinados, y Bagoas, que conocía los procedimientos cortesanos por su proximidad al trono. La deferencia concedida a un rey extranjero se medía según su propio sentido de la dignidad y no se podía dejar de exigir a los persas una muestra de respeto tan esencial como la «postración». De todos modos, Alejandro era muy susceptible; aunque nadie se lo hubiese dicho, no podía pasar por alto el hecho de que para sus súbditos más recientes eran notorias las desdeñosas miradas de los macedonios, que no hacían reverencias.

Alejandro consultó a Hefestión —cuya devoción inquebrantable no quedó empañada por la presencia de Bagoas— y evaluó la forma de regularizar la cuestión. Sería difícil y tendría que resolverla con tacto.

Herodoto, que escribió un siglo antes, dijo de las costumbres persas:

> *Cuando se cruzan en la calle, es posible saber si las personas que se encuentran son del mismo rango por lo siguiente: si lo son, en lugar de dirigirse la palabra se besan en los labios. Si una es ligeramente inferior a la otra, el beso se da en la mejilla; cuando la diferencia de categoría es grande, la persona inferior se postra en el suelo.*

Todos los persas eran inferiores al rey y, en su mayoría, enormemente inferiores; sigue siendo tema de debate la profundidad de la reverencia exigida a las personas

que rondaban la corte. Leemos que persas lo bastante bien situados para ser invitados a cenar por Alejandro se postraban plenamente ante él. Hay que tener en cuenta que también adoptó la importante institución de los parientes reales. Los monarcas persas habían permitido el ingreso en esa casta privilegiada de grandes cantidades de nobles con los que no estaban emparentados y de esta forma los volvieron «un poco» sus inferiores, con derecho a besarles la mejilla. Sin duda, Alejandro otorgó de inmediato esta categoría a personas como, por ejemplo, el venerable Artabazo y príncipes reales como Oxatres y Bistanes; probablemente incorporó a muchos más, aunque lo mantuvo como prerrogativa, no como algo que se daba por supuesto.

En tiempos de Darío el Grande, dos enviados espartanos, hombres de la más alta alcurnia, prefirieron correr el riesgo de morir antes que hacer la *proskynesis* ante él (se les perdonó generosamente la vida). Si algún otro rito reverencial estaba a mitad de camino entre la postración y el beso del pariente, bastó para crear en los macedonios la misma sensación de servilismo. Alejandro no se hizo ilusiones al respecto, como demuestra su proceder.

Los persas estaban dispuestos a inclinarse ante el monarca, pero los macedonios no. No podía humillar a ninguna de las dos razas. Los macedonios podrían salvar las apariencias ascendiendo la categoría de la persona ante la que se inclinaban. En lo que al rey se refería, sólo podía subir un paso. Que se inclinaran ante un hijo de Amón, que participaba de la divinidad del dios.

En una cuestión como ésta, la complicada mentalidad de Alejandro —que desconcertó a los hombres que compartieron su cultura— se nos torna inaccesible. Salvo en Egipto, donde contaba con aprobación milenaria, jamás había apelado a su prerrogativa divina. El uso que le dio en ese momento fue pragmático, de estadista y, hasta cierto punto, altamente civilizado. Por otro lado, no fue un formulismo, porque creyó en ello. Conviene recordar que millones de hombres de tres continentes estuvieron de acuerdo con él antes de que pasaran muchos años.

Después de comunicar su plan a los amigos más íntimos, que evidentemente no se opusieron, se lo confió a los persas más importantes: habían soportado muchas cosas y merecían alguna compensación. Invitó a varios a un banquete, así como a macedonios de categoría. Arriano, que es posible que en este caso apele a Tolomeo o al chambelán Cares, ofrece el relato más sensato del acontecimiento. El sofista Anaxarco pronunció un discurso de loa al rey. (Era originario de la ciudad tracia de Abdera. La tradición ateniense lo tachó de adulador de Alejandro. Acabó muerto a golpes con barras de hierro por orden de un rey chipriota con el que había sido descortés y afrontó su destino con desafiante coraje. Si halagó a Alejandro, lo hizo porque le caía bien, posibilidad que no podemos excluir). Anaxarco hizo una lista de sus logros sin par, predijo correctamente que cuando muriese se le ofrecerían honras divinas y preguntó por qué no podía recibirlas en vida. Ante la indicación convenida,

los amigos dieron saltos y gritos de asentimiento, dispuestos a hacer la reverencia. Calístenes intervino en el momento crítico.

En un discurso más bien largo, insistió en la impiedad de ofrecer a los humanos derechos divinos. La mayoría de los macedonios no estaban preparados para la propuesta y al ver ese apoyo a su reticencia empezaron a aplaudir. Ante la perspectiva de una escena desagradable, Alejandro mandó decir que no insistiría. Todos tomaron asiento. A continuación, los invitados persas, que conocían las verdaderas intenciones del macedonio y que estaban decididos a aceptarlas, se incorporaron y realizaron la *proskynesis* por decisión propia. Cuando uno la hizo menos graciosamente que los demás, un macedonio se partió de risa. Para Alejandro fue el colmo. Avanzó por el salón, sacó al hombre de su sitio y lo arrojó al suelo… sin duda para los persas supuso una innovación del protocolo cortesano.

No sabemos si este súbito cambio de parecer maduró o no en la mente de Calístenes. Todas las fuentes coinciden en la expansividad de su crónica oficial. Sin embargo, Calístenes era producto del Liceo y se mantenía en contacto con Aristóteles, que con creciente disgusto debió de enterarse de los honores y los cargos otorgados a los persas, de la adopción de una vestimenta real «bárbara» y de la existencia del escandaloso Bagoas. Cabe la posibilidad de que, después de las demoras que suponía trasladar correspondencia privada del Ática al Oxo, Calístenes se viera obligado a tomar posición.

Alejandro no cejó en su empeño. No podemos considerar arrogante su siguiente movimiento porque demuestra sensibilidad y tacto. Organizó una pequeña reunión, exclusivamente para macedonios y griegos distinguidos. Hefestión los presionó de antemano y comprobó que sabían con qué se encontrarían y que no pondrían reparos. Entre ellos figuraba Calístenes.

Se organizó una breve ceremonia ante la copa de la amistad. Cada invitado se pondría de pie y brindaría; a continuación haría la *proskynesis* ante Alejandro, se incorporaría y se adelantaría para recibir un beso. De esta forma, a cambio de una única postración con la cual se reconocería formalmente su derecho, Alejandro los aceptaría a todos en el seno de los parientes reales. La devolución del beso —en términos persas, el saludo entre iguales— era el gesto personal del amigo hacia sus amigos. Hefestión ofreció lo que quizá fue la prueba más señalada de su prolongada devoción y fue el primero en postrarse.

Todo transcurrió sin sobresaltos hasta que le tocó el turno a Calístenes, momento en que «dio la casualidad» de que Alejandro hablaba con Hefestión y «no se enteró» de que aquél se acercaba a recibir el beso sin haberse inclinado. Evidentemente, es imposible suponer que se haya pasado por alto a la única baza dudosa. Más bien se había organizado un perfecto truco para salvar las apariencias, lo que permitió que Calístenes guardara su orgullo filosófico sin conocimiento oficial. Y cualquier odio

que pudiera despertar entre los demás fue asunto suyo.

Como tantos hombres inteligentes, Alejandro no tuvo en cuenta la torpeza de los demás. Cuando Calístenes se acercó a recibir el beso, alguien intervino y dijo que no se lo había ganado. Frustrada la diplomacia, el monarca apartó el rostro. Calístenes remató ese desastre social comentando con tosquedad: «De modo que me he quedado sin beso». Así debió de vivirlo el chambelán Cares, que sin duda fue testigo presencia.

Hefestión, que había hecho lo imposible por calmar los ánimos, posteriormente tuvo que garantizar a los restantes invitados que Calístenes había accedido a postrarse. Es posible, simplemente, que cambiara de idea, contingencia estipulada en vano, ya que no hubo otros intentos de introducir la *proskynesis* entre los macedonios.

Alejandro había recibido públicamente dos desaires por parte de Calístenes, que, además, había frustrado un importante objetivo político. Si el macedonio se hubiese convertido en el tirano oriental de la propaganda ateniense, esa persona ofensiva y obstruccionista habría sufrido, sin más dilaciones, un cólico fatal, que habría pasado fácilmente como un violento ataque de disentería local. No hacen falta más pruebas de la aversión de Alejandro hacia el asesinato encubierto que la continuación de la vida de Calístenes. Éste no perdió ni uno de sus privilegios; incluso mantuvo su cargo de preceptor de los escuderos reales. Alejandro seguía siendo confiado hasta la ingenuidad.

Una noche puso a prueba la popularidad del filósofo pidiéndole que hiciera una exposición panegírica de los macedonios según el estilo sofista y a continuación que pronunciara un discurso de denigración. El segundo, que los asistentes consideraron el más vivo, despertó un gran resentimiento. Alejandro, que golpeó cuando el hierro aún estaba candente, comentó que sólo denotaba rencor.

La cuestión de la *proskynesis* fue una brazada de leña que se arrojó a un fuego que humeaba. Aún no había alcanzado a los soldados rasos, entre los cuales el afecto hacia Alejandro nunca había sido tan profundo, pero el estado mayor estaba profundamente dividido. Como los alféreces de fronteras de la India de Kipling, los oficiales jóvenes podrían confraternizar cuando Oriente y Occidente se encontraran y disfrutar tanto como de las demás aventuras con las que Alejandro había enriquecido sus vidas. Sin embargo, la vieja guardia de Filipo se aferraba amargamente a su condición de vencedores y veía cómo se desgastaba cada día que pasaba.

Es más justo considerar a Alejandro un individuo original que despreciar a la vieja guardia por su reacción. Si los prejuicios suponen parcialidad, aquélla podía reclamar que se juzgara según los resultados. Esos hombres habían vencido contra todo pronóstico, habían combatido mejor, tenían mejores jefes y consideraban que sus tradiciones eran superiores. Las limitaciones macedónicas al poder regio eran

valiosas pese a su crueldad. En sus mentes, la imagen del oriental se vinculaba, con algo de la verdad patente en Herodoto, a los crueles caprichos de poder despótico servilmente soportado, del cual la postración era un símbolo. Los amigos de Alejandro se habrían inclinado, del mismo modo que lucieron los vestidos persas que les regaló, porque lo conocían, lo querían y, en arte, lo comprendían. Para los hombres de Filipo todo eso era odioso y su condena puso claramente a la defensiva a los partidarios del monarca. Aunque su personalidad mantuvo la situación a raya, la fricción dio lugar a las facciones y las cosas siguieron así cuando trasladó el cuartel general de las llanuras del Oxo —donde había pasado el Invierno— al delicioso clima de Samarcanda. Paradójicamente, Cuando la tensión alcanzó su punto de ruptura en la tragedia, no se debió a que Alejandro se hubiera distanciado de sus compatriotas con la altivez de un gran rey, sino precisamente a lo contrario.

En los últimos tiempos, Artabazo había solicitado autorización para retirarse de la satrapía de Bactriana porque le resultaba agotadora. Ese cargo elevado y acaudalado fue otorgado a Clitos, comandante con los mismos poderes que Hefestión y pariente de Alejandro.

Aunque pareció pagar una deuda de honor con él y con su hermana, esa decisión también apartó del alto mando a un conservador protestón y testarudo. A diferencia del cargo de Parmenión en Ecbatana —trabajo burocrático, oficialmente transitorio—, el de Clitos poseía mucho prestigio, y además era permanente. Clitos ya tenía jerarquía militar y social y es posible que esa dorada jubilación no le resultase halagadora. De todos modos, lo aceptó y pronto se habría puesto en camino, pero las iras de Dionisio decidieron que no fuera así.

En el día macedónico consagrado al dios, Alejandro celebró un banquete, sobre todo para compartir con los amigos un envío de manzanas de Ilircania de primera calidad. Por razones que ignoramos, consagró el festín a Cástor y Pólux, los gemelos guerreros divinos. Clitos, que había sido invitado, inició su propio sacrificio —quizás a la deidad más ortodoxa—, pero oyó el trompetazo que anunciaba la comida e interrumpió la ceremonia. Las dos ovejas que estaba a punto de sacrificar lo siguieron al trote. Alejandro consideró que esa escolta de animales para el sacrificio eran un augurio perturbador y ordenó a los sacerdotes que oraran por la seguridad de Clitos.

Acostumbrados al axioma según el cual «el agua no se puede beber», seguramente los hombres habían aplacado la sed con vino antes de llegar y las festividades macedonias siempre incluían una copiosa ingestión de alcohol. Alguien entonó una canción satírica sobre los comandantes que no habían podido liberar la ciudad; fue una broma de mal gusto, pues los comandantes habían perecido, pero apoyada por Alejandro, que triunfó donde los otros fracasaron. Los sentimientos se desbordaron y sus amigos ensalzaron sus hazañas por encima de las de Cástor y Pólux, recordando quizá la *proskynesis*. Como todos estaban ebrios, el debate se

tornó pendenciero y agresivo; los amigos se olvidaron de los gemelos y abordaron el tema aún más explosivo de la forma en que Alejandro había superado a su padre.

Clitos disintió enérgicamente. Como durante toda la vida de Alejandro, había vivido cerca de la familia real, Clitos tuvo que ser muy torpe para no darse cuenta, por muy embriagado que estuviese, de que estaba jugando con fuego. Habría estado a salvo con Alejandro, el rey de Persia, con quien tan resentido estaba. Por desgracia, exaltó al joven furioso que había arrojado una copa durante los esponsales de su padre.

La respuesta de Alejandro fue macedónica a carta cabal. Como Clitos gritó y discutió, él también discutió y gritó. Clitos se mofó de su vestimenta persa y de su culto a Amón; se quejó de tener que pedir autorización a unos «bárbaros» para verlo; lo provocó diciendo que en el Gránico le había salvado la vida. Alejandro le tiró una manzana a la cabeza y, al comprobar que los insultos continuaban, buscó un arma. Como auténticos macedonios, sus amigos lo retuvieron por la fuerza mientras maldecía y forcejeaba; el ingenioso Tolomeo se llevó al borracho, que protestaba. Esta vulgar gresca de bar acabó como tantas otras entre el vulgo. Clitos entró a trompicones y lanzó otro insulto que se le acababa de ocurrir; ciego de ira, Alejandro arrebató la lanza al guardia más próximo y le atravesó el corazón. Al oír su agonía mortal, el bullicio del salón se convirtió en un silencio profundo.

Aquél fue el homicidio que los historiadores denominan, invariablemente, «el asesinato de Clitos». En el presente, con las pruebas equivalentes de ingestión de alcohol y provocación, recibiría una condena de dos o tres años, con remisión por buena conducta.

No hubo juicio más severo que el del propio Alejandro. En su condición de rey, responsablemente, había acabado con la vida de Parmenión. En esta ocasión mató en tanto hombre incapaz de controlarse después de haber bebido alcohol o de refrenar su cólera. En tanto rey, había matado ilegalmente a un macedonio que afirmaba su derecho de expresarse libremente. En tanto griego, había matado a un benefactor y a un invitado, aspectos cuya importancia ahora apenas podemos evaluar. Su vergüenza era proporcional a su orgullo; durante unos días se consideró indigno. Quizá Plutarco acierta cuando sostiene que, con la primera conmoción, tuvieron que sujetar a Alejandro para impedir que se atravesase con la lanza que había quitado del cadáver de Clitos. Durante tres días no probó bebida ni bocado, hasta que se temió por su vida y quizá por su cordura. Diversas personas entraron en sus aposentos sin pedir permiso, como si estuviera desvalido a causa de una grave dolencia. Los filósofos ofrecieron palabras racionales o tranquilizadoras. Alarmados por la desesperación de Alejandro hacia lo que para ellos debió de ser un accidente bastante habitual, por decisión propia los soldados macedonios convocaron una asamblea, condenaron a Clitos por traidor y, mandaron decir a Alejandro que su acto estaba legalizado. Por

muy consolador que fuera el perdón de los soldados, Alejandro no se perdonó a sí mismo y recibió el consuelo con gritos de remordimiento.

El sacerdote de Dionisio le prestó los primeros auxilios más eficaces. Cada olímpico tenía su propia arma de justa venganza: Zeus esgrimía rayos; Poseidón, olas y terremotos; Afrodita, pasiones trágicas. El arma de Dionisio era la locura. Olvidado en su día en favor de otras deidades, se había presentado como un hada no invitada de esos cuentos populares formados por los restos de la antigua religión, y había echado su sortilegio maligno. Alejandro había cometido ese acto en un momento en que, literalmente, no estaba en su sano juicio.

Esas palabras le sirvieron de bálsamo para recuperar el respeto de sí mismo y gradualmente se recuperó. La hipótesis tiene algo de cierto, aunque el sortilegio fuera echado hacía más de veinte años, en nombre del dios, por la devota Olimpia.

Con frecuencia, cualquier relato breve de la vida de Alejandro parece saltar de un drama a otro. Sin embargo, esos acontecimientos duraron poco tiempo y pasó prolongados meses y semanas en diversas acciones que, lamentablemente, no han llegado hasta nosotros: de campaña por territorio salvaje y accidentado que, una vez dejadas atrás las sendas de las caravanas, los hombres de su raza jamás habían pisado. Después de operaciones físicamente muy agotadoras y mientras sus hombres descansaban, el macedonio se limitaba a cambiar de tarea: atendía a los habituales enviados, solicitantes y mensajeros, administraba no sólo el viejo ejército sino la afluencia constante de tropas auxiliares y, extranjeras, cuyos métodos y capacidades necesitaba conocer; se ocupaba de que los oficiales autóctonos se entendieran con sus propios comandantes. Quería ver los Informes de los topógrafos y los de los exploradores, pues sobre la base de esa Información avanzaba por tierras inexploradas. Todas las cuestiones importantes recaían sobre él. No podía delegar funciones en las instituciones que construía a medida que avanzaba.

Fundó más ciudades, profundamente interesado por ellas en dos vertientes: como comunidades viables y, como monumentos conmemorativos de su persona. En Kandahar aún resuena el eco de su nombre. De la elección del emplazamiento dependía el bienestar de los colonos, incluso sus vidas. El hecho de que Hefestión tuviera carta blanca para crear ciudades mientras Alejandro estaba ocupado es prueba palpable de su verdadera capacidad.

Alejandro tenía muchas ocupaciones. El carácter y el terreno de las guerras que libró pueden reconstruirse a partir de las memorias de los militares decimonónicos, que encontraron los habitantes y las costumbres prácticamente intactas y, que, como procedían de una sociedad más sensible a los contrastes, dieron menos cosas por sentadas. Así nos enteramos de que Alejandro acabó con la costumbre local de dejar los enfermos y los ancianos al albur de las hienas. No pudo quedarse para ver si la

supervivencia les ofreció un destino mejor.

La leyenda ya había empezado a formarse tras sus huellas. Dos milenios más tarde, los jefes afganos reivindicarían que descendían de él y sus caballos de Bucéfalo, a esas alturas demasiado viejo para engendrar. Las fuerzas que se habían enfrentado a sus oficiales se dispersaban por las colinas nada más oír el rumor de que Alejandro en persona iba a su encuentro. Espitámenes, uno de los traidores de Bessos —un «jefe guerrillero» indómito e ingenioso—, murió a causa de esos rumores. Sus oficiales se enteraron de que Alejandro se aproximaba y, presas del pánico, le enviaron la cabeza de su jefe. Rufo Quinto Curcio dice que se la cortó la esposa mientras dormía y apostilla que, además, su cónyuge era su madre.

La región estaba plagada de cumbres y riscos escarpados, fortificada desde la remota antigüedad dados los ciclos constantes de enemistades a muerte y guerras tribales. De vez en cuando, algún asedio realmente sensacional e ingenioso cuenta con una descripción pormenorizada. Para Alejandro era imposible enterarse de que una fortaleza era inexpugnable y no considerarlo un desafío personal. Esta actitud demostraba una comprensión penetrante de la psicología bélica de Sogdiana, donde el valor, la fuerza y el éxito eran inseparables de la posición social y de la supervivencia.

El más notorio de esos puntos culminantes fue la torna de la Roca sogdiánida: alta, escarpada y con la cima llena de cuevas bien provistas de agua y alimentos. Su «Jefe», Oxyartes, se había ido a cultivar los campos y dejado su familia y la guarnición a cargo de su hijo. La única senda que conducía a la cumbre estaba totalmente protegida desde arriba y la zona se encontraba cubierta de nieve.

Alejandro ofreció negociar. Dos emisarios descendieron, se burlaron de él y le dijeron que, a menos que sus hombres tuvieran alas, más le valía no perder el tiempo. La cuestión quedó zanjada. Solicitó voluntarios entre los que fueran escaladores expertos y reunió trescientos. Por la noche, con la ayuda de la nieve, que sin duda destacaría los salientes, debían escalar la cara más escarpada y sin vigilar. El primero en coronar la cima recibiría doce talentos, suma que le permitiría vivir correctamente el resto de su vida, el siguiente, once y así sucesivamente los primeros doce en llegar. Pese a tener los dedos embotados por el frío, escalaron utilizando las estacas de hierro de las tiendas como pitones, además de emplear mazos y cuerdas, y sólo hubo una víctima de cada diez hombres. De todos modos, haber admitido la derrota en Sogdiana podría haber costado millares de vidas.

El hijo del jefe fue sorprendido al amanecer al encontrar un contingente desconocido que lo observaba desde arriba; se rindió y todos salvaron la vida. Se ofreció un festín durante el cual las damas de la familia bailaron para el conquistador. Entre éstas se encontraba Roxana, la hija del jefe. Alejandro renunció quijotescamente al derecho de captura —derecho que ningún amigo ni enemigo

habría puesto en cuestión— y pidió su mano.

Se ha hablado de conveniencia política, pero no resulta convincente. Es indudable que si ella hubiera sido desastrosamente inadecuada —por ejemplo, si hubiese estado casada—, Alejandro habría dominado sus sentimientos; sin embargo, todo apunta a un auténtico *coup de foudre*. El matrimonio lógico por razones de estado habría sido con la hija de Darío, como Alejandro sabía perfectamente, ya que más adelante lo realizó. Y cualquiera de las hijas de Artabazo habría sido más idónea que la hija de ese jefe caciquil. Parecería que enamorarse de una mujer supuso una experiencia novedosa y estimulante para Alejandro y que, sin perder un ápice su faceta de explorador, se mostró impaciente por practicarlo sin más dilaciones.

No es probable que Roxana tuviera predecesoras. Recientes estudios arqueológicos han puesto de relieve el refinamiento orgulloso y aristocrático del ideal admirado por los gobernantes persas de aquellas regiones, y Roxana era una belleza reconocida. Tal vez ella le recordaba a su madre, con la que compartía algunas características, tuviese o no tiempo Alejandro de averiguarlo. Después de semejante niñez, asombra que su instinto heterosexual no quedara arrasado en lugar de meramente postergado. Quizá la gracia hermafrodita de Bagoas influyó imperceptiblemente en las tendencias sexuales de Alejandro.

Llamaron al padre de Roxana, que estableció una alianza y dio su consentimiento. Es posible que, después de la sorpresa inicial, los macedonios recordaran la sucesión de esposas que Filipo tomó en campaña y dedujeran que, llegado el momento, su hijo escogería a la consorte adecuada. Pasada por alto su casa real, los persas debieron de fruncir el ceño. (La linajuda familia de Artabazo conservó la serenidad, lo que sugiere que la seducción y la humillación de su hija Barsine aún no se había configurado en la mente del autor que difundió esta versión; en la vida real no es probable que asimilaran semejante ofensa). Los sogdiánidas estaban encantados. Durante el banquete de bodas el extraño jefe rubio le entregó el ritual trozo de pan nupcial que había cortado con su propia espada… símbolo antiguo y aún superviviente de su capacidad para protegerla y mantenerla. Al probar el pan, Roxana se comprometió con un hombre al que le quedaban cinco años de vida, la mayoría de los cuales los pasaría de campaña, en condiciones en las que sólo lo seguirían los combatientes. La vida conyugal de Roxana debió de medirse en meses.

Pocas semanas después, Alejandro partió y emprendió otro asedio de extraordinaria dificultad. Como su reciente suegro había llegado a un acuerdo de paz, regresó con su esposa. Las fuentes descuidan en gran medida los avatares del matrimonio, hecho que en sí mismo resulta significativo. Sólo un accidente histórico nos ha permitido saber que uno o dos meses más tarde Alejandro volvió a dormir solo.

El hecho de que tardara cuatro años en hacerle un hijo da pie a varias

interpretaciones. Se dice que Roxana alumbró un niño muerto en la India, engendrado, en consecuencia, poco después de haberse casado; no sabemos si esta desgracia se repitió. Es posible que Alejandro fuese amoroso pero infértil; quizá se sintió atraído por ella de manera intermitente; también es posible que Roxana dejara de interesarle y que la premonición de su muerte prematura lo moviera a engendrar un heredero. Sabemos a ciencia cierta que nunca se mostró locamente enamorado. Siguió amando a Hefestión, con una profundidad en la que la relación física se vuelve casi irrelevante, y años después Bagoas seguía siendo su *eromenos* reconocido. Se había desinhibido, en lugar de a la inversa, y en ese momento alcanzó la habitual bisexualidad griega.

Calístenes debió de figurar entre los que más se escandalizaron por esta boda. Al igual que su maestro, Aristóteles, consideraba que la misión de Alejandro era la del jefe militar heleno y, en su opinión, hacía mucho tiempo que la había traicionado; los griegos del sur no compartían la tolerancia macedonia hacia la poligamia real y seguramente encontraban monstruosa la idea de que algún día las tierras griegas fuesen gobernadas por un vástago de estirpe bárbara. Calístenes adoptó una ostentosa austeridad vital, protesta que despertó la admiración de los desafectos. Alejandro apenas le hizo caso. Al llegar la primavera se había trasladado de Sogdiana a Bactriana para consolidar sus conquistas y la India ocupaba el primer plano de sus pensamientos. Con estas aspiraciones y su nueva esposa, tenía suficientes motivos de meditación y no se quiso ocupar del aburrido erudito, que siguió instruyendo a los escuderos sin que nadie lo molestase.

Cierto día su discípulo más receptivo, un joven llamado Hermolao, ayudaba a Alejandro durante una cacería de jabalíes cuando por motivos que no están claros atravesó con la lanza a un ejemplar que el rey había señalado como presa propia. Recibió una condena ejemplar: una paliza ante sus compañeros y la pérdida del derecho de montar a caballo. Puesto que los oficiales que, en un arranque de mal humor, castigaban excesivamente no gozaban de la misma estima que las tropas mostraban hacia Alejandro, parece evidente que Hermolao había acumulado un historial negativo. No sabemos lo suficiente sobre el protocolo de las cacerías reales para deducir si Alejandro fue severo él por algo que en otro momento habría pasado por alto, o si su delito fue flagrante. Hermolao quedó muy resentido y, según declaraciones posteriores, se quejó a Calístenes, que hablo en pro del tiranicidio. Sea como fuere, Hermolao elaboró un plan con cinco escuderos más —uno de los cuales era su amante— para matar a Alejandro mientras dormía. La guardia nocturna quedaba en manos de seis escuderos; por consiguiente, tuvieron que incorporarse discretamente, de a uno, al mismo turno.

La facilidad con que lo hicieron habría sorprendido a cualquier tirano griego, sobre cuyas precauciones existen relatos fascinantes. Los escuderos tardaron un mes

en tenerlo todo dispuesto. Como la guardia nocturna sólo se cumplía una noche dentro de cierto período, eso suponía que debían actuar la noche que les correspondía o esperar casi una quincena al próximo turno. En sus planes no tuvieron en cuenta a Roxana ni a sus asistentes de antecámara. Roxana estaba confinada en el harén y era evidente que los asesinos no temían que su marido durmiese allí.

La ausencia de pruebas sobre la relación real entre Roxana y Alejandro abre una brecha significativa en nuestro conocimiento del macedonio. Empero, es evidente que la comunicación íntima y afectuosa había sido parte inseparable de los otros amores de Alejandro. Depositaba plena confianza en Hefestión y había alentado a Bagoas para que recordara su vida anterior. Roxana no sabía griego y las fuentes guardan silencio sobre la fluidez de Alejandro en persa. Más allá de unas pocas palabras afectuosas aprendidas de Bagoas, es probable que su dominio de esta lengua fuese elemental. Tal vez la belleza de Roxana no fue suficiente, por muy deslumbradora que resultase en los comienzos.

La noche que los conspiradores fijaron para el asesinato, Alejandro estaba en una fiesta. Los escuderos lo aguardaron con la esperanza de que estuviera borracho. Más tarde cuando se disponía a retirarse y una siria algo loca —una vidente a la que respetaba porque había hecho varias predicciones correctas— lo abordó y le impidió irse a la cama. Alejandro permitió que la siria —la tercera figura materna de su vida — se quedara en sus aposentos. Tolomeo, muy propenso a rechazar las relaciones menos respetables de Alejandro, no acepta —como lo hace Aristóbulo— que la mujer le dijo que irse a la cama antes del amanecer le traería mala suerte. Como Alejandro era un noctámbulo nato, volvió a reanimar la fiesta y se acostó cuando clareaba el día. Llegó el relevo y mediante algún pretexto los angustiados conspiradores permanecieron en sus puestos, esperando contra todo pronóstico que se les presentara la oportunidad. Alejandro estaba lo bastante sobrio como para agradecerles amablemente la cortesía de haberlo esperado y darles una recompensa antes de retirarse. Hermolao se mostró dispuesto a esperar hasta que les llegara nuevamente el turno, pero otro escudero se sintió lo bastante incómodo con la situación para como confiar en su amante, a quien le había ocultado el secreto. El joven fue enviado de inmediato a contarlo todo; presa de una gran aflicción habló con Tolomeo, a quien encontró en la tienda real. Cuando después de grandes esfuerzos fue despertado, Alejandro perdonó al joven y ordenó que los demás fueran arrestados. Rufo Quinto Curcio incluye a Calístenes; en los textos de Arriano sólo es acusado después del interrogatorio a que se sometió a los escuderos, y en este caso Tolomeo no vacila en hablar de tortura.

En su condición de macedonios, fueron juzgados por la asamblea. Se dice que la defensa de Hermolao consistió en criticar a Alejandro; es perfectamente posible en un fanático al que no le quedaba nada que perder y que no se preocupaba por sus

compañeros. Fueron condenados al apedreamiento por unanimidad, condena que la asamblea cumplió. Calístenes, que no era macedonio, no tenía derecho a juicio y no fue juzgado. Según Tolomeo, el filósofo fue torturado —probablemente para averiguar si la conspiración tenía sus orígenes en Atenas— y ahorcado. Contribuyera o no a planear el asesinato, lo cierto es que había creado el clima moral. La lógica de Alejandro no hacía distinciones entre el asesino teórico y el hombre que empuña el cuchillo. Si hubiese pasado más tiempo en Atenas, probablemente Alejandro habría sabido lo que ese acto le costaría y habría recapacitado. Acababa de despertar los resentimientos del conjunto de formadores de opinión más influyente de su mundo. En ese momento, los miembros de la Academia y del Liceo, que ya eran antimacedonios y antimonárquicos, hicieron caso omiso de sus rivalidades para abominar al unísono el martirio del filósofo. Se mofaron del matrimonio de Alejandro con una bárbara; creyendo ingenuamente en los desalmados rumores de perversión sexual; convirtieron en atrocidades las operaciones militares. Abundaron cartas del macedonio descaradamente falsificadas. En una de esas misivas se decía que los escuderos no habían implicado a Calístenes; los lógicos ni siquiera pusieron en tela de juicio el absurdo de que Alejandro perdonara al filósofo cuando lo cierto es que acababa de condenarlo, hecho que habría sido una herejía ideológica. Desde entonces el ateniense Alejandro, pasado por Roma, ha tenido una historia maldita.

Su muerte fue planeada de manera artera y cobarde, características que Alejandro aborrecía y que superaban su comprensión. De todos modos, matar a Calístenes fue el único gran error estratégico de su carrera. No vivió lo suficiente para conocer sus más graves consecuencias.

INDIA

En 37 a. C. Alejandro movilizó su ejército más numeroso, acrecentado con contingentes de todos sus nuevos dominios, para su marcha a la India. Tal vez llegó a disponer de 10 000 hombres.

Esa campaña poseía los alicientes a los que era tan aficionado. Darío el Grande no había podido mantener las satrapías del Punjab y ahora se presentaba la ocasión de superarlo. Heracles, una de las grandes figuras ejemplares de Alejandro, había estado en esas tierras; lo mismo podía decirse de Dionisio, ese dios de nacimiento semihumano, que deambuló por allí en medio de su locura divina. (El genio espontáneo de Alejandro siempre le impidió reprimir el aspecto dionisíaco de su naturaleza: por ese camino habría alcanzado la auténtica demencia). La India también atraía al explorador que moraba en su interior. No sólo eran legendarias sus maravillas, sino que su orilla más lejana era, según creían todos los griegos, el fin de la tierra.

Seguramente a esas alturas ya había cruzado rutas de caravanas que llegaban a China. Es posible que viera y tocara sus sedas. Sin embargo, los artículos comerciales cambiaban de mano a lo largo del camino, a menudo con señas de trueque casi imperceptibles, y los persas no sabían mucho más que él. Los geógrafos del macedonio apuntaron cuanta información pudieron recabar; ningún dato hizo añicos su convicción de que el océano infinito —el cinturón del mundo— se encontraba a pocos meses de marcha. No tenía ni la más remota idea de la extensión hacia el sur del subcontinente indio y suponía que desde la orilla oriental no tendría que emprender una gran travesía para llegar al Éufrates. Cuando se enteró de que en el Indo había cocodrilos, durante una temporada creyó que desembocaba en el Nilo.

En Sogdiana había tenido su primer contacto con la tierra legendaria: la solemne visita del rey de Taxila, en el Punjab; se trataba de una antigua satrapía cuyo gobernante actual no quería perderla. El rey le ofreció regalos espléndidos y, exóticos, «Como los que más aprecian los indios», obsequios que sin duda incluían perlas y rubíes. Su recua de veinticinco elefantes pintados y engalanados causó una gran impresión; con gran astucia y como último gesto pródigo, el rey de Taxila cruzó

los puertos de montaña con los paquidermos, a los que hizo retornar al campamento de Alejandro antes de seguir viaje a su reino. Esta experiencia acentuó el interés de Alejandro por el descubrimiento, y naturalmente el de sus hombres por el botín. En este momento queda en manifiesto la calidad del historial de que Alejandro puso bajo sus órdenes y las de Pérdicas más de la mitad del ejército, lo que evidentemente incluía a la mayor parte de los nuevos reclutas, por lo que se trataba de una tarea delicada. A su cargo quedaron los no combatientes, entre los que debía de contarse Roxana. No es posible que Alejandro la llevara al sitio al que se dirigía, pues se proponía controlar los lados de la puerta inmemorial por la que entrarían todos los demás.

Sir Robert Warburton, que cumplió un cometido parecido en la década de los ochenta del siglo XIX, escribe en sus memorias: «A los que no conocen esa carretera he de explicarles que, gracias a las disputas y a las exacciones de los afridi, anteriormente el paso Khyber siempre estaba cerrado a las caravanas, al comercio y a los viajeros, excepto en los casos en que algún hombre se hacía fuerte y los obligaba a mantenerlo abierto durante un período; cuando el hombre fuerte había cruzado o se le pasaba el capricho, el paso volvía a cerrarse». Cuando Alejandro pasó, el hecho fue recordado durante dos milenios.

La campaña comenzó en otoño. Al describir las operaciones invernales, sir Robert comenta: «Hacía tanto frío que el agua impetuosa se congelaba en las patas y en los ijares de mi poni dondequiera que lo tocaba». Alejandro libró muchos combates encarnizados en las fortalezas de las colinas, donde los miembros de las tribus se parapetaban al ver que se acercaba y se aprestaban a atacarlo por la retaguardia. Aunque rechazaban las exigencias de rendición, no estaban acostumbrados a las complejas técnicas de asedio y la mayoría de los ataques eran breves. Alejandro sufrió dos heridas de flecha, en el hombro y en el tobillo; aunque no eran graves, sus hombres reaccionaron violentamente, como ante todo lo que ponía en peligro la integridad de Alejandro. Se salvó a duras penas cuando el puente de asalto tendido hasta las murallas de Massaga se derrumbó bajo el peso de los hombres que pugnaban por combatir a su lado; por fortuna, la altura no era excesiva. Cuando dieron muerte al cabecilla tribal, los demás se rindieron, incluido un contingente de alrededor de 7000 mercenarios de otra región. Alejandro acordó una tregua y negoció con ellos la incorporación a sus filas, propuesta que aceptaron. Sin embargo, por la noche empezaron a desertar. Alejandro llegó a la conclusión de que no podía exponer a sus hombres al riesgo de ser traicionados, de modo que rodeó a los indios y los abatió. Tuvo que ser un episodio bastante desagradable, pero no se merece la versión propagandista dada por Diodoro, que, ignorando al testigo presencial que menciona Tolomeo, lo convierte en un acto premeditado de venganza.

Con la intención de defender a los miembros de la tribu de la acusación de

crueldad absoluta, el valiente y sugerente sir Robert escribe:

> *Desde la más tierna infancia, las circunstancias de su existencia y de la vida enseñan al joven afridi a desconfiar de toda la humanidad; con suma frecuencia sus parientes próximos, herederos de su pequeña parcela por derecho de transmisión, son sus peores enemigos. Por tanto, la desconfianza hacia toda la humanidad y la disposición a dar el primer golpe en pro de la seguridad de su propia vida se han convertido en las máximas de los afridi… Tardé años en atravesar esta gruesa corteza de recelos.*

Cuantos han participado de campañas en tierras inexploradas coinciden en que el destino de los prisioneros era espantoso:

> *Cuando te hieren y quedas tendido en los llanos de Afganistán y las mujeres salen en busca de los despojos, más te vale rodar hasta el fusil y volarte la tapa de los sesos…*

Este postrer recurso del soldado de Kipling no estaba al alcance del de Alejandro. Aunque es posible que los mercenarios sólo pretendieran regresar a sus casas —como admite Tolomeo—, resulta comprensible que el macedonio no quisiera correr riesgos.

La célebre hazaña de Alejandro durante esa campaña fue la toma de Aorno, la «roca sin pájaros», un macizo de 130 metros situado en un recodo del Indo, cuyos precipicios fueron tallados por los diluvios primitivos. La proeza asombró a sir Aurel Stein, que la redescubrió. Era imposible asediar el Aorno, que disponía de manantiales naturales y espacio para tierras de labrantío. Alejandro tampoco podía rodearlo porque estaba plagado de guerreros que habrían puesto en riesgo sus comunicaciones. Sólo quedaba una posibilidad: tomarlo por asalto. Guiado por nativos hostiles a los defensores, Tolomeo se apoderó de un contrafuerte exterior. Alejandro subió con sus efectivos, pero un ancho barranco le cortó el paso. Ordenó a sus hombres que talaran los pinares próximos acumuló capas de troncos, sobre las cuales echaron tierra; gracias al montículo, las catapultas podían disparar contra las murallas mientras rellenaban el barranco. Cuando las armas arrojadizas los alcanzaron, los defensores escaparon por la noche, Alejandro permitió que se fueran, contento de que el asalto fuese menos duro para sus hombres, y fue el primero en realizar la escarpada ascensión hasta la cima. Capturaron muchos prisioneros. Existía una leyenda india según la cual «Heracles» (probablemente el poderoso arquero Rama, con sus monos constructores de puentes) había intentado inútilmente coronar el Aorno.

El esfuerzo y el triunfo debieron de dejar huella. El gobernante de Nysa y sus nobles, que buscaban desesperada mente la paz, se presentaron en la tienda de Alejandro y lo encontraron con la armadura puesta, polvoriento a causa de la cabalgada y, con la lanza en la mano. «*Al verlo quedaron pasmados, se arrojaron al suelo y guardaron silencio largo rato*». Alejandro les pidió que se incorporaran y los

tranquilizó. Alentados sin duda por un astuto comerciante o colono griego —muchos habían precedido a los macedonios—, le suplicaron que salvara su ciudad porque la había fundado Dionisio, de ahí la abundancia de hiedra, planta rara en esos parajes. Su buena voluntad fue la recomendación más sólida; de todos modos, Alejandro y los compañeros dieron un agradable paseo por el parque sagrado del dios indio local y, aclamaron a Dionisio con coronas de hiedra.

Entretanto, el experimentado Hefestión había tendido un puente de pontones que cruzaba el Indo; se trataba de un logro extraordinario, pues permitiría trasladar el ejército a través del río ancho y torrentoso. Reunido con su amante y (aunque no durante mucho tiempo) con su esposa, Alejandro fue recibido por el rey Omfis de Taxila con una parada tan descomunal —incluidos elefantes de guerra, caballería, tambores y gongs— que un espantoso error se evitó justo a tiempo cuando Omfis apareció desarmado en la vanguardia. Alejandro respondió de la misma manera y bastaron los signos amistosos hasta la llegada de los intérpretes.

Nearcos, almirante de la armada de Alejandro y uno de sus amigos de la infancia exiliados, redactó una monografía sobre la India, de la que se deduce que los macedonios establecieron contacto principalmente, y quizá sólo, con los conquistadores arios del norte, que aún mantenían las tradiciones de su antigua vida nómada. Los de Nysa eran tan rubios que no parecía que fuesen indios y los del Punjab son descritos como hombres muy altos. Empero, la comunidad de razas no había impedido las guerras crónicas entre los reinos del Punjab, lo mismo que entre los estados griegos, hecho que Alejandro ya conocía y del que se aprovechó. La alianza con Omfis supuso la enemistad de Poros, su poderoso vecino, cuyas tierras se extendían al este del siguiente brazo del río: el Hidaspes. Después de organizar un desfile impresionante, Alejandro se aprestó para la batalla.

Tuvo a gala visitar a los ascetas locales o filósofos desnudos, como los llamaban sus tropas. El budismo ya tenía dos siglos y, a pesar de que su esfera de influencia se encontraba más al este, es posible que su influjo inclinara a esos hindúes hacia el «camino intermedio»: aunque no practicaban mortificaciones paralizantes, vivían sin posesiones, alimentados por la comunidad y apartados de los bienes materiales. Arriano (que por regla general recurre a Nearcos para los fragmentos descriptivos sobre la India y a Tolomeo para los bélicos) afirma que como reproche a la ambición de Alejandro los ascetas golpearon el suelo con los pies, dando a entender que sólo la tierra que estaba en contacto con las plantas de sus pies podía ser suya por muy impaciente que estuviese. Alejandro admiró la independencia de estos filósofos y convenció a uno de ellos para que se uniese a su corte, pese a las recriminaciones de los demás. Conocido por los macedonios con el nombre de Calano, rondaba la sesentena; Estrabón dice que en la veintena había hecho un juramento de cuarenta años que acababa de expirar y que era libre de hacer lo que quisiese. Es una pena no

saber de qué hablaron Calano y Alejandro. La extraña amistad perduró, como demuestra su dramático final.

La petición formal de vasallaje a Poros provocó el desafío esperado. Alejandro se movilizó con Omfis y prestó poca atención a la entrada en escena de un enemigo aún más insidioso: las lluvias monzónicas.

Alejandro era realista ante los enemigos humanos y, a diferencia de Demóstenes, nunca los subestimó. Pero esta sensatez le falló en más de una ocasión con relación a los factores meteorológicos. La rigurosa formación a que Leónidas lo sometió en la niñez debió de condicionarlo para pensar en el clima en términos de penurias que había que soportar más que como una auténtica amenaza estratégica. Alguien tuvo que informarle de que las lluvias serían muy prolongadas y copiosas; seguramente replicó que a veces los soldados se mojaban y todos sabían que Alejandro quedaría calado hasta los huesos igual que ellos. Habían descansado después de los encarnizados combates en las colinas (el ejército de Hefestión también había librado duros combates, hecho que casi fue pasado por alto por Tolomeo, quien se explayó generosamente sobre sus propias hazañas). Cualquier demora habría parecido un signo de debilidad. Alejandro guió a sus hombres hasta el Hidaspes en medio de un aguacero cada vez más intenso. El río había empezado a crecer. Hefestión había hecho trasladar en carro desde el Indo sus pontones, pero ya era demasiado tarde para usarlos, salvo como balsas. En la orilla de enfrente, en el cruce más fácil, aguardaban el rey Poros y sus tropas, en compañía de doscientos elefantes.

Durante meses Alejandro había luchado con los infantes; pero para una batalla campal necesitaba la caballería y los equinos tenían terror a los elefantes. En el campo de batalla se les podría hacer frente; el punto de mayor peligro era el momento de tocar tierra. Si los elefantes estaban en la orilla, los aterrorizados caballos se arrojarían de las balsas y serían arrastrados por las aguas.

Ninguna operación muestra más claramente el polifacético genio militar de Alejandro que la batalla del Hidaspes: psicología bélica, nervios bien templados, reacciones rápidas ante las emergencias, inventiva, organización y el liderazgo que infunde una confianza absoluta. Día tras día, bajo la lluvia torrencial y las tormentas, mientras el río crecía sin cesar, Alejandro jugó una excelsa partida de faroles. Ordenó grandes desplazamientos de tropas hasta los posibles cruces y botó embarcaciones y balsas de manera provocativa. Construyó ostentosos depósitos de municiones e hizo correr la voz de que pensaba esperar el invierno, momento en que menguarían las precipitaciones. Se las ingenió para que Poros no sólo se asombrara de sus planes, sino de su calidad. Mostró todas las señales posibles de indecisión. Por la noche hacía marchar a su ejército a lo largo de la orilla, sonar las trompetas y lanzar gritos de guerra hasta que Poros y todos los elefantes acudían a su encuentro; entonces se retiraba y dejaba que el enemigo esperase en medio de la humedad hasta que

amanecía. Repitió la maniobra noche tras noche. Poros, guerrero de descomunal estatura, terminó por despreciar profundamente a Alejandro y dejó de trasladar los elefantes cada vez que el macedonio hacía ruido. Alejandro ya estaba en condiciones de actuar.

Eligió un recodo situado río arriba, donde estaría protegido por un promontorio y por una isla arbolada. Trasladaron las balsas sigilosamente por tierra. Crátero se quedó en el campamento, con un numeroso contingente, dispuesto a cruzar en cuanto los elefantes estuviesen ocupados en otro punto. Alejandro llegó al cruce al amparo de una poderosa tormenta. Además de Hefestión y Pérdicas, entre sus oficiales figuraban Tolomeo, Lisímaco y Seleuco, tres futuros monarcas. Atravesaron el río con los caballos sobre las balsas. Lo pasaron mal al descubrir que la orilla estaba interrumpida por un canal de la crecida, pero pudieron vadearlo. En este punto un detalle fascinante revela la estatura media del caballo de guerra griego: los hombres estaban sumergidos hasta el pecho y de los caballos apenas sobresalía la cabeza. Los elefantes no aparecieron.

Los exploradores avisaron a Poros demasiado tarde. Envió a uno de sus hijos con una columna ligera de carros y jinetes. Fueron arrasados, pérdida que no podía permitirse. Su superioridad en infantería era inmensa, alrededor de 30 000 hombres por los 6000 de Alejandro; pero no contaba con muchos soldados de caballería, acababa de perder la mitad (su hijo también encontró la muerte) y le quedaron 2000 por los 5000 de los macedonios. Desplegó sus cuantiosas tropas en el terreno más sólido que encontró, con la caballería en los flancos, la infantería en el centro y por delante la muralla de elefantes, separados por una distancia de 30 metros.

Alejandro nunca fue un general que repitiera su última táctica bélica. Ni siquiera intentó remedar los logros de Gaugamela. Su habitual posición en el ala derecha se adecuaba a sus planes; pero cuando sus agotados infantes avanzaron penosamente en medio del barro, los hizo descansar hasta que llegó el momento de la arremetida decisiva. Al ver la prodigiosa hilera de elefantes, con las sillas rebosantes de armas, planificó la forma de hacerlos luchar a su favor.

En un primer momento no se metió con ellos. Pidió a los arqueros montados (tracios en su mayoría) que acosaran y confundieran al ala izquierda de la caballería enemiga, a la que luego atacó con su propia ala de caballería. Fueron agredidos por la retaguardia por Coeno, un comandante de confianza al que volveremos a referirnos. Alejandro insistió en el ataque. Los soldados de caballería se replegaron en medio de los infantes, detrás de los paquidermos. Entonces los arqueros montados, abatieron a los cornacas y dirigieron sus dardos a las desconcertadas bestias; cuando los elefantes comenzaron a alejarse, llegó el momento de la falange, que se abalanzó sobre ellos con jabalinas y sarisas. (Los sufrimientos de este ser inteligente y leal al servicio de la agresividad del hombre son una de las tragedias vergonzosas de la historia).

Doloridos, presas del pánico y despojados de sus guías y amigos, los paquidermos sacudieron y aplastaron a los soldados que los rodeaban mientras los macedonios acordonaban en un terreno cada vez más reducido a la turba confundida y, desesperada. Los indios acababan de abrir una brecha y salían por allí cuando Crátero, que en el ínterin había cruzado el río que nadie defendió, se presentó con tropas descansadas y les cortó el paso. La escena resulta desconcertante: la inmensa horda de hombres y animales, la tempestad tamborileante, los relinchos, los barritos y los gritos, los cuernos de guerra y los gongs contrapuestos a los truenos; el pantano creciente que apestaba a sangre, las pisadas de los elefantes y el lodo del río; los rostros oscuros y los claros, que el barro y la lluvia tornaron inhumanos. Si tenemos en cuenta la habitual licencia que se suelen tomar los cronistas, las bajas indias fueron espantosas y, las macedonias escasas. Fue la última batalla campal de Alejandro y, tal como había deseado, su obra maestra.

El rey Poros no era Darío. Siguió luchando a lomos de su valeroso elefante cuando los demás huyeron hasta que, herido a través de la abertura de la axila de la cota de malla, se volvió lentamente y se sumó a la desbandada de la retaguardia. Alejandro sentía admiración por él y al final le envió un embajador real, cometió la imprudencia de elegir al odiado Omfis, al que Poros de inmediato se dispuso a matar. Alejandro buscó otro emisario y Poros se rindió. El gigante real contempló desde arriba al enemigo vencedor, que, a su lado, parecía un crío bajito. El intérprete del muchacho embarrado le preguntó cómo quería ser tratado. «Sólo quiero ser tratado como un rey», replicó Poros. «Es lo que haré por mi propio bien. Pide algo por el tuyo», añadió Alejandro. Después de medir tanto la estatura interior como la exterior, Poros declaró que ya habían dicho lo necesario. En cuanto rindió vasallaje, su reino fue restablecido y se reincorporó al trono. Su lealtad duró toda la vida. Parecería que Alejandro, que rendía honores a los valientes, ni siquiera se olvidó de su elefante. Filóstrato repite una anécdota según la cual en un «templo del sol» de Taxila había un elefante viejísimo, que anteriormente había pertenecido al rey Poros, consagrado por Alejandro, que lo bautizó con el homérico nombre de Áyax; el pueblo solía ungir con mirra y adornar con cintas a ese héroe jubilado.

En Taxila, Alejandro se ocupó de los ritos fúnebres de otro veterano más amado por él.

> *Alejandro fundó ciudades en los llanos donde se libró la batalla y en el sitio en el que se dispuso a cruzar el Hidaspes. Puso a la primera el nombre de Nicea por su victoria sobre los indios; a la otra la llamó Bucefalia en memoria de su caballo Bucéfalo, que murió allí, no a causa de una herida, sino de fatiga y vejez. El equino rondaba los treinta años y fue víctima del cansancio; hasta entonces había compartido con Alejandro muchas misiones y peligros y nunca fue montado por otra persona porque Bucéfalo no soportaba a otro jinete. Era alto de estatura y valiente de corazón.*

Los escritores de romances se consideraron en deuda con Bucéfalo y le proporcionaron una muerte heroica en el campo de batalla; tanto su humanismo como el instinto de conservación habrían impedido que Alejandro entrara en semejante combate con un caballo de treinta y un años; seguramente Tolomeo, su compañero de toda la vida, es la fuente de Arriano en este caso. Bucéfalo había recorrido un largo camino desde los campos de pastoreo de Tesalia. Los arqueólogos siguen buscando fragmentos de su tumba junto al canal movedizo de Jhelum.

La herida no obligó a Poros a guardar cama. Lo convencieron de que firmara la paz con Omfis y poco después salió de campaña con su nuevo monarca. Alejandro estaba preparado para desplazarse hacia el este, rumbo al sagrado Ganges y su desembocadura en el océano final; su entusiasmo se vio acrecentado por las maravillas indias reales y las fantaseadas: los banianos que constituían un bosque con un solo árbol, los sagaces elefantes, las pieles de tigre, las perlas, los zafiros y los rubíes, los brillantes tintes de telas, bigotes, barbas y traseros de los monos, los estanques de peces y los santuarios.

No todas las maravillas fueron satisfactorias para sus soldados. Aunque los griegos creyeran que la mujer era una forma imperfecta del hombre, les pareció excesivo quemarla viva en la pira funeraria de su esposo. Las pitones expulsadas de sus madrigueras por las inundaciones eran enormes y poco atractivas. Peor aún eran las serpientes venenosas de todos los tamaños, hasta la minúscula y letal *krait*, capaz de acechar en un zapato o alrededor del pomo de una puerta. Alejandro reunió a los mejores encantadores indios de serpientes y utilizó sus medicinas, pero muchos hombres murieron víctimas de espantosos sufrimientos. Y, como de costumbre, llovía todos los días.

Alejandro no estaba dispuesto a permitir que en esta ocasión la lluvia lo obligase a perder tiempo. Marchó hacia el norte contra un viejo enemigo de Poros que, al enterarse de la rehabilitación del rajá, les declaró la guerra a ambos. Alejandro redujo su territorio y se lo entregó como regalo a Poros; posteriormente, durante la misma campaña, fue liberado para que se hiciera cargo de él. Hefestión se trasladó con Poros a fin de consolidar la conquista, fundar nuevas ciudades y establecer guarniciones. Ninguna otra misión demuestra más claramente sus aptitudes diplomáticas y organizativas: tuvo que crear la administración de una provincia recientemente sometida, conferenciar con un antiguo y poderoso rival y, además, asumir la responsabilidad vital de las comunicaciones de Alejandro. Si no hubiese sido más que el querido confidente, el macedonio lo habría llevado consigo para que viese el océano. Ciertamente, a la vista de los resultados, debió de echarlo profundamente de menos.

Alejandro continuó la marcha hacia las estribaciones de Cachemira y pasó por alto sus bellezas, preocupado únicamente por abrirse paso hacia el este. Le habían

informado (correctamente) que el monarca cuyo retiro bordeaba el Ganges era un usurpador de baja casta al que el pueblo dividido despreciaba. Sus tierras eran ricas y populosas y sus elefantes extraordinariamente grandes. Alejandro estaba impaciente por seguir avanzando. Cruzó deprisa dos ríos más, uno en plena crecida; organizó un ataque sorpresa a la ciudad de Sangala (excepcionalmente defendida por una muralla de carromatos), derrotó a los miembros de las tribus hostiles y organizó los asuntos de los que reconocieron su dominio. Estaba demasiado ocupado como para enterarse de que, bajo una apariencia perfectamente disciplinada, la moral de sus hombres se había ido desmoronando.

A esas alturas, probablemente los soldados habían llegado a la conclusión de que en la India llovía nueve o diez meses al año. A las desdichas de los remojones constantes se sumaban las de vestimentas no adecuadas. Podían pagar sin dificultades la buena lana o el hilo grueso a los que estaban acostumbrados, pero cuando éstos se gastaban sólo conseguían algodón delgado y, de baja calidad, sin resistencia, sin protección de los roces de la armadura y que se rasgaba nada más rozar, una espina; llamaban a esta tela «harapos indios». Estaban hartos de avanzar con las botas empapadas por el barro revuelto por la columna; de los caballos cojos, con las ranillas en mal estado y las herraduras gastadas; de tirar de las ruedas de los carros de bueyes que quedaban atascados en el lodo; de la comida mohosa, los cueros humedecidos y la limpieza diaria de todas las piezas de metal para evitar, que se oxidasen. No los entusiasmaba la idea de ver elefantes de tamaño aún mayor, de encontrar nuevas tribus de guerreros o de marchar medio mes a través del desierto que, según les habían dicho, los separaba del océano. Todavía les quedaba por cruzar un río del Punjab: el Beas. Cuando acamparon en sus orillas, se reunieron a hablar, y una significativa cantidad de soldados decidió no cruzarlo.

En cuanto se enteró del descontento imperante, Alejandro se lo tomó en serio. Comprendía sus incomodidades y se solidarizaba con ellos, pero ya había hecho frente a esa situación, siempre les había levantado los ánimos y los había convencido de que lo siguiesen. En esta ocasión no temía fracasar. Convocó una reunión con los oficiales de los regimientos; su discurso, que Arriano nos ofrece, demuestra que sabía que éstos también estaban bajos de moral. Alejandro evocó hazañas y victorias del pasado y sus ricas recompensas; les recordó que siempre había compartido las penurias y les había dejado compartir el botín. «Es maravilloso vivir con valor y morir dejando tras de sí fama imperecedera», dijo. Cuando llegaran al océano infinito, los que lo desearan podrían volver a sus casas; entonces sería fácil; les aseguró con apasionado convencimiento que de todos era sabido que el océano fluía en el mar Caspio. Les recordó que Heracles alcanzó la divinidad gracias a sus trabajos.

Probablemente fue uno de sus mejores discursos, pero en este caso no dio

resultado. El férreamente fiel Coeno quebró el indeciso silencio. Con profundo respeto y cortesía aseguró que los oficiales no tenían motivos de queja; que la generosidad de Alejandro no daba pie a ello; que ya estaban más que bien pagados, incluso por futuras penurias. Y que intentaría hablar en nombre de los soldados. Arriano, que era soldado, lo dota de una franqueza y una simplicidad encomiables. Coeno habló de su cansancio (habían transcurrido ocho años desde que partieran con Alejandro), de la nostalgia de las esposas y los hijos que quedaron atrás, de los numerosos muertos. «La mayoría han muerto de enfermedad». En una época sin antibióticos, el agua en malas condiciones y las enfermedades tropicales mataban a más soldados que los enemigos a los que jamás les volvieron la espalda. Casi con certeza tenía edad suficiente para ser padre de Alejandro e insistió para que permitiera que su madre lo viese. Que lo autorizara a guiar a los veteranos de regreso a casa, con el botín que les permitiría vivir como caballeros en su patria, y conducir luego a los jóvenes que lo seguirían en pos de nuevas conquistas. Cuando Coeno concluyó, los demás no aplaudieron: se pusieron a llorar.

Alejandro no se hizo ilusiones: por fin había topado con una roca. Sin desesperar, levantó secamente la sesión con la esperanza de que recapacitaran. No pasó nada. Volvió a convocarlos, les comunicó que podían partir cuando quisieran y dejarlo avanzar con las tropas auxiliares; luego se encerró en su tienda y no permitió entrar a nadie. Intelectualmente, esa actitud debió de parecerle semejante a la colérica retirada de Aquiles; emocionalmente, dado el vínculo extraordinario que los unía, poseía algo femenino, una apelación a la preocupación de sus hombres por sus heridas y enfermedades; incluso por su dolor, real como había sido, ante la muerte de Clitos. Esta vez el ejército no se conmovió. Alejandro mantuvo la misma actitud durante dos días y, sus hombres le respondieron con la misma moneda: el enfurruñamiento. Al tercer día, ordenó que se prepararan los augurios sacrificatorios para cruzar el río. Estuvieran guiados por Amón o por su hijo, lo cierto es que todos fueron adversos. Alejandro decidió que tenía que emprender la vuelta.

La cólera de las tropas se esfumó. Volvieron a ser sus hombres. Gritaron y lloraron de alegría. Muchos acudieron a su tienda, lo cubrieron de bendiciones y afirmaron que ésta, su única derrota, era la victoria de su amabilidad. Aunque la palabra derrota debió de dolerle, Alejandro mantuvo su estilo hasta el Final. La convirtió en un festejo, celebró juegos y carreras de caballos, dedicó el ejército a los doce dioses olímpicos y a cada uno le erigió un altar de la altura de una torre (ha sido imposible descubrirlos; quizá sólo dispuso de adobe), que marcaba el límite de su empresa. Luego regresó a las nuevas ciudades de Hefestión, en las que pudo desahogarse con el único hombre capaz de comprenderlo.

La amargura que experimentó posiblemente lo acompañó el resto de sus días. Es probable que hubiese podido llegar al golfo de Bengala, pues su información sobre la

ruta era atinada. Sin embargo, es imposible saber si la travesía le habría proporcionado nuevos conocimientos sobre las inmensas masas terrestres del Lejano Oriente, que quedaron definitivamente fuera de su alcance, o si una sensación de pequeñez habría estremecido su alma. Quizá los dioses fueron más benévolos de lo que Alejandro supuso.

LA MARCHA A BABILONIA

Los macedonios no habían contado con Alejandro si esperaban una fácil marcha a través del Khyber y de la pacífica Sogdiana, Alejandro les dijo secamente que, como mínimo, le permitiesen dejar la India en lugar de escapar de ésta. Acababa de recibir información digna de confianza según la cual el Indo no desembocaba en el Nilo, sino en el océano infinito. Frustrado en su propósito de llegar al mar por el este, fue imposible impedirle que lo alcanzara por el oeste. Esa actitud contenía algo más que la sed del explorador: como la mayoría de los «anhelos» de Alejandro, poseía un elemento práctico. Le habían dicho que en la desembocadura del Indo se abría una vía marítima que conducía directamente a Persia. En su época se decía que «el mar une y la tierra separa»; donde quiera que hubiese agua, los desplazamientos eran más rápidos y a menudo menos peligrosos. Existía la posibilidad de una magnífica ruta comercial que acortase la larga y difícil senda de las caravanas, plagada de bandidos, se decía que el camino costero era arduo y la solución más plausible era el mar. Algunos estados del Punjab occidental aún no le habían rendido vasallaje; por consiguiente, viajaría río abajo hasta encontrar resistencia, la aplastaría, llegaría al océano y enviaría la flota a Persia mientras marchaba a su lado para abastecerla desde tierra, buscando futuros emplazamientos de fondeaderos. Designó almirante a su amigo Nearcos, nacido en la marinera isla de Creta.

Durante la travesía por el Indo medio, Hefestión marcharía a lo largo de la orilla izquierda, al mando de casi todo el ejército, los elefantes y el inmenso séquito de no combatientes, en el que probablemente estaba Roxana, después de otro fugaz encuentro. No es probable que su marido la llevara por Beas, a través de torrentes crecidos y lluvias torrenciales y ahora tampoco la llevaría en una galera de guerra, por un río infestado de cocodrilos en el que se sabía que había peligrosos rápidos. Durante cerca de un año, Roxana debió de pasar más tiempo bajo la custodia de Hefestión que con Alejandro. Crátero conduciría una tropa numéricamente muy inferior por la orilla derecha. Hefestión y Crátero tenían el mismo rango; habían surgido rivalidades y estallado una suerte de fricción, que Alejandro allanó con una mezcla de firmeza y tacto. La separación les dio tiempo para apaciguar los ánimos y

no volvemos a saber nada más de roces entre ambos.

Mientras la flota se aprestaba se sumó otro nombre a la extensa lista de muertos por enfermedad de la que había hablado Coeno: él mismo. Sin duda por aquel entonces el cólera era tan endémico en India como en nuestros días. Coeno se había limitado a hacerse eco del malestar de la tropa, pero no fue su incitador, y Alejandro le ofreció un funeral con todos los honores.

El embarco fue un espectáculo que quedó grabado en la memoria de Nearcos. Fueron solemnemente despedidos por Poros, a quien Alejandro no había concedido una simple satrapía, sino una monarquía tributaria sobre todas las conquistas entre Taxila y el Beas. Aunque había cerca de 80 barcos de guerra, la flota completa reunía una miscelánea de 2000 naves. Los caballos viajaban en balsas, probablemente en los pontones de Hefestión, engalanados; para los indios, que jamás habían visto un caballo a bordo, fue un prodigio. Nearcos menciona los nombres de los triarcas, comandantes honorarios de las naves procesionales (los timoneles eran los auténticos capitanes) y que gozaban del privilegio de adornarlas: en su mayoría se trataba de macedonios de alto rango, incluidos Hefestión —que debió de reunirse más tarde con su contingente— y Tolomeo. Además de varios griegos, había —quizá significativamente— un tal Bagoas, «hijo de Farnuces» (así lo escribe Nearcos); no se trataba del joven favorito, sino de un príncipe persa. Farnuces, hermano de la esposa de Darío y hermanastro de Estateira, había caído en el Gránico. Este cumplido al primo de la futura esposa de Alejandro —el único persa que fue honrado de esta guisa— demuestra que quizá ya había empezado a forjar sus planes dinásticos.

Antes del embarco al amanecer, Alejandro hizo libaciones a los espíritus del río, a Heracles y a los dioses que solía honrar. Con las primeras luces sonaron las trompetas y los cantantes de salomas organizaron a los remeros; las altas márgenes del río devolvieron la cadencia y los indios que estaban arracimados en la orilla, fascinados por el espectáculo, siguieron las naves durante kilómetros, sin dejar de cantar.

Alejandro hizo altos en el camino para recibir los homenajes de diversas ciudades que ya se lo habían prometido. Por fin llegaron a la temida confluencia del Hidaspes con el Aquesines, cuyo desfiladero era profundo y estrecho. «*Incluso desde lontananza se percibe el tumulto de las olas*». Los asustados remeros hicieron un alto y los timoneles les gritaron que remaran como nunca para evitar que los rápidos los arrastrasen de través. Lograron superarlos (seguramente desembarcaron a los caballos) a costa de varios remos rotos y de una colisión, de la que salvaron a parte de las tripulaciones. Alejandro estableció el campamento, ordenó a las naves que siguieran avanzando y reunió a las tropas situadas en ambas márgenes. Más adelante se extendían las tierras de los obstinados malios, que habían desafiado a sus emisarios. Como no estaba en condiciones de retrasarse, se abstuvo de proponer segundas negociaciones. Dejó a Crátero junto al río, a cargo de la base y de los no

combatientes, y avanzó en un movimiento de pinza, enviando a Hefestión cinco días antes y pidiendo a Tolomeo que se rezagara tres jornadas. Alejandro y sus hombres evitaron el camino trillado y emprendieron una carrera corta y penosa a través del desierto, el sector por el que menos lo esperaban. La caballería sorprendió a los hombres de la primera ciudad malia trabajando los campos y los arrasó. Alejandro estaba tan impaciente como sus hombres por dejar la India.

Si en algún momento abrigó la esperanza de que el ejemplo severo pondría fin a la resistencia, se equivocó. Lo único que logró fue volverla aún más combativa. Se encontraba en territorio de los brahmanes y la religión acrecentó las hostilidades.

Una nueva y salvaje campaña era lo último que sus hombres esperaban. A esas alturas la retirada habría equivalido a un suicidio; sin embargo, a medida que las tropas tomaban por asalto una ciudad amurallada tras otra, Alejandro notó que perdían entusiasmo. Desde su perspectiva, sólo había una respuesta a esa actitud: dar ejemplo. Cuando los soldados retrocedieron ante una brecha, Alejandro la salvó solo y resistió hasta que sus hombres se sintieron avergonzados y combatieron a su lado. Una vez forzada la brecha, muchos indios se quemaron en sus casas. Los que huyeron fueron arrasados por Tolomeo y Hefestión, aunque muchos se refugiaron en la ciudad principal, que se alzaba en el emplazamiento de la moderna Multan.

Adelantado con la caballería, Alejandro logró contener un contingente muy superior que lo interceptó hasta que llegó la falange y completó la derrota. Entonces cercó la ciudad. Como se trataba del último foco de resistencia, envió de regreso a la base a Tolomeo y a Hefestión. El segundo jefe de Alejandro era Pérdicas y en este caso dividió las fuerzas con él para asaltar la ciudad por dos lados. (Aunque ausente, Tolomeo no deja de señalar que su odiado rival llegó tarde a la misión). Cuando Alejandro logró abrir una puerta de la muralla exterior, los malios huyeron a la ciudadela interior. Los persiguió por las calles hasta llegar a los muros y ordenó la escalada inmediata.

Aunque los soldados trasladaron las escalas, Alejandro tuvo la impresión de que las colocaban sin entusiasmo. Cogió una de ellas, la apoyó en la pared y subió corriendo, protegiéndose la cabeza con el escudo y sin detenerse a mirar si sus tropas lo seguían. Al llegar a las almenas, utilizó el escudo para derribar a los hombres que tenía por encima, trepó al muro y despejó una zona con la espada. Tres oficiales subieron corriendo en su ayuda: Peucestas, Leonato y Abreas, un héroe más que probado cuyas hazañas fueron reconocidas con paga doble. Al verlos sobre el muro, convertidos en blancos de todas las armas arrojadizas, los soldados se apiñaron en la escala. La magia de Alejandro volvió a funcionar, aunque en este caso con excesiva potencia: la sobrecargada escala se rompió antes de que alguien lograra subir. El cuarteto seguía desamparado y el enemigo ya había reconocido a Alejandro, «no sólo por el esplendor de sus armas, sino por su coraje sobrehumano». El sector del muro

en el que se encontraban estaba al alcance de las armas arrojadizas de las torres adyacentes y también desde abajo, pues en el interior se alzaba un montículo. Alejandro saltó en solitario hacia el montículo, al corazón mismo del enemigo.

Arriano expone sus motivos, tan típicos que es posible que él mismo se los transmitiese a Tolomeo o a Nearcos. «*Sintió que quedándose donde estaba correría un grave riesgo sin conquistar nada digno de fama; si saltaba hacia el interior del muro, tal vez asustase a los indios y para correr peligro más le valía cobrar cara su vida, luego de realizar grandes actos dignos de ser oídos por los hombres del futuro*». Ciertamente espantó a los indios, que se distanciaron después de que matara a varios en combate cuerpo a cuerpo; desde lejos los indios le arrojaron armas y Alejandro sólo pudo devolverles piedras. En el ínterin los valientes compañeros saltaron y se situaron a su lado. Peucestas portaba el homérico escudo de Troya; ésa era evidentemente su función habitual, si bien es la primera vez que oímos hablar de ella. En el momento en que logró cubrir con el escudo a Alejandro, protegió a un hombre que estaba al borde de la muerte. Los malios eran corpulentos y empleaban arcos potentes; una flecha de un metro había atravesado el corselete de Alejandro y se le había clavado en el pulmón.

Aun así siguió combatiendo y se mantuvo en pie aferrado a un árbol que había utilizado para cubrirse las espaldas. Los movimientos provocaron una copiosa hemorragia y neumotórax, el colapso del pulmón perforado, momento en que cayó desmayado. «De la herida manaba aire mezclado con sangre», afirma Arriano; se trata de una atinada observación sobre las burbujas sangrientas que se ven en este tipo de herida, que suele ser fatal incluso aunque no se hagan esfuerzos posteriores. El valeroso Abreas murió a causa de otro «flechazo certero» que le atravesó el cráneo.

Entretanto, los macedonios trepaban frenéticamente sobre los hombros de sus compañeros apoyándose en lo que encontraban. Al coronar el muro vieron el cuerpo inerte y lanzaron gemidos y aullidos que se convirtieron en ardorosos gritos de batalla. Demudados por la ira, el dolor y la vergüenza, arrasaron la ciudadela cual una plaga apocalíptica, matando a cuantos encontraron, incluidos los niños.

Con la lengüeta de la flecha aún clavada en el pulmón, Alejandro fue retirado del fragor de la batalla. El cultivado Rufo Quinto Curcio le concede un discurso breve y lucido en el que alienta a sus amigos para que lo operen. Las dudas de éstos debieron de ser reales, pues era necesario abrir la herida para quitar la lengüeta, y era más que probable que su extracción lo matara en el acto. Alejandro seguía cubierto con el corselete. Desenvainó débilmente el puñal e hizo señas para que aserraran el astil pues las púas de la flecha no pasarían por el agujero de la coraza. Le obedecieron; posteriormente Pérdicas sostuvo que fue él quien, a petición de Alejandro, le abrió un lado del cuerpo. Alguien (¡probablemente Tolomeo!) dijo que un médico practicó la operación; pero el héroe más probable es Peucestas. Extrajeron la lengüeta e

inevitablemente se produjo una nueva hemorragia; la pérdida de sangre, el dolor y la conmoción provocaron una anestesia natural y Alejandro volvió a perder el conocimiento.

Cuando al regresar de la carnicería se enteraron de que Alejandro seguía con vida, los soldados montaron guardia alrededor de su tienda día y noche hasta que les comunicaron que estaba durmiendo. De momento, su sorprendente constitución había triunfado y, al igual que Aquiles, pagó con sus días el precio de la gloria. Casi con certeza, tenía una costilla astillada, era indudable que tenía el pulmón perforado, con la pleura pinchada por ambas paredes, y los músculos intercostales lacerados. A medida que curaran, esas capas dañadas —normalmente móviles— se cubrirían de adherencias de tejido cicatrizal rígido e irregular. Arriano, que en este caso es la única fuente de fiar, no dice de qué lado fue herido Alejandro. De todas maneras, a partir de entonces notaría la herida con cada movimiento del brazo y con cada inspiración profunda, herida que tres años después lo mataría.

Entretanto, a medida que en el campamento renacían las esperanzas, el ejército de la base recibía la noticia de su muerte. Aunque enviaron palabras tranquilizadoras, nadie las creyó, la tropa dio por sentado que el alto mando ocultaría una noticia tan espantosa. No sólo esperaron un alzamiento indio generalizado sino que, como eran macedonios, supusieron que inmediatamente estallarían luchas de aniquilación mutua para hacerse con el poder. De todos modos, que nosotros sepamos no se avivaron las rivalidades entre Crátero y Hefestión; éste debía de estar demasiado afligido para preocuparse por ello. Fue imposible ocultar la situación a Alejandro, que de inmediato decidió que el ejército tendría que verlo si nada, salvo su presencia física, lo convencía de que seguía vivo. Con una herida en el pulmón de una semana aún sin cicatrizar, se hizo trasladar hasta el río —unos quince kilómetros— a fin de realizar el viaje por agua. Al avanzar aguas arriba, el movimiento de los remos debió de desencajarlo, pero pocos días después llegó. Nearcos describe la escena:

> *En cuanto la nave que portaba al monarca se acercó al campamento, éste ordenó que quitaran la toldilla de la popa para que todos lo vieran. Incluso entonces los hombres dudaron y pensaron que la nave trasladaba el cadáver de Alejandro hasta que al final, cuando anclaron [el sentido de la representación no lo había abandonado], Alejandro alzó la mano hacia la multitud; los presentes gritaron y algunos elevaron las manos hacia el cielo mientras otros las dirigían en dirección a Alejandro; en su asombrado gozo derramaron lágrimas sin poderse contener. Algunos miembros de la guardia real acercaron una parihuela mientras lo desembarcaban, pero Alejandro ordenó que le diesen un caballo. Cuando montó y todos lo vieron, el ejército en pleno batió palmas sin cesar y las orillas y los claros contiguos al río se hicieron eco de los vítores. Alejandro se apeó del caballo cerca de la tienda para que el ejército lo viese caminar. Todos los hombres se apiñaron a su alrededor y algunos le tocaron las manos, otros las rodillas y un tercer grupo la ropa; otros se limitaron a mirarlo desde una corta distancia y lo bendijeron a su paso; algunos le lanzaron guirnaldas de las flores indias que a la sazón*

estaban en flor.

Físicamente ese gesto debió de dejarlo exhausto; emocionalmente tuvo que ser un disfrute supremo. De todos modos, les había dado el susto de su vida y, con cierta sensatez, los oficiales se lo reprocharon. Salió en su defensa un rústico alférez beocio que, en el burdo lenguaje de su pueblo, dijo que los actos son la medida del hombre. Alejandro manifestó su gratitud. Pero la rendición incondicional de la totalidad de los malios fue un consuelo más sólido, fuera por respeto a su valor o por terror a sus tropas. También se rindieron sus poderosos vecinos, los oxidracos, contra los cuales Alejandro no había asestado un solo golpe. Sin duda concedió impresionantes audiencias, sentado, a enviados que ignoraban que estaba débil como un niño y que al menor esfuerzo escupía sangre. El frío relativo del invierno contribuyó a su prolongada convalecencia. En ningún momento abandonó el mando de la campaña. En cuanto estuvo en condiciones de moverse, siguió desplazándose río abajo y por el camino recibió embajadas de sus nuevos territorios, que le ofrecieron variopintos regalos principescos, de perlas a tigres criados y domesticados con todo mimo.

También recibió la visita de Oxyartes, su suegro. Algunos soldados nostálgicos de la Alejandría bactriana habían intentado desertar cuando les llegaron los rumores de que el rey había muerto. Probablemente el verdadero motivo de la visita de Oxyartes fue averiguar si su hija ya estaba embarazada. Desde su salida de Taxila, exceptuando un breve interludio, Alejandro había estado en guerra en condiciones que no le habrían permitido llevar a su esposa y había sufrido una herida hacía tan poco que aún no estaba en condiciones de llevar una vida sexual activa. Amplió la satrapía de Oxyartes hasta el límite del Hindu Kush, con el dominio nominal de los territorios aún no sometidos que se encontraban río abajo. Obviamente, las guarniciones estarían al mando de macedonios. No era posible instalarlo mucho más lejos de la corte. Es probable que Alejandro ya estuviera pensando en un segundo matrimonio aún más regio.

Reorganizó sus tropas mientras convalecía en un campamento situado debajo de la confluencia del Indo y el Chenab. A pesar de la herida y a pesar —sin duda a causa — de las advertencias acerca de una ruta peligrosa, seguía decidido a guiar la marcha costera que apoyaba la flota de Nearcos. Ofrecía una combinación irresistible de utilidad, desafío y aventura. Se decía que Ciro el Grande y Semiramis, la reina guerrera de Asiria, sufrieron allí graves contratiempos de los que a duras penas salieron con vida. Como Alejandro había trazado cuidadosamente sus planes, esperaba que su expedición triunfara y pasara el río sana y salva. De todos modos, debía de ser ligera y móvil y sería abastecida por columnas de provisiones enviadas desde la base.

Era imposible trasladar al grueso del ejército con sus elefantes, sus masas de transporte pesado, los veteranos agotados por el paso del tiempo, los heridos en

condiciones de andar y todo tipo de no combatientes. Además de las penosas condiciones, no existían posibilidades de alimentarlos. A Crátero le correspondió la misión de regresar a Persia con el grueso del ejército y de procurar reducir al mínimo los sufrimientos. Una vez más Roxana quedó bajo la custodia de un comandante: sólo las mujeres de los soldados rasos, capaces de soportar lo indecible, seguirían a sus hombres a lo largo de la costa. Arriano afirma que todo el contingente fue trasladado en balsas hasta la orilla izquierda del río —operación que debió de durar semanas— porque de ese lado la marcha era menos ardua y las tribus más pacíficas. Esa maniobra demuestra claramente que quería marchar a la vera del río hasta Taxila, donde podrían recoger las provisiones necesarias antes de abordar el Khyber, la ruta principal que Alejandro tanto se había esforzado por asegurar. Empero, se ha supuesto que el macedonio lanzó esa fuerza enorme, de avance lento y muy vulnerable, directamente hacia el norte (alejándose del río), hacia territorio jamás pisado por sus tropas, sin mapas, montañoso y en parte desértico: el sendero que atraviesa los pasos de Multa y Bolan hasta Kandahar, en los cuales —en fecha tan reciente como el siglo XVIII— el ejército persa pasó graves aprietos. La «tierra de los arachotianos» —que, según Arriano, Crátero atravesó— está muy poco definida y probablemente llegaba hasta el Indo. Crátero y sus fuerzas llegaron tarde a la cita persa, aunque en excelente estado, lo que da testimonio de una ruta indirecta y menos inhóspita. Después de su partida a lo largo del río, Hefestión siguió siendo el segundo jefe indiscutido de Alejandro, categoría que mantendría durante lo que le quedaba de vida.

El último obstáculo que se interponía entre Alejandro y el mar era la región del bajo Indo y su antiguo delta, que ahora se ha desplazado. Uno de los rajaes, Musicano, se había resistido a someterse, pero lo hizo en cuanto Alejandro llegó; el segundo rajá apenas presentó resistencia; el tercero, Sambo de Sind, le había rendido vasallaje de antemano, con la esperanza de ver destruido a Musicano, su odiado enemigo. Furioso y alarmado al ver que Musicano salvaba la vida, y espoleado por los brahmanes, Sambo se rebeló, se asustó y huyó. Su familia se rindió y acusó a los brahmanes, a los que Alejandro hizo ahorcar. En medio de esas operaciones, Musicano violó el tratado y se levantó en armas; es probable que sus propios brahmanes hubieran declarado la guerra santa. Como siempre después de una traición, Alejandro atacó *à'outrance*: tomaron por asalto las ciudades, mataron a los hombres y esclavizaron a las mujeres. El uso de armas envenenadas por los indios agudizó el conflicto. Esos territorios eran vitales para las comunicaciones en la marcha costera y Alejandro estaba decidido a asegurarlos. (No tuvo éxito). Aunque se hizo con el territorio, no consta que en estos combates llevara a cabo alguna hazaña personal. Debió de experimentar por primera vez la pérdida de esa energía inagotable que toda la vida había dado por sentada. A lo largo de los meses siguientes necesitaría

todas las energías que le quedaban. De los inválidos que Crátero guió de regreso a casa, muchos debieron de estar en mejores condiciones que el monarca.

Una vez sometido el país, Hefestión se ocupó de convertir Pattala —la ciudad principal— en un puerto fortificado. Sin duda se reunió con Alejandro para su tan esperada visita al océano. Es probable que el joven Bagoas hiciera lo propio, pues Alejandro no lo despachó con la escolta de Crátero. Bailarín que no dejaba de practicar, Bagoas poseía una resistencia física que le sería muy útil en la travesía.

La flotilla real embarcó por el brazo norte del delta, pero el monzón volvió a soplar y se topó con un vendaval. Los barcos encallaron y varios naufragaron; los nativos huyeron y al principio resultó imposible encontrar guías autóctonos. Mientras esperaban, tuvo lugar un portento aún más aterrador que el vendaval: se retiraron las aguas. Como hasta entonces sólo habían conocido mares interiores, no sabían que por primera vez en sus vidas asistían a la marea menguante. Puesto que Grecia es zona sísmica, seguramente algunos habían oído hablar de la siniestra retirada que precede al tsunami. Después de varias horas de angustia las aguas retornaron y se mantuvieron dentro de los límites anteriores. Aunque los dioses fueron amables, nadie sabía lo suficiente para amarrar las naves encalladas, que sufrieron duras sacudidas. Al final, encontrados los timoneles y realizadas las reparaciones, Alejandro se dirigió a una isla cercana a la costa, en la que hizo un sacrificio en honor de los dioses que, según dijo, le había ordenado Amón. Por fin salió a mar abierto. Allí mataron dos toros y los arrojaron a las aguas en honor de Poseidón; junto con las libaciones, Alejandro ofrendó los cuencos dorados en los que las sirvió.

De todas maneras, sólo fue la mitad del acontecimiento que Alejandro esperaba celebrar. Debería haber sido el océano oriental, y su orilla el fin del mundo —la mejor recompensa de la falta de aliento y del dolor crónico a un lado del cuerpo. Corrían los días de su aniversario: había cumplido treinta y un años.

***

Como Alejandro había planificado esa marcha en razón de la ruta marítima, los intereses de la flota eran prioritarios. Los barcos griegos evitaban desplazarse por la noche, incluso por aguas conocidas; en éstas, donde hasta las estrellas eran desconocidas, navegar era impensable. Ya hemos mencionado su incapacidad de trasladar víveres para un período superior a unos pocos días; de ahí la necesidad de aprovisionarlos desde tierra y de protegerlos cuando tenían que varar. La marcha se vio obligada a seguir el litoral en lugar de buscar la ruta interior más directa. Mientras soplara, el monzón sería adverso a las naves y, en consecuencia, la marcha debía comenzar a principios de otoño. Aunque habían advertido a Alejandro sobre las condiciones desérticas, probablemente su experiencia india lo llevó a esperar de esa

estación mucho más alivio del que realmente disfrutaría: jornadas más frescas y agua de la que llenaba los torrentes de las montañas nevadas, como la que aún abastecía los ríos del Punjab. Ocupó el resto del verano en operaciones contra las tribus situadas al norte de la antigua desembocadura del Indo y en el emplazamiento de su desagüe actual a fin de asegurar los nuevos puertos. Este pueblo —los oreitianos— quedó bajo el mando de un sátrapa macedonio, encargado también de preparar un tren de provisiones para la expedición. En cuanto ésta partió, estalló una rebelión y el sátrapa fue asesinado. Sin duda los oreitianos saquearon las provisiones porque Alejandro no recibió nada y sólo más tarde le dieron una explicación de lo ocurrido.

Los miembros de la flota, que se internaron por aguas desconocidas, se sintieron alentados al saber que Nearcos —uno de los mejores amigos del monarca— se aventuraba a comandarlos… gracias a su impaciente insistencia, como él mismo escribió. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, la flota fue la que mejor suerte corrió. Sus penurias fueron terribles y grandes los peligros; no obtuvo de Alejandro los víveres que pretendía enviarle ni los pozos que se había propuesto abrir. Para sobrevivir, los marinos se convirtieron en piratas y atacaron por sorpresa las modestas viviendas de los aborígenes paleolíticos para apoderarse de sus escasos alimentos; acabaron la travesía quemados por el sol, demacrados, cubiertos de sal y convertidos en brutos irreconocibles, pero casi todos sobrevivieron. A Nearcos le quedaban doce saludables años de vida. Arriano afirma que, de todas sus fuentes, sólo Nearcos sostuvo que Alejandro no conocía todas las dificultades de la travesía. Y Nearcos era quien mejor debió saberlo: era el compañero de mando de Alejandro, con el cual había planeado la expedición, los acuerdos para los depósitos de alimentos, las estaciones de agua, las balizas y los puntos de encuentro. Casi con toda certeza Nearcos tiene razón: si Alejandro hubiese previsto los horrores que le aguardaban, no habría permitido que los seguidores del campamento se sumaran a la marcha, menos aún las mujeres y los hijos de los soldados. Tanto el Asia más próxima como la más lejana ya debían estar sembradas de las tumbas anónimas de esas pobres víctimas, de las cuales no todas habían elegido su sino; muchas mujeres de las ciudades caídas fueron llevadas por hombres de razas extrañas que no hablaban una sola palabra de su lengua y dieron a luz a sus hijos detrás del primer arbusto, para morir o seguir avanzando dificultosamente. De todos modos, ni las heladas bactrianas ni las fiebres indias habían infligido las pérdidas que iban a sufrir.

El ejército se puso en marcha con toques de trompeta. Los mercaderes fenicios lo siguieron porque les habían llegado rumores sobre la existencia de especias, una de sus mercancías más apreciadas. Al principio se vieron recompensados con gran cantidad de mirra y nardos, que perfumaron el aire gracias al roce de los pies de los soldados. Ya se habían internado por terreno inhóspito, cuyos espinos eran tan afilados que podían desmontar a un hombre. Pronto se convirtió en auténtico desierto

y seguían sin aparecer los convoyes de alimentos. Según estaba acordado, Alejandro envió destacamentos en busca de puertos, agua y forraje. Lo que encontraron sólo habría servido a la ciencia aún no nacida de la antropología; tal como coincidió posteriormente Nearcos, los habitantes costeros eran «*más bestias que hombres*»; no sólo tenían la cabeza, sino el cuerpo cubierto de pelo, en lugar de herramientas usaban piedras, se alimentaban de pescado crudo y bebían de pozos entre helechos que cavaban con sus uñas semejantes a garras: probablemente se trataba de un grupo aislado de hombres de Neanderthal. Cuando tierra adentro dieron con unas pocas vituallas, Alejandro cumplió la palabra dada a la flota y envió a la orilla un cargamento que debía quedar señalado por una baliza; durante el recorrido las hambrientas tropas del convoy abrieron los sellos y se comieron hasta la última migaja. Los oficiales informaron sobre las necesidades de los soldados, Alejandro aceptó las explicaciones y no castigó a nadie. Cada vez era más evidente que las naves tendrían que valerse por sí mismas; el macedonio ya tenía bastantes problemas con los que estaban a su cargo. Pasaron sesenta días de esta guisa: los más espantosos de toda su vida.

Arribaron a una inmensidad de colinas de arena blanda y acumulada por el viento, «en las que se hundieron como si pisaran barro húmedo o nieve virgen». Caballos y mulas se hundieron aún más que los hombres y pasaron todavía más dificultades, pues tuvieron que trepar por los surcos bajo un sol de justicia. El otoño no supuso temperaturas más frescas. Había agua a intervalos muy distantes; los exploradores anunciaban la distancia de cada marcha, aunque avanzaban de noche, a menudo amanecía antes de que llegaran y tenían que seguir como fuera o morir. Las mulas y los caballos que caían de agotamiento eran devorados en el acto y poco después se los empezó a sacrificar para alimentarse. Aunque fue informado, Alejandro hizo la vista gorda. Los reproches que se hizo a sí mismo quedan de manifiesto en su conducta. Al igual que después del asesinato de Clitos, no podía permitirse el lujo del aislamiento.

La pérdida de las bestias de carga y de los carros inútiles tuvo una penosa consecuencia: no había transporte para los enfermos ni para los insolados. Era imposible que los acarreasen hombres que apenas estaban en condiciones de caminar. Una vez caídos, se limitaban a aguardar la muerte: «*la mayoría se hundió en la arena como hombres perdidos en alta mar. Muchos encontraron la muerte al beber desaforadamente cuando dieron con agua; se solazaron y la contaminaron*». Más adelante, Alejandro optó por acampar a cierta distancia de las fuentes de agua, si bien no lo hizo hasta después de ocurrido el peor desastre de la marcha. Habían dado con el lecho de un ancho río por el que corría un hilillo estival de agua y acampado en las arenas. La lluvia que caía en las colinas lejanas provocó una riada repentina. En vez de producir el alivio esperado, resultó letal. Alejandro había declarado que pasarían una noche de descanso; las mujeres y los niños supervivientes se habían echado a

dormir cerca del lecho del río; sin aviso previo, el muro de agua arrastró a más de la mitad. Dedicaron el día siguiente, bajo un calor abrasador, a la tarea de buscar a los ahogados a fin de proporcionarles un mínimo rito funeral. Tal vez Alejandro también se habría ahogado si no hubiese estado despierto a pesar del cansancio; su tienda fue arrastrada por las aguas y perdió cuanto poseía, por lo que tuvo que depender de sus amigos hasta para una muda de ropa. Sin duda necesitaba los pequeños consuelos que se esfumaron; muy pronto comenzarían a afectarlo las privaciones. Aunque podía tener la certeza de que disponía de una buena montura, en esas condiciones no podía emprender una cabalgada de toda la noche y todas las responsabilidades recayeron en él. Por suerte, había llevado a Hefestión. ¡Ojalá éste hubiese vivido y escrito sus memorias! El valor de su apoyo, que los rivales jamás le reconocieron, queda de manifiesto en los honores que Alejandro le concedió posteriormente.

La columna siguió avanzando a duras penas, y los moribundos iban cayendo, gritando sus nombres por si cerca había algún amigo que pudiera oírlos antes de que descendieran los buitres. La desesperación mataba tanto como una plaga. Hasta entonces, Alejandro había montado a caballo y en ese momento debió de parecerle más que suficiente. Hizo lo que su personalidad le obligaba a hacer: desmontó y encabezó la marcha a pie.

Según Arriano, lo hizo «con gran dificultad y como mejor pudo». Este acto sitúa al incidente en la historia, pues no es probable que dicha observación se hiciera en época anterior. Arriano añade que desmontó para que las tropas soportaran más fácilmente el esfuerzo al ver que todos lo compartían; en resumen: hizo desmontar a todos los oficiales y no estaba dispuesto a ser la excepción a la regla. Durante una de las largas marchas que duró hasta bien entrado el calor del día, se le vio «muy afligido por la sed», como era de prever: el hombre que respira jadeando no puede cerrar la boca para evitar que entre el polvo. También debía de estar muy afectado por el dolor, pero ni lo mencionó. Su apuro era evidente; cuando algunos tiradores encontraron una charca minúscula en medio de un terreno pedregoso, recogieron el líquido en un casco y se lo ofrecieron deprisa a Alejandro. Fue un acto de abnegación al que el macedonio respondió con la misma moneda: les dio las gracias y tiró el agua. Arriano dice que fue un gesto tan positivo como compartirla para cuantos lo presenciaron. El relato es detallado y factual; tanto Tolomeo como Aristóbulo formaban parte de la expedición y Nearcos recibió la información enseguida. Entre los biógrafos existe la extraña tendencia a suponer que se trata de una anécdota traspasada por el hecho de que en el cruce del Oxo se produjo un incidente parecido. Más bien se podría decir que el segundo sustenta al primero. El incidente del Oxo tuvo que ver, básicamente, con su actitud habitual. Se ha repetido al infinito que, una vez superados otros rivales, Alejandro seguía siendo su propio enemigo, y en el desierto de Makran se vio casi obligado a ello. En el Oxo la situación en conjunto es

menos extremada y las penurias transitorias; no arroja el agua porque muy pronto habrá suficiente para todos, sino que la envía a los niños a los que estaba destinada; se trata de un joven en forma que se comporta como un buen oficial. En Makran permaneció en pie medio muerto, y respirar suponía un verdadero padecimiento, hecho que no pudo ocultar a quienes lo veían. Los soldados mueren como ganado, puede decirse que a causa de sus errores de cálculo, no quiere que lo vean aceptando privilegios que podrían haber salvado la vida de sus hombres; aunque la situación lo mate, no dejará de estar a la altura de su leyenda. Es la actitud típica de Alejandro. Si hay algo indiscutible sobre él, es que valoraba su orgullo más que su vida.

Afortunadamente, además del orgullo mantuvo la sensatez. Ordenar a los oficiales que desmontaran, hecho que lo hizo sentirse obligado a caminar, fue mucho más que un gesto. Guiados en lugar de montados, unos pocos caballos se mantuvieron en forma y pudieron trabajar en casos de emergencia. La expedición debió su supervivencia a esta previsión. Una violenta tormenta de polvo modificó los contornos de la zona y anuló los mojones por los que los guías se orientaban. No sabían guiarse por las estrellas y llegaron a la conclusión de que estaban perdidos. En ese momento de desesperación, Alejandro supo claramente que si daban vueltas estaban condenados. El mar se encontraba a la izquierda y podían llegar a él guiándose por el sol. Encabezó personalmente el equipo de reconocimiento con los últimos caballos en condiciones. Hombre tras hombre fueron cayendo cuando a las monturas les fallaron las fuerzas bajo el calor del mediodía. Alejandro llegó al mar con los últimos cinco. Cerca de la playa había un manchón verde; cavaron y encontraron agua dulce. Transmitieron la noticia al ejército, cuya ordalía tocó a su término. A partir de allí, los guías conocían el camino y pronto arribaron a territorio habitado.

Alejandro había mejorado los desastrosos anales de Ciro y Semiramis, a los que, según las memorias de Nearcos, tenía la ambición de superar; de todos modos, no los aventajó por mucho. Aunque logró llegar con más supervivientes, no dejó de ser un desastre. Lo produjeron dos factores: la información inadecuada sobre la ruta, hecho al que se refiere Nearcos, y la interrupción de los suministros. El sátrapa macedonio encargado de los víveres había muerto, contingencia de la que Alejandro se enteró cuando mandó que lo arrestaran. No buscó más víctimas propiciatorias para el resto del desastre, y tanto durante la marcha como después cargó con todos los problemas. Ni siquiera responsabilizó a los dioses.

Por fin llegaron abundantes provisiones de los alrededores y una vez en Carmania se ocupó de que sus hombres fueran agasajados, entretenidos y de que descansaran. Todas las fuentes hablan de un avance dionisíaco hacia la capital, con bebidas libres en cada alto; también sostienen que Alejandro viajó con sus amigos en una tarima adornada de púrpura y tirada por dos carros. Arriano apostilla que Tolomeo y

Aristóbulo omiten este último dato; empero, sería típico de Alejandro disimular de esta manera el hecho de que apenas le quedaban fuerzas para montar a caballo. Si la flecha malia le había dejado alguna esperanza de llegar a viejo, lo cierto es que la tiró, como el agua, sobre las arenas de Makran.

El único descanso que tuvo fue puramente fisico. Enseguida se enteró de que, mientras algunos sátrapas leales o prudentes recababan caballos, camellos y provisiones para él, otros se habían convencido de que no regresaría y habían abusado desaforadamente de sus poderes. Alejandro oyó a los testigos y se dispuso a impartir justicia, al tiempo que mantenía las fiestas y encontraba tiempo para participar en ellas. A este hecho debemos el extraordinario testimonio de la popularidad que había adquirido gracias a su comportamiento en el desierto, a pesar de lo mucho que sus hombres habían sufrido. Plutarco (apoyado por el narrador de anécdotas Ateneo) afirma que asistió a un concurso de danzas en el que Bagoas —que debió de ponerse en forma deprisa— se alzó con el premio. Con el traje de baile aún puesto, Bagoas cruzó el escenario en dirección a Alejandro, que lo hizo sentar a su lado. «*Ante lo cual los macedonios aplaudieron y le pidieron a gritos que lo besara, hasta que por fin lo estrechó en sus brazos y lo besó cariñosamente*». Esta anécdota habla bien de Bagoas, que sin duda debió abstenerse de todo lo que despierta el odio hacia los favoritos reales; y es aún más explícita sobre el profundo afecto que sentían hacia Alejandro y que en su indulgencia abarcaba cuanto éste valoraba, incluso su eunuco «bárbaro».

Por esas mismas fechas se presentó Crátero con su ejército multirracial, los elefantes, Roxana y varios sátrapas rebeldes o despóticos que detuvo en el trayecto. Por graves injusticias hacia sus súbditos, Alejandro condenó a muerte a un persa y a un macedonio, su rasero superó la difícil prueba de la igualdad de trato. Arriano dice que el principal motivo de que su gobierno fuese aceptado por los diversos pueblos conquistados respondía a que «jamás permitió que aquellos a los que encomendaba la tarea de gobernar los maltrataran».

Estos cuidados eran triviales en comparación con su preocupación por la flota, que seguía desaparecida. Había emprendido esa marcha para proveerla y protegerla y no había logrado ni lo uno ni lo otro; lo obsesionaba la idea de que todas esas vidas, entre las que se contaba la de un viejo e íntimo amigo, se sumaran al cómputo de víctimas. Finalmente un gobernador local llegó corriendo para dar la noticia de que la flota estaba varada pero en su impaciencia por ser el primero en llegar y cobrar la recompensa, el gobernador no les prestó ayuda ni transporte, de modo que nadie apareció. Furioso ante esas falsas esperanzas, Alejandro hizo arrestar al gobernador. Nearcos y unos pocos amigos se desplazaron como mejor pudieron y fueron auxiliados por algunos exploradores enviados a esperarlos, que en un primer momento los confundieron con vagabundos harapientos. Se dieron a conocer y fueron

llevados ante Alejandro, que abrazó a Nearcos y se echó a llorar, convencido de que eran los únicos supervivientes. Cuando supo que toda la flota estaba a salvo volvió a llorar de alegría y dijo que, puesto que su perdición habría anulado su buena fortuna precedente, para él esa noticia era más valiosa que la conquista de toda Asia. Pocos griegos cultivaban la *gravitas* romana y Alejandro no se contaba entre ellos; no obstante, esa escena sugiere la descarga nerviosa de un sistema debilitado que ha resistido tensiones casi insoportables.

Se celebró una fiesta de acción de gracias con una gran procesión. Aclamado como adalid y cubierto de guirnaldas, Nearcos cabalgó en primera fila al lado del rey. Entre los premios y ascensos, Peucestas —que en Multan había protegido a Alejandro con el escudo de Troya— recibió el reducido pero importante cargo de guardia real hasta que se le pudiese entregar su auténtica recompensa: la satrapía de Persia, en manos de un usurpador al que Alejandro aún debía hacer frente. Con la mayor parte del ejército, Hefestión fue enviado a Susa por la agradable ruta del litoral a fin de proporcionar un descanso aún mayor a los hombres del desierto. Si es que lo hubo, el descanso de Alejandro ya había terminado. Cabalgó hacia el interior real de Persia: la Pasargada de Ciro el Grande, la Persépolis de Darío el Grande. Las fuentes no precisan si llevó o no a Roxana. Lo acompañaron Bagoas y el filósofo indio Calano; a su manera, cada uno debió de mostrar su valía ante la difícil prueba del desierto. En Pasargada, el sátrapa de Media llevó ante Alejandro a un tal Baraxis, quizá pariente de la casa real, que en ausencia del macedonio se había proclamado rey. Alejandro lo hizo ahorcar y ejecutó a varios gobernadores que habían maltratado a sus vasallos. Su severidad no influyó en la tradición popular; en el romance persa se lo califica con el epíteto de «reparador de desagravios». Sin embargo, esa actitud fue aprovechada por los propagandistas atenienses y una vez más el crédulo Rufo Quinto Curcio, cotejadas las pruebas de primera mano, muestra hasta qué extremos estaban dispuestos a llegar.

En sus memorias, el arquitecto Aristóbulo narra lo impaciente que Alejandro se mostró por visitar la tumba de Ciro nada más conquistar Asia. Probablemente lo hizo mientras se encontraba en la cercana Persépolis, pues encomendó a Aristóbulo el inventario de su contenido: se trataba de un típico entierro real aqueménida, con un sarcófago de oro montado sobre una tarima y rodeado de ricas ofrendas sepulcrales, joyas, armas y suntuosas vestimentas. Alejandro siguió practicando el sacrificio tradicional de un caballo por mes al espíritu del héroe. La mayor parte del mausoleo sigue en pie y da testimonio de la precisa descripción realizada por Aristóbulo. Como precaución contra los profanadores de tumbas, los constructores estrecharon la entrada luego de introducir el sarcófago. A su retorno Alejandro la encontró violada y saqueada; incluso arrancaron fragmentos del sarcófago para hacerlo pasar y los huesos de Ciro estaban dispersos. Alejandro lo habría honrado incluso como enemigo (probablemente lo habría preferido a Darío); ese grave insulto a su héroe ideal (y al

de Jenofonte) lo enfureció. Los magos guardianes del santuario aseguraron no saber nada y tampoco se les extrajo dato alguno mediante tortura. (Tiempo después el delito fue rastreado hasta un macedonio). Aristóbulo describe con lujo de detalles las instrucciones que recibió para ponerlo todo igual a como lo había visto la primera vez —incluidas las cintas que ornaban la tarima— y a continuación tapiar la entrada. Una generación posterior de ladrones tuvo que cavar bajo el umbral.

Alejandro siguió hasta Persépolis, donde llevaron a su presencia al sátrapa usurpador Orxines. Éste había asumido el cargo a la muerte del sátrapa legítimo y sus súbditos lo acusaron ante Alejandro de «matar a muchos persas sin motivos» y de saquear templos y sepulcros reales, probablemente las tumbas de Persépolis talladas en la roca. Orxines fue condenado y ahorcado; le sucedió Peucestas, que estaba totalmente persianizado, hablaba el persa con fluidez y gozaba de una alta estima.

Evidentemente, la versión de Rufo Quinto Curcio se fraguó a muchísima distancia de Persia. Sin embargo, a menudo la calumnia se sustenta en un fragmento de la verdad y quizá sea cierto que Bagoas participó en el juicio de Orxines; había conocido y estaba en condiciones de identificar los tesoros palaciegos de Darío III, algunos de los cuales tal vez figuraban entre los bienes saqueados en los sepulcros. El relato de Rufo Quinto Curcio discurre por los siguientes derroteros: Orxines, sátrapa noble y virtuoso, dotado del espíritu del bien público, se hace cargo de Persia durante la ausencia de Alejandro; cuando éste regresa, Orxines se presenta y le rinde homenaje con una sucesión de magníficos regalos para él y todo su séquito… salvo Bagoas, a quien envía un mensaje en el que dice que no honra a los pervertidos sexuales. Después de este acercamiento típicamente oriental a un favorito real, el ingenuo y confiado Orxines espera una recompensa por su probidad. Poco después se abre la tumba de Ciro (en el texto se supone que por primera vez) y, siguiendo las mejores tradiciones de Esparta o de la Roma republicana, se descubre que el difunto monarca sólo ha sido enterrado con su vieja cimitarra, el arco y las flechas. Subyugado por Bagoas, Alejandro se cree la mentira según la cual Darío le había dicho que la tumba estaba llena de oro, el mismo oro que constituye la fuente de la riqueza de Orxines. Se lo condena por esta prueba; cuando se lo llevan, Bagoas se le acerca, y Orxines comenta desdeñosamente que en Persia es una novedad que un eunuco gobierne. ¡En la misma corte en que, menos de dos décadas atrás, un gran visir eunuco había ostentado el poder supremo y matado a dos monarcas! No es fácil rastrear con tantos detalles el proceso de difamación de Alejandro.

En Persépolis, Alejandro manifestó su pesar al ver las ruinas del palacio ennegrecidas por el fuego. Ya no debió de parecerle el punto culminante ideal para una fiesta de éxito. Al bajar hacia Susa lo aguardaba otra incineración. Calano, que en la India no había enfermado nunca, padecía una grave afección interna, quizá cáncer. Impaciente ante un final largamente postergado que perturbaba su serenidad, pidió a

Alejandro que lo dejase morir según su propia elección. El macedonio intentó convencerlo de lo contrario, pero fue imposible; sabedor de que, si se lo negaba, Calano se las ingeniaría hasta conseguirlo, Alejandro decidió hacerlo a lo grande. Al llegar a Susa encargó a Tolomeo que erigiera una magnífica pira. Desfilaron la caballería y los elefantes reales. Calano, que estaba demasiado débil para montar el caballo que le proporcionaron, fue trasladado en parihuela, al tiempo que entonaba himnos a sus dioses. Alejandro le había proporcionado ricas ofrendas fúnebres que arderían con él, pero Calano las repartió entre amigos y discípulos, pues en la muerte no necesitaba más posesiones que en vida. Dijo a los presentes que se regocijaran en lugar de llorarlo y se tendió en la pira. Cuando la encendieron, Alejandro ordenó el toque de trompetas y que los elefantes entonaran el barrito real, pero no fue necesario ahogar ningún grito, pues Calano ardió sin inmutarse. Arriano afirma que Alejandro estaba afligido en virtud de la amistad y que los demás «no experimentaron nada, salvo un gran estupor». De todos modos, la borrachera posterior sugiere una reacción intensa. Como de costumbre, Alejandro fue capaz de irse a la cama por su propio pie (ni siquiera las fuentes más hostiles dicen que tuvieran que llevarlo), aunque más de treinta hombres murieron «de frío», probablemente porque acabaron tumbados bajo las mesas en una noche de invierno.

Tanto Arriano como Plutarco aluden a una anécdota según la cual los amigos fueron a despedirse de Calano cuando se acercó a la pira. El indio no quiso despedirse de Alejandro y dijo que volverían a encontrarse en Babilonia.

El reencuentro con Nearcos y la flota, que llegaron por el río, fue una celebración más feliz; los integrantes de esa odisea plagada de sufrimientos merecieron un festival. Repartieron recompensas al valor en India y Hefestión fue elevado por encima del tan valorado Crátero y nombrado chiliarco jefe: en términos persas, gran visir. Hasta entonces, ningún cargo conllevaba precedencia absoluta después de Alejandro; el macedonio había salvado las rivalidades anteriores diciendo que Crátero era amigo del rey y Hefestión de Alejandro. Sin embargo, la ordalía compartida deja huellas en cualquier relación humana y ese tributo sin duda se hacía eco de los sentimientos de Alejandro después de la marcha por el desierto. El hecho de que Crátero lo aceptara sin resentimientos queda de manifiesto en la confianza absoluta que Alejandro le dispensó hasta el fin de sus días.

En Susa destituyó a varios sátrapas más que no eran de fiar, los ajustició cuando comprobó que habían cometido delitos o si eran demasiado peligrosos. En conjunto, los reemplazos fueron con más frecuencia macedonios en lugar de persas, hombres que habían demostrado sus aptitudes para el mando. Aunque las elecciones fueron correctas, pronto desaparecieron las esperanzas griegas de que Alejandro descartara las «costumbres bárbaras». Impulsado por una especie de apremio creativo, como tantos hombres geniales de corta vida, Alejandro pensaba en una nueva generación en

la cual dichas distinciones desaparecerían.

Antes de partir hacia el este, había dejado en el palacio de Susa a Sisigambis, la reina madre, y a sus nietos. El niño, que en esa fecha rondaba los catorce años, no vuelve a aparecer en la historia; seguramente se incorporó a la nobleza iraní durante las guerras de sucesión. Sus dos hermanas estaban en edad núbil. Alejandro contrajo matrimonio con la mayor en una ceremonia de tal magnitud que a partir de entonces sólo se la pudo considerar como su esposa principal. La ceremonia fue mucho más que una boda; a diferencia del incendio de Persépolis, fue una auténtica proclama. Otras ochenta parejas compartieron la celebración; oficiales importantes y amigos a los que dio, además de generosas dotes, muchachas de las familias de más alcurnia de Persia.

Sin duda Roxana estaba en la ciudad. No se sabe qué dijo pero, después de la muerte de Alejandro, escribió con sangre sus pensamientos. Aguardó el momento oportuno. Ni los novios elegidos ni los parientes de las novias elegidas pusieron objeciones: bastó con la voluntad de Alejandro. Su propia novia se llamaba Estateira (nombre que le venía de la madre) o Barsine; las fuentes difieren. Su hermana Dripetis fue entregada a Hefestión; Alejandro quería que entre ambos existieran lazos de parentesco a través de sus hijos. Crátero se casó con una sobrina de Darío; Tolomeo, con una hija de Artabazo; Nearcos, con una nieta habida de la unión entre el general griego Memnón y la otra Barsine, presunta (aunque improbable dada su edad) madre del dudoso pretendiente al trono. Esta lista demuestra que en todo momento los hijos de Espitámenes —el jefe guerrillero muerto— vivieron bajo la protección de Alejandro. La hija de Espitámenes fue dada a Seleuco, que, a diferencia de casi todos los demás, no la abandonó a la muerte de Alejandro ni la descartó para celebrar un matrimonio más conveniente; esta mujer se convirtió en reina y en madre de una dinastía.

Cares, el chambelán de la corte, escribió un libro de anécdotas titulado Anécdotas de Alejandro; entre los fragmentos que sobreviven figura el relato del banquete de bodas. Sobre el amplio estrado que había delante del palacio se erigió un pabellón de 800 metros de diámetro. Las columnas tenían 8 codos de altura (la medida del codo era variable, seguramente las columnas se alzaban unos nueve metros) y estaban enjoyadas y doradas. Barras doradas sustentaban cortinas laterales con dibujos. Había cien sofás con patas de plata para los principales invitados; las alfombras eran de color púrpura, escarlata y oro. Arriano afirma que los esponsales se celebraron a la manera persa; instalaron sillas para los novios según su categoría; después de los brindis de rigor, entraron las novias y cada una tomó asiento al lado de su novio, que le cogió la mano y se la besó, siendo Alejandro el primero. El ejército y los invitados menos importantes fueron agasajados en el patio exterior. Alejandro incluso proporcionó los aposentos nupciales, hasta los armazones de las camas chapados en

plata (el real era de oro). Según Cares, el banquete duró cinco días y actuaron los exponentes más famosos de todas las artes. Alejandro volvió a honrar al actor Zetalo, que tiempo atrás había corrido tantos riesgos por él en Caria. Los súbditos aliados enviaron coronas de oro por la friolera de 15 000 talentos; probablemente esas obras maestras fueron fundidas para hacer frente a unos gastos aún más descomunales.

Aristóbulo afirma que Alejandro también se vinculó con la más antigua estirpe real de Oco al contraer matrimonio con su hija Parisatis. Si lo hizo, no es probable que la boda se celebrara en esa misma ocasión a no ser que la celebrase el día posterior al festín. Alejandro era sensible al ridículo y el único precedente de bigamia real simultánea lo había sentado Dionisio de Siracusa, tirano muy impopular y frecuentemente satirizado. Tolomeo, que formaba parte del grupo nupcial, no dice una sola palabra sobre esos esponsales. De todas maneras, no se entiende por qué Aristóbulo se lo inventaría.

La proclama de las bodas fue a la máxima escala. Alejandro regularizó y dotó los matrimonios de todos los soldados rasos que habían tomado concubinas persas: alrededor de 10 000. Unos cuantos estaban casados en Macedonia; sea como fuere, legitimó a los hijos de esas uniones, a los que consideraba bajo su protección.

De su relación con Barsine-Estateira se sabe aún menos que de la que sostenía con Roxana. El único hecho demostrado es que al año siguiente, cuando Alejandro murió en Babilonia, Roxana estaba allí, mientras que Estateira se encontraba en Susa. Al recordar su poca estatura, conviene señalar que Darío, hombre muy alto, se había casado con su hermanastra; por consiguiente, es probable que esa característica familiar se transmitiese. El nombre Roxana significa «pequeña estrella».

Entre los amigos de la infancia de Alejandro premiados con las novias de más alcurnia brillaba por su ausencia un rostro: Hárpalo había huido. Durante la ausencia de Alejandro, se había desplazado a Babilonia con la enorme colección de tesoros y se había hecho cargo de la casa de la moneda. Era un esteta y había descubierto en su interior un amor por la abundancia semejante al de Alejandro; la diferencia en la posesión del dinero debió de parecerle trivial teniendo en cuenta que había tanto. Más que oprimirlo, había fastidiado al pueblo, que se ofendió por tener que rendir honores semidivinos a dos cortesanas atenienses a las que Hárpalo colocó sucesivamente como si fueran miembros de la realeza. No sabemos si contaba con la muerte de Alejandro o, simplemente, con su indulgencia. Habían sido muy amigos, y Hárpalo se mantuvo a su lado durante su desgracia y su exilio, actitud que Alejandro jamás olvidó. Pese a sus descomunales malversaciones, gracias a la confesión y el encanto, el pecador probablemente sólo habría sufrido un ligero castigo si hubiera mantenido la sensatez. Perdió el rumbo cuando se enteró de la purga de los sátrapas desleales y huyó a Grecia con 6000 talentos en metálico, 30 barcos —con toda probabilidad comprados en Asia Menor— y unos 6000 mercenarios griegos de la misma

procedencia. Con anterioridad había enviado barcos con grano a Atenas para aliviar la escasez y, confiando en que contaría con la buena voluntad de la ciudad, había desarrollado un plan descabellado para financiar una rebelión. Gastó más de 300 talentos en sobornos a los políticos (Demóstenes se quedó con la mayor parte, lo que supuso su posterior caída). Después de complicadas intrigas, los atenienses se mostraron contrarios a la rebelión pero se quedaron con el dinero. Olimpia, enemiga aún más temible que el propio Alejandro, ordenó el arresto de Hárpalo, que huyó por mar con sus hombres, uno de los cuales lo asesinó en Creta, sin duda para quedarse con el oro. Si Alejandro hubiese hecho el más mínimo esfuerzo, probablemente lo habría detenido y el juicio de Hárpalo no habría sido más que una mera formalidad; a pesar del desencanto, sin duda aún perduraba parte de la antigua gratitud. De todos modos, la ofrenda de *Agen* —una farsa satírica sobre Hárpalo y sus reinas diosas, con algún toque a los atenienses y a Alejandro en tanto *deus ex machina*— por parte de un dramaturgo de la corte no fue mal acogida, pues aún sobreviven algunos fragmentos.

Después del reparto de las dotes, en Susa abundaba el dinero y los comerciantes que vivían de los soldados consideraron oportuno saldar sus ruinosas deudas. Las tropas habían vivido con las riquezas y la temeridad de los bucaneros. Ahora tenían problemas y en uno de sus gestos magnánimos Alejandro anunció que saldaría todas las deudas. Lo aceptaron con nuevos recelos. Alejandro no sólo había adquirido una esposa persa en Susa sino, automáticamente, una corte persa; por añadidura, había introducido soldados persas en los regimientos más selectos. Los macedonios se sintieron desairados. Su jefe era y debía seguir siendo su Alejandro, no el gran rey de los bárbaros. Corrió el rumor de que había hecho esa oferta para averiguar, con fines disciplinarios, qué soldados gastaban más de lo que ganaban. Los nombres tardaron en aparecer. Cuando Alejandro conoció los motivos, se sintió herido en sus sentimientos y en su orgullo. Declaró con gran dignidad que el monarca jamás debía mentir y que sus súbditos no debían suponer que lo haría. Era un sentimiento tan persa que podría haber emanado de Ciro. De todas maneras, Alejandro lo respaldó con pruebas. Se borraron las anotaciones en las tablas de dinero y se pagó a todo aquel que presentó un título de deudor, con la certeza de que nada quedaría registrado. A Alejandro le costó 10 000 talentos, parte de ellos reclamados con documentos falsos, y de momento recuperó la confianza de sus soldados. De todos modos, el amor propio de la tropa pronto volvería a recibir una sorpresa.

Cinco años antes, durante su estancia en Bactriana, Alejandro había elaborado un proyecto que para entonces maduró: en las diversas provincias alistaron 30 000 muchachos persas, los adiestraron en el empleo de armas macedónicas (en el cual aparentemente se incluía la enseñanza del griego) y les proporcionaron vestimenta macedonia. Ese ejército en cierne ya estaba maduro y se trasladó a Susa para que

Alejandro le diese su aprobación. Los muchachos, que rondaban los dieciocho años, fueron elegidos uno por uno por su porte y su constitución física. Cuando desfilaron ante Alejandro con sus bonitas panoplias, el macedonio quedó tan satisfecho con su boato y su brío que en un momento de descuido los llamó sus sucesores.

¿Cuántos de esos jóvenes, medio siglo más tarde, contaron a sus nietos que en sus mocedades, en la lejana Susa, contemplaron a Sikandar con sus propios ojos? Así es como nacen las leyendas. Ajados por la intemperie, agobiados y cubiertos de cicatrices, los veteranos de la India contemplaron con amargura el lucido desfile. Ya había demasiados persas en el ejército. La esposa de campaña había estado muy bien en Bactriana, pero una boda real persa era algo muy distinto. Detestaban ver que un buen militar macedonio como Peucestas se instalaba alegremente en la corte de un sátrapa con el beneplácito del monarca, hablaba persa como los nativos y tenía el descaro de pasearse en pantalón. Se habían puesto furiosos cuando un regimiento mixto en el que había macedonios quedó bajo el mando de oficiales persas. Y ahora aparecía todo un cuerpo de persas helenizados, que hacían gala de vestir sus prendas y de exhibirse con sus armas. No vieron allí a los sucesores de Alejandro, sino a los propios; el monarca «concebía todos los medios posibles de hacerlo sin macedonios» y «se estaba barbarizando totalmente». Aunque las viejas quejas y las nuevas se mezclaron coléricamente, la disciplina se mantuvo.

Según sucedieron las cosas, en ese momento Alejandro estaba ocupado con los griegos como un griego más. Había enviado emisarios a las ciudades de la Liga de Corinto —los estados que originalmente lo nombraron jefe militar— para exigirles que le rindieran honores divinos.

En la historia existen arraigados errores de interpretación que la verdad no logra corregir. Siempre habrá quien crea que Canuto hablaba en serio cuando ordenó que cambiara la marea, a pesar de que sus contemporáneos sabían muy bien que se trataba de una lección moral, y quien siga suponiendo que esa petición de Alejandro marca el inicio de su megalomanía. Esos honores no sólo le fueron voluntariamente ofrecidos años atrás por varias ciudades liberadas de la Grecia asiática, sino que a menudo le fueron conferidos a hombres con méritos menores. Hacía menos de un siglo, los oligarcas de Samos se los concedieron a Lisandro, el brutal general espartano, por haber mantenido su tiranía. En un momento de sensiblería, Hárpalo incluso organizó el culto póstumo de su primera hetaira como Afrodita, y se rieron de él en lugar de apedrearlo por blasfemo. Por muy solemnemente que fuesen concedidos, los honores divinos no suponían inmunidades ni derechos específicos. Para los intelectuales racionalistas de la época eran una distinción importante, como el premio Nobel, para las multitudes para las que la religión aún tenía significado, daban a entender que el destinatario se había elevado por encima de las limitaciones normales de la humanidad, hasta el extremo de que los dioses habían tenido alguna participación.

Las leyendas sobre el nacimiento, que después de su muerte tan rápidamente le atribuyeron a Alejandro, no fueron propaganda sino hagiografía.

Como solía hacer tan a menudo, el macedonio pensaba simultáneamente a dos niveles. En su seno notaba la chispa divina encendida por Amón. En lo objetivo, necesitaba por razones estrictamente políticas la posición que ese reconocimiento le proporcionaría. No reclamó honores divinos en Persia ni en Macedonia, sitios en los que, por diversos motivos, lo habrían comprendido; en Egipto ya contaba con ellos y los quería en Grecia, donde le serían provechosos. Los obtuvo sin dificultades, no en virtud de que en la Hélade hubiese inspirado la menor veneración, sino porque los políticos griegos eran profundamente cínicos. Respetaban el poder. Hasta Demóstenes restó importancia a la cuestión diciendo: «Dejemos que Alejandro sea hijo de Zeus. Y, si le apetece, también de Poseidón». Se organizó para la siguiente primavera la partida de embajadas religiosas con los tributos rituales. Alejandro no las esperó y pasó de inmediato a su verdadero propósito. Pese a su inconstitucionalidad, ordenó imperiosamente que las ciudades aceptasen el retorno de sus exiliados.

Nadie más podría haberlo hecho. Los exiliados eran consecuencia de las enemistades mortales. Las disputas partidistas en las ciudades-estado griegas se remontaban al período anterior a los tiranos del siglo VI a. C., a los que habían instalado en el poder. Después de cada golpe de estado del siglo V a. C., los cabecillas del partido desbancado eran desterrados por temor a que se desquitaran de sus enemigos. Lo mismo ocurría, a menudo, con los rivales muy poderosos; algunos se habían vengado desquitándose con su país, como el funesto Alcibíades. Otros habían acogido con los brazos abiertos a los invasores extranjeros a cambio de apoyo. Las luchas habían continuado a lo largo del siglo IV a. C. y el Asia griega estaba llena de exiliados. Los 50 000 mercenarios de Darío se componían, en parte, de exiliados. Aunque hubiese querido apartar de su mente ese problema, últimamente Alejandro se había enterado de que Hárpalo había congregado a no menos de 6000 exiliados desesperados para su desatinado proyecto. Y aún quedaban unos 20 000 abandonados a su suerte, presas fáciles de cualquier aventurero en condiciones de alimentarlos. La exigencia de retorno de Alejandro significaba, lisa y llanamente, el retorno con inmunidad; los vulgares asesinos y los profanadores de templos estaban excluidos. Cuando el heraldo difundió la noticia en los siguientes juegos olímpicos, los vítores fueron ensordecedores. En conjunto funcionó, lo que evitó muchas desdichas. Empero, en las ciudades se produjeron algunas perturbaciones. En esa sociedad individualista supuso recuperar al enemigo personal, que sabía exactamente quién había provocado su caída; el hombre esperaba el momento oportuno y, con él, sus hijos. En algunos casos supuso la desagradable devolución de sus tierras. Por último, y lo que es más importante, socavó la política de Antípatro en los estados sureños.

Éste había garantizado su subordinación a Macedonia apoyando muchos gobiernos oligárquicos severos, los cuales habían expulsado grandes cantidades de exiliados. Luego de una larga y ajetreada ausencia, Alejandro se puso en contacto con el oeste, hizo saber firme aunque cortésmente que no estaba de acuerdo con todo lo que se había hecho en su nombre.

En la primavera de 34 a. C., después de varios meses dedicados a esas actividades, puso rumbo hacia el bello palacio en las colinas de Ecbatana, residencia estival de los monarcas persas. Probablemente sintió la necesidad de descansar. Sea como fuere, experimentó uno de sus anhelos: explorar el Tigris; haría la primera etapa en barco mientras el ejército marchaba a las órdenes de Hefestión. Se encontrarían en Opis antes de dirigirse a las colinas. Dicha ciudad ribereña está en la vía real que llega al Mediterráneo y allí Alejandro se proponía licenciar a los veteranos más viejos con altas bonificaciones por los prolongados servicios prestados. Aunque lo obligaba a desviarse mucho, consideraba impensable que otra persona los despidiera.

Luego de un par de semanas de ocio casi sin precedentes, semanas en las que su actividad consistió en ocuparse de que limpiaran las vías navegables, Alejandro arribó a Opis y organizó el desfile. Durante su breve ausencia, los macedonios que marchaban tuvieron tiempo de elaborar sus quejas. Liberados de la desagradable perspectiva de la campaña del Ganges y descansados después del fácil regreso al oeste con el contingente del interior, los veteranos con siete décadas de vida a las espaldas no tenían el menor deseo de ser licenciados, lo consideraron un agravio debido a las tendencias bárbaras de Alejandro y recabaron la solidaridad de sus compañeros. Confiado, Alejandro trepó a la tarima del recinto del desfile y agradeció sus leales servicios. Acababa de prometerles bonificaciones que se convertirían en la envidia de sus vecinos cuando sobre su cabeza estalló la tormenta. Su voz se perdió en medio de los furiosos gritos de las tropas, que chillaron: «¡Puedes licenciarnos a todos!» y «¡Vete de campaña con tu padre!».

Era el mismo tipo de situación en la cual los emperadores romanos morían como verracos asesinados o, si eran lo bastante fuertes, restablecían el poder con un baño de sangre a base de diezmos, decapitaciones y azotes a muerte. Alejandro se limitó a saltar de la tarima y caer en medio de la multitud vociferante.

Los generales saltaron tras él. (Hefestión tuvo que ser el primero pues se encontraba de pie a su lado). Si lo hubiesen rodeado, los generales no habrían podido hacer nada, salvo morir junto a Alejandro. Pero nadie lo tocó. Fue de un lado a otro, señaló a los cabecillas (al menos eso dice Arriano, y Tolomeo debió de estar en medio del gentío) y ordenó su detención. Cuando se los llevaron, nadie puso reparos. Volvió a la tarima y pronunció un discurso. El ejército lo escuchó. No sabemos si en el poco tiempo que le quedaba de vida consideró este episodio más sobresaliente que

la toma de la roca sin pájaros. Es posible que, lisa y llanamente, diera por sentado lo que ocurriría.

Sería extraño que ese discurso no quedase grabado hasta la ancianidad en la memoria de Tolomeo. Es extraordinario, con un ímpetu natural muy distinto a los rasgos fríos y barrocos de las composiciones de Rufo Quinto Curcio; merece la pena leerlo completo en Arriano. Dijo a los soldados que, si querían, podían licenciarse, pero antes convenía que recordasen que Filipo y Alejandro los habían arrancado de la pobreza de los pastores montañeses acosados por enemigos cercanos («que os daban un miedo pánico») para convertirlos en amos del mundo. Fue una resonante sucesión de victorias. Los desafió a que mencionaran cualquier riqueza o penuria que no hubiese compartido con ellos. («*Fijaos… Si alguno de vosotros tiene cicatrices, que las muestre y yo le enseñaré las mías. No hay una sola parte de mi cuerpo sin señales… al menos por delante*»). Les recordó que mientras los condujo nadie había muerto en plena huida. Luego de una resonante perorata, les propuso que retornaran a Macedonia y se jactaran de haberlo abandonado entre las razas que juntos habían conquistado. «Cuando lo contéis, os haréis famosos entre los hombres y seréis un placer para los dioses… ¡Idos de una buena vez!». Abandonó la tarima, regresó a los aposentos reales y dio un portazo.

Había causado impacto. Sin saber qué hacer, los macedonios deambularon por el campamento. Nadie se fue. Alejandro no apareció en dos días. Después, los soldados vieron que entraban persas. Corrieron los rumores. Alejandro había hecho caso de las palabras de sus tropas y se disponía a reemplazarlas. Junto a los grandes regimientos macedonios tradicionales —los compañeros infantes, los escudos de plata, los compañeros de caballería— se crearían cuerpos persas que portarían esas designaciones. Sólo tenían derecho a darle el beso de saludo los que estaban emparentados con él (los parientes reales de los persas y sus compañeros de bodas). En ese momento los soldados rasos macedonios, muchos de los cuales se habían sumado al griterío arrastrados por el entusiasmo multitudinario, imaginaron que, antes de que tuvieran tiempo de llegar al mar, los jóvenes sucesores marcharían bajo sus viejos estandartes.

Entonces se desencadenó el punto culminante de ese episodio extraordinario. Como un solo hombre, los macedonios corrieron hasta la terraza real. Arrojaron las armas y los escudos en señal de rendición en el campo de batalla. Convertidos en suplicantes desarmados, se apiñaron ante las puertas y suplicaron que los dejasen entrar. Se comprometieron a condenar a los incitadores, juraron permanecer allí día y noche hasta que Alejandro se apiadara de ellos. El monarca salió un rato más tarde. Para entonces el ejército lloraba y Alejandro no pudo contener las lágrimas. Dio unos pasos al frente y se quedó sin palabras. Callines, oficial de caballería, fue el primero en hablar. Dijo que les dolía que hubiese convertido a los persas en sus parientes, con

derecho a besarlo, privilegio del que ningún macedonio había disfrutado.

> *Alejandro replicó: «Pues os convierto a todos en mis parientes y a partir de ahora así os llamaré». En cuanto lo dijo, Callines se acercó y lo besó y lo mismo hicieron todos los que lo deseaban. Los soldados volvieron a coger sus armas y regresaron al campamento lanzando vítores y entonando himnos triunfales.*

Tal como habían acordado, condenaron a muerte a los instigadores del motín. Arriano comenta que Alejandro ordenó su detención, «porque para entonces su humor había empeorado»; este hecho arroja una luz sorprendente sobre su tolerancia anterior, aunque probablemente es cierto; la fatiga creciente y el dolor repetido contribuyen a la irritabilidad. En *The Mint*, T. E. Lawrence dice: «Después de la caída del Handley en Roma, la radiografía mostró una costilla peluda como las púas de un cepillo de dientes contra la pared del pecho y las sacudidas del pulmón lanzaban sobre mi corazón el dolor de esa delgada daga». La pared torácica de Alejandro estaba perforada, es más probable que su costilla tuviera clavos en lugar de púas y con toda seguridad la radiografía habría dejado sorprendido a un especialista en cirugía torácica. Fuera cual fuese su cólera reciente, las secuelas conmovieron profundamente su lado romántico. Había hecho las paces como si se tratara de una disputa entre amantes, pero fue necesario un gesto aún más grande. Con su mezcla habitual de dramatismo y espíritu práctico, ofreció una acción de gracias pública celebrada por videntes griegos y magos persas, seguida de un enorme festín de reconciliación que tuvo lugar al aire libre. Todos los macedonios (sin duda Arriano se refiere a los oficiales) se sentaron a su alrededor; luego estaban los persas y las tropas auxiliares extranjeras, que ocuparon sitios de preferencia según su historial militar. Alejandro y sus camaradas bebieron de la misma copa de la amistad. «*Rezó para obtener todo tipo de beneficios y en pro de la armonía, sobre todo entre griegos y persas en su tierra común. Se dice que nueve mil personas compartieron el festín*».

Después, 10 000 mercenarios entrados en años fueron afectuosamente despedidos se les abonó el tiempo que duraba el viaje y se les dio un botín de un talento por cabeza. Alejandro asumió la protección de los hijos de sus esposas de campaña; sabía cómo serían sus vidas en Macedonia en tanto bastardos extranjeros y se comprometió a criar a los varones como macedonios y buenos soldados. Se los presentaría a sus padres cuando fueran adultos. ¿Y por qué no? Sólo tenía treinta y dos años.

La partida de los veteranos contenía un acto de gran significación política. Se fueron bajo el mando de Crátero, que según se decía estaba enfermo (quizá lo estuviera realmente, pues se le proporcionó un sustituto por si se encontraba incapacitado); pero en realidad tenía el encargo de asumir la regencia de Macedonia.

Antípatro había ejercido esa función desde la infancia de Alejandro, en las ausencias de dos monarcas sucesivos, salvo en los casos en que la ostentó Alejandro.

Durante diez años había sido el amo virtual de Grecia. En ese momento recibió la orden de salir de Macedonia con el destacamento de tropas nuevas. No sabemos qué planes tenía Alejandro para él porque no se encontraron. Quizás Alejandro sólo pretendía separarlo de Olimpia, del mismo modo que en otra ocasión había aislado transitoriamente a Crátero y a Hefestión. Las fricciones constantes entre la reina y el regente eran vieja historia y se habían acumulado nuevos problemas. Había que tener en cuenta la reintegración de los exiliados expulsados por los regímenes títeres de Antípatro; así como su constante amistad íntima con Aristóteles, del que Alejandro se había apartado desde la conspiración de los escuderos. Aunque perversa, Olimpia no era tonta y quizás envió a su hijo información que éste tomó muy en serio. Arriano afirma que en ningún momento Alejandro manifestó ningún rencor hacia Antípatro, que, de todos modos, se alteró profundamente cuando recibió al mensajero real. Mientras Crátero atravesaba Asia al ritmo tranquilo que exigían su salud y la de sus veteranos, el regente enviaba a su hijo Casandro para que defendiese su causa. Ambos hombres debieron de cruzarse por el camino y el encuentro no debió de ser muy amistoso.

Entretanto, Alejandro continuaba su desplazamiento de Opis a Ecbatana; en este punto Arriano, de cuyos textos sobrevive la práctica totalidad, presenta un hueco frustrante en una importante anécdota humana. Después del rasgón, el texto dice: «… Hefestión. Se dice que, cediendo a pesar suyo, Hefestión se reconcilió con Eumenes; él involuntariamente, Eumenes de buena gana». Podría deducirse que dichas palabras correspondieron a Alejandro. Plutarco, embrollador empedernido cuya cronología prácticamente no existe, afirma que durante la campaña de la India, Hefestión y Crátero desenfundaron las espadas y estaba a punto de estallar una lucha entre facciones cuando Alejandro se acercó a caballo y la cortó, regañando públicamente a Hefestión y a Crátero en privado. El curso de los acontecimientos posteriores da más visos de probabilidad a que este incidente forme parte de la disputa de Hefestión con Eumenes.

Eumenes era un griego distinguido, uno de los novios de las bodas de Susa. Había sido secretario privado de Filipo y luego de Alejandro y con éste también había tenido mando en campaña. Era un hombre astuto y capaz, que luego participó activamente en las guerras de sucesión. Tuvo un ligero roce con Alejandro que supuso graves consecuencias para la historia. Después de la marcha por el desierto, Alejandro se quedó sin una provisión de dinero inmediata y pidió a los amigos que hicieran una colecta. La colaboración de Eumenes fue muy escasa; Alejandro se molestó porque todos sabían que devolvía esos favores con intereses. Con sencillo —por no decir tosco— humor macedónico, dispuso que la tienda de Eumenes se incendiara a fin de observar qué se salvaba. El rescate equivalía a 1000 talentos en metálico, lo que supone una inmensa fortuna; sin embargo, ardieron los archivos y la

correspondencia real, pérdida de la que los estudiosos aún sé lamentan. Si ya sentía aversión por Hefestión, tal vez Eumenes lo habría responsabilizado de esa idea. Más adelante, cuando Susa se llenó hasta los topes para las celebraciones, Hefestión —que a la sazón ocupaba un alto cargo— alojó a un músico visitante en la casa que Eumenes había reservado para sí; tuvieron una discusión y no podemos atribuir la responsabilidad a nadie porque no sobreviven más detalles. La enemistad debió de continuar latente durante la marcha a Opis y, por lo que parece, estalló impetuosamente en el incidente que falta en los textos de Arriano. Tal vez Alejandro perdió los estribos —sobre todo si pensó que la división de las tropas había contribuido al motín— o quizás actuó después de una serena evaluación a fin de evitar una pelea peligrosa. El relato de Arriano sobre las palabras del macedonio es mucho más valioso que el de Plutarco, quien dice —en su versión de la anécdota a través de Crátero— que Alejandro recordó a Hefestión a quién le debía su posición y que amenazó con matar a todo aquel que volviera a dar pie a la reyerta. Sería muy interesante saber qué ocurrió realmente, sobre todo a la vista de los resultados.

En compañía de la corte —incluida Roxana pero no Barsine-Estateira (seguramente se quedó con su abuela en el harén de Susa)—, Alejandro cabalgó hacia Ecbatana, contemplando durante el recorrido las caballadas reales y un desfile de «amazonas» organizado por un sátrapa local, al que en una ocasión le había hecho varias preguntas sobre esta raza legendaria; tal vez la idea de las amazonas resultaba de interés para su naturaleza bisexual. Las amazonas se presentaron, clásicamente correctas hasta en el seno derecho desnudo y armadas con la pequeña hacha tradicional. Aunque realizaron gallardas maniobras, Alejandro pensó que esas armas no usuales de poco les servirían ante los soldados sedientos de sexo e hizo que se las llevaran del campamento escoltadas.

Ecbatana, la bella ciudad románticamente descrita por el infatigable viajero Herodoto, tuvo que ser una fría morada para el último invierno del pobre Darío, pero ahora había alcanzado su perfección estival. Aunque ocupado con planes para el futuro (quería explorar el mar Caspio con la esperanza de encontrar un paso por el nordeste hasta la India), Alejandro por fin se relajó en ese paraíso persa. La palabra es persa y significa bello parque. Siempre remiso a quedarse de brazos cruzados, invitó al habitual grupo de artistas distinguidos y celebró concursos, banquetes y juegos. Sin duda el alcohol fluyó libremente, aunque no más que en otras ocasiones. Conviene recordar que el patrón de conducta de los bebedores empedernidos es básicamente repetitivo en cuanto alcanzan el punto de desinhibición. Si Alejandro se hubiese vuelto cada vez más adicto, sin duda habría referencias a estallidos de violencia semejantes al que provocó la muerte de Clitos. Podemos deducir que su penitencia fue más que transitoria y que le dio una dolorosa lección.

Durante las celebraciones, Hefestión cayó enfermo de unas fiebres, pero una

semana después estaba mejor. Alejandro dejó el palacio para presidir una prueba atlética para varones. Le llegó el mensaje de que súbitamente Hefestión había empeorado. «Dicen que el estadio estaba lleno a rebosar»; dejó boquiabiertos a los asistentes ante su repentina partida y corrió al lecho del enfermo, pero llegó demasiado tarde.

Alejandro había desarrollado una fortaleza invulnerable ante el peligro, las heridas, las condiciones climáticas extremas, las penurias, la fatiga, la enfermedad, el peso de las responsabilidades y el temor a su propia muerte. Este golpe lo alcanzó donde carecía de defensas y su razón apenas lo resistió. Permaneció junto al cadáver un día y una noche, hasta que los amigos se lo llevaron a rastras; pasó tres días tendido, llorando o mudo, en ayunas e inabordable. Se convirtió en amarga realidad la tragedia que había representado en Opis para impresionar a los soldados. Cuando se levantó se entregó a un duelo desaforadamente extravagante. Se cortó el pelo, como Aquiles por Patroclo (el tributo habitual era un solo mechón que se ataba a una corona). Hizo recortar las crines y las colas de los caballos y retirar los adornos de las murallas de la ciudad.

Las fuentes no dan razones que permitan suponer que los amantes seguían distanciados a la muerte de Hefestión. Sin embargo, los autorreproches por la pérdida son implacablemente retrospectivos y recuerdan hasta el último detalle. Hacía poco Alejandro había puesto la monarquía por encima de la amistad, quizá con sobrados motivos, pero estas cuestiones se reviven con gran dolor. Es indudable que durante unos días apenas conservó la razón. Empero, no está nada claro que fuese tan irracional como para hacer ahorcar al médico de Hefestión.

Plutarco dice que mientras el médico (un griego llamado Glaucias; probablemente el fiel Filipo ya había muerto) se encontraba en el teatro, el paciente interrumpió su dieta (sin especificar) y desayunó pollo y una botella de vino. (Habitualmente los griegos desayunaban con vino). Arriano sólo menciona el vino. Fuera como fuese, murió poco después, ya que Alejandro permaneció junto al cadáver «la mayor parte del día». Arriano, que para este acontecimiento utiliza diversas fuentes cuyos nombres lamentablemente no da, cita a una según la cual Alejandro ordenó la muerte del médico por haber recetado una droga perniciosa. No sólo fue una sospecha razonable entonces, sino que lo sigue siendo en el presente.

Es muy difícil explicar una crisis tan repentina en un joven convaleciente. La peritonitis debida al apéndice perforado no mata en el acto. Se sugiere una fiebre tifoidea; provoca dolores como de hambre, los alimentos sólidos perforan el intestino ulcerado y el paciente puede morir de una hemorragia; sin embargo, dicho proceso se consideraría rápido si durara un período tan corto como seis horas y Alejandro debió de volver al galope del estadio en cuestión de minutos. Una hemorragia atípica y generalizada podría provocar un colapso tan acelerado, pero los síntomas están

mucho más de acuerdo con un envenenamiento, y dados los conocimientos médicos de la época, a Alejandro le pareció que de eso se trataba. La posición del médico era sospechosa. Pudo administrar al paciente una medicina incorrecta mientras todos asistían a las celebraciones, decirle (para negarlo después) que podía hacer una comida, hecho al cual luego atribuiría la muerte, e irse a donde nadie pudiese encontrarlo —hecho que en sí mismo era censurable— mientras la droga surtía efecto. Sin duda la inútil búsqueda del médico fue lo que provocó la fatal demora a la hora de avisar a Alejandro. Como todos los poderosos, Hefestión tenía enemigos, hecho del que Alejandro estaba enterado. Había que vengar a Patroclo y Aquiles no estaba en condiciones de hilar fino. Pasada la desesperación inicial, se daría cuenta de que, en el caso de ser culpable, Glaucias no pudo ser más que un agente y con su ajusticiamiento se perdió definitivamente el conocimiento de quién fue el autor real.

Teóricamente, es posible que Crátero lo hubiese planificado desde lejos. Empero, Alejandro jamás mostró hacia él el menor deterioro en la confianza, lo que demuestra que cualquier conflicto entre Crátero y Hefestión había quedado superado mucho tiempo atrás. Era Eumenes el que vivía aterrorizado. Su disputa había sido reciente, prolongada y acalorada. Plutarco, que escribió su vida, afirma que Alejandro se arrepintió enseguida de haberlo apoyado en contra de Hefestión. En ese momento el arrepentimiento se convirtió en amargura. Fue severo con cuantos se habían peleado con el difunto y, sobre todo, con Eumenes, pues suponía que se regocijaba. Si tenemos en cuenta el estado de ánimo del macedonio, Eumenes debió de preguntarse cuánto tardaría Alejandro en despertar una mañana con el convencimiento de saber quién era el asesino. El secretario, prudente hombre de negocios, se protegió organizando complejas y costosas conmemoraciones en honor de Hefestión. Al recobrar los cabales, Alejandro debió de descartar sus sospechas, pues conocía a Eumenes de toda la vida; ante esos tributos se sosegó y se ocupó de sus propias ofrendas. Para los de su época eran una forma de comunicación con los difuntos, la única que ahora le quedaba y, pese a las enseñanzas de Calano, la acción era el único escape que conocía.

Prohibió la música en la corte y en el campamento: ordenó que todas las ciudades del imperio estuvieran de duelo; dedicó a Hefestión su regimiento, que portaría su nombre a perpetuidad y su imagen como estandarte. Arquitectos y escultores diseñaron santuarios y estatuas en su memoria en las principales ciudades. Los de Alejandría serían excepcionales y, para variar, en este punto el extravagante pseudo-Calístenes nos resulta útil: al menos se le puede hacer caso cuando describe su ciudad natal. Arriano cita —y deplora con razón— una presunta carta de Alejandro a Cleomenes, sátrapa de Egipto, posteriormente expulsado por Tolomeo. En la misiva se dice que, a cambio del cuidado correcto de los santuarios de Hefestión, a Cleomenes se le concederá inmunidad ante todos los delitos, pasados o futuros. El

documento tiene cierta importancia porque si Alejandro lo redactó, es evidente que estaba transitoriamente enajenado; de todos modos, en la forma aquí presentado es indudablemente apócrifo (contiene una referencia al Faro, construido ochenta años después); de pseudo-Calístenes puede deducirse la verdadera naturaleza de la inmunidad concedida. Al describir la creación por parte de Tolomeo de un templo de culto estatal a Serapis y Apis, define la posición de su sumo sacerdote, sus atributos y su remuneración. «*Será inviolado y estará libre de todo tipo de obligaciones*». Sobre los procedimientos religiosos egipcios, Alejandro sabía tanto como Tolomeo y sus verdaderas instrucciones debieron de consistir en organizar un sacerdocio inviolado para el culto de Hefestión.

Lo más penoso y heroico fue el envío, poco después, de una embajada al oráculo de Amón en Siva para pedir que se concedieran honores divinos a Hefestión. (De ahí, obviamente, la mención de los sacerdotes). Fue algo más que el engrandecimiento del difunto. ¿De qué otra forma el hijo divinizado de Amón podía reunirse en el mundo por venir con el hijo mortal de Amintor de Pella?

Preocupado por todo esto, Alejandro olvidó sus sospechas. Entre aquellas personas en las que recayeron, no se dice una sola palabra de la que más motivos tenía y que, al consolarlo de la pérdida, más debió regocijarse. Alejandro no podía saber que esa persona era lo bastante resuelta e implacable como para provocar su muerte. Es algo que se supo después de la defunción del monarca. Entonces quedó claro que nadie había odiado a Hefestión tan acerbamente como Roxana, que asesinó a su joven viuda en cuanto tuvo las manos libres. Antes de abandonar Ecbatana, el grupo de artistas que se había reunido para las celebraciones fue invitado a abandonar el silencio del luto para participar en los juegos funerarios. El funeral propiamente dicho se celebraría en Babilonia, junto a la hoguera homérica. El cuerpo embalsamado fue confiado al convoy de Pérdicas, el nuevo chiliarco, pariente de la casa real macedonia y portador de uno de sus nombres tradicionales. Deseoso de irse y de embotar el dolor con la acción, Alejandro en persona encabezó una expedición contra una tribu de bandidos, los coseanos, que desde hacía mucho tiempo asolaban la ruta entre Babilonia y Susa. Los reyes persas nunca lograron someterlos y les resultó más fácil librarse de ellos comprándolos. Los persiguió hasta sus fortalezas invernales —en verano hacían vida nómada— y los obligó a rendirse. (Con su habitual respeto por los valientes, posteriormente reclutó un cuerpo de coseanos). Tolomeo, el otro comandante de la expedición, informó que había sido una difícil campaña de montaña en la que Alejandro participó activamente. Los meses de descanso físico debieron de aliviar las molestias que le producía la herida en el pecho. No obstante, es posible que esa guerra se convirtiese en su sentencia de muerte. Pasó dos meses en las colinas en la misma época en que los reyes persas instalaban la corte en Babilonia en virtud de su moderada estación invernal. Alejandro llegó a la ciudad

en primavera y permaneció durante su ardiente e insalubre verano.

Poco antes de morir, Hamlet dice: «Desafiamos los augurios», y recuerda a Alejandro, sobre cuyo noble polvo meditó en el cementerio. Alejandro ya había tenido su primer presagio: Un tal Apolodoro, que tenía mala conciencia a raíz de una falta leve cometida en Babilonia cuando Alejandro estaba en la India, pidió a su hermano Peitágoras —adivino arúspice— que le leyera el futuro en las entrañas sacrificatorias y le explicó que sentía gran pavor ante Hefestión y el monarca. El vidente escribió a su hermano, que para entonces se encontraba en Ecbatana (quizás estaba esperando un día propicio), y le dijo que por Hefestión no tenía que preocuparse pues el hígado sin lóbulos de la víctima presagiaba su muerte. Hefestión murió al día siguiente de que Apotodoro recibiese la carta; quedó tan impresionado que volvió a escribir a Babilonia preguntando cuáles eran los augurios con respecto a Alejandro. A su debido tiempo le llegó la misma respuesta. Es evidente que, en el ínterin, Apolodoro superó cualquier temor que pudiese experimentar hacia el rey; lo fue a ver sinceramente preocupado y le rogó que estuviera atento a los peligros, aunque no reveló la historia completa de los presagios ni su gravedad. Alejandro le dio amablemente las gracias y marchó a combatir a los coseanos, sin hacerle caso. Ahora lo aguardaban nuevos augurios.

Los primeros fueron felices. Al bajar hacia las llanuras del Éufrates, se encontró con enviados de pueblos allende las fronteras de su imperio: cartagineses, libios y etíopes; escitas, celtas y los semibárbaros tirrenos, bruttios y lucanios italianos. No sólo solicitaron la firma de tratados de amistad, sino que le expusieron sus diferencias para que las resolviera, como si fuese un oráculo por encima de toda controversia. Según Arriano, posteriormente se discutió al infinito si Roma envió un emisario; en su opinión, no. Sin duda, Alejandro tenía conocimiento de los romanos; Alexandros de Epiro —su cuñado y tío— había combatido dos años en Italia en el bando de los griegos tarentinos contra las incursiones bruttias y lucanias, hasta que fue asesinado a traición. Alexandros estuvo aliado con Roma y sus despachos debieron de llegar tanto a su hermana Olimpia como a Alejandro, que, enviaran o no emisarios los romanos, ya debía de haberles echado el ojo… sobre todo si no habían mandado a nadie. Aquí aparece fugazmente uno de los mayores interrogantes de la historia, que se esfuma en el acto.

Ni Alejandro ni su pueblo habían visto antes a hombres de sitios tan distantes. Con esta experiencia surgieron nuevas perspectivas. El siguiente mensaje del destino fue personal. Nearcos, que había llegado a Babilonia antes que él, acudió a verlo preocupado. (La pérdida de las memorias de Nearcos es un hecho lamentable para la historia. Los fragmentos que perduran muestran un estilo pintoresco, talento para las descripciones y un afecto profundo y sutil hacia Alejandro). Llevaba un mensaje de los sacerdotes de Bel, la gran divinidad de la Babilonia asiria, que separaba el cielo

de la tierra y fijaba la trayectoria de las estrellas. Sus sacerdotes eran astrólogos y habían divisado un aspecto sumamente adverso en el firmamento para la entrada del monarca en Babilonia. Le recomendaban que pasara de largo.

Fueron a buscarlo al cruce del Tigris y, según Arriano, lo apartaron de sus compañeros. Le advirtieron, se supone que a través de un intérprete, que no prosiguiera la marcha hacia el oeste y que virara al este. En esa época del año habría sido el recorrido normal de un rey persa que se dirigía a Susa. Sin embargo, este monarca tenía planes que sólo podían llevarse a la práctica en Babilonia. Replicó con un verso de Eurípides que decía (al margen de la traducción del intérprete) que las mejores profecías son aquellas que se hacen realidad. Aunque nunca había sido escéptico, a Alejandro le gustaba hacer las cosas a su manera y ya había sobrevivido a augurios ominosos. Había tenido uno en Gaza y estuvo a punto de morir desangrado; tuvo otro en el Oxo y se recuperó del cólera o de la enfermedad que fuera. En Multan, donde había escapado de la muerte por los pelos, no recibió la menor advertencia previa. Y en ese momento tuvo la sospecha de que existían motivos ulteriores. Por lo que le habían dicho, su generosa donación a los fondos para la restauración del templo, hecha en su visita anterior, no había dado lugar a ningún templo. Los diezmos de Bel se habían cobrado desde la demolición de Jerjes; cuando se alzara el nuevo templo, habría que dedicarlos a su mantenimiento en lugar de a los sacerdotes. Después de los desfalcos de Hárpalo, Alejandro debió de preguntarse qué había ocurrido con los fondos para la restauración del templo. Babilonia no era célebre por su austeridad.

Pero hay que conceder el beneficio de la duda incluso a un dios sospechoso. Alejandro decidió que, al menos, entraría en la ciudad por el este. Guió a sus hombres y encontró la entrada cortada por ciénagas. Habría sido humillante revolcarse en el barro del Éufrates por deferencia a una estratagema interesada y Alejandro tomó una decisión. Probablemente Arriano se hace eco de Nearcos cuando dice: «En parte por elección y en parte no, Alejandro desobedeció al dios». Poco después de entrar en la ciudad mandó llamar al hermano de Apolodoro —el vidente Peitágoras— y le preguntó qué señal lo había llevado a enviar esa advertencia. Es evidente que a Apolodoro le había dado miedo decirlo —empero, un hombre íntegro percibió que estaba en presencia de otro hombre íntegro. Describió el augurio; Alejandro preguntó cuál era su verdadero significado y obtuvo por respuesta: «Algo muy grave». Su única reacción exterior consistió en manifestar respeto por la honradez del vidente. En sus memorias, Aristóbulo dice que se lo contó el propio Peitágoras.

Desde que Hefestión murió y Alejandro dio la orden de ahorcar al médico, debió de rondarle la idea de que Aquiles no vivió mucho más que Patroclo. Al adivinar el destino de su hijo mortal, la inmortal Tetis le advirtió que, si vengaba a su amigo, luego le sobrevendría la muerte; Aquiles pagó la deuda de sangre y su precio. No

obstante, sólo una parte de la mente de Alejandro se regía por paralelismos homéricos. Aquiles el de pies ligeros, la gran creación del poeta, personalmente no había creado nada. No había sido rey, explorador ni constructor de ciudades o de pueblos. Alejandro miró al oeste y planificó sus próximos años de vida.

Roxana se había trasladado a Babilonia, evidentemente por la fácil vía real que salía de Ecbatana, pues no es probable que le hubiese acompañado durante la guerra invernal. Estaba preñada. Resulta extraño y quizá muy significativo que Alejandro no hiciese el menor comentario, que no se sepa una sola palabra sobre sus planes en el caso de que el niño fuese varón. En este punto basta mirar el mapa para que se abra una posibilidad importante. Alejandro «había hecho descansar a sus hombres» después de la campaña y el camino más fácil hasta Babilonia sería a través de Susa. Allí se encontraban Barsine-Estateira, la joven Dripetis (que quizá sólo estaba desde la muerte de Hefestión) y Sisigambis, cuya influencia siempre fue inmensa. Si Alejandro pasó por la ciudad, es seguro que les hizo una visita, y es posible que entonces decidiera que por las venas de su heredero debía correr sangre real persa. Probablemente en la fecha de su muerte la hija de Darío estaba embarazada de varios meses. Ello convertiría el móvil de Roxana para asesinarla en algo mucho más acuciante que la mera venganza.

En sentido geográfico, Babilonia era decisiva para el imperio de Alejandro y se proponía convertirla en capital. Poco después de su muerte la ciudad volvería a caer en el provincianismo y en el siglo I estaba en ruinas. Alejandro creó en Alejandría el verdadero centro del mundo helenista. De todas maneras, la Babilonia de su época conservaba las tradiciones de la pompa real que Persia había heredado de Asiria. La helenizó a medias y le dio realce. Su pabellón de gala se montó en el «paraíso»; a su alrededor, en sofás con patas de plata (probablemente los mismos de las bodas de Susa), se sentaban sus oficiales principales y sus amigos. Cerca del trono se encontraban los pebeteros perfumados, antigua protección que los reyes persas usaban contra el hedor humano casi universal (el cortesano que en el relieve de Persépolis se dirige a Darío el Grande se tapa la boca con la mano para desviar su aliento del rostro regio). Sin duda el amado Bagoas ocupó su encumbrado sitio en la jerarquía de eunucos de palacio, muchos de los cuales ostentaban cargos desde el reinado de Oco. Allí estaba el harén real, que probablemente se encargaron de abastecer con juveniles bellezas de ambos o de ningún sexo.

Al pabellón de gala acudieron las embajadas sagradas de Grecia para reconocer al hijo de Amón. Sus tributos se compusieron sobre todo de las exquisitas coronas de oro, de las que han sobrevivido unos pocos ejemplos inferiores que nos hacen pensar en las mejores; guirnaldas de espigas de trigo y de cebada, ramas de olivo, flores, podadas con la delicadeza de la naturaleza. Aunque no se sabe la fecha exacta, al pabellón de gala también acudió Casandro, hijo de Antípatro, como emisario de su

padre.

Era un hombre en la flor de la vida, muy capaz y que no era remiso a la guerra; sin embargo, cuando partió para Asia Alejandro no llevó al primogénito de su regente. Como Antípatro no era un inválido que necesitara ayuda, la única explicación posible es una antipatía de larga data. Por cierto, la falta de adecuación de Casandro para esa misión hizo que el mundo antiguo dudara de los motivos que su padre tuvo para enviarlo y lo llevó a sospechar que su verdadera tarea había sido más siniestra. Pero Antípatro no podía mandar a nadie más porque sus otros dos hijos ya estaban con Alejandro: uno de ellos, Iolas, cumplía la función de copero. Habían transcurrido diez años y es posible que las querellas juveniles estuviesen olvidadas.

Para Casandro, habían transcurrido diez años en Macedonia, había estado excluido de la gran aventura con sus magníficos premios, había combatido a los espartanos en una guerra que, por comparación, parecía pueblerina, había asistido a las constantes intrigas de Olimpia contra su padre, cuya política acababa de socavar el decreto de los exiliados. Luego llegó el golpe demoledor de su reemplazo y la llamada a la corte; se trataba de un movimiento de amenaza implícita para hombres que ya estaban resentidos e inquietos. Hacía una década que ni padre ni hijo veían a Alejandro; ambos habían tenido contactos con el Liceo, al que perteneciera el difunto, Calístenes. En la exótica magnificencia de Babilonia, Casandro vio a los hombres que habían sido muchachos cuando él era un chiquillo regiamente instalados entre generales y sátrapas, en medio de pebeteros; esos mismos hombres entronizaron en oro al chaval precoz que había odiado y envidiado en los viejos tiempos de Pella: un gobernante del mundo, un dios.

Por su parte, Alejandro encontró a Casandro tan poco atractivo como antaño. El diálogo se tornó hostil casi de inmediato. El hecho de que Casandro se burlara de un persa que practicó la *proskynesys* y de que Alejandro le diera de cabeza contra la pared probablemente no es más que una anécdota traspasada, aunque en modo alguno resulta inverosímil. Según Plutarco, mucho después de la muerte de Alejandro, la súbita visión de su estatua en Delfos provocó sudores fríos a Casandro. Más adelante asesinó a Olimpia, a Roxana y a su hijo, está fuera de toda duda que le habría encantado matar a Alejandro; lógicamente, es el sospechoso preferido de Plutarco. Y aún hoy, a pesar de las pruebas médicas, resulta difícil absolverlo sin grandes reticencias.

Como no tenía la menor intención de apartar de su nuevo puesto al fiel Crátero, Alejandro apenas dedicó tiempo a Casandro; además, estaba demasiado ocupado con sus propias preocupaciones. Su marcha hacia el oeste estaba a punto de comenzar. La primera fase consistiría en explorar la desconocida península arábiga bordeando la costa en busca de una ruta navegable que comunicase con Egipto. Ya conocía el lado egipcio del mar Rojo y también el canal abierto por Darío el Grande desde la cercana

Suez hacia el Nilo, que sólo había que limpiar para que la armada lo atravesase. Entre los papeles que, según se dice, aparecieron después de su muerte, figura el plan para la exploración de la costa norafricana y la construcción de una carretera hasta el estrecho de Gibraltar. Probablemente su siguiente objetivo habría sido Sicilia, territorio entonces vulnerable por las escisiones; su historia figuraba entre los libros que Hárpalo le envió; habría sido un buen trampolín para llegar a Italia. Como habían demostrado las embajadas, la fama ya le había permitido ganar a medias las futuras campañas. Los cartagineses y los romanos le habrían creado dificultades, si las hubiese superado, prácticamente nada le habría impedido llegar a Gran Bretaña.

Estaban ampliando el puerto de Babilonia, donde se construía una nueva flota; el indomable Nearcos estaba dispuesto a mandarla; Peucestas adiestraba un ejército persa leal y disciplinado con Antípatro llegaría un ejército compuesto por jóvenes macedonios. La aventura se iniciaría con una marcha de poco menos de quinientos kilómetros, de Babilonia a la desembocadura del Éufrates. Allí los efectivos se reunirían con la flota, que viraría hacia el sur, mientras Alejandro emprendía por tierra la marcha de apoyo. Ya conocían la estrechez del golfo; en esta ocasión, podrían hacerles llegar provisiones por mar si se descubría que la costa era desértica. Las impresionantes costas sureñas y del mar Rojo eran terra incognita; aún más alejado de los puntos de ayuda que en Makran, podrían haberlo llevado a desastres espantosos, aunque para entonces probablemente había aprendido en qué momento emprender el regreso.

Arriano comenta que Alejandro tenía un afán insaciable de conquista. Aunque es verdad, su trayectoria demuestra que para él el poder no era un fin, sino un instrumento. Anhelaba descubrir y modelar creativamente cuanto encontraba. El amor romántico hacia el heroísmo personal, que le acortó la vida, también fue el hechizo que llevó a que sus hombres lo siguieran y es inseparable de su destino.

Los grandes planes quedaron relegados cuando Deinócrates —el artista encargado de diseñar la pira de Hefestión— despidió a su enjambre de obreros y anunció que estaba terminada. Todo estaba listo para lo que sigue siendo el funeral más espectacular que la historia conoce. El de Alejandro no es la excepción a la regla, su cuerpo era una reliquia demasiado sagrada y un símbolo de posición política demasiado alto para destruirlo. Patroclo partiría al estilo arcaico de los héroes, aunque acompañado de un holocausto de riqueza babilónica y arte heleno.

El hecho de que una construcción tan monumental estuviese destinada a arder y de que se terminara en el plazo previsto sólo ha despertado dudas en nuestro siglo, testigo de la muerte de las habilidades manuales. Lo mismo se habría logrado, si no con facilidad, al menos con éxito, en todas las cortes de la Europa del siglo XVI cuyos inmensos espectáculos triunfales —competencias de esplendor real— aún pueden estudiarse en los detallados dibujos de los arquitectos. Todos se crearon para

ocasiones tan efímeras como la que nos ocupa. Y Alejandro podía apelar a recursos infinitamente superiores.

La forma era babilónica —una pirámide escalonada o zigurat— y el arte, griego. Se alzaba unos sesenta metros, sobre una tarima cuadrada de doscientos, encajada en la inmensa muralla exterior de Babilonia. El piso bajo era de combustible madera de palma y estaba abierto para avivar las llamas y dejar pasar el aire. Luego aparecían las tallas, en pisos ascendentes cada vez más estrechos; proas de embarcaciones con figuras armadas y en el medio banderas de fieltro rojo que el calor creciente agitaría; a continuación antorchas en espiral de seis metros que sustentaban águilas; una escena de caza; una batalla de centauros; toros y leones alternados; trofeos de armas, en la parte superior, los pájaros con cabeza de mujer a los que los griegos llamaban sirenas, ahuecados por dentro para que, antes del incendio, cantantes ocultos les proporcionaran voces que alabaran al difunto. No se describe la cúspide de esta pira monumental, que debió de contener el féretro con el cadáver. El empleo de madera blanda de rápida combustión aceleraría enormemente la tarea de cientos de artesanos y sus ejércitos de esclavos ayudantes. Doraron algunas partes; las demás serían pintadas, sobre todo en azul y carmesí. Durante semanas, a medida que los pisos subían, debieron de atraer a enjambres de curiosos; como un turista moderno que toma instantáneas, uno de los curiosos debió de hacer un esbozo o anotar la descripción pormenorizada que utiliza Diodoro. Los planes de Alejandro incluían un monumento conmemorativo permanente, quizás en el mismo emplazamiento, cualquiera que fuese su forma, no era obra de semanas, sino de años.

Al parecer, ésta fue la única ocasión en la que Alejandro utilizó su poder casi ilimitado para la satisfacción plena de sus deseos. Sin embargo, para el escéptico moderno está ausente un factor: la presencia constante del propio Hefestión, deambulando como lo hizo Patroclo mientras aguardaba la liberación del fuego; enterado de la petición de divinidad que lo rescataría de una posición separada e inferior en la tierra de los muertos; la comprensión —¿acaso no había comprendido siempre?— de los regalos de devoción y las ofrendas del remordimiento.

Para proteger del calor el antiguo enladrillado babilónico, pegado con betún, cubrieron con baldosas de adobe el emplazamiento de la pira. Los hombres del oeste debieron de guardar toda la vida en sus memorias el impresionante espectáculo de las llamaradas; el otro tributo de Alejandro —una ceremonia modesta, solemne y tranquila— prácticamente les pasó desapercibido. Sin embargo, es probable que para los babilonios fuera más sorprendente que el primero. Ordenó que apagaran los fuegos de los templos mientras durara el funeral. Era la expresión lógica de lo que años atrás había dicho a Sisigambis: «Él también es Alejandro». La costumbre destinaba ese rito a la muerte del gran rey.

Alejandro volvió inmediatamente a la acción. Sin duda, la había deseado desde que tuvo aliento para dirigir su mente. Hasta la intención del funeral tenía que ver con la fama presente y futura de Hefestión en la tierra y con su vida perdurable en el Elíseo.

Mientras tanto, la nueva flota hacía ejercicios en el Éufrates. Parece que, como era muy competitivo, a Alejandro le gustaba fomentar entre sus hombres intensas rivalidades, pero sin llegar a los malos sentimientos; las competencias con que estimuló los entrenamientos, convirtiendo los ejercicios en carreras en las que se ganaban trofeos, se hicieron muy populares. También se ocupó de la reorganización del ejército. Las fusiones raciales comenzaron a funcionar mejor. Peucestas llegó con sus efectivos persas de primera categoría; muy pronto —y al parecer sin oposición—, Alejandro los asignó a unidades al mando de un cuerpo de oficiales mixto, compuesto por persas y macedonios. Llegaron en tropel soldados de las satrapías del Asia Menor.

La expedición al golfo Pérsico estaba casi a punto de comenzar. Hoy podemos suponer, sin riesgos, que el territorio deshabitado es inhabitable, pero por aquel entonces había muchos espacios libres, y en su marcha costera Alejandro se proponía establecer puertos y fundar colonias. Obviamente, su proyecto del norte de África no dependía de una ruta marina árabe; si era necesario abandonar esta búsqueda, simplemente podría iniciar su marcha desde Egipto. Una vez más la exploración y la colonización ocuparon un lugar prioritario en su mente.

No hay nada más sabio que la leyenda después de ocurridos los acontecimientos. Sin embargo, parece que, en su momento, como mínimo varios de los augurios de muerte de Alejandro fueron reconocidos como siniestros. Ya hemos dicho que Aristóbulo contaba con el testimonio de primera mano del vidente. Otro presagio fue la ocupación del trono, durante la breve ausencia del monarca, por un hombre de oscura condición que, al parecer, estaba mentalmente trastornado lo habían detenido por un delito que se desconoce, pero escapó y entró en el salón del trono mientras todos se habían tomado un descanso en otra parte. El primer anuncio del hecho fueron los afligidos gemidos de los eunucos de la corte —sin duda Bagoas estaba entre ellos—, que vieron el espeluznante augurio y que, «en virtud de una costumbre persa», no retiraron al hombre; cabe la posibilidad de que su virilidad incompleta hubiera agravado aún más el presagio. Mucho antes de conquistar Persia, Alejandro sabía que sentarse en el trono de un gran rey era un delito que se pagaba con la pena capital; se lo había comentado en broma al soldado entumecido de frío al que sentó en su silla para que entrase en calor. Los videntes le dijeron que era peor que una falta de respeto: se trataba de una señal de desastre. El hombre fue torturado para averiguar si había sido instrumento de una conjura: el pobre desgraciado sólo dijo que había tenido ganas de sentarse en el trono y que no sabía por qué. Su respuesta volvió la

mala suerte aún más amenazadora y lo mataron para eludirla, probablemente corrió mejor suerte que la de la mayoría de los orates de la época.

Se ha sugerido que, en virtud de varios augurios anteriores, unos amigos persas sinceros enviaron a ese hombre —un delincuente prescindible— para que cumpliese la función de víctima propiciatoria real (del mismo modo que el taimado Bessos se había ofrecido a ocupar el lugar de Darío) y que Alejandro lo hizo matar por error en lugar de permitir que se llevase la mala suerte. Aparentemente, no hay motivos que aclaren por qué esa medida profiláctica no fue discutida de antemano con Alejandro y por qué no le explicaron el procedimiento correcto. Da la impresión de que el incidente fue uno de esos presagios, producto del auténtico azar, a los que el mundo antiguo les atribuía la máxima importancia.

En un sentido realista, estuvo más cerca del blanco una señal menos contundente para quienes la vieron; para nosotros posee la fuerza de estar relacionada con la más que probable causa real de la muerte de Alejandro.

Entre las incontables actividades que hacen increíble que tuviera tiempo para dedicarlo a las disipaciones de las que se le acusó en Atenas, Alejandro se interesó por los cultivadores que ocupaban las tierras situadas río abajo de Babilonia. Sufrían de riego deficiente porque el Éufrates desaguaba inútilmente lejos en pantanos y lagos. Alejandro reunió una flotilla y navegó por esa zona con sus ingenieros para investigar qué se podía hacer. Elaboraron un sistema práctico y adaptable al caudal del río, mientras reconocía la zona, Alejandro vio un buen emplazamiento para una ciudad y se dispuso a fundarla. Después regresó a Babilonia navegando por las tierras anegadas. Los canales eran serpenteantes y complejos, algunos barcos se perdieron transitoriamente. Con el paso de los años, los canales habían invadido los antiguos cementerios de los monarcas asirios, que habían gobernado esa zona antes de las conquistas de Ciro el Grande.

Alejandro, que al parecer siempre disfrutó con las embarcaciones, cogió el timón de su barco, que a la sazón navegaba con cierto viento. Llevaba puesto el *petasos* o sombrero griego para protegerse del sol, con una cinta con los colores reales, púrpura y blanco. El viento agitó el sombrero y le arrancó la cinta, que se enredó en un juncal junto a una tumba. La percepción retrospectiva recuerda la tumba como agorera, pero en aquel momento la preocupación principal correspondió a la pérdida de la diadema real, la simbólica mitra. Un marinero bien dispuesto se arrojó al agua, nadó y recobró la cinta. Para impedir que se mojara, al regresar se la ató irreflexivamente en torno a la cabeza. Los videntes coincidieron en que no sólo era una incorrección flagrante, sino un augurio espantoso. Por ello, el marino fue azotado. Alejandro, que como era típico pensó que además de la falta había que reconocerle la iniciativa, le regaló un talento de plata. (Algunas fuentes anónimas dicen que fue decapitado sin embargo, en este punto hemos de creer al ingeniero Aristóbulo, que sin duda formó parte de la

expedición). Ninguno de los escritores antiguos reconoció, ni siquiera con percepción retrospectiva, el hecho más significativo de que en esos pantanos y canales desembocaba la totalidad de las aguas residuales de una ciudad tan densamente poblada como Babilonia.

Se ha discutido al infinito la autenticidad del Diario real, que describe el curso cotidiano de la enfermedad que acabó con la vida de Alejandro. Algunos estudiosos opinan que es demasiado sincero para tratarse de un documento cortesano, otros sugieren que posteriormente fue ampliado para refutar los rumores según los cuales había muerto envenenado. Y lo hace; resulta difícil creer que el relato peque de falsedad, viendo que el caso que describe es tan claro que resulta casi clásico y presenta una coherencia que supera con mucho los conocimientos médicos de la época como para que lo hubiesen inventado. Cualquiera puede plantearse si las cosas habrían cambiado en el caso de que Alejandro se hubiera cuidado cuando cayó enfermo, también podemos preguntarnos por qué no lo hizo. Es indudable que no buscaba conscientemente la muerte. Había elaborado planes suficientes como para tener una amplia expectativa de vida. En este punto nos movemos en una esfera psicosomática de la que, básicamente, sabemos lo mismo que Pitágoras o menos. Toda la historia vital de Alejandro demuestra que el sentido de su propio ser a menudo fue un misterio hasta para sí mismo. Contenía un poder que experimentó como si fuese una fuerza de la naturaleza. Algo más básico que la vanidad, algo de lo cual la vanidad no fue más que un efecto secundarlo, lo impulsó a llevar consigo, con reconocimiento, el oráculo de Amón. Había superado a Homero, al que jamás abandonó, y una parte fundamental de su persona había sido Aquiles desde la época en que se sentaba en las rodillas del anciano Lisímaco. Patroclo había muerto; hasta donde era posible llevar la venganza, estaba vengado. Las condiciones del destino mortal de Aquiles estaban cumplidas. Ya desde niño Alejandro debió de conocer de memoria las palabras del espectro que retorna convertido en sueño:

> *Y a ti apelo en el dolor, dame tu mano; nunca más*
> *retornaré de la muerte en cuanto me proporciones el rito de la*
> *incineración.*
> *Nunca más tú y yo, vivos, estaremos apartados de nuestros*
> *amados compañeros y haremos planes, pues el acedo sino*
> *que me fue dado al nacer ha abierto sus fauces para atraparme.*
> *Y tú, Aquiles, cual los dioses tienes tu propio destino…*

El rito de la incineración estaba cumplido. De ese horno era imposible recobrar la menor pista de polvo mortal; se habla mucho de los monumentos a Hefestión, pero no hay una sola referencia a su tumba. Alejandro estaba en un estado de movimiento constante; de día organizaba la flota y el ejército y celebraba audiencias ceremoniales en el pabellón de los sofás con las patas de plata, de noche se sumergía en las distracciones del simposio o del banquete, que era el único modo que conocía de

relajarse. Si estaba dispuesto para morir, su intelecto aún no lo había reconocido. De todos modos, su intuición siempre fue poderosa y a menudo sorprendentemente perceptiva. Hacía más de una década que sobrecargaba cruelmente su cuerpo, y su mente llevaba mucho tiempo en esas condiciones, probablemente la mayor parte de su vida. Mientras su mente evaluaba los augurios debidos a un trono o a una cinta púrpura, quizá su intuición fue más perspicaz: quizá recibió el mensaje de que sería su mente la que primero se agotaría.

Mientras se vestía para la cena y experimentaba los primeros escalofríos de la fiebre, probablemente se dijo que no era nada grave; se parecía a cualquier mal del que se había contagiado en Bactriana y superado en un par de días; no había de qué preocuparse. Quizá, sea significativo que el último acontecimiento de su vida registrado por Arriano antes del comienzo de la enfermedad sea el regreso de Siva de los emisarios que habían sido enviados para consultar al oráculo de Amón sobre la divinidad de Hefestión. No estaba en condiciones de ser considerado un dios, pero se le podía adorar como héroe divino. Su culto estaba autorizado, su espectro podía entrar en los Campos Elíseos y la diferencia de rango nunca tuvo mucha importancia. Tal vez ésta sea la ocasión en que envió la carta a Cliomenes, que se encontraba en Alejandría. Alejandro también decretó que todos los contratos comerciales, en cuyo formulario se invocaba a los dioses como testigos, del mismo modo en que hoy se invoca a Dios antes de prestar testimonio judicial, se inscribieran «en nombre de Hefestión».

Plutarco y Arriano concluyen el resto de la historia. El primero afirma que Alejandro ofreció una magnífica recepción en honor de Nearcos. El segundo sostiene que, por consejos de los adivinos, aquel día celebró ceremonias para contrarrestar los malos presagios. Ambos coinciden en que, cuando llegó la hora de acostarse, Medius de Larisa lo invitó a una fiesta a altas horas de la noche y le garantizó que sería muy divertida.

Es la primera vez que las fuentes mencionan a Medius, si exceptuamos el hecho consignado por Nearcos, de que durante el crucero por el Indo había gozado del privilegio de estar al mando de una trirreme como no tenía alto mando, ello demuestra que debió de ser amigo de Alejandro. Los escritores de la antigüedad acusaron de adulador, quizá por el libro que escribió y que ha desaparecido o porque se ganó el favor de Alejandro. Sin duda hizo falta algo más que adulaciones para convertirse en un compañero valioso desde la muerte de Hefestión; tuvo que requerir imaginación y tacto; ni siquiera las fuentes más hostiles hacen alusiones sexuales. A diferencia de Casandro, Medius no tenía ningún motivo conocido para desear la muerte de Alejandro y todas las razones de mundo para quererlo vivo: fue un amigo generoso. En el historia de Casandro, una muerte más o menos sólo es un detalle; pero Medius, haya sido o no un hombre admirable, ciertamente es una figura

gravemente vilipendiada.

Tuvo oportunidades en tanto anfitrión de Alejandro durante dos noches seguidas. La afirmación de que era amante de Iolas, copero de Alejandro, es casi con toda certeza un bulo destinado a achacarle un móvil; en el caso de que fuese culpable, Iolas podría haber actuado por su cuenta en cualquier momento y una ocasión festiva no lo habría librado de sus responsabilidades. Tanto Arriano como Plutarco descartan por absurda la afirmación de que Alejandro fue envenenado en la fiesta de Medius; según las pruebas médicas, tienen razón. Por consiguiente, ambos mencionan —para rechazarla— la anécdota según la cual Alejandro lanzó un agudo grito de dolor y tuvo que abandonar la fiesta después de vaciar una «copa de Heracles». Ciertamente, podría tratarse de un comentario propagandístico inventado durante las guerras de sucesión para implicar a Medius o a Pérdicas; de todos modos, es interesante señalar que, si fuera cierto, coincidiría perfectamente con el cuadro clínico. Huelga decir que cualquier veneno capaz de producir ese efecto nada más ingerirlo haría que la víctima muriera presa de convulsiones en menos de una hora. De todas maneras, la «Copa de Heracles» era un recipiente muy grande y se vaciaba hasta la última gota. Es probable que, en pleno verano babilónico, enfriaran el vino en un pozo de nieve. Semejante trago bebido en una noche calurosa por un hombre cuya temperatura iba en aumento, fácilmente pudo provocar instantáneos y violentos retortijones. En ninguna otra ocasión se menciona que Alejandro se quejara de dolor; algo tan poco característico posee cierta capacidad de persuasión porque pudo ser involuntario al sufrir semejantes retortijones. Si así ocurrió, en el momento no se le dio demasiada importancia. Posteriormente debió de crear dudas terribles, sospechas mutuas y temores personales en las mentes de Medius y sus invitados. No es extraño que el incidente fuese acallado y que el silencio diera pábulo a siniestros rumores.

Probablemente Plutarco ha rescatado una verdad esencial en medio de semejantes galimatías: «El veneno era agua». Es posible que sólo fuera el agua del Éufrates río abajo, cargada con los excrementos no depurados de diversas enfermedades. Obviamente, no es eso a lo que se refería Plutarco, y Iolas —hermano de Casandro y copero real— sigue siendo una figura controvertida. La humanidad no esperó a que Pasteur le dijera que el agua podía ser mortal: aprendió a relacionar causa y efecto. Florence Nightingale, que hasta el final de una larga vida se negó a creer en los gérmenes, era perfectamente consciente de que ciertas bombas y pozos de agua de Londres eran peligrosos. Este tipo de conocimientos empíricos se remontan a los albores de la civilización y eran de dominio público en la época clásica. Es extraordinario que los reyes de Persia no sólo bebieran agua de determinado manantial, sino que la hicieran hervir. No se sabe por qué o si la ciencia perdida de una época anterior se conservó como ritual. Tampoco se sabe si Alejandro mantuvo la costumbre en su corte persa, aunque probablemente perduró como rutina. A menos

que esté turbia, todas las aguas se parecen. Quizá fue el instrumento de muchos asesinatos no resueltos que han pasado —y en cierto sentido lo fueron— como muertes naturales. La desventaja consistía en que no era infalible, que a veces la infección no se contraía o que la víctima se recuperaba. Tenía la enorme ventaja de ser indetectable… a menos que alguien se fuese de la lengua. Según Plutarco, alguien habló. De acuerdo con sus palabras, el hecho de que el veneno era agua le fue confiado por Antígono el Cíclope a un tal Hagnotemis, del que, lamentablemente, no se sabe nada más.

Afirmó que el agua fue enviada por Antípatro, por consejo de Aristóteles, y trasladada por Casandro. Supuestamente fue extraída de un desagüe de la laguna Estigia a la altura de Nonacris y su capacidad letal consistía en su frío intenso, que lo carcomía todo salvo la pezuña de un asno, recipiente en el que fue trasladada.

Pese a ser oficial de Alejandro, apenas se menciona a Antígono, se convirtió en monarca en la cercana Asia. Goza de buena reputación, pero posteriormente estableció contacto con Antípatro y es posible que se enterara de algo. La laguna Estigia es inocua y tal vez el oscuro Hagnotemis fuese un mentiroso empedernido; sin embargo, en un fantasioso relato del asesinato, Pseudo-Calístenes incluye el sorprendente detalle de que la pezuña de asno estaba hervida. Del mismo modo que las curanderas rurales utilizaban sustancias que contenían penicilina mucho antes de que la ciencia conociese sus principios, cabe la posibilidad de que los empíricos maliciosos hubiesen descubierto que un recipiente hervido mantenía una cepa de microbios al margen de contactos destructivos con otros organismos, al tiempo que la gelatina formada en la pezuña serviría de perfecto caldo de cultivo. Sin duda era posible hallar agua contaminada a pocos kilómetros de Babilonia. Muchas infecciones no producen disentería, sino fiebre y una debilidad creciente, como describe el Diario real, y sin un antibiótico administrado a tiempo pueden acabar fatalmente.

Después de la fiesta, Alejandro pasó la mayor parte del día durmiendo. Algunos historiadores desconfían de esta afirmación del Diario real y la interpretan, simplemente, como una resaca que duró todo el día. La fatiga extrema es un síntoma típico del comienzo de varias infecciones y una de las molestias de las que primero se quejan los enfermos. Como se sentía cansado, Alejandro pasó el día en la cama para estar bien por la noche. Medius lo había invitado a cenar y acudió.

Es esta segunda fiesta la que pone en duda su estado psicológico. Estamos en presencia de un hombre que sentía un respeto religioso por los augurios. Ha recibido varios presagios agoreros que le anuncian que corre un grave peligro. Ha dedicado parte del día anterior a ceremonias solemnes destinadas a evitarlo. En menos de dos semanas se propone iniciar una importante expedición. Tiene una base de conocimientos médicos tan buenos como la de cualquier lego de su época. Sabe que

ha contraído una fiebre. Sin embargo, se levanta, asiste a una reunión informal sin importancia ceremonial y pasa la mitad de la noche bebiendo vino. En conjunto, es una conducta muy extraña. Aunque se fue tarde, lo hizo antes de que acabara la fiesta. Pese a la hora, se dio un baño, y por primera vez se encontró realmente mal; pidió que le hiciesen la cama en la casa de baños contigua a la piscina y pasó el resto de la noche allí. Por la mañana tuvieron que trasladarlo en litera para que realizase la ofrenda diaria en el altar de la casa. Alejandro se comportó como si tuviera una ligera indisposición que no debía estorbar sus planes. Estaba organizado que la marcha comenzaría tres días después y la flota zarparía cuatro días más tarde. Se dio otro baño en medio del calor abrasador, después del cual se sintió mucho peor. Probablemente le produjo escalofríos. Aunque ardía de fiebre, siguió organizando la expedición y sólo postergó unos días su partida. En la ardiente llanura ribereña, buscó el fresco y la sombra que había conocido en la infancia, se hizo trasladar a la otra orilla del Éufrates hasta el paraíso arbolado y por la noche durmió junto a la piscina de palacio. Al noveno día apenas podía presentar la ofrenda cuando lo trasladaban al santuario, pero seguía dando instrucciones a sus oficiales. No se menciona que lo atendiera un médico, tal vez a la muerte de Hefestión había perdido la confianza en ellos. De haberlo tenido, por muy intachable que fuese, la leyenda sin duda habría considerado al médico cómplice de su asesinato. El relato ofrece una imagen insólita: terco tratamiento erróneo de una enfermedad que a esas alturas debía saber que era peligrosa, y testaruda negativa a que su conciencia reconociera el peligro.

En este punto Plutarco presenta un detalle que vuelve a poner en tela de juicio a Iolas: «Aristóbulo dice que cuando deliraba de fiebre bebió vino y se puso a delirar violentamente». Por cierto, el comentario sugiere que Alejandro no bebía vino regularmente, los que tienen fiebre suelen perder el deseo de beber alcohol y lo rechazan pues prefieren algo más refrescante: una sensata medida natural. Si alguien, no importa quién, le ofreció vino cuando desvariaba, se plantea una fuerte sospecha de premeditación. Para un hombre en el estado de Alejandro era prácticamente veneno y es posible que ejerciese un efecto destructivo.

El delirio no duró mucho. De todos modos, la enfermedad se agudizaba y al décimo día ya no pudo engañarse. Ordenó que los oficiales principales se reuniesen ante él y los más jóvenes a las puertas de sus aposentos e hizo que lo trasladasen desde el jardín para dirigirles la palabra. Antes de llegar lo dominó la complicación fatal, cuya proximidad debió de sentir cuando dio la orden: fue incapaz de hacerse oír.

Un hombre con menor capacidad de resistencia habría enfermado de neumonía mucho antes. Para entonces ya debía de haberse extendido desde el pulmón dañado hasta el tejido cicatrizal de la herida en el pecho e invadido el revestimiento pulmonar en forma de pleuresía. Probablemente padecía grandes dolores. Aunque estuvo lúcido

hasta el final, es evidente que a partir de ese momento sólo pudo susurrar una o dos palabras.

Estaba demasiado grave para trasladarlo de los aposentos reales. Mientras tanto, los soldados que habían visto cómo lo acarreaban eran bastante optimistas; al fin y al cabo, la mayoría había sufrido un ataque de fiebre en Asia. No fue posible mantener en secreto lo que vieron los oficiales. Como al día siguiente Alejandro no se presentó, los hombres empezaron a decir —igual que tres años antes en el Indo— que les ocultaban su muerte. Se aglomeraron a las puertas de palacio y reclamaron verlo con sus propios ojos. Llegaron justo a tiempo. Sólo Alejandro pudo dar la orden de que les permitieran entrar. Se abrió una puerta del extremo de los aposentos para que desfilasen uno tras otro, así Alejandro celebró su último desfile. Cuando entró el primero, Alejandro se volvió hacia los soldados y aguantó hasta que pasó el último. Ni uno solo pasó sin ser reconocido: «los saludó a todos, alzó la cabeza con gran dificultad y les hizo señas con los ojos».

Siempre dispuesto a morir en el campo de batalla, hacía mucho tiempo que estaba preparado para morir presa de dolores y resolvió que éstos no lo afectaran. Aunque no es probable que a esas alturas se hubiera recuperado, el agotamiento debió de abreviar sus últimas horas. Aceptó el sufrimiento necesario a cambio de aquello que toda la vida le había sido imprescindible: estar a la altura de su leyenda, ser amado y que le correspondieran generosamente, costara lo que costase. Sustentado por el orgullo, la filosofía o la confianza en la inmortalidad de su fama o de su alma, Alejandro fue al encuentro de su fin con la misma dignidad, entereza y consideración hacia los demás que el propio Sócrates. Hasta que bebió la rápida e indolora cicuta, Sócrates fue un hombre sano con una vida larga y satisfactoria a sus espaldas; Alejandro la cumplió con un gran proyecto en ruinas y la desolación de una enfermedad mortal.

Ya nadie simulaba que no se encontraba al borde de la muerte. Peucestas y seis amigos más pasaron la noche orando por él en el templo de Serapis, un Asclepio egipcio muy metamorfoseado cuyo culto, al parecer, Alejandro trasladó a Babilonia, donde se fundió con el de un dios local. Los pacientes de Asclepio dormían en su santuario para tener sueños curativos; Serapis fue consultado durante la vigilia y al alba dio su veredicto profético. En su generosa inquietud por el amigo cuya vida había salvado en la India, Peucestas estuvo ausente del aposento mortuorio y de la siniestra lucha por el poder que ya había estallado.

Se atribuye a Alejandro el irónico comentario acerca de que previó una gran competencia durante sus juegos funerarios, pero resulta demasiado atinado; nunca había sido ingenioso y en ese momento no le sobraban fuerzas para intentarlo. Se quitó el anillo real y se lo entregó a Pérdicas, gesto que en sí mismo no significaba más que designar un delegado provisional —Alejandro no se daba fácilmente por

vencido—, si bien fue aceptado como el nombramiento del regente. Pero llegó el momento, que tenía que llegar, en que los generales le preguntaron: «¿A quién dejas tu reino?».

Casi todos han supuesto que le pedían que eligiese un sucesor entre los oficiales de más alto rango. En el caso de que Barsine-Estateira estuviera embarazada, es posible que se confiara un secreto de tanta importancia dinástica a amigos de la jerarquía de Pérdicas y Nearcos. Por lo tanto, tenía dos hijos por nacer cuyo sexo desconocía. En el supuesto de que ambos fueran varones, los macedonios le planteaban la cuestión secular de los monarcas macedonios polígamos.

Arriano nos ofrece la respuesta de Alejandro: «Hoti to kratisto», al más fuerte, palabras que alcanzaron la fuerza de una profecía durante las guerras de sucesión. También significan: «Al mejor». Alejandro agonizaba, las explicaciones estaban fuera de su alcance y quizá quiso decir que la Asamblea macedonia debía elegir entre ambos cuando alcanzaran la mayoría de edad. Es probable que en el habla coloquial el superlativo en lugar del comparativo se utilizara tan libremente como ahora. Eso suponiendo que realmente pronunció la palabra «kratisto».

En su pronunciación habitual, «kratisto» y «kratero» no suenan parecidas. Empero, sería muy fácil confundirlas, sobre todo si convenía, al pronunciarlas un hombre que sufría estertores y jadeaba a causa de la neumonía. Crátero era la persona que ocupaba el primer puesto en la confianza de Alejandro. Ya lo había nombrado regente de Macedonia. El hecho de que ahora estuviese destinado a asumir la regencia del imperio en nombre de los herederos por nacer tuvo que ser una mala noticia para Pérdicas, tenedor presente del anillo real. Es probable que las palabras de Alejandro fuesen apenas audibles, salvo para alguien que estaba inclinado sobre su lecho. Quizá se trató de un error conveniente.

Peucestas y los amigos volvieron del santuario curativo a primera hora de la mañana siguiente. Habían preguntado al dios si serviría de algo llevar a Alejandro al santuario y el oráculo había respondido que sería mejor que siguiese donde estaba.

Sin duda la deidad estaba preocupada por su reputación profesional pero, de todos modos, su consejo fue atinado. Permitió que Alejandro produjese por última vez el ingrediente básico de todas las leyendas polifacéticas cuya muerte estaba a punto de alumbrar: su indestructible sentido del estilo. Por una vez Rufo Quinto Curcio renuncia a la retórica y nos ofrece sus palabras de despedida. Cuando Pérdicas le preguntó cuándo quería que se le rindiesen honores divinos, Alejandro respondió: «*Cuando seáis felices*».

> *Una oscura bruma atravesó el cielo y se vio descender un rayo del cielo hacia el mar, acompañado de una enorme águila. En Babilonia tembló la estatua de bronce de Arimazd; el rayo ascendió hacia los cielos y el águila lo siguió, llevando consigo una estrella resplandeciente. Cuando la estrella se perdió en el firmamento, Alejandro cerró los ojos.*

La leyenda había comenzado.

NOTA FINAL

Después de numerosas disputas, intrigas y períodos de auténticos combates, los generales acordaron que era impensable que el trono pasase a alguien por cuyas venas no corriera la sangre de Alejandro. El débil mental Arrideo reinaría bajo la regencia de Pérdicas hasta que naciera el hijo de Roxana.

En el relato de Rufo Quinto Curcio, se hacen confusas referencias al debate sobre el vástago de Barsine. Para Plutarco es probable que hayan aludido a la hija de Darío. La prueba más convincente es el acto de Roxana. A diferencia de Alejandro cuando perdió a Hefestión, Roxana se ocupó inmediatamente de cuestiones prácticas. Por correo rápido, envió una carta a la princesa, falsificando la firma de Alejandro, en la que le pedía que se trasladara inmediatamente a Babilonia. La noticia de la muerte debió de llegar antes gracias al empleo de los relevos locales reales, que corrían día y noche. Si éstos le dieron alcance en el camino, Barsine no emprendió el retorno porque suponía que la recibirían con honores. Se presentó con Dripetis, su hermana y viuda de Hefestión. Roxana hizo asesinar a ambas y arrojar sus cadáveres a un pozo. Fue exactamente lo mismo que habría hecho Olimpia en su situación; cuando las reinas se encontraron, debieron de descubrir que tenían mucho en común.

Plutarco afirma que Pérdicas fue cómplice de Roxana; es más que improbable en virtud de que aún no se sabía el sexo de su hijo. Empero, frente al *fait accompli* y con un único hijo de Alejandro en camino, probablemente Pérdicas, la encubrió.

El hijo, Alejandro IV, contaba trece años cuando Casandro lo asesinó al tiempo que quitaba la vida a Roxana. No sobrevive la menor información sobre su personalidad o su aspecto.

Olimpia había sido linchada cuatro años antes. A pesar de todo, los soldados de Casandro, que habían votado a favor de su muerte, no fueron capaces de asesinar a la madre de Alejandro. Casandro la entregó a los numerosos parientes de aquellos que ella misma había mandado matar. Afrontó su destino, cuyos detalles afortunadamente faltan, con resuelto valor.

Olimpia vivió siete años más que su hijo. Sisigambis, reina madre de Persia, sobrevivió cinco días a la noticia de la muerte de Alejandro. Cuando se enteró, se despidió de su familia y de sus amigos, se puso de cara a la pared y ayunó hasta que le sobrevino la muerte.

FUENTES

Como cortesía a sus compañeros de erudición, los historiadores clásicos dan natural y correctamente por sentado el conocimiento previo de la bibliografía correspondiente a las fuentes antiguas. Esta obra va dirigida a un público amplio y la siguiente lista tal vez sirva de guía a quienes desean hacer sus propias evaluaciones y exploraciones. Existe traducción de la mayoría de las obras y en el texto hemos analizado la fiabilidad relativa de las más importantes[3].

Arriano: *Anábasis de Alejandro*.

Rufo Quinto Curcio: *Historia de Alexandro*.

Plutarco: *Vidas paralelas*: Vida de Alejandro.

Diodoro Sículo: *Biblioteca histórica* (el libro XVII para el reinado de Alejandro; también los libros XVI y XVIII para los acontecimientos anteriores y posteriores).

Justino: *Epítome de Trogo*.

Detalles o anécdotas biográficas adicionales

Plutarco: *Vidas paralelas*: Demóstenes, Eumenes, Foción.

Plutarco: *Moralia* u *Obras morales*: sobre la fortuna o la virtud de Alejandro; Dichos de reyes y comandantes.

Estrabón: *Geografía* (Libro XV para numerosas citas de Nearcos).

Ateneo: *Los dipnosofistas* (cotilleos discursivos).

L. Pearson: *The Lost Histories of Alexander the Greal* (fragmentos seleccionados, con comentarios sobre los autores).

Obras relacionadas con la vida y la época de Alejandro

Demóstenes: *Discursos*.

Esquines: *Discursos*.

Isócrates: *Epístolas y discursos*.

Aristóteles, sobre todo: *Política y Ética*.

Diógenes Laercio: *Vidas de los filósofos, comprendidas en diez libros*: Vida de Aristóteles.

Obras conocidas por Alejandro, que segura o probablemente influyeron en su pensamiento

Homero: *Ilíada*.

Jenofonte: *Anábasis*, *Ciropedia*.

Herodoto: *Historia*.

Eurípides, las Tragedias (sobre todo, quizá, *Las bacantes*, escrita e interpretada por primera vez en Macedonia).

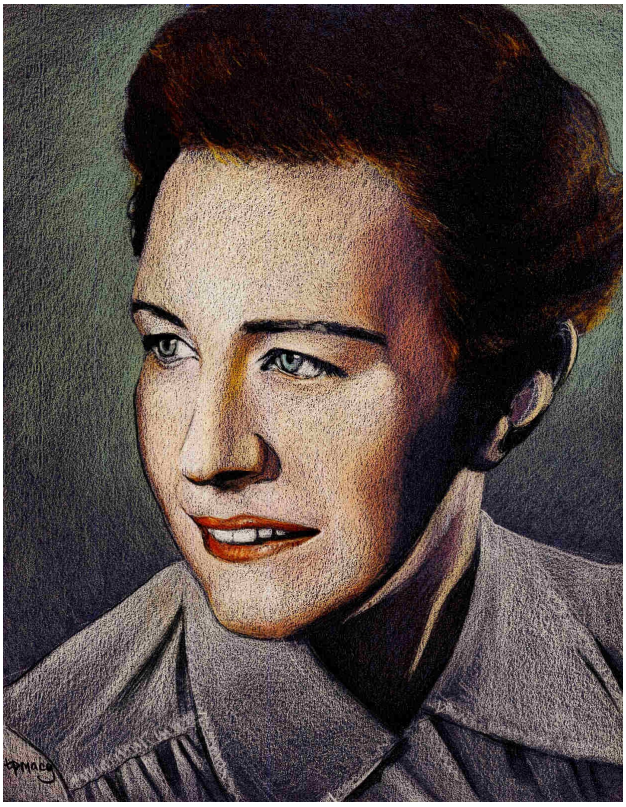
Para la leyenda

E. A. Wallis Budge: *The Alexander Book in Ethiopía*, Oxford University Press, Londres, 1933

George Cary: *The Mediaeval Alexander*, comp. D. J. A. Ross, Cambridge University Press, Londres, 1956.

A. M. Wolohojian: *El romance de Alejandro Magno por pseudo-Calístenes*, traducido del armenio al inglés. Columbia University Press, Nueva York y Londres, 1969.

Lamentablemente es muy difícil encontrar la exquisita traducción literal al inglés que en 1880 realizó H. W. Clarke de *Sikandar Ñama E Bara*, romance persa del siglo XIII.



MARY RENAULT (Mary Challans, 1905-1983). Es una de las helenistas y escritoras más importantes de todos los tiempos. Formada en Oxford en literatura clásica, descubrió su vocación como escritora mientras ejercía de enfermera, y ya en 1939, con su primera novela, obtuvo un importante apoyo de crítica y lectores. Acosada por el moralismo de la época que le tocó vivir, después de servir en la segunda guerra mundial como enfermera, se estableció en Ciudad del Cabo en compañía de Julie Maillard y juntas recorrieron buena parte del continente africano y casi toda Grecia; emigró a Sudáfrica, fijando allí residencia. Fue durante este tiempo cuando Mary Renault empezó a escribir sus brillantes reconstrucciones históricas de la Grecia antigua: *El rey debe morir*, *El muchacho persa* y *El último vino*, entre otras.

Con un estilo ágil y elegante, huyendo de la retórica rebuscada, la autora nos ofrece una amplia panorámica de los orígenes y las causas de la decadencia de la civilización helénica (un proceso en el que personajes como Sócrates, Jenofonte, Alcibíades o Platón también desempeñaron un importante papel) y al mismo tiempo una estupenda recreación de la vida cotidiana de la Grecia. Su amplia obra es comparada a menudo con la de Marguerite Yourcenar y Robert Graves. Autora de novelas en su mayoría históricas ambientadas en Grecia, con un gran rigor de datos, trata con frecuencia temas homosexuales y lésbicos.

Murió en Ciudad del Cabo en 1983.

Notas

[1] Significa «cuentos». (N. del T). En alemán en el original. <<

[2] En mi relato novelado de este episodio (*El muchacho persa*), di una versión distinta de la llegada de Bagoas. Sin embargo, al reflexionar, me he convencido de que éste es más acorde con las pruebas. (M. R). <<

[3] La autora se refiere a traducciones al inglés. Sin embargo, de la mayoría de autores clásicos existe traducción al español. (N del T). <<